

FA-2164

IMPRESIONES DE ARTE

POR

SANTIAGO RUSIÑOL

*(Ilustraciones de Zuloaga, Mas
y Fontdevila, Rusiñol, Utrillo y
Oller).*

REGALO DE «LA VANGUARDIA» |
Á SUS SUSCRIPTORES



AL LECTOR

La Vanguardia no cesa en su empeño de dotar á Barcelona de un órgano de opinión independiente que sin olvidar los problemas políticos, aunque reducidos á sus justos límites, que tanto influyen en la vida entera de la nación, refleje las manifestaciones todas del trabajo y de la inteligencia. El hombre de ciencia como el artista, el político como el comerciante, el agricultor como el literato tienen en **La Vanguardia** su tribuna; de tal modo que la colección de nuestro periódico deseamos nosotros, y no perdonamos esfuerzo para cumplirlo, que sea como el índice, ya que no puede ser el receptáculo total, de cuanto más hiere la atención pública. A fijar en las Bibliotecas aquellos trabajos que en la hoja diaria mueren pronto y que sin embargo por su mérito artístico ó literario, ó por su interés universal merecen vida más larga van dirigidos estos libros que sacamos de las columnas de **La Vanguardia** para regalo de nuestros suscriptores.

Nos ocasiona el plan grandes sacrificios, pero todos ellos los consideramos merecidos y debidos al incesante favor que el público nos dispensa.

Este es el undécimo tomo que regalamos á nuestros suscriptores en las condiciones marcadas en la página tercera, y esperamos ir aumentando rápidamente con obras igualmente escogidas la biblioteca del suscriptor á **La Vanguardia**.

CONDICIONES QUE REGULAN LOS REGALOS

— DE —

LA VANGUARDIA

LA VANGUARDIA publica cada semestre un libro de 200 á 300 páginas, ó menos si lleva ilustraciones, expresamente escrito, ó dibujado, por sus colaboradores para formar la biblioteca de LA VANGUARDIA, y los ofrece á sus suscriptores en las siguientes condiciones:

A los suscriptores que pagan por semestres adelantados, un libro cada semestre de regalo.

A los suscriptores que pagan por trimestres adelantados, les reconoce LA VANGUARDIA el derecho al descuento de un (regalo) 50 por 100 del valor del libro.

A los suscriptores que pagan por mes adelantados, les reconoce LA VANGUARDIA el derecho al descuento de un (regalo) 25 por 100 del valor del libro.

Los suscriptores que pagan por trimestre ó por mes pueden usar ó no á voluntad, el derecho que LA VANGUARDIA les reconoce. Solicitando su derecho en la Administración, el libro se les entrega en el acto con el descuento marcado.

Los suscriptores que pagan la suscripción por mes y por trimestre y que deseen convertirla en semestral pagando un semestre anticipado para tener derecho á la totalidad del regalo, pueden realizar su deseo solicitando ese cambio en la Administración ó por medio del repartidor ó del corresponsal.

Con independencia de estos regalos, todas las suscripciones que figuren en las listas de suscripción el 31 de diciembre, corrientes de pago y sea cualquiera el tiempo porque paguen la suscripción, recibirán en su domicilio el regalo de fin de año que consiste en un RESUMEN del año.

LIBROS PUBLICADOS

LA VANGUARDIA ha publicado y regalado ya, con sujeción á las condiciones establecidas, los siguientes libros:

«Memorias de un Menestral de Barcelona», por José Coroleu.

«Dietario de la Generalidad de Cataluña», por José Coroleu.

«Notas y dibujos».—De Barcelona á París.—En París.—Primer volumen, 100 ilustraciones y texto de J. L. Pellicer.

«Notas y dibujos».—En París.—De París á Barcelona—2.^o volumen, 120 ilustraciones y texto de J. L. Pellicer.

«El Arte escénico en España», primer volumen, estudio crítico por J. Yxart.

«Viaje á América»: *Exposición de Chicago*. Primer tomo, 27 ilustraciones, escrito por Rafael Puig y Valls.

Exposición de Chicago.—2.^o tomo, escrito por Rafael Puig y Valls, ilustrado por varios artistas.

«Desde el Molino».—Artistas catalanes en París.—Texto de Rusiñol y dibujos de Casas.

«El Arte escénico en España», estudio crítico, segundo volumen por J. Yxart.

«Dibujos y apuntes».—Album por 35 artistas catalanes.

«Impresiones de Arte», por Santiago Rusiñol.

EN PUBLICACIÓN

«Hombres de Europa y América».—Retratos y biografías.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Desde el Molino.—Ilustración de R. Casas, publicada por LA VANGUARDIA.

L' home de l' orga.—Monólogo.

Andalusia vista per un catalá.—Conferencia.

Anant pel mon.

Oracions.—Decoradas con dibujos de M. Utrillo y música de E. Morera.

EN PREPARACIÓN

Els caminants de la terra.—Poema en prosa, música de Morera.

Fondejat.—Ilustración de Pichot.

L' Alegria que passa.—Comedia lírica, música de Morera.

El Cau Ferrat.—Ilustraciones de Labarta.

LA VANGUARDIA

DIARIO POLÍTICO INDEPENDIENTE

—*—
OCHO PÁGINAS DIARIAS

Últimas noticias y telegramas de la madrugada.

Publica Suplementos ilustrados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Barcelona (un mes)	1	peseta.
En provincias (tres meses)	4'50	»
Ultramar y extranjero (tres meses)	8	»

Número suelto, 5 céntimos

ANUNCIOS á precios convencionales.

ESQUELAS MORTUORIAS de 1.^a 2.^a 3.^a 4.^a 5.^a 6.^a clase se admiten en esta Administración, Rambla de Estudios, 7, hasta las cuatro de la madrugada.

PARÍS

—

I

El Alojamiento

Todo el mundo se forja sus ilusiones, allá, en los recónditos estantes del pensamiento.

La que me había acariciado hacía tiempo era la de vivir en una isla, á toda costa, vagar por ella como uno de tantos Robinsones, y solo conmigo mismo, sin leer los periódicos, ni estar al *habla* con el mundo civilizado, ni habérmelas con los líos que se traen y se llevan los mortales, sobre la costra terrestre.

Estas teorías civilizado-salvajes, las ratifico hoy más que nunca. Del modo que van volviéndose los hombres, egoistas los unos y majaderos algunos; del modo que van brotando redentores por docenas, que á pretexto de hacernos felices tratan de suprimir la humanidad por vías expeditivas; del modo que la caridad se pierde y nos quedamos sin fe y se larga la esperanza con la música á otra parte, muy pronto será imposible vivir en los continentes.

No sé si será por que se han llenado demasiado y en ellos los hombres viven espesos, ó porque faltan terrenos laborables y comarcas olvidadas, ó porque hay más personas que víveres; y no lo sé por falta en este momento de estadísticas (que no leería tampoco). Es el caso, que si siempre la vida continental fué una carga y el mundo un valle de lágrimas, hoy día hay más lágrimas en el reparto de las que corresponden en el sufragio de las penas, y el hombre, que algo lleva adelantado en muchas cosas, en cuanto á felicidad se encuentra peor que en las ciudades lacustres, según han hecho constar las últimas escavaciones y recientes descubrimientos.

Por esto, por haber cierta escama pública y un si es ó no es miedo privado, y como somos muchísimos los que buscamos la tranquilidad de espíritu en la soledad y silencio de una isla, las islas se van haciendo rarísimas, escasean en todas partes y pronto no se hallará ni un islote por un ojo de la cara.

Lo grave en ellas y el inconveniente que tienen es que generalmente las islas están "rodeadas de mar por todas partes", y esto para el ser terrestre no aficionado á los embates marítimos, es inconveniente gravísimo y si encontrar una isla salobre es ya difícil, el hallarla rodeada de agua dulce, aunque no sea potable, va siendo tan peliagudo como en España hallar un buen gobernante en la clase de políticos.

París mismo, en donde hay de todo, en donde abunda lo malo como lo bueno, no tiene más que dos islas que se puedan llamar tales: *La Cité*, harto conocida por haberse ocupado de ella mi colega Víctor Hugo y otros no menos diligentes y aguerridos escritores, y San Luis, que es la nuestra y que nos servirá de albergue, si alguna inundación ú otro percance de los que sufren las islas, no nos echa otra vez al fementido y funesto continente.

La isla de San Luis era habitada ya antes de llegar nosotros. En ella hay casas, calles, empedrados, aceras y alcantarillas, y todo el jaleo de una urbanización completa; tiene iglesia, capitania de puerto, un sinnúmero de farolas y un sin fin de faroles; gasta muelles, emplea algunos municipales de los de día y vice-versa, es puerto de río con embarcaderos y al contrario, y brotan en sus playas fértiles algunos árboles bastante corpulentos y fornidos. Confina por todas partes con París, pues se halla enclavada en medio, únenla al continente tantos puentes como pudiera desear para mi soñada isla y rodéala el mismo Sena, ese fatídico río, gracias á cuya bifurcación debe este trozo de tierra la cualidad de ser isla y nosotros la esperanza de un refugio sosegado en medio del gran bullicio.

Porque esta tierra de isla es tranquila como un sueño de los que salen tranquilos. Aquí, según nos han informado, nunca pasa nada, á no ser los vapores golondrinas que se deslizan silenciosos; aquí la gente es pacífica y dedicada á la noble pēsa con caña, hay calles solamente porque sí; por no ser demasiado pastoril y por que de algùn modo debían ponerse las casas, pero sin coqueterías de estilos arquitectónicos; el río apaga el ruido del mundo y de sus afueras, las luces se apagan sin duda por ellas mismas y todo calla por mandato de la augusta soledad y convida todo al recogimiento. Hombres y cosas, grandes y pequeños, son de natural quieto, gente retirada del continente de ahí cerca; paisanos aburridos, hombres filósofos y seres que esperan turno en el altar de la gloria.

Ya se puede comprender, dado lo dicho, que tal isla había de ser el ideal de nuestros sueños, pero aumentado y corregido; que ni encargándola al gran constructor de islas nos la hubiera construído más á

gusto, y que nos pareció un regalo del cielo. Bajamos de cuando en cuando á visitarla como á una persona amiga, la veíamos de lejos codiciosos; comprendíamos su alma y la queríamos; y nuestro único deseo era vivir en aquel tranquilo oasis y dormirnos como focas ó sirenos en su seno cuando un día, *una hermosa mañana de noviembre*, la suerte nos puso delante este letrero:

*Apartement á Louer
meublé
Salle de bains.....*

Y para detalles *buscarlos* á la portera.

¡Válgame el apostolado, las once mil vírgenes y los mártires de Zaragoza! Subimos, preguntamos, escalamos y cuando vimos el piso, por poco nos caemos cada cual con su vahido respectivo. ¡Qué espesor de muebles y que enredo y trapeo de cortinajes! ¡Qué lujo desenfrenado! ¡Qué caudal hermoso de cosas inútiles para nosotros y qué tentador despilfarro! ¡Quién había de decirnos que en las islas se hallaran cosas de esas que se ven por dentro en las comedias de Dumas! Que todo aquello se alquilaba. ¡Santo Dios! y que pagando alquiler se podía vivir lo mismo que *traviatos* ó *Frous-Frous*, ó como el *Maître des Forges*! Porque en la casa no se podía dar un paso sin temor á tropezar con vajilla de la China, ó con perritos hechos de auténtica porcelana: ó con chirimbolos colocados al encuentro del curioso forastero; teníamos que vigilar los pliegues del sobretodo para que no dieran con algún busto en el suelo, teníamos que vigilarnos nosotros en nuestra propia persona para no dar de bruces contra un espejo, teníamos que orientarnos con la brújula por entre aquel laberinto de muebles de todas clases.

Decididamente, no había más remedio que alquilar todo aquello, y lo alquilamos. Para ello tratamos con la propia propietaria, que dejaba esta hermosura de piso para ir en busca del sol, huyendo de la niebla, aquel sol que nosotros habíamos dejado, y aquella niebla que íbamos á gozar. Era la dueña, á más de viuda, joven aún y ya teñida de un rubio claro y sumamente dorado; parecía una Sarah Bernhard isleña, hablaba con gran cariño de la isla, secundada por nosotros, que llorábamos casi oyendo los merecidos elogios de este pedazo de tierra; tenía su poco de tosecita, y por más que parecía romántica, nos resultó positivista en el manejo de ponderarnos el piso, la vista, el *comfort* y demás circunstancias *físicas y morales* de la casa, y haciéndonos pagar lo que de ella quiso, abusando de nuestro entusiasmo, lo que nos sirvió de enseñanza provechosa de la vida, ganando, lo perdido en vil metal, en útil y sanísima experiencia.

Arreglados y conformes de alquiler, pasamos al inventario. Es decir: empezamos apuntando mueble por mueble, y chirimbolos pieza por pieza, hasta que, como acontece en el cuento de los corderos de Sancho del "Quijote", cansóse ella de contar y nosotros de escuchar aquella teneduría, y el inventario se fué quedando en proyecto y los muebles sin recuento, con gran descanso de la patrona propietaria y con alivio de mareo colectivo de los ya abatidos y nerviosos inquilinos.

Hicimos, sí, el inventario-proyecto, al quedar solos, curioseando todo aquello que nos dejaban para nuestro uso y consumo. En la cocina, fué tal el enredo de cacerolas, de formas inservibles, que encontramos, de pucheros ideales, de sartenes platónicas, de instrumentos para asar animales que nunca habían de entrar en casa; de cuchillos para cortar

de un solo tajo bestias de mar y de tierra, de garfios y torturadores de una inquisición culinaria; fueron tales, decimos, las cosas que sin saber para que sirven hemos de llegar á la hora de la muerte, que para no hallarla allí mismo por ignorada explosión, acordamos no hacer uso inmediato de toda aquella batería, aguardando á tener más experiencia en el ramo y manejo del arte del cocinero.

Ya en el comedor fué otra cosa. Allí, á no ser un armario, lleno de bote en bote de vajilla de *convitados*, del cual ni siquiera quisimos encargarnos de la llave, para evitar roturas y otras desgracias del *hado*,^o que siempre piensa como podrá aburrir al prójimo, lo demás no tiene nada que se remonte á las fronteras de muebles extraordinarios. Uno hay tan sólo, extraordinario á nuestro sexo, que andaba y no anda ya, ni creo que ande más en los días de su vida. Fué una máquina de coser que nos dejaron, con ayuda de la cual quisimos cosernos un botón del sobretodo. Resistióse ella en gran manera, nos empeñamos nosotros en que cumpliera, su misión sobre la tierra, apretamos el manubrio, y de resultas de la brega y alguna explosión en sus interioridades, saltó la aguja, una rueda y otro chisme, que sólo Dios sabe su uso.

Pasemos á los salones con el respeto que por su brillantez se merecen, y descubrámonos. Aquí todo son muebles de lujo; de estos muebles que no servirían para nada, á no estar en poder nuestro, que los usamos y abusamos, puesto que los pagamos por auténticos. Sillones de esos que se guardaron bajo funda, libros que se tuvieron bajo encuadernación lujosa, chimenea que no se encendió jamás, cuadros cuyos marcos no habían servido más que para sus cuadros propios hasta la hora presente, y que han de servir para los nuestros, con perdón de los pinto-

res que encuadraron, pasados á mejor vida; y finalmente destacando entre un enjambre de cosas vagas, incoloras é inservibles, el negrísimo piano, siempre abierto, y siempre con varias manos encima que lo despiertan del sueño en que se viera sumido hasta la hora presente.

Los cuartos de dormir hay cuasi que adivinarlos, en tan profundísima penumbra están metidos, y en tal obscuridad les dejaron por sus pasados pecados. Hay en ellos dos camas á toda anchura, un cajón dormitorio, que se convierte en otomana por el toque de un resorte y obra de encantamiento, y otra camita estrecha para todos y corta para mi persona, no por culpa de ella misma, sino de mis propias piernas, más largas de lo que ordenan las sapientísimas estéticas. Hay además un armario-espejo como en toda casa que merezca el nombre de tal, sillones para sentarse, y otros objetos múltiples y variados; pero el *clou* de todo esto, es el tocador modelo, para cuyo manejo y dirección se necesitan tres cursos de mecánica con nota sobresaliente. Si uno toma una llave que no es del caso, se inunda el cuarto de tal modo, que la alfombra no basta para engullirla; si se toca un resorte sin cuidado, á medio enjabonarse la persona se queda enteramente en seco, y hay que acabar el lavatorio con el agua de la alfombra; si se tira de un pomo dorado tentador, se oye un ruido de cascada que parece que el Niágara anda por dentro del piso; una espita existe tan rara, que no nos hemos atrevido á probar sus funciones por temores y vagos presentimientos.

Pero si el uso de las aguas es difícil, más lo es el de los perfumes de la viuda que se quedaron olvidados, con los cuales nos perfumamos y se perfuma á todo el que se presenta. No llega visita que no se vuelva con olor de violeta, ó heliotropo, ó ácido fénico.

co, ó creosota, que de todo existe en la *toilette*, y hay que andar con más precauciones que si estuviéramos en casa del boticario. Todo son olores en la casa y en la isla; todo huele á perfume de la viuda, de tal modo todo se resiente de esta mezcla de odoríferos, que hasta este largo capítulo, temo, huela á cansancio, y por lo tanto concluyo.

Aquí estamos instalados y dispuesto á escribir impresiones. No nos falta panorama. Los dos brazos del Sena abrazando estos solitarios muelles; *Notre Dame* en frente con sus torres gemelas y su esbeltísima osamenta; *El Panteon* á un lado y el *Hotel de Ville* al opuesto; los millares de casas que por doquiera se dominan, el rumor del gran París á lo lejos, la tranquilidad de cerca, y sobre todo el que la isla sea *isla*, hacen de ella un punto de hermosa calma y dulce recogimiento.

II

El personal

Una vez enterados, por mi capítulo anterior, de la topografía y situación de la isla que habitamos, del piso en que vivimos y otros detalles, contados con una minuciosidad que raya en abuso de confianza, seguiré abusando, á pesar de sentirme asomos de arrepentimiento, y daré pormenores biográficos del personal que puebla nuestras habitaciones,hiriendo á traición en el relato, la modestia de mis queridos amigos y contando en letras de molde lo que sepa de sus artes y virtudes.

Compónese el personal de cuatro personas distintas y cuatro naturalezas. Son las tres primeras, las de Jordá, Uranga y Zuloaga, y es la cuarta la del que firma, de la cual no hablaré por ser la que me es menos conocida y tengo menos estudiada. Las cuatro están reunidas por los vínculos del arte, por el afán de hallar en el trabajo un descanso que ha de ser definitivo y seguro, según promesa de gente que entiende en estas cosas, por la fe en los goces del espíritu y la profunda admiración en las

cosas de la plástica; por una esperanza que raya en lo candoroso, y también; aun que sea cursi hablar de patria en estos momentos no históricos, también para poder hablar nuestra lengua cuando el corazón nos lo demanda, y acuden los entusiasmos con tal prisa, que no se pueden soltar en lengua ajena sin que ella salga atropellada y atropellados nosotros.

Son Uranga y Zuloaga vascongados, y es Jordá catalán, y yo también, y todos lo tenemos á mucha honra. Los cuatro, aunque de distintas regiones, marchamos de acuerdo en un sin fin de detalles de la vida, y estamos de acuerdo en muchos puntos importantes. En arte sentimos profunda admiración del pasado, tenemos algún escamamiento del presente, y en cuanto al porvenir, ni lo vemos de un color de rosa claro, ni tampoco de negro turbio, creyendo profundamente que, sea cual fuere el camino que el porvenir nos depare, hay que seguir andando, so pena de quedarnos sentados como el moro á la puerta de su casa; en política tenemos la de no tener ninguna; sabemos de cierto que no somos partidarios de los que mandan, que los que mandaron antes no responden tampoco á nuestro programa político, y en este ramo si que esperamos, aunque sin gran esperanza, que pase algún gobierno, ó lo que sea, que se cuide un poco del prójimo, tan descuidado hasta ahora. En cuanto á bienes materiales, deseamos un bienestar pasadero para alimentar nuestras manías; la inspiración de vez en cuando de un comprador de obras modestas y suficientemente recatadas; el arranque de hacerse retratar alguna persona pudiente de facciones regulares, que deponga en nosotros su confianza y venga provisto de una buena voluntad; el artículo de fe de algún prójimo bondadoso que estimule nuestro arte para seguir estudiando con un encar-

nizamiento, si no digno de mejor causa, digno de otro personal; y por fin, tocante á bienes morales, la conservación intacta de un buen humor á prueba de contrariedades y disgustos, y la alegría del alma, como espléndido regalo de la que suele ser avara en otras cosas la espléndida Naturaleza.

Si en otros puntos generales estamos también de acuerdo, el camino de lograr nuestros deseos es distinto. En cada distinta persona, cada cual tiene su propio carácter dentro de la general armonía, su modo de ser diferente, y esto se va viendo á la ligera en los rasgos principales de la vida de cada *número* de nuestra modesta colonia.



Jordá, por ejemplo, es la palabra en persona y Uranga es el silencio. El primero, conocido en Barcelona como crítico, no puede aquí criticarnos por

escrito, ha de aguantar sus ímpetus por falta de letras de molde, y nos lanza, en cascadas de palabras, los discursos que tiene en el pecho acumulados, con un encarnizamiento perdonable por otras muchas virtudes. Como es corresponsal y ha de andar de Ceca en Meca á caza de la noticia que se escapa, de la bomba que revienta, de la casa que se incendia; del Gobierno que cae, ó ha de caer, ó se le empuja para que caiga más pronto; de la comedia que se estrena, del asesinato que ha de haber para que



pueda lucirse, del jaleo universal y la dirección de la política y de los cuatro vientos cardinales, claro está que en cuanto llega la noche ha de soltarnos aquella tremenda lluvia de sucesos, sin piedad para el bienestar moral de los pobres habitantes de la casa.

Sólo hay tranquilidad en ella cuando no pasa nada en el mundo; ¡que no hay desgracia que no tengamos que saber, ni desventura universal que no llegue á nuestros pobres oídos! El día que el globo terráqueo está tranquilo, llega Jordá triste, como una triste llorona de sepulcro; se sienta al lado de una mesa taciturno y se está horas enteras soñando en días más venturosos de grandes calamidades.

En cambio, como decía, Uranga no suelta la palabra sino en los días tranquilos, en las tardes serenas, en las horas de plácido bienestar, cuando el Sena transparenta "Notre Dame", y la isla parece dormir. Los días grises, las negras tempestades del invierno, las nubes corriendo por el aire, la niebla bajando al río, cualquiera mal humor de la Naturaleza le dan tal nostalgia en su espíritu, que acurrucándose poco á poco dentro de los pliegues del jaique, va entrándose dentro de la boina, vá doblando los brazos y las piernas hasta convertirlas en un puñado de huesos, y así desaparecido como pájaro resfriado, espera un poco de sol ó un poco de primavera, soñando lo que no habla y pensando en su vascongada tierra.

Allí, en su infancia, sus padres quisieron que fuera cura, que estudiara latín y retórica y filosofía y demás, y menos este último demás, estudió todo el resto; pero como lo estudió sin entusiasmo, ya que otras ideas, minaban su entendimiento, sintiendo otra vocación naciente, dejó los hábitos de la religión cristiana, para entrar en la religión del arte sin hábitos y casi sin sobretodo, pero henchido de las grandes esperanzas que dá de sí esa pintura del diablo.

Con ella solamente llegó á Madrid, y con ellas y poquísima cosa más, vivió tres años, si vivir es llevar vacío el cuerpo y llena de bote en bote la cabeza;

vivió del modo que pudo, pintando aquí, no vendiendo más allá; siempre sumiso á la fatalidad majadera, que abusa muchas veces del poder que se le tiene concedido, siempre callado para no ofender á la fortuna con un insulto merecido, y siempre esperanzado y confiado en cambios de cosas inesperados, en mejoras de tiempos, en imprevisiones raras de las leyes metafísicas.

Llegó á París, un día, y á su llegada notó lo que ya temía de lejos: esto es, que no llevaba ni un céntimo en el bolsillo. En vano registró las interioridades del forro interno de la ropa; consultó los rincones que hay que consultar en estos trances; no había más que el más profundo vacío en todas partes; la nada, en símbolo, con toda su insondable perspectiva.

Lo que hizo entonces para salir adelante con su arte y por su arte, sería tan largo de ser contado, que á mí se me llevaría el tiempo y al buen lector la paciencia.

Baste saber que comió á trueque de retratos de fondistas, feos la mayor parte é ignorantes de toda delicadeza de arte, que no fuese arte de la cocina; que no pintaba más que hombres ó mujeres acostadas porque los modelos no cabían de pie en su estudio; que se asoció con un negro, un auténtico negro del Senegal, de esos que no se destiñen, para ambos á dos hacer economías, y por fin tras de muchos rodeos y privaciones de los alimentos primarios, vino á parar en mono sabio en la plaza de *Pergolesse*.

El día de su debut, confiesa Uranga, que estaba realmente conmovido. Verse el frustrado cura delante de aquel público numeroso, él, tan callado, y enemigo de vanidades mundanales, verse sobre todo delante de aquella fiera de pésimas intenciones, azás belicosa é imprudente, él, tan pacífico y poco amigo de jaleos, francamente... le conmovió todo

aquello las más hondas fibras de su alma. No es que tuviera miedo precisamente en sus adentros, que bien se lo perdonaríamos la mayor parte de los españoles, sin que le impresionara la poca cordura y mala crianza de la bestia que andaba suelta por la plaza, obrando á su antojo de un modo que no puede alabar ninguna persona decente, ni que le faltara el valor "delante del extranjero"; pero á pesar suyo, cada vez que el animal se le acercaba sentía deseos de marcharse con el valor á otra parte y retirarse á la vida privada del sosiego, dejando que la fiera persiguiera á todo el mundo, sin distinción de clases ni miramientos de ginetes ó peones.

Seguramente, nuestro Uranga no nació para torero. Por más que los toros de aquí fueron toros de zarzuela, aun así le mortificaban con sus costumbres. No podía comprender que hubiera fieras que mataran á los hombres sin comérselos, ni hombres que lucharan con quienes no eran sus semejantes y después de cavilar todo esto, y de hacer el retrato del *toreador en jefe*, y de marcharse sin pagárselo, resolvió pintar corridas de toros de lejos, en vez de verlas de cerca, y en esta nueva pintura nuestro hombre encontró un camino más conforme con sus ideas estéticas, y de más fácil acceso á una alimentación más segura y nutritiva.

Entonces fué cuando conoció Uranga á Zuloaga, y cuando yo conocí á esta tercera persona de la casa.

Llegaba de Roma Zuloaga, y llegaba con el entusiasmo de sus apenas veinte años, alto, robusto, cuadrado como esos campesinos de su patria, y con un carácter entero, noble, de una sola pieza. Para él no había términos medios. Los hombres juzgábalos bandidos ó grandes héroes, demonios ó santas las mujeres; los cuadros eran para tirarlos al fuego ó para llevarlos al Louvre; al dar la mano, ó daba

el alma con ella, ó recibía á los hombres sin una palabra de las que los hombres emplean de amanerada cortesía. Para él no existía la sonrisa; reía á carcajadas ó cruzaba el entrecejo; en pintura fueron y son las medias tintas su continuado tormento; gritaba ó callaba enteramente, ya que nunca amó la media voz, ni juzgó oportuno los secretos entre amigos, creyendo que el hombre que obra con rectitud puede lanzar el pensamiento en voz alta.



Llegaba entonces influido de lo malo de la moderna escuela española, con todo el fardo de casacones que había visto y la guardarropía de una pintura de trajes desteñidos y sudados; llegaba henchido de esperanzas y ambición de trabajar; ansioso de hallar un camino adecuado á su gran temperamento, febril de entusiasmo por su arte, al que quiere con la emoción de un ardiente corazón enamorado... y allí, en su Montmartre, para vivir en silencio, para trabajar en la sombra esperando la claridad, alquiló

un estudio con vistas al cementerio, rodeóse de soledad, quedóse solo con su pintura, haciéndole la corte á todas las horas del día y soñándola por la noche, y tomó un criado loco de extrañísima locura.

Pedro, que así se llamaba el criado, no reconocía más que á Pi Margall como hombre, y al maniquí como mujer de quien estaba enamorado como un loco. "Tú sola—le decía arrodillándose delante de aquel trozo de madera que consideraba su ídolo,—tú sola mereces el nombre de mujer en este mundo; tú eres de madera y trapo, pero tienes el corazón de oro puro. En tus oídos no entran las blasfemias de los hombres, ni brota de tu boca la falsedad ni el engaño. Pi Margall,—añadía llorando á lágrima viva,—tú que todo lo puedes, conserva la pureza de este astro; no la dejes caer en el fango que nos rodea; bien sabes que ella y tú sois mis dos únicos consuelos."

Este sermón, repetido á lo infinito, oíalo Zuloaga todo el día con una voz quejumbrosa; y pintaba encerrado con el loco, preguntándose muchas veces á sí mismo si el arte no era también otra clase de locura, como tantas locuras existen de hombres que andan sueltos por la tierra... si aquella pintura idolatrada no era, como el maniquí, un ser inmóvil, cuya vida tenía que hacer brotar el pobre artista, y si el hombre era capaz de lanzar sobre la frialdad de la tela, un átomo tan sólo de la luz, de aquella radiante luz, esparcida en el espacio. Por todos lados no veía más que hombres luchando con la materia para convertirla en espíritu; bregando con la miseria para seguir adelante con la antorcha de la fe; atizando la inspiración en el cráneo y buscando procedimientos para parir la obra vivida por dentro. Pasábale lo que nos pasa á todos al llegar á este París de lucha; tanta escuela, tanto refinamiento en las

ideas, tanta pesquisa en pos de un estilo propio, le tenían mareado. El, sombrío de temperamento, se aturdí ante las minuciosidades de espíritus enfermizos, ante las utilidades de acuarelas japonesas, los refinamientos de misticismos decadentes; él, forjado de un solo enérgico trazo, no podía comprender á las ánimas del purgatorio del sueño, los tristes visionarios de la línea, los sútiles buscadores de la infinita armonía, y andaba de tela en tela preguntándose tristemente qué camino era el bueno entre tanto barullo, tantas voces, y tanto arte y talento gastado, en este *cerebro* ardiente, que se llama el gran París.

Probó diversas maneras, tanteos de un alma que duda y quiere y le falta una fe que le convenza; extremó el procedimiento en pos de la fuerza del color, forzó la línea subrayando el carácter del dibujo, divagando entre tantas tendencias diferentes, hasta que un día contemplando las copias fotográficas de los grandes maestros españoles, vió en su ejemplo la augusta línea de conducta que se amoldaba á sus sombríos sentimientos, y fijó el plan de sus futuros estudios, con la rápida convicción del que ve abrírsele de par en par las puertas de la esperanza.

Moro, Coello y Ribera, hablábanle de cosas grandes y concisas, entusiasmábale el gran Velázquez; pero sobre todo el Greco, con su energía y su locura, con su sobriedad pasmosa, fué desde entonces su ídolo, el santo ejemplar de Zuloaga.

Marchóse á España y sin detenerse en Madrid un momento llegó á Toledo, y á las diez de la noche presentóse en la capilla donde se guarda el famoso Entierro del Conde de Orgaz, obra suprema del artista portentoso. Estaba cerrada la Iglesia y llamó al sacristán; y entre ambos entablóse este diálogo. Quiero ver el *Greco* ahora mismo.—Es imposible, vuelva

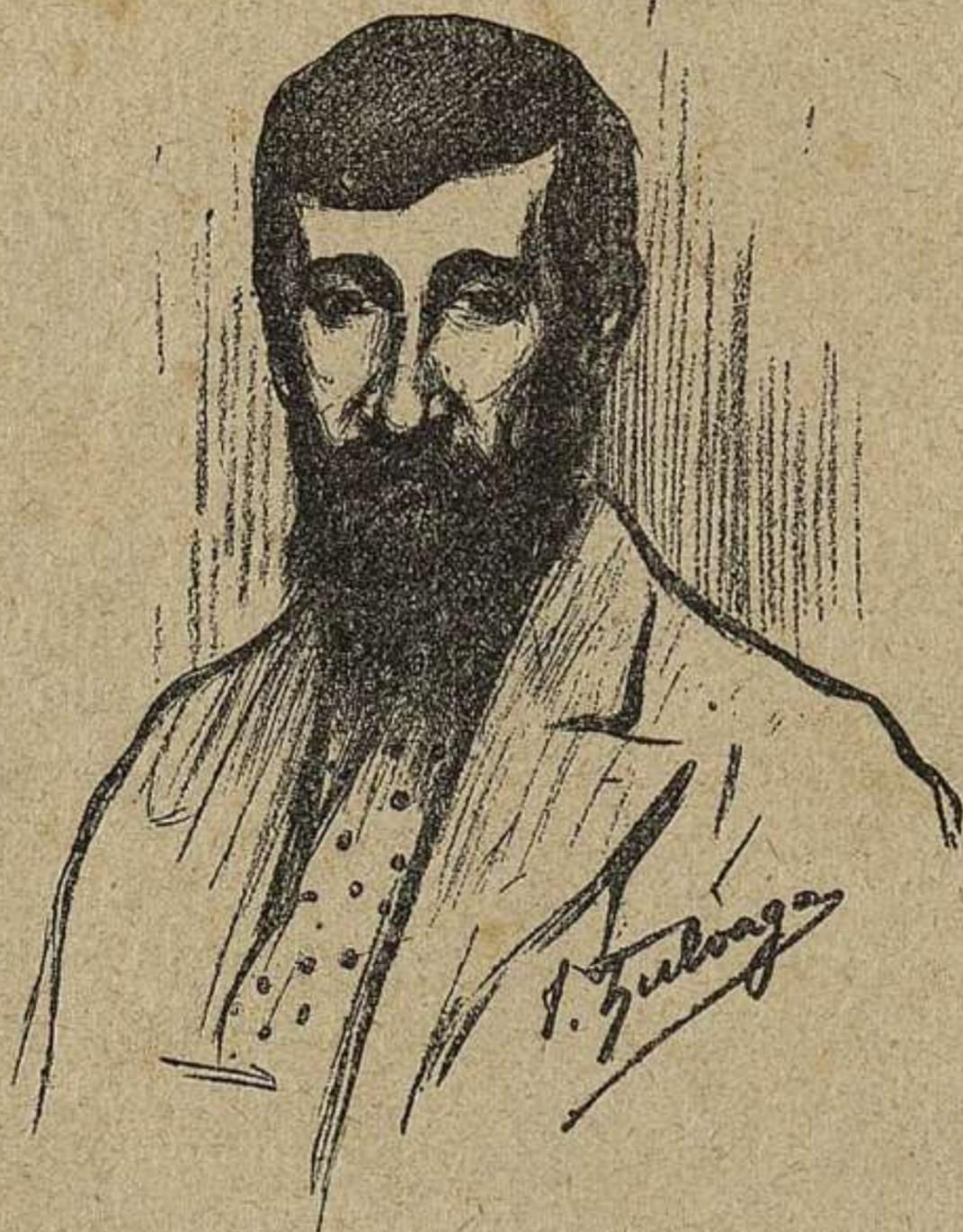
mañana.—Ha de ser ahora mismo, y aquí tiene V. cinco duros, pero enseñeme el *Greco*.—Repito que es imposible.—Ahí van diez y traiga V. la llave—pues vengo de París expresamente para ver este cuadro. Cedió el sacristán y á la luz de una antorcha vió nuestro amigo aquel sublime portento, aquellas figuras nobles y demacradas al rededor de aquel muerto, aquella gloria pintada por la locura de un genio, y quedóle de aquella nocturna visita una de esas impresiones de los goces del espíritu, que no se borran en el curso de la vida y que pagan en un momento al pintor entusiasta, los sinsabores y desdichas de su arte.

¡Ah el Greco! dijo al volver y lo repite á cada instante! Aquello es coger el alma del dibujo, con las incorrecciones del hombre! Aquello es sentir el hueso bajo del músculo y aquello es sentir el carácter de la línea! Aquello es ver el color, con el sentimiento de la suprema armonía, sentir el valor de los tonos, pintar haciendo olvidar la pintura! Lo demás son pamplinas, añadió, (con los impetus de su carácter, que borraba de una plumada lo que no era de su gusto) lo demás, son histerismos, ó concepciones correctas“. El *Greco* fué desde entonces y es fácil que siga siendo su maestro favorito.

En sus obras marcóse la influencia del pintor, visto por ojos que han aprendido á ver de la moderna escuela francesa; en sus asuntos, vagando entre la penumbra, se adivina un sentimiento severo, un alma taciturna, un temperamento serio, un hombre que no transige con las tontas exigencias del que paga, y que al fin ha encontrado su camino y anda con la frente alta. Retratos á media luz, fondos oscuros, cabezas veladas en la sombra, han sido siempre sus asuntos predilectos, sus temas favoritos, sus amores de artista, la nota de un sentimiento que su-

fre del deleite en los tonos de las obscuras miserias.

De una de ellas, para terminar, he de contar una anécdota. Un día llegué al estudio de Zuloaga y le encontré con su modelo.



Noté cierta tristeza en la casa. Pedro estaba más loco que nunca, gritándole al maniquí sus amores, Zuloaga se apoyaba la frente en la mano, la modelo miraba en el fondo el cementerio de Montmartre, que iba apagándose con la postrera luz del día cuando me dijo mi amigo.—Venimos de enterrar á la hermana de esta....—he pintado una cabeza de la que no estoy descontento.

Fué á buscarla y la puso en su caballete. ¡Era la muerta! joven y hermosa, con las mandíbulas atadas con un pañuelo y cavernosos los ojos!

La miramos como pintores. La mirábamos y...

Vino la hermana y como mujer *inteligente*, la discutió como si fuera una extraña, como si aquella cabeza, tibia aun de la mano del pintor, fuera para ella un estudio, como una tela más que veía indiferente.

Mirábamos mudos de asombro Zuloaga y yo aquel estudio macabre, aquel cementerio al fondo, aquella penumbra en la tierra... y aquella obscuridad de alma, nos llevó el frío á la nuestra.—Tu fuiste buena—(oímos gritar al loco, dirigiéndose al maniquí)—tu fuiste la única que amé con todo mi corazón, estoy cansado de tí, y hoy te veo impura como las otras, como si fueras de carne. Perdóname, Pí Margall, si mato la postrera esperanza de mi vida...

Dijo:—y de un tremendo puntapié derribó su maniquí, que cayó con espantoso estruendo entre aquella obscuridad de una tarde moribunda.

III

La oración del domingo

Cada domingo que llega en esta tierra, que por cristiana tiene también sus fiestas, cuando el reloj de Notre Dame, que tenemos enfrente, (y del que estamos orgullosos) señala la una en punto, como quien cumple una obligación gratísima, como quien va conmovido á la llar de sus mayores, nos dirigimos al Louvre, los cuatro habitantes españoles de la isla.

Para ello no hay más que bajar á la calle, y allí, como una Venecia, encontrando el propio Sena que no varía de curso, manando agua con una constancia digna de servir de ejemplo, esperamos una *golondrina* al pie mismo de la casa y en ella subimos y damos la señal de marcha.

Ir al Louvre, extasiarse delante de las grandes obras de los artistas que fueron, compenetrar en sus cuadros y en sus mármoles el espíritu que les dió vida, aspirar su aroma, ese especial aroma de noble engrandecimiento que se desprende de la suprema belleza, es como un culto al recuerdo, como una religión sagrada, como un deber que cumplimos.

Esa fe nos lleva más que el barco, con todo y andar ligero, á alejarnos de la isla y vamos contentos como quien va á una gran fiesta diciéndoles á los ojos—hartaos de hermosura ¡oh codiciosos!—y diciéndole al corazón:—preparate á palpar, si aun eres de hombre; que toda creencia en algo superior, toda fe en la sincera creación del arte realizado, en el pensamiento hecho obra, da consuelo al alma del que es creyente, aromatiza su espíritu, llena la mente de bálsamo, y aparta los abrojos, las tristes realidades que brotan en el árido camino de la vida.



El que nos conduce al Louvre, esa vía de agua, aun siendo turbia y mortífera, la vemos clara y

transparente estos pobres isleños interinos, por que llevamos por guía la esperanza, por que vamos á ver algo creado, y pensamos que soñar en la belleza que pasa es ya vivificar el corazón del hombre, detener esa belleza y darle forma, es obra ya del talento, pero crearla de la nada, hacerla brotar de las cenizas ó del fango, darle vida de la sangre y prestarle el pensamiento para perpetuarlo en la tierra, es obra á la que sólo llega el genio, obra de semi-dioses que legan el alma de su vida, encarnado en sus obras milagrosas, y dejan tan sólo á su muerte, que se los lleva codiciosa un trozo de pobre materia, seca y vacía, de sus prodigiosas obras.

Pero ellas quedan y pronto vamos á ver algunas delante de nuestros ojos. Ellas quedan, y al pensar que á ellas nos acercamos, sentimos lástima verdadera de los grandes poderosos de la tierra, de los grandes millonarios y magnates que no están en nuestro barco, y navegan quizás en su buque de temores; ellas son el espléndido regalo con que el arte obsequia al que sabe apreciarlas, ellas subsisten, muerto el genio, como subsiste la luz en el crepúsculo; ellas ven triunfantes pasar y morir las generaciones, y siempre sonrientes, siempre grandiosas, en su augusta indiferencia, contemplan la posteridad que llega y ven pasar los años y los siglos y crecer los devotos de su gloria.

¡Loadas sean ellas! (pensamos, mientras la golondrina deja nuestra isla en lontananza) y permitida nos sea su eterna admiración en la isla y fuera de ella. Ser devoto de algo, en estos tiempos en que la duda y la irreligión invaden los corazones y el malestar se cierne en todas partes como epidemia del alma, es don precioso que hay que conservar como el mayor tesoro; ser devoto del espíritu cuando doquiera triunfa la materia, es arma defensiva con-

tra el brutal ataque del egoísmo que mata todo calor con su contacto glacial; estimar más las obras que los hombres es escudo y muralla contra muchos desengaños. ¡Loadas sean ellas! pensamos, viendo pasar París á cada lado del Sena, oyendo su voz incansable, contemplando ya el *Hôtel de Ville* con su color de ocre muerto, ya las negras torres de la Conserjería como dos manchas de tinta sobre el cielo, la aguja de Notre Dame bordada de nervios góticos, y por fin la masa inmensa del *Louvre*, grande como una ciudad, tierra santa de nuestros sueños, mezquita de peregrinos artistas, arca santa donde el vapor se detiene.

Allí bajamos y hacia el museo subimos, con la fe artística, sentida como una religión que nos inspira aquel templo. Al entrar, un instinto parece que nos obliga á descubrirnos; la mirada busca instintiva la pila del agua bendita de aquella casa sagrada y la voz se estanca en el pecho, comprimida por santo recogimiento.

Callados y siguiendo uno á uno, pasamos el umbral de mármol, entramos en la larga galería llena de clásicas estatuas, guardando aquella entrada, vemos tumbas y sarcófagos por doquiera, dioses y emperadores á quienes cuasi sonreímos como antiguos conocidos, y frente á la gran escalera, estáticos contemplamos adelantarse sobre la blanca nave griega, la estatua de la Victoria.

¡Qué hermosura y qué ruina! Imposible es ver una obra que siendo más mutilada sea más completa al mismo tiempo, que expresa más en menos líneas. A sus piés hacemos la primera plegaria de la tarde... y nuestra oración es un recuerdo al gran pueblo de la Grecia, á los sabios maestros de la forma, á los santos adoradores de sus dioses á quien hacían sublimemente hermosísimos para amar en su

imágen la hermosura. Ante esas obras, la vista se aparta de los pobres hombres modernos, cargados de cráneos linfáticos y raquí-
ticos y se lamenta el pensamiento, y llora el alma aquella civilización augusta hecha de arte y para el arte; ante aquel portento á grandes trazos, achícase el espíritu de vergüenza, siéntese el hombre pequeño, echa de menos un país formado de héroes y como debil mujer se busca amparo en aquellos fuertes músculos, sintiéndose el cuerpo enfermo y el pensamiento cobarde; ante aquella Victoria, adivínase una derrota y se sigue el camino para cambiar de impresiones delante los frescos del simbolista Botticelli.



LA VICTORIA DE SAMOTRACIA

En este altar también rezamos, aunque de diferente modo. Si allí está la fuerza, hállase aquí la armonía; si aquel arte nos dá espanto éste nos enamora; si aquel gritaba con bravura, sonrie éste con la más dulce sonrisa. Es el uno el arte hombre, con su fuerte complexión inspirada por los dioses, el otro el arte mujer, con sus encantos, besado á flor de labio por el más puro y delicioso arrobamiento; es aquél obra de un cuerpo robusto, lo es éste de un sutilísimo espíritu con delicadezas de místicas sensaciones, con deleites de un corazón virginal, con purezas de un sentimiento exquisito. Las mujeres de Botticelli, parecer mujeres pintadas por si

mismas, seres creados en sueños, flores sutiles con alas de mariposa. Débiles como los lirios, adivínase su forma detrás de gasas movidas por la más ligera brisa de un paisaje imperceptible, dóblanse como tallos de palmera y parecen exhalar el aroma de un jardín misterioso.



FRAGMENTO DE UN FRESCO DE SANDRO BOTTICELLI

Ese aroma que es quizás el del incienso de aquel arte, el cantar sagrado de los salmos del color, el candor seráfico de una pintura sin mácula, lo aspiramos largo rato, sentímonos idealmente enamorados de aquella belleza de rosa de ventanal, y meciéndonos en sueños que nos alejan de la tierra, en líneas que suben como espirales de mirra, en sonoridades de órgano, en vagas y extrañas ideas, nos sentimos más felices, menos ásperos y menos materiales, al entrar en las salas del museo.

Encuéntrense primeramente en ellas, las obras de Poussin, entre otras, ennegrecidas y oleosas, grandes masas de árboles de dibujo correctamente académico equilibradas por una composición sabia y fría; los cuadros de Lebrun y Lesueur, negros también y ennoblecidos; los bodegones íntimamente expresados de Chardin; los paisajes ideales de Lorena,

grandes entradas de puertos rodeados de fantásticos edificios luminosos en su tono mayor de octava baja; aquí una galería coronada de estatuas; allí unos pórticos corintios de arquitectura soñada; minaretes del renacimiento al fondo, y en medio del mar rizado, un gran buque fantasma, decorativo, desliziéndose, como si tuviera alas, sobre un cielo de aurora, en solemne y grandioso apoteosis. El conjunto de esas obras es sacerdotal y solemne, callado, de una quietud de frío, y los pocos visitantes de la sala, parecen guarecerse en sus abrigo y seguir adelante para entrar en calor, como seguimos nosotros. Entre ellos encontramos sin embargo á Watteau que nos sonríe. El delicado pintor del siglo xvii nos muestra allí su gracia y donosura, sus delicadezas de hombre de un mundo refinado; sus pastoras andando sobre alfombras vistiendo seda y corriendo por un prado que convida á las dulzuras de la vida y que oculta misteriosas espesuras; sus exquisitas cortesanas, delicadas de tono como hojas de rosa sobre seda de la India, su viaje á Cythêres, lleno de amores, con la antorcha volando hacia montañas azules, todo un mundo cortesano con las mil y una intrigas de una época aduladora, trazadas por mano que calzó guante y que estudió de la mujer las medias tintas, las exquisitas tentaciones veladas por elencaje y la seda.

Rezamos allí, quizás tanto los modelos como los mismos cuadros, y admirando de paso á Greuze, á Van-Loo, á Boucher, á Lancret y á tantos hermanos de una misma época, á quienes saludamos pasando, llegamos á la larga galería á visitar con entusiasmo y simpatía á nuestros grandes pintores.

Allí están los mejores, aunque no con lo mejor que crearon. Allí está el gran Velázquez, el más pintor de los pintores, el coloso incomparable, mostrándonos su sobrio Felipe IV, sus dos meninas, sus

retratos hechos como por sí mismos, frescos de color como una rosa, nacidos de un solo enérgico trazo, exuberantes y justos, grises de un gris de plata,



MENINA DE VELÁZQUEZ

figuras plantadas sobre la tela por obra de su talento, y desesperación de sus crecientes discípulos; allí está Ribera, con el "Entierro de Cristo", "La adoración de los pastores", "El ermitaño" y otros grandes portentos, investigador incansable del dibujo, amante de las sombras y contrastes, pintor de los horribles sufrimientos, analítico espíritu de la carne y de los nervios, de los músculos y de las mismas entrañas del hombre, artista contándonos amargamente las miserias del cuerpo con la franqueza brutal de la verdad, y encontrando el placer de realista en las ruinas del hombre, como lo halla el romántico en las ruinas del tiempo; allí está Murillo con el "Milagro de San Diego", con el "Nacimiento de la Virgen",

con sus vírgenes deslumbrantes, seductor con su color rubio de oro viejo, ortodoxo más que místico soñador, maestro en la armonía de los tonos, elegante del éxtasis, evocador de un cielo espléndido de nubes sonrosadas y violetas, devoto de los ojos mirando á un más allá, naturaleza optimista encontrando en la tierra las bellezas de la gloria; allí está Zurbarán, con los "Funerales de un Obispo" y con "San Pedro Nolasco", pintor tétrico y severo, fúne-



ZURBARÁN: SAN PEDRO NOLASCO

bre corazón de artista que parece reunir con los dientes apretados de emoción, la línea característica, la silueta de un cráneo taciturno, las venas y nervios de una mano descarnada, y se complace en el profundo misterio de las cavernas hundidas de los ojos, en las comprimidas sienas, y en el color descompuesto de los muertos; allí Moro con el "Enano de Carlos V" y sus retratos palpitantes, figuras ma-

gistrales resucitadas en el lienzo, con la palabra en los labios y el pensamiento en la cabeza, pero con más vida artística que la que en vida tuvieron; allí está Goya, jugando con el color y haciendo brotar armonías y matices con la soltura de un maestro prodigioso; allí están, para honra de la antigua escuela española, contando lo que fuimos y al nivel donde llegamos en tiempos más venturosos.

Delante de ellos rezamos, y rezamos con sentidísima tristeza, al pensar que en España ya no hay artistas de los que valieron tanto, que perdimos el pasado y que miramos con la mayor ignorancia é indiferencia el porvenir, y delante de nuestros mayores, continuamos la peregrinación dichosa, perdidos en aquellas grandes salas y vergonzosos ante tanta obra maestra.



VAN-DYCK: RETRATO DEL DUQUE DE CUMBERLAND

Cuadros vemos, cuyo nombre tan sólo tiene patente de reliquia. Las obras de los pintores holandeses, interiores del norte, íntimos como un secreto,

mates, vibrantes de quietud. Van Ostade, Pieter de Hooch, Terburg, Van der Helst, Van der Meer, y otros no menos famosos; Rembrandt grandioso, con toda la fuerza y el genio de un verdadero coloso; Teniers, con sus características escenas, y otros



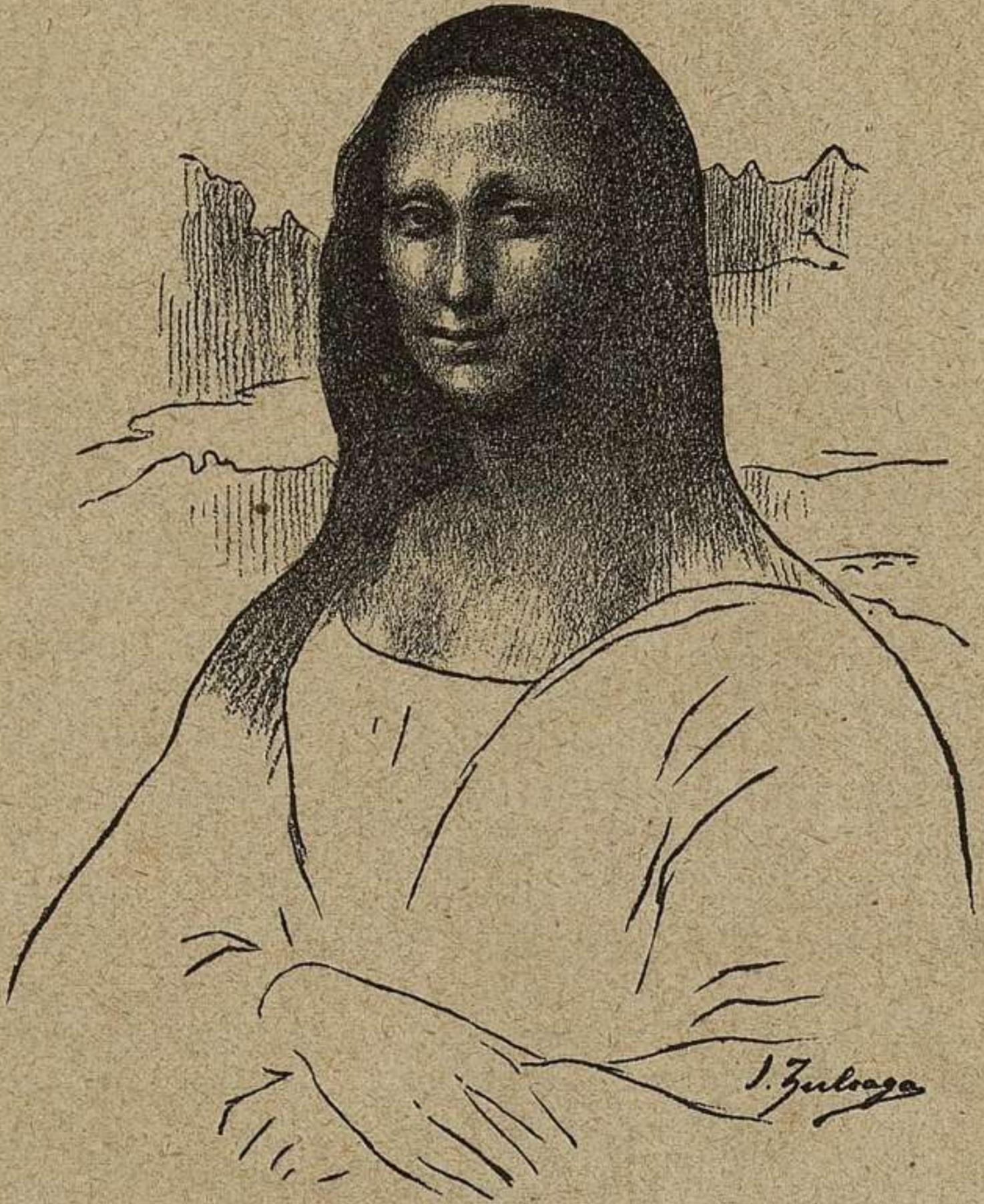
RAFAEL: RETRATO DE JUANA DE ARAGÓN

grandes también, de que no hablo por no pagarles con una sola mirada; luego siguen los retratos: los del Ticiano, los de Rubens, los de Van-Dyck, cuya sola citación evoca un recuerdo de gloria; los de

Holbein y Clouet, penetrantes observadores de la forma, el retrato de Descartes por Frans Hals; el de Juana de Aragón por Rafael; dos obras buenas entre las buenas, y tantas y tantas otras que espantan y entusiasman á un tiempo; luego, otros cuadros más; Correggio, Veronés, Morales, Guido Reni, Tiépolo y Miguel Angel, que vamos viendo y admirando uno á uno y que nos aturden los sentidos y nos gritan cosas bien dichas, con lenguaje siempre distinto, pero siempre con el lenguaje del talento, y que nos hacen brotar palabras de entusiasmo ó nos inspiran silencios repletos de reflexiones.

Delante del altar de Leonardo de Vinci, nos detenemos largo rato, pensativos. De él puedo decir, y quizás mejor obrara no diciendo otra cosa, que es para mí el artista que tal vez más veneración me ha inspirado. Sus obras son más que obras; son regalo al espíritu y á los ojos, son la emanación de un alma que dió la vida á sus cuadros, pero la vida de la divina sonrisa, de los ojos de gloria, de la íntima expresión del sentimiento. Pintor, escultor, poeta, arquitecto y músico al mismo tiempo, todo lo abarcó aquel genio, y en todo dejó trazas de su arte. La mirada de sus Virgenes tienen algo de la tristeza gris de la tierra y de la alegría azul del cielo, fundida en consorcio indescifrable; miran pidiendo y dando; suplican y atraen, como si su propio corazón estuviera visible en sus pupilas; la sonrisa de sus labios tiene la atracción del beso y el temor de la virtud, con líneas de bondad suprema y pliegues de inocente picardía; adivínase en sus manos el contacto de una mano cariñosa y revelan las frentes modeladas y bruñidas un pensamiento idealmente amoroso, sin pliegues de sufrimiento, ni nieblas de desengaños. Su Gioconda, sobre todo, inspira la confianza de un amigo, de un confesor, de un alma serena y tran-

quila, á quien confiar los más íntimos secretos que pasan como nubes en la mente; es el sueño del deseo de un artista como Leonardo de Vinci; es la ima-



LA GIOCONDA DE LEONARDO DE VINCI

gen de un espíritu hecho mujer y detenido en la tierra por obra maravillosa, y el paisaje de su fondo es aureola cernida en aquella visión santa, velo del aire que acaricia aquella obra y posa un beso de sombra en sus divinos cabellos.

Un beso sería nuestra oración, si á tanto nos atreviéramos delante de aquella imagen; un beso al arte, silencioso, un beso pidiendo amparo en el camino intrincado de la duda, pero seguimos la visita y llegamos al altar mayor del Louvre, al sagrario pictórico, al espejo del cielo donde están los primitivos.

Ellos son los de la época en que, según nos dice Huysmans, por vez primera y quizás última, el concepto divino fué entrevisto. En los cuadros primitivos el tono de las santas mujeres se vuelve transparente como la carne pascual, y son sus cabellos pálidos como doradas nubes del más delicioso incienso; hínchase apenas su pecho, son sus frentes redondas como vasos de custodias, estíranse sus dedos, y se lanzan sus cuerpos como delgadas columnas. Su belleza se vuelve una belleza litúrgica, parecen vivir en el fuego de los ventanales góticos, robando á las llamas inflamadas la corona de aureolas, el color azul de sus ojos, las brasas apagadas de sus labios, y guardando para con sus trajes, los colores despreciados á sus carnes, despojándolas de reflejos, apagándolas, para llevar toda la luz á las telas del ropaje, con tonos callados y opacos, que ayudan, por su contraste, á poner en relieve la seráfica luz de la mirada, el doliente candor de la boca que perfuma, el sabor de lirio de los cánticos ó el penitencial olor de mirra de los salmos. Humildes pintores del claustro, los pintores primitivos son como almas sin carne, como espíritus alados, trabajando en sus códices de fe, despreciando los hombres y cumpliendo una misión; son poetas del cielo que esperan en la tierra trabajando y dejándonos sus obras por olvido, al remontarse á la Gloria, y allí, en el Louvre, las vemos unas al lado de otras; la de Fra Filippo Lippi, Gaddi, Giotto, Cimabue y

Guirlandajo, de la escuela florentina; las de Van Eyck y Memling, Mantegna y Lorenzo de Credi, todos unidos en un haz de misticismo; allí están presididos por el Santo Beato Angélico con su "Coronación de la Virgen", delicadeza sublime, obra pintada por ángeles, retablo nacido en éxtasis, que nos eleva el pensamiento á las regiones de una vaguedad sin límites y nos aleja del mundo de los hombres.

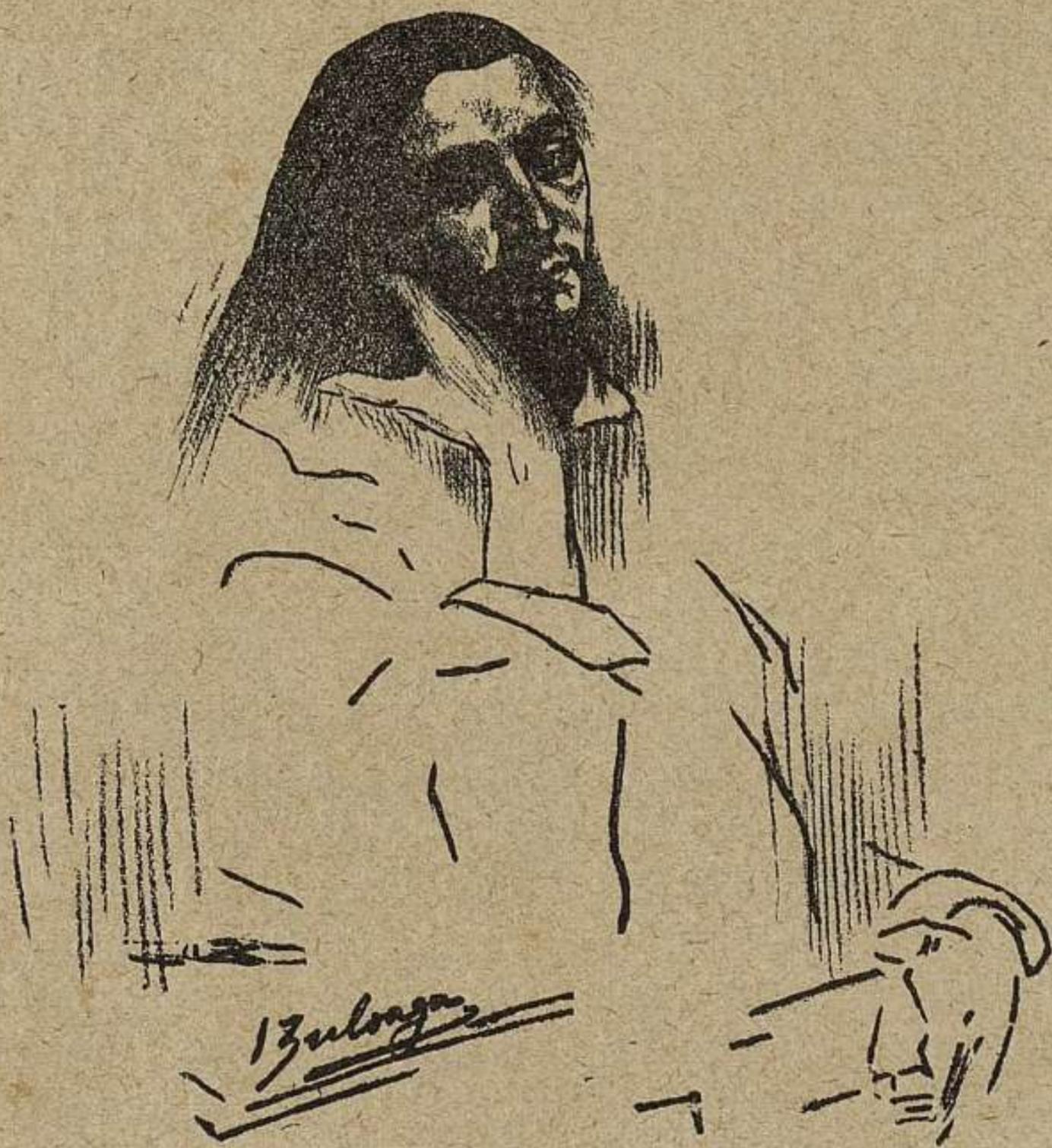


BEATO ANGÉLICO (*fragmento*)

Pasamos, por fin, al salón de los pintores modernos, y allí hacemos la plegaria al Porvenir, y todo el camino que el arte moderno ha seguido lo seguimos guiados por los pasos de las obras, que, cual mojones de esa peregrinación que hacemos, señalan los adelantos. Vemos á David y le vemos rompiendo lanzas con sus pasados, glacial en su clásico dibujo; vemos á Delacroix y lo admiramos, y lo sentimos exuberante de fuerza, potente de imaginación, romántico y vigoroso; con Courbet asistimos á la aurora del aire libre que empieza á deslizarse en los cuadros; en pleno aire de campo encontramos á Millet y se nos muestra Corot como maestro del paisaje, habilísimo en retener en la tela las sùtiles transparencias de la atmósfera, como precursor espléndido de las glorias de más tarde.

Tarde es ya, cuando salimos de aquella oración del domingo, cansado el cuerpo, pero más conmovido el espíritu, y seguimos al lado del Sena, pensativos, aturdidos de aquel mundo que hemos visto, é

intrigados del mundo que ha de venir. ¡Quién sabe, nos preguntamos andando, si á los hombres de hoy



RETRATO DE COURBET, (*por él mismo*)

nos faltan ideales! si andamos sin fe, hacia un porvenir incierto! si la ciencia mata al arte y la civilización lo empequeñece! No importa, nos decimos, para darnos esperanza —sea cual fuere el camino (si él es bueno) hay que seguir adelante, ya que el mundo no puede retroceder.... y contentos de este consuelo interino y de haber santificado la fiesta, llegamos á nuestra dichosa isla.

IV

La clase de noche

Un salto de los que no son mortales, dos, tres y cuatro, y los cuatro mosqueteros de la isla, sin mosquete y sin intenciones belicosas, como tenían aquellos cuatro majaderos memorables, asaltamos el ómnibus que conduce á la academia, en el momento preciso de pasar por delante de Notre Dame, con grande estruendo ocasionado por el soberbio edificio, que sirve de caja sonora al vehículo *andante* furioso. Gran campanilleo al entrar, pago de frente y cambio de calderilla, y sin más operaciones, tenemos derecho reconocido á sentarnos ó á quedarnos en pie, si así lo juzgamos prudente.

Si nieva, como acontece más veces de las que señala el calendario, nos entramos en los bajos interiores de aquella casa con ruedas; si ni tan siquiera llueve, nos quedamos en el patio, llamado plataforma por mal nombre, y si hace luna, por poco que ella sea de la clase de poéticas y se muestre en son de balada ó nos prometa lucirse haciendo maniobrar las nubes con lucimiento de luces é intervención de comparsería de estrellas, subimos al imperial y ganamos 15 céntimos de poesía por cabeza.

En el interior del ómnibus se puede observar que todo el mundo tiene aires de persona reflexiva. Será el aburrimiento ó lo que sea, pero es el caso que las naturalezas más ligeras, las mujeres de esas llamadas airadas, las cabezas de pájaro, todas tienen una seriedad que sólo dura mientras van en el glorioso vehículo. Diríase que un ómnibus es una casa de filósofos que cambia de domicilio, la cátedra del silencio, la mansión ambulante de una máquina pensadora, ó también podría ser, (y si lo niegan que lo nieguen), que como es tan fugaz ¡ay! la vida en las grandes capitales, y como son tan pocos los momentos que al hombre le quedan para pensar, aprovechan aquel *sport* para meditar sus cosas, empezando al subir un pensamiento y dejándolo á punto de entregar ó meditado, al cabo de la jornada. El caso es que, con ojos de merluza, todo el mundo se observa de un modo escudriñador en esos ómnibus fugaces; que hombres, mujeres y niños y hasta soldados se miran como cosas curiosas, y se estudian con aire de persona pensativa, en tanto que el mueble sin cesar navega por el piélago inmenso de la villa.

En la parte de fuera, navegando aún, ya el piélago se domina mayormente, y la villa es otra cosa. Desde allí podemos enterarnos de todas las fases del país que se recorre, de los accidentes del terreno, de la topografía y demás cosas curiosas; podemos observar que París es poco montañoso, muy poblado, que hay minas de piedras preciosas y que en él abunda la caza, que el viajero encuentra muchas posadas, ventas y ventorrillos donde tomar un refrigerio, ya que el francés es hombre dado á la comida, y que el país es rico en mujeres y en verduras, pues no hay palmo de terreno que no esté cultivado; podemos ver que, dejando el país latino á las espaldas, seguimos la carretera de Rivoli y por la

vía de la Opera continuamos hasta la misma Trinidad, donde el que quiere puede dejar las maletas; que allí, como en las antiguas diligencias, el que prefiere ir á pie puede hacerlo para no cansar el ganado, que ha de subir una gran cuesta, y otras cosas podríamos relatar, á no tener que llegar á la academia de noche en compañía del lector, cansado ya de viajar, él en artículo y en carruaje nosotros, y no temer el perdernos tan lejos ya de la isla y tan enredados ya en el negro continente.

Allí en Clichy está la academia titulada "Sociedad de la paleta", y allí llegamos, por fin, y allí entramos, dando las buenas noches la mayor parte de las veces. El local no puede ser más sencillo ni más revuelto al mismo tiempo. No es posible que en menos cosas pueda haber más desórden, ni mas útil desbarajuste en la casa. Una mesa administradora, con su quinqué de rompe y pon y sus libros con nuestros nombres apuntados; en las paredes *academias* de los chicos de provecho, pesos de mucho peso para ser levantados por los aficionados á la gimnasia de salón; alguna fotografía, la gran estufa, como pieza principal, comiendo carbón toda la noche y echando calor por su vientre, y en el centro el modelo, puesto en guardia, rodeado de sillas, de bancos y caballetes, con todo el personal buscándole líneas, contornos y claroscuros que debe tener sin duda y que nos hacen bregar en fila, como pobres condenados.

Es la "Sociedad de la Paleta" una academia libre, si libre se puede llamar un lugar donde se paga. Consistirá sin duda la libertad de aquella casa, en que se puede hablar sin pedir permiso al prójimo, en que se puede echar al suelo toda reputación de pintor sin encomendarse á Dios ni al diablo, en que se puede atropellar á los amigos ausentes, y en que el

que quiere aprender aprende, si nació con facilidades propicias. Por lo demás, no solamente no es libre, sino que á muchos les es penoso á causa de la broma que han de aguantar al principio, que no resulta muy incómoda la mayor parte de las veces.



Es el caso— y cuento estos detalles por ser exacto en el relato de costumbres— que átanle á uno con el esqueleto y le tienen dos horas en tan agradable compañía; píntanles de azul á otros, á éste le encierran en un cuarto, le examinan sus facultades á aquél, y á muchos les hacen pagar el refrigerio para honra y provecho del arte y satisfacción del estómago de toda la compañía. Entre otros, un día llegó de nuevo un jovencito pálido como un Greco, ojerizo, endeble, y llevando sobre su cráneo-lustrosas y bien cuidadas melenas, que le daban

el aspecto de un poeta de los que se usaban antes. Al verle, ya previmos el porvenir que le aguardaba, y temblamos por sus cabellos. Realmente, se reunió la comisión sin pérdida de tiempo y, atando al reo convicto y cuasi confeso de llevar tal adición á su testa, fué llamado un barbero, y allí mismo se consumó el sacrificio de cortarle las poéticas melenas. No chistaba la víctima, sumisa, y su cabeza se volvía tan pequeña, pero tanto, que hubo un momento en que creíamos que se cortaba más cosa de lo pactado; entonces la comisión, acudiendo ella misma en persona, con cuatro tijeretazos adelantó la obra empezada por el Fígaro, dejando aquello lleno de surcos y claros, con cada lunar blanco y grande como pieza de diez céntimos.

En cambio, la entrada de uno de los concurrentes fué una entrada á sangre y fuego. En cuanto vió á la Comisión que se acercaba, previendo que ya iban á prenderle para llevarle al castigo, encogió su fuerte musculatura, agachóse y, echando una serie de puñetazos á los cuatro puntos cardinales, obligó á formar el cuadro de guerra, á estilo de Waterloo, á toda aquella Comisión que hasta entonces lo formaba de pintura. Uno de aquellos golpes, el más fuerte sin duda, fué á caer entre ojos y nariz de un súbdito auténtico de la virginal América. Disgustóle esto en gran manera, é implorando á sus brazos para que le dieran fuerzas, acometió al *gladiator*, paróle éste, quiso pegarle él, no lo quiso el *academista* en cuestión, y de estas resultas y estragos recibió otra vez el americano tres porrazos más de tal estima, que se los llevó á las Américas en memoria y ex-voto de aquella terrible jornada.

Estas defensas son raras,—sin embargo,—y los castigos consisten en mortificar al individuo paciente. Así á otro *academista* de carácter poco amigo de ora-

torias, le hicieron hablar durante un cuarto de hora, comprendiendo cuánto le hacían sufrir con el castigo; si entrara Moret ó Romero, ó Castelar, ú otro orador español, le harían callar tres días; á éstos le hacen trabajar, holgar á aquéllos, y se busca el sufrimiento de las almas sin perjuicio de la salud de los cuerpos que, después de todo, como dicen autores muy concienzudos, es la prenda más amable.

Por estos trámites va entrando en la academia toda la variedad de clases y de especies de pintores con que cuenta la gran familia del arte. Entran las señoritas artistas, lo menos mujer posible, raza indefinible, perdiendo la fragancia de su sexo en aquellos bancos sudados, mirando con ojos de hombre, en vez de ser miradas por sus ojos de mujer, admiradoras más que admirables criaturas, seres neutros que la civilización ha creado con biberón de progreso; entran los extranjeros, norteamericanos, tiesos como postes telegráficos, constantes trabajadores, tercos, amantes de sí mismos; los ingleses, amigos de hablar poco y de nadie más; los austriacos y alemanes, fríos hijos del Norte, soñando y durmiéndose casi delante de su dibujo; los italianos y españoles, habladores en demasía, entusiastas de lo bueno y de lo malo, amantes caprichosos hoy de esta escuela, y de otra al día siguiente, armadores de juergas, ya en negro mal humor ó en bacanales desechas; los americanos del Sud, meticulosos de su arte, enclenques de talento, artistas degenerados y excelentes soñadores; entran los pensionados, llegados de tierras lejanas que no se encuentran en el mapa, con algunas pesetas mensuales arrancadas á un benévolo Ayuntamiento que quiere genio en su pueblo; los *rapins* de París, viviendo de *arlequins*, ó sea desechos de fonda, comprados en el mercado, y de la carne del prójimo; los aficionados *chics*

acechando á los amigos que están necesitados para comprarles un estudio á bajo precio; algún viejo para ver á las modelos; los verdaderos artistas y modestos trabajadores, todos revueltos y mezclados y unidos bajo la luz que ilumina la figura inmóvil en su tarima, como ser condenado al hipnotismo.

Dibujando todos, allí está el discípulo aprovechado, el querido y mimado del maestro, ser incansable copiando musculaturas desde su más tierna infancia, capaz de hacer la *vera efigie* del modelo, pero inservible para dejar sentir una emoción en sus cuadros; allí está el que busca el conjunto, haciendo grandes rasgos de arriba á bajo del *Ingres*, modelando carbón con el pincel, apartándose de vez en cuando para ver el efecto de su obra; allí está el detallista encariñado en una mano, llegando al sábado con la tristeza de no haber podido terminar dos ó tres uñas de su estudio; el principiante ensuciándose dedos y cara y papel, y todo y á todos los que se encuentran al alcance de sus terribles desmanes; el que domina su oficio, trabajando poco y con grandes precauciones; el distraído que no repara que ha cambiado de sitio y continúa trabajando á su capricho; y el paciente, que sigue la lucha con el disfuminado después de marcharse el modelo, hasta que le dejan á obscuras y le echan de allí como un trasnochador calavera; y todo este personal, con ser tan incongruente, tiene un cierto parentesco de academia, un cierto amaneramiento, una tendencia á unificarse y á formar juntos escuela... y en esto consiste el peligro de estas casas de dibujo.

En medio de estas batallas por la forma, es cosa de ser oídos los escándalos que allí se arman, las batallas que se libran y las luchas y jaleos que explotan lo mismo que tempestades. Días hay en que algún nombre de pintor cae en aquel redondel, y es

preciso ver del modo que sale descuartizado, mordido, maltrecho y sin pizca de talento; uno combate el color, otro la forma, aquél la tendencia, y éste la



educación, y no hay quien no se lleve un pedazo entre dientes, para comerlo y rumiarlo más tarde en las horas del silencio; días hay que, discutiendo una escuela, se levantan tableros en forma de terribles amenazas, días, que dos salen desafiados en defensa de artistas muertos desde hace cuatro siglos, días que nadie se atreve á hablar, de tal modo está la atmósfera cargada, y días en fin que corre un aire de pugilato, y días que aquello parece uu orfeón inco-

herente, de tal modo las canciones repercuten en la sala con espanto del modelo. Baladas suecas y cantos populares de la Escocia únense con la entusiasta Marsellesa; la marcha real española mézclase con la marcha rusa, la *filla del Marxant* con el Guernicako-arbola, y toda aquella inmensa gritería recuerda una exposición de cuadros, en la cual canta cada obra su nota con espanto del que no sabe exteriorizarse y cantar solo su canción, para tomar parte en el coro.



Los viernes viene el maestro á corregir y entonces hay un momento de absolutísimo silencio. Mientras pasa alargando brazos ó estirando piernas del dibujo que corrige, reina como un estupor, un murmullo de iglesia, un respeto profundo; pero apenas se ha marchado, vuelve el jaleo de antes, el trabajo

frenético, las discusiones sin fin, y los gritos aquellos que se prolongan sin *tasa* hasta que el sábado llega. Entonces, en relativo silencio, pasan en fila los modelos entre quienes hay que escoger el mejor para la próxima semana, los cuales desnudándose al lado de la gran estufa, y como bandada de indios van subiendo á la tarima.

Pasa el modelo italiano, de luengas barbas y cabellos y de *pose* premeditada; se queda con una mano clavada en el corazón y la mirada en el cielo; pasa la triste modelo de oficio, cansada ya de rodar por los estudios, mirando sin ver á los que la miran, vaga aparición del fastidio, cuerpo sin luz, espléndido y pobre recurso del arte; pasa la modelo inexperta con carmines de rubor, y pasa el modelo Hércules, *tatuado* de brazos, corpulento como un monte, frunciendo el entrecejo y comprimiendo los brazos, para poner en relieve sus biceps artificiales; pasan como un desfile los modelos á lo Rubens, las cabezas peinadas á lo Rafael de *rapin*, las místicas á lo bulevar exterior, las largas y estiradas simbolistas, la ruda Juana de Arco; pasan las ninfas de azúcar enseñadas á bruñirse en el taller de Bouguerau, las rojas cabelleras de Besnard, las payesas de *trottoir* del minucioso Lepage, los hombres de la edad de piedra de Cormon, las de la edad del vicio de Forain, y las enclenques criaturas violetas de Aman Jean, y pasan unas cual recuerdos de obras vistas ya realizadas y otras como vagas esperanzas, como ideas matrices de concepciones soñadas, como pasta de carne para hacer arte con ellas, como pobres maniqués y medios de inspiración y moldes de obras maestras.

Y sin recordar un momento que todo aquello son hombres y son, sobre todo, mujeres, levántase la mano, negativa; grítanse allí sus defectos como in-

sultos y á su cara se vota su hermosura ó su fealdad y se las rechaza sin compasión del estudio.

¡Pobrecitas! Creer que están curtidas, á esta votación cruel, á este íntimo desaire, es un engaño que el pintor se hace á si mismo. No en vano á una mujer se le niega el dón supremo de la belleza que adora, sin que llore un bien perdido. Prueba de ello, fué que un día, saliendo todo el mundo en tremenda gritería como siempre, oímos una mujer que lloraba al lado de la gran estufa, y por cierto que lloraba amargamente. ¡No sirvo ya! ¡No sirvo ya! nos dijo con la tristeza infinita de un ocaso sin aurora.

Era verdad. Para lo único que hubiera podido servir, realmente ¡no servia! ¿Pero, qué hacer? si el arte no tiene entrañas.

V

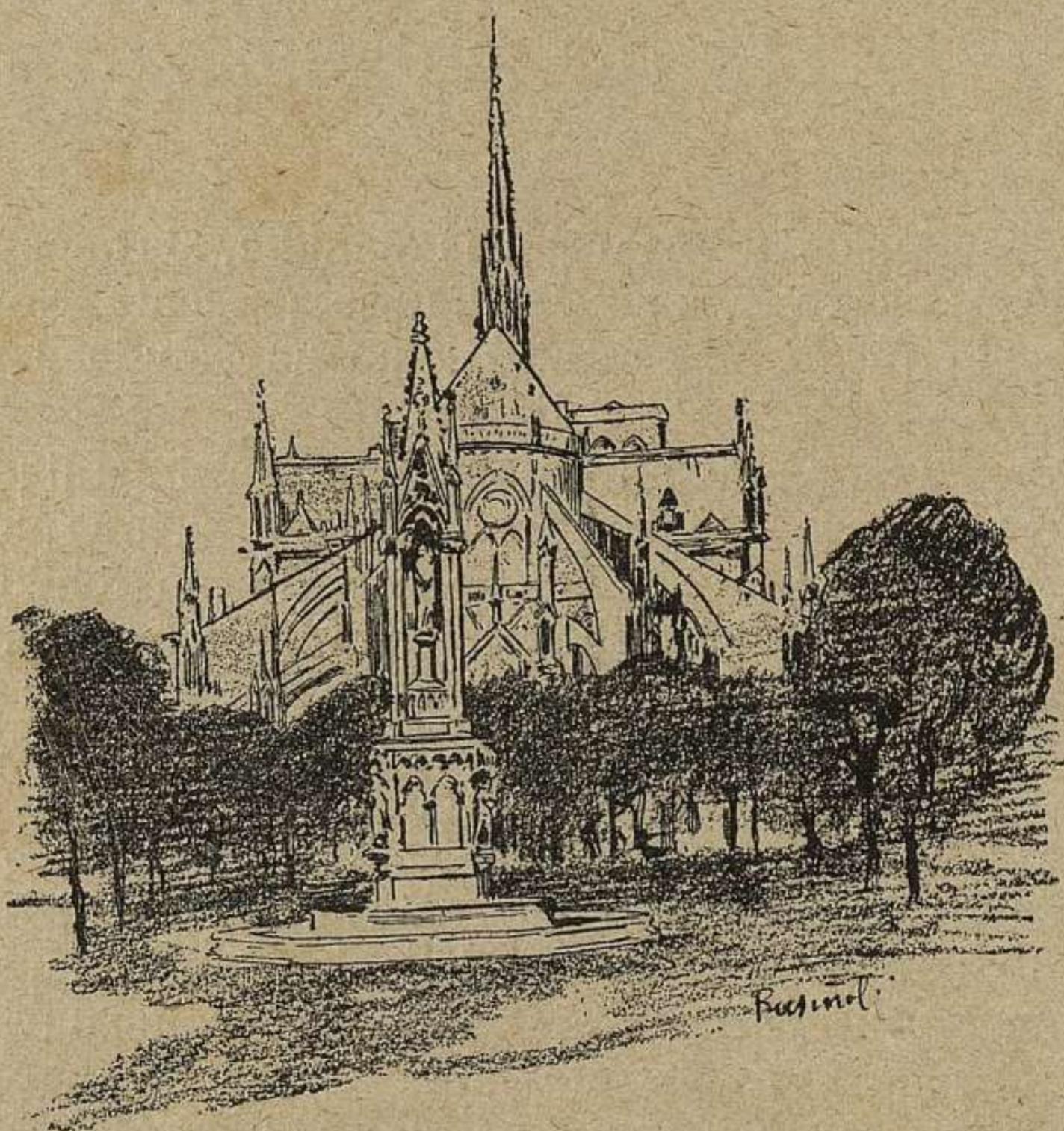
La isla mística

Cuando, al despertar por la mañana, abrimos los postigos para ver la luz del día, se presenta Notre Dame detrás de los cristales como un saludo á los ojos.

De allí no ha de moverse ¡la augusta silueta! ¡allí hemos de verla á todas horas, la hermosa, la espléndida catedral! ¡allí la contemplamos como fondo á nuestra vida de isla; como plácida sombra, y aun sentimos el amparo de su mole cuando la luz se apaga y muere el día tan casto y tan hermoso en estos días del empedernido invierno.

Al levantarnos, para ella es el primer saludo que enviamos. Envuelta todavía en un sudario de niebla, vaga y vaporosa como un reflejo de ella misma, sin contornos y sin relieves, la entrevemos como nacida del Sena, la miramos dibujarse lentamente, surgir el ábside, desabrigarse su flecha, estirar las dos torres hácia el cielo, cual dos brazos desperezándose á la luz de la mañana y echar de sus espaldas la neblina. Libre de ella, cuando se aleja arrastrándose por la corriente del río, vemos crecer sus encantos

y dibujarse sus secretos, detallarse sus bordados y volverse joya cincelada; en su ábside sus largas piernas de crustáceo apoyadas en el suelo, en sus espaldas sus cresterías pizarrosas, en sus montantes sus siluetas de vírgenes y santos cobijados en sus íntimas capillas, dragones y grifos y animales fantásticos, agarrados en sus costados macizos, figuras solitarias sobre el cielo, frágiles ojivas y ventanales esbeltos, todo liado en haz de perfecto conjunto en sinfonía de líneas.



En pleno mediodía, vemos el sol de invierno posarse sobre ella en pobres rayos enfermos y marcar, en sus relieves, esos azules sin color y esos

violetas sin fuerza, que más pintan que iluminan; vemos tornarla ultramar y recibir las llamaradas de fuego del sol que va al ocaso en los vidrios de sus larguiruchas ventanas, y la vemos por la noche tan cerca de las estrellas, que algunas parecen luces de plata encendidas en sus mismos campanarios.



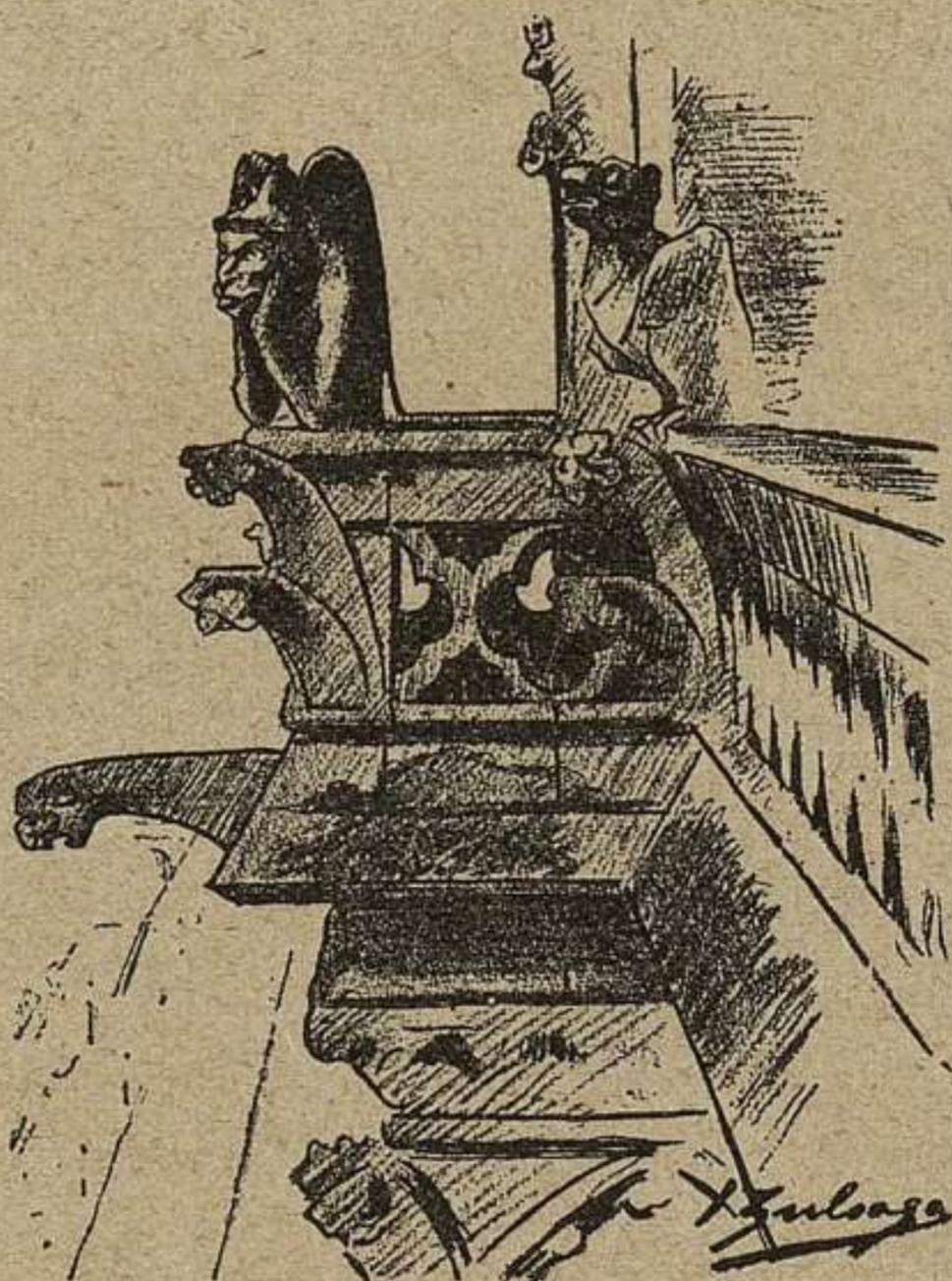
No sé si tendrán alma los edificios, pero de que este la tiene estoy seguro. Tiene un alma grande y triste como un nocturno, un alma misteriosa y gris como su misma patina, el alma del roce de tantas almas como han orado en sus pliegues y la de tantos artistas que la han dejado en sus piedras. Su color, que es de luto, inspira encanto y temor de cosa grande, recibe el aire cual pobre convaleciente sin que el oro de la luz pinte jamás de rosa y ocre

ese cuerpo de téticas y perfectas proporciones; le sienta mejor la melancólica sombra de las nubes y la niebla que los rayos del sol y los azules del cielo, y en su paz parecen pintarse alegrías y dolores como en cuerpo sensible, lágrimas con la lluvia, temblores al contacto de los blancos copos de nieve, crujimiento de huesos con el frío de las grandes heladas del invierno.

¡Qué gran cosa, tener la joya de un alma así, donde mirar, cuando la suerte depara tantas líneas antipáticas como fondos de ventanas de la vida! Salir á respirar el aire y recibirlo impregnado de la santa poesía que ha recogido en el camino ¡soltar la mirada á la luz sin temor de que se nos vuelva cansada de lo que ha visto y nos cuente las mil fealdades que el hombre acumula sobre la tierra! ¡Tener Notre Dame delante! ¡Tener por cortinaje de los vidrios esa gótica montaña es como tener un libro abierto todo el día á nuestros ojos, pero un libro escrito por santos y encuadernado por genios, un libro lleno de dulces palabras é iluminados de saber é inspiración; es tener sobre la mesa la sinfonía de piedra, la obra colosal de un hombre y de todo un pueblo á la vez, “la hermana de la Iliada;” el producto prodigioso de las fuerzas reunidas de toda una época pasada, en la que se ve brotar la fantasía del obrero disciplinada por el genio del artista, especie de creación humana, poderosa y fecunda como creación divina, es tener algo sublime donde verse pequeñísimo punto de mira, solemne para estímulo de trabajo y muerte de vanidades estúpidas.

Ella enseña, aquí detrás de los cristales, lo que puede la fé de un pueblo que tiene ideales que cumplir, y el modo inspirado y bello como ha sabido cumplirlos; la unión de millares de pensamientos en

comunión de trabajo, elaborando juntos su obra y subiéndola en peregrinación de artistas hasta coronarla en la cruz de la veleta, el incógnito de tantos amantes de su arte, poniendo el talento en cada piedra, como quien pone un ex-voto de la idea y ocultando el nombre en la tierra, con la dulce esperanza



de hallarlo en letras de luz en el libro de la gloria; ella enseña la donación de sí propio en aras del edificio, el santo amor á la obra, el gran amor al misticismo que eleva el pensamiento á lo lejos, á lo más lejos posible de la tierra, con esperanza por alas y ambición de consuelo en lo ignorado.

Notre Dame es isla dentro de otra isla, corazón enclavado en el corazón del continente, y por serlo la queremos. En ella, mil veces más que en la nuestra, el hombre encuentra aquel refugio de que hablábamos, y dichoso ha de ser el iniciado en aquel su-

blime espíritu, cuando ya tanto enamora á los que sólo sabemos admirar su hermoso é inspirado cuerpo. Es isla aquella de náufragos, refugio de pecadores, isla con tristes orillas y vegetación frondosa, puerto de la geografía de ultratumba, hecho para orar ó despertar la admiración á los que oran; para aprender á querer sin los límites de lo finito, para soñar en cosas grandes; es casa aquella para sentir sublimidades, sin que se rían los hombres; para soltar el pensamiento sin temor de tropiezos miserables, para hallar el consuelo de la religión los unos y los otros los del arte, para vivir preso en un refugio sin puertas.

Al salir á la calle, cuantas veces el aroma de sus flores nos atrae, y nos sentamos en sus pórticos respirando arte en su sombra, antes de ir hacia ese París inquieto! Cuántas veces, pasando, nos detenemos delante de un detalle indescifrable, de una flor que no habíamos observado, de un grifo que parece observarnos con los ojos vacíos, de una lápida sepulcral misteriosa! Cuantas veces acortamos el paso, para oír la orquesta de las campanas, tristes unas como voces de minarete, solemnes otras como voces de la muerte y vemos voltearlas en la cima y abrir su inmensa boca, rodeadas de pájaros en gracioso remolino! Bien sabes, catedral! que no hay día que no recibas nuestra mirada, cuando no es nuestra visita! que no te veamos como joya, que no pensemos en los muertos que te hicieron, para admiración del mundo!

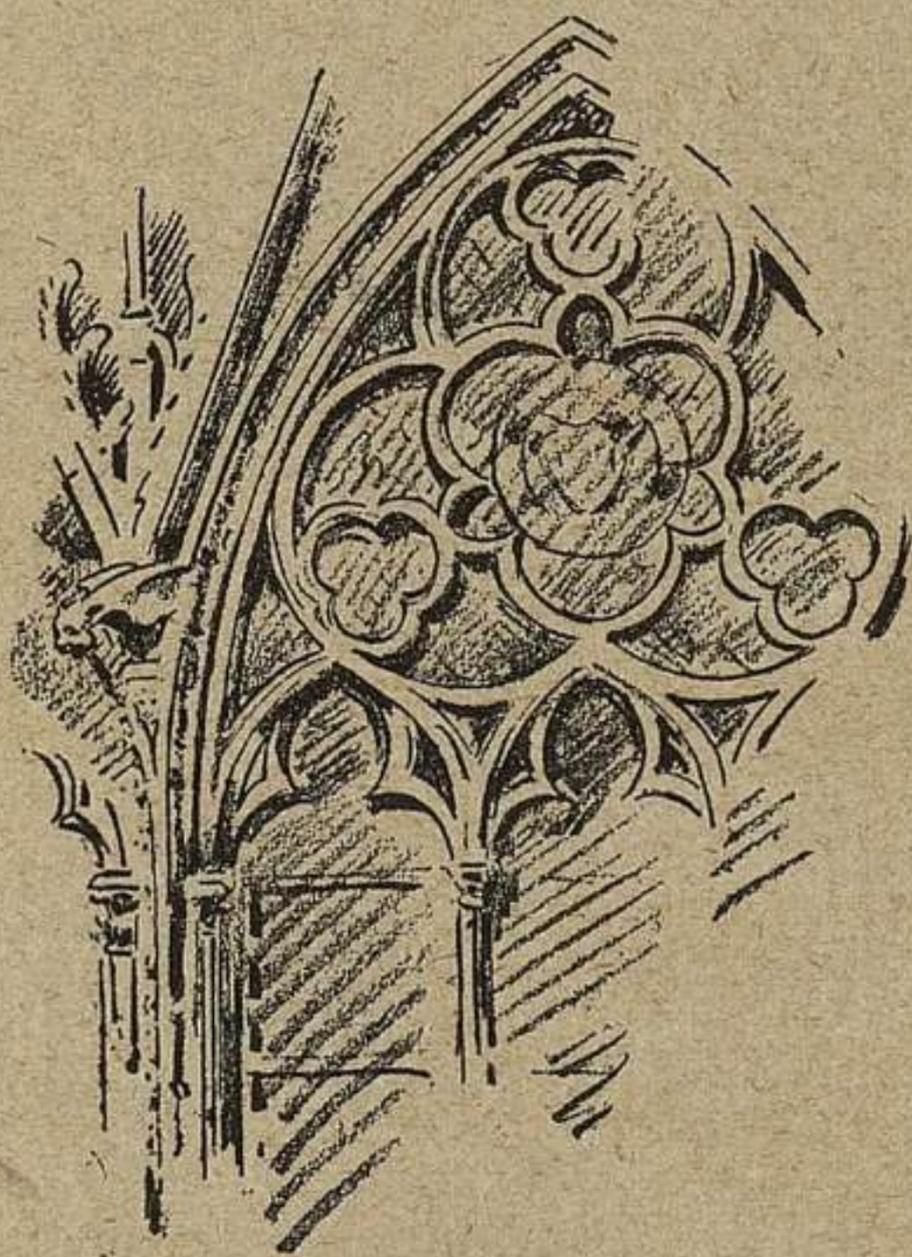
Unas veces nos vamos á contemplar tu fachada, y nos pasamos horas enteras tratando de descifrar los enigmas que guardan tus figuras, sintiéndonos subyugados por tus dos robustas torres, examinando tus puertas majestuosas. Son tres, y las tres hermosísimas; la del juicio en el centro, la de Santa

Ana á la derecha, á la izquierda la de la Virgen. En la primera vemos la gran figura de Cristo, un Cristo de piedra, enfermizo, rodeado de los apóstoles, de las virtudes que conducen al paraíso, de los vicios que precipitan al infierno; sobre el umbral, el Hijo de



Dios sentado en gloria de piedra; alrededor, los ángeles y los Poderosos del cielo, los Profetas, los Mártires, los Doctores y las Vírgenes. Bajo los pies de Cristo, la pobre humanidad, en un haz apretado, sale de la negra tumba al son de una arpa; á la derecha los Elegidos guardados por los Angeles, á izquierda los Réprobos cayendo en las llamas del Infierno, atraídos por el Diablo; debajo de los apóstoles, más emblemas aún y más medallones, más atributos y simbolismos misteriosos, los Vicios y las Virtudes, la Esperanza y la Desesperación, la Sabiduría y la Locura, la Humanidad y el Orgullo, la Perseverancia y la Inconstancia, la Concordia y la Discordia, y otros emblemas que no llego á descifrar por lo

enigmáticos; las vírgenes santas con sus lámparas encendidas y las vírgenes locas con las lámparas apagadas. Abraham y Job, Nemrod y otros mártires y otros profetas, y allí arriba, siguiendo las estrías y los nervios de los arcos, los Elegidos y Patriarcas, la Muerte montada en el flaco caballo apocalíptico, llevando el invierno á cuestras, serpientes y condenados sumidos en los más terribles suplicios; más arriba aún, el Hambre y la Guerra, y en lo más alto, rodeado de su corte, Jesucristo en su gloria, entre nubes de encaje y cresterías de piedra.



En la puerta de la izquierda, admiramos la virgen gótica por excelencia, inclinada hacia un lado en graciosa postura, largo el cuello como el talle de un debil lirio, recios los pliegues y amorosamente cuidados por la mano del artista, cobijada bajo un cofre simbolizando el arca de la Alianza, y rodeado de los Profetas que anuncia-

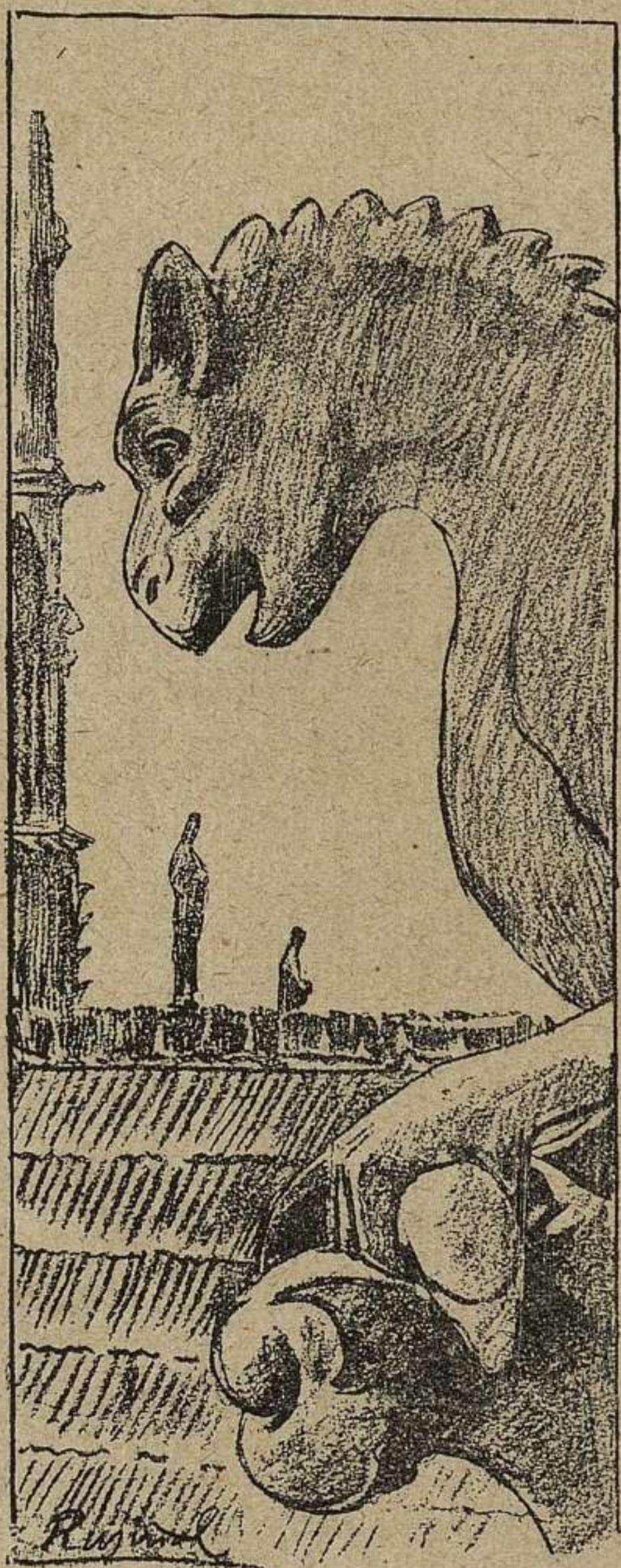
ron la llegada y las glorias de María; y que figuras de piedra, forman allí su corte, bajo los pliegues del arco; vemos la de Santa Ana á la derecha, rodeada de torres y fortalezas, y vemos en las tres puertas las piezas de cerrajería más hermosas que se labraron en los siglos medioevales, y que hicieron dudar al pueblo que aquel portentoso de hierro saliera de las ma-

nos de los hombres, atribuyéndolas á la intervención del Diablo, y llamando Biscornette al forjador de tales obras maestras. Sobre ellas levántase la mirada para ir leyendo hacia el cielo y admírase la galería de los Reyes, donde en veinte y ocho arcos formando otras tantas capillas y cobijadas en ellas, las estátuas, sobrias, majestuosas y solemnes, guardando, cual soberanos centinelas, la entrada de aquella casa. Más alta aún la galería, es terrado que da al descanso de la línea y deja reposar los ojos que ven como punto de armonía, Adán á un lado, Eva al opuesto, y en el centro una vírgen con dos ángeles simbólicos; una serie aún de arcos de puro estilo ojival sostenidos más por milagro que por sus esbeltas columnas, y allá cerca de las nubes, la corona de las dos torres cuadradas, y posadas en ellas un mundo fantástico de grifos, elefantes, dragones, cigüeñas y reptiles, mirando abajo atraídos por el vértigo.

Otras veces, damos la vuelta á la iglesia deteniéndonos á orillas de aquella isla, y nos sentamos en el jardín de su ábside. Todo es paz y reposo en aquel poético sitio. Rodeado del Sena, apenas se oye el ruido del gran París á lo lejos, que llega como respiración de un eco, como cansancio de un pueblo.

Grandes árboles dan sombra á la catedral, y ella da sombra á los árboles; y los troncos y los contrafuertes, todos de color de acero, se confunden en maridaje de tonos y en trabazón de líneas raras; en el suelo yacen fragmentos del templo, derribados por el tiempo y por los hombres, y dan al sitio un carácter de museo al aire libre, de lugar íntimo y recogido, de oasis de tregua al viandante. Allí aspiramos ese aire gris de las ruinas... mezcla de humedad y olor de yedra que entra en el alma sin pasar por los sentidos; allí vemos figuras, libro en mano,

buscando aquel desierto de París para estudiar lejos del mundo lo que al mundo han de contarle más

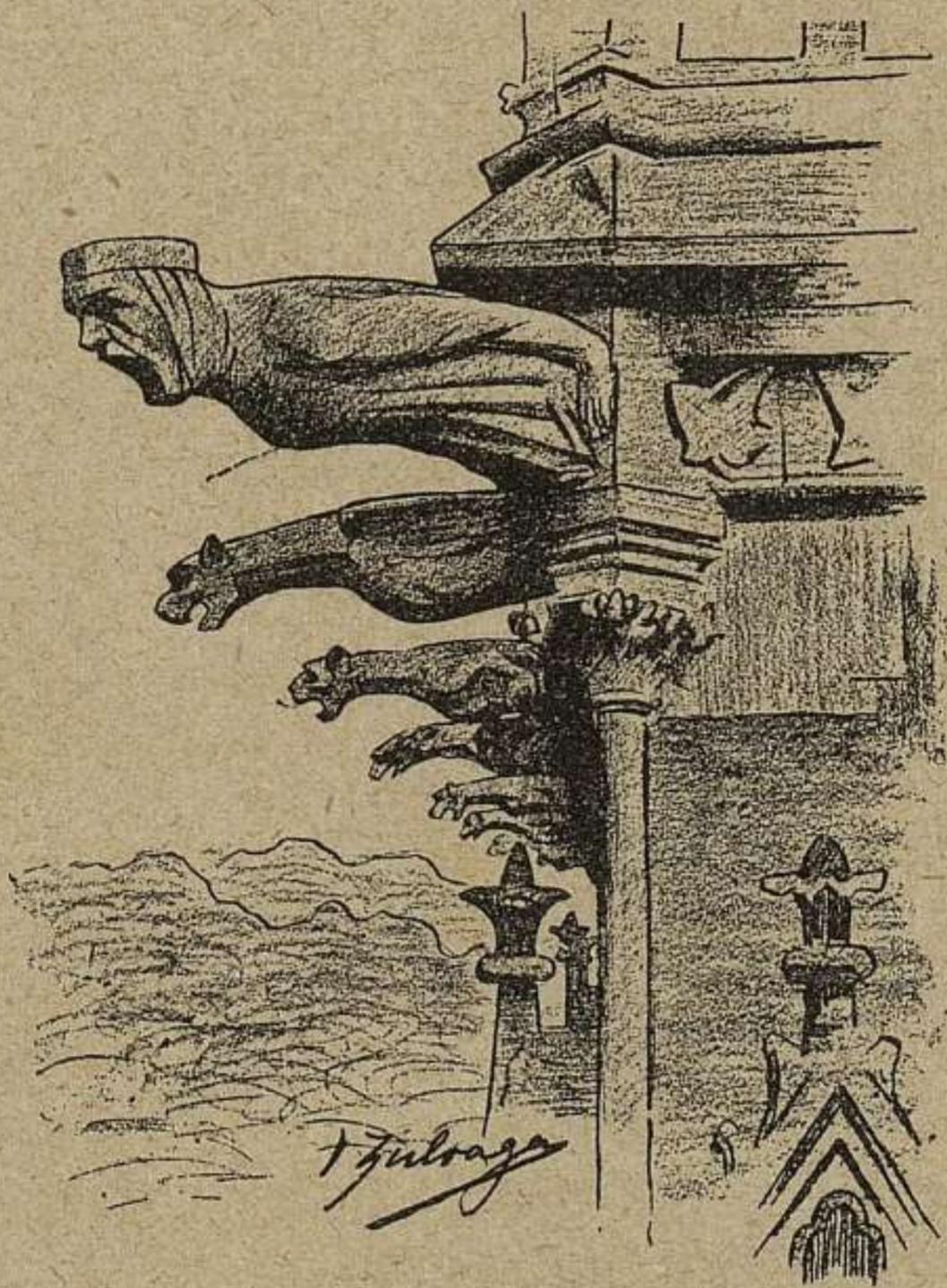


tarde, y allí, pobres pigmeos, también sentimos anhelosos deseos de estudio, pero de estudio solitario, invitados por esos héroes anónimos que labraron la hermosa obra de arte que se levanta delante de nuestros ojos, como precioso ejemplo.

A veces entramos desde allí, dentro de la iglesia y su grandeza es otra sensación que nos reserva nuestra isla. Qué conjunto maravilloso !Qué magia de armonía y qué soplo de genio para hacer brotar aquel bosque de columnas y darles savia con que enlazarse en el aire en abrazo sin brazos y en beso de arquitectura! Qué limbo aquel de luz misteriosa ¡qué cautela

en dejar entrar sus rayos mitigados en mariposeo

de vidrios y qué dulce fantasía de primores! Se advierte allí que el hombre, cuando se olvida que lo es, puede hacer grandes portentos, que la mente se hizo para creer en algo maravilloso, y que, creyendo, tan sólo se lanzan esas obras paridas del pensamiento. El mismo descanso de que disfrutaban los ojos á la opaca luz de la tarde, lo siente allí el



espíritu entre el sosiego aquel de medias tintas y cantos á media voz. Goza allí la razón, disfrutaban los oídos la placidez del reposo, y los sentidos se paran y dejan dormir el alma en suave arrobamiento. Es quizás el sueño tranquilo que produce la obra de arte, quizás la paz de la línea, algo más quizás que vuela por los ámbitos del templo lo que inspira ese abandono; son las campanas quejándose, los mur-

mullos del rezo subiendo como incienso hasta la velada bóveda, las voces graves de los hombres zumbando como rumor de oleaje, sostenidas por las voces de niños, vibrantes como toques de cristal, como ruidos de agua cayendo sobre el mármol; el órgano severo acompañando el canto llano, las voces y los colores, las vibraciones y penumbras es lo que llama al silencio y hace doblar la cabeza; es todo á la vez y algo más, algo que zumba dentro de nosotros, y es adoración á lo bello. Sin ella, sin ese amor ó deliciosa locura, la vida, triste ya, sería más triste todavía y más penosa; sin ese afán de buscar la hermosura para el alma, que la pide como pide pan el cuerpo, el empeño de vivir sería estúpido; que bien pobre es y miserable el pobre ser que se marcha de la tierra sin amores, sin saber lo que vale el servirse del espíritu, ni conocer los goces íntimos de una admiración sincera.

Sentímosla allí y sentímosla en cada detalle del templo y nuestras visitas nos valen entusiasmos callados que suelen ser los más profundos. Horas son, que no se pierden aquellas horas de regalo espléndido, pagadas en sensaciones en cambio de adoraciones; horas paréntesis de la vida, en que uno advierte que sueña y se deleita al mismo tiempo soñando, y se entrega á la ventura, sin temores, ni pobres preocupaciones.

Y si grandes son allá en la penumbra los goces que nos regala el edificio, grandes son, y de otra índole, los que nos aguardan en lo alto del campanario. Por una estrecha y negra escalera subimos, y la escalera aquella tantas veces descrita en *Notre Dame de París* nos evoca el recuerdo de Esmeralda y Cuasimodo. Estrecha y circular, bruñida la piedra por el roce de miles de devotos ó curiosos, negra y severa, á cada paso parécenos que hemos

de ver bajar de entre el silencio á la pobre bohemia y al triste campanero, “al reptil natural del templo”; parécenos, sin duda por el mareo ocasionado por las vueltas, que la silueta de Frollo, “la tétrica figura” ha de salirnos al paso, y que las misteriosas letras griegas

ANÁFKH

han de surgir á nuestros ojos en algún rincón de piedra. De vez en cuando un estrecho ventanal se abre como una grieta en el muro, y deja penetrar



la luz del cielo, marcando sombras y contrastes; otras veces se llega bajo una bóveda y se vuelve á subir dentro de un cañón de escalera lúgubre y como

insondable y cada paso lo que parecían detalles, vuélvense fragmentos colosales, columnas las estrías, gigantes hermosamente grotescos los canalones y los grifos; peñas labradas, los encajes y bordados, y subiendo, subiendo siempre, á cada nueva ventana que aparece, se ve crecer la catedral á primer término y disminuir las casas en el fondo; París extenderse como un plano de relieve, todo hundirse á allá bajo y todo borrarse y esfumarse al llegar á la cumbre de aquel monte.

Lo que se ve desde allí es indescriptible. Llanuras de casas, veladas por la niebla, horizontes sin contornos, cúpulas doradas y azules campanarios; aquí una calle recta huyendo hacia los últimos confines, allí una mancha verde; montones en todas partes de casas apretadas como las olas de un mar tempestuoso, el río plateado con sus vapores corriendo en su superficie como insectos y dando la vuelta á la isla, y haces de chimeneas y términos que son pueblos, y llanuras que son barrios extensísimos. A los piés todo un mundo de fantásticos animales: reptiles alados, diabólicos corderos, monstruos apocalípticos, elefantes y serpientes agarrados á las paredes del templo, y la silueta de un ángel imponiéndoles silencio, como pastor misterioso de aquel rebaño diabólico; más allá, perdida en aquel mar, nuestra isla bañándose en el agua; y en primer término, el diablo de piedra de que habla Víctor Hugo, que allí está todavía mirando á París al fondo, riendo de sus locuras y aguardando cual funesto centinela del infierno.

El rumor de la ciudad no cesa nunca; rumor de un pueblo que lucha y se agita en hormigueo continuo. Ese clamor del ruido desde aquella inmensa altura, causa el vértigo de seguir el movimiento y perderse al compás de aquella lucha, y la iglesia

allí á los pies atrae con su sosiego y cautiva con su silencio. Siéntese allí nacer la duda entre el arte que se va como un ensueño y el arte que adelanta como un mónstruo gigantesco y grandioso; y pregúntase el espíritu si aquel pueblo cerebral de allá á lo lejos, llegará á tener su templo, cual lo tuvo el pueblo que construyó Notre Dame.



VI

El Greco en casa

Cuando la paz más profunda parecía reinar entre nosotros, cuando vivíamos con una tranquilidad más propia de una Isla-limbo que de una ídem terrestre, un trastorno de esos que dejan señales en el curso de la vida, vino á turbar nuestro reposo.

Sabida es la admiración de Zuloaga por el Greco, contestada por nosotros por un eco de alabanzas; el respeto rayano en fanatismo sentido por nuestro amigo hacia aquel maestro español y el afán de seguirle cual discípulo y conocer sus creaciones; pues bien, hay que añadir á lo dicho, que aquella admiración de Zuloaga, sentida y expresada á puñetazos de palabra vigorosa, fué madurando en su espíritu y en él echando raíces, hasta convertirse en devoción intensísima.

En casa no se habló más que del Greco. Estudiábase su vida, como estudia un ermitaño la vida de su santo predilecto, conocíamos de nombre los parientes del artista, supimos por los libros, (bien dudosos casi siempre) los nombres de sus discípulos, sus viajes de ida y vuelta y su manera de vestirse y

desnudarse, llegamos á ser eruditos en su época (aunque nos pese confesar esta flaqueza digna de gente aprovechada), indagamos donde tenía sus obras, compramos fotografías de sus cuadros, y pusimos en claro que la supuesta locura del artista le fué atribuída por los mansos, gente de testa cerrada y cortos de entendimiento que, incapaces de comprender lo que ve la potencia creadora del poeta, les califican de locos para no sentar plaza de ignorantes.

¡Loco el Greco! ¡Loco porque no seguía, ni podía, ni quería seguir las frías reglas del dibujo académico! ¡Porque idealizaba y robustecía la línea! ¡Porque sentía el horror de sujetarse á la pauta niveladora del vulgo! ¡Porque dejaba á la mano que siguiera al pensamiento en el más allá sublime, en la vía imaginaria que sólo siguen los genios! ¡Pobres genios si tuvieran que fiarse del sufragio universal, y pobre Greco teniendo que pasar por loco á los ojos del gran rebaño del mundo!

Como una sombra cariñosamente amiga, la imagen de ese gran Greco pasó á ser en nuestra casa un Comendador simpático, que hubiera hallado un plato en nuestra mesa y ocho manos dispuestas á estrechar la suya; teníamos su retrato como un cuadro de familia, y Zuloaga, sobre todo, en arranques de entusiasmo al recuerdo del maestro, con su gran musculatura y fuerte voz, hacía temblar el piso, crugir los muebles y danzar la vajilla aquélla que por obra de alquiler tenemos en poder nuestro.

En plenos entusiasmos, un día (día de júbilo, como decía el padre Amores), llegó Zuloaga, jadeante, sudando, y con los ojos saliéndole de las órbitas. De un sólo empuje arrancóse el sobretodo, echó el sombrero y dejóse caer en la otomana, rendido de cansancio y de emociones. “El Greco (exclamó al fin

sofocado), dos Grecos. Dos grandes Grecos. España. Barato. En venta, recién llegados, San Pedro y Santa Magdalena.—¡Válgannos ellos dos! (contestamos) pero ¿qué pasa?—Dos Grecos firmados, espléndidos con fondo de nubes, armonización amarilla, violetas y sepulcro.—Bueno: pero ¿qué sepulcros ni ocho cuartos?

—¿Dónde están? ¡Silencio! Los traerán dentro de poco. Abrid las puertas. Calma sobre todo y no dejarse entusiasmar. Apartar este enredo de muebles (puntapié) y hacer sitio al Greco, ó lo rompo todo á puñetazos. Los van á subir enseguida, preparaos y sangre fría ante todo.

No la tuvo Zuloaga, y volvió á salir conmovido, y al cabo de poco rato oímos gran estruendo en la escalera y vimos que subían los dos Grecos. Realmente tuvimos que contenernos. ¡Qué entrada, Santo Dios! ¡Qué rayo de color en nuestra casa! ¡Qué bendición de cuadros nos traían y nos dejaban caer en nuestros brazos! Comprámoslos sí, y nos parecieron de balde, y miramos alejarse al vendedor con temor de que volviera á llevárselos.

El grito que lanzamos, al quedar solos con ellos, fué de los que saltan diapasones y no pueden describirse, de los que dan patente merecida de locura á los ojos del prudente vecindario. Bailamos, rompimos, para hacer broma, dos jarrones de la china, braceamos y caímos los unos en brazos de los demás, en un viva entusiasta. Jordá, juró que iba á darlos "publicidad" y á lanzarlos en una serie de artículos por los ámbitos del mundo. Uranga tan callado hasta aquel día, rompió el habla; yo pensé en llevarlos á Sitjes, y Zuloaga, sobre todo, tuvo seriedades vestidas de frases solemnes, golpes de formidable lirismo y arranques soberbiamente elocuentes.

Como dijo, ó como dió á entender nuestro amigo, era uno San Pedro y el otro Santa Magdalena.



Lleva el santo una túnica amarilla de un amarillo suave y vigoroso al mismo tiempo, muestra desnudo el brazo nervioso y enérgicamente pintado, y sostiene las dos llaves. Sobre un cuello de músculos contraídos, tiene la cabeza en escorzo, y sus ojos, su nariz, sus labios y su barba parecen pintados con fiebre, con misticismo terrible, con algo de un

oculto y palpitante sufrimiento. En la boca, casi cerrada, destácase un solo diente como un punto realista, un diente que firma la obra; una pincelada blanca que parece ser la última; y la figura, recia y creada con soberana energía, destácase sobre un fondo misterioso, una corona de yedra, una negrura, un mar lejano y entrevisto, y el angel blanco de de la tumba, destacándose con solo luz por dibujo.

La Santa está pintada en armonía distinta; es más dulce, mas tendida en un lecho de colores abrasados, descrita en palabras más suaves. Los ojos grandes, grandísimos y metidos dentro del peso de su frente, están húmedos de cariño y violáceos de dolor; cae recta la nariz, la boca es curvada por dos pliegues entre carmines rojizos; el cuello, larguísimo y oculto entre los cabellos, deja adivinar un cuerpo histérico y enfermizo con primores virginales y ángulos de sufrimiento. Pero no es eso lo que encanta de los Grecos.

Es ese dibujo ingénuo, esa falta de ciencia, ese colmo de pasión de una mano que corre por orden del pensamiento, torpe á veces, á fuerza de obedecer, y grandiosa de lo que llaman locura los pobres hombres correctos.

Eso amábamos en los cuadros y mirábamos los cuatro, y al pensar que eran nuestros y que el Greco en sus obras se encontraba entre nosotros, volvíamos á gritar como energúmenos en catalán y en vascuence, que en aquel momento tan solemne no sabíamos otra lengua, y era tal la algarabía que metíamos y con tal encarnizamiento, que la conserje asustóse, y en la casa entera, hasta en los modestos pisos, se enteraron del suceso. Aquélla fué una entrada triunfal como pocas se cuentan en los ya largos libros de la interminable historia; fué una visita de príncipe en casa de unos campesinos, un golpe

brusco y violento que recibimos sin preparación ninguna.

Por de pronto, no acertábamos á colocarlos dignamente. Ya apartábamos el piano, ya echábamos los cachivaches al suelo ó descolgábamos espejos y los llevábamos á un rincón de la cocina; en ningún punto encontrábamos la luz que se merecían y que queríamos darles. Hablóse en serio de hacerles una capilla con sus cirios encendidos, de ponerlos bajo dosel, de escribir una larga y nutrida letanía de alabanzas, de mandar telegramas á los amigos y parientes con noticias de tan fausta nueva, y de fortificar la isla. Todo el día lo pasamos con las telas, yendo de una pared á otra, llevándolas en nuestros brazos como si fueran juguetes que nos trajeran los Reyes, y cuando vino la noche, no pudiendo ya contenerse Zuloaga, nos dijo en tono fervorosísimo: "Amigos míos, este es el día más feliz que recuerdo de mi vida. Uno, fuí expresamente á Toledo para ver el "Entierro" del gran Greco, y hoy me devuelve la visita. Velázquez es grande, pero grande es su profeta. Delante del Greco, boca abajo todo el mundo..." y llorando cuasi y conmovido, dió un terrible puñetazo y besó la frente de los Santos delante de nosotros, que quedamos compungidos.

Pasó la noche, y al despertar á la mañana siguiente, oímos gritar á Zuloaga: "*Madame, apportez moi les Grecos* y colóquelos con cuidado delante mismo de mi cama." Allí los llevó la conserje, y nuestro amigo sacando la cabeza por entre las sábanas, púsose á declamar fervientes admiraciones: "Si vieras que bien entonan á esa luz de la mañana, (oía decirle desde mi cama), ¡qué fondo y qué azul del cielo! ¿Te has fijado bien en la mano de la Santa? Madame, lleve ese cuadro á mi amigo." Traíalo la *madame*, y yo miraba la mano y la armonía de gri-

ses y violetas, y á poco los cuadros volvían á ser reclamados por mi amigo. “¡Qué manto!—volvía á decir.—¡Qué amarillo de esos que ya no se usan! ¿Has visto el ocre que empleaba esa gente, y el modo como nos estafan los fabricantes de colores? *Madame*, (quiero que veas ese ocre), llévase otra vez San Pedro.” Otra vez me traían á San Pedro, y él y Santa Magdalena se pasaron la mañana yendo de una cama á otra, traídos y llevados en brazos de la conserje, que empezaba á sentir recelos de nuestra poca cordura ante aquel raro trastorno.

Levantóse Zuloaga, y llena el alma de *júbilo*, salió á dar la nueva á nuestros amigos, á contar á quien quería escucharle el gran acontecimiento, y ¡ay! del que no se interesaba por el Greco; ya podía dar por perdida la amistad de nuestro amigo y prepararse á recibir una mirada de desprecio. Con tal chaparrón de elogios, empezaron las visitas á menudear en nuestra casa, cesó la paz en nuestra isla, el timbre de nuestra puerta, acostumbrado al silencio como Uranga, rompió también á sonar como timbre de despacho notarial, de los que tienen clientela, y tuvimos que vestirnos con nuestras mejores prendas y cambiarnos á menudo el cuello de la camisa, á fin de ir recibiendo á los conocidos del Greco.

Uno de los primeros fué Lobre, pintor francés de gran talento, que habiendo estudiado el Museo de Madrid, conocía á fondo los pintores españoles. Miró con detención los dos cuadros, y el goce del artista que contempla una belleza pintóse en sus inteligentes ojos. “Amigos míos,—dijo Lobre,—habéis adquirido una gran cosa.” “Ya lo creo,—le contestó Zuloaga,—¿quién es capaz de dudarlo? Como que el Greco se puso los pantalones de su época, y tiene nervio para comerse un museo. Eso son bemoles de pintura y no pamplinas. Eso es pintar al por mayor,

y con el seco tirar todos los palos al suelo.“ “Dentro de su género,—añadió Lobre,—no cabe duda que el Greco tuvo grandísimo talento.“ “¿Talento? ¡Talentazo, voto á tal! (Zuloaga) y sino... (puñetazo sobre la mesa) que lo diga el mismo Velázquez desde el cielo de su gloria. Que lo diga ó no, todos estamos de acuerdo; y abrid las puertas, que vienen otras visitas.

Fué Erich Satie, que entraba con gran sigilo y lacio comedimiento. El músico griego de antes (1) llegaba convertido al misticismo, pero á un misticismo terrestre con asomo de anarquista. Maestro de capilla platónico de la sociedad de arte metropolitano, desea, junto con su flamante partido, formar una devoción nueva vistiéndola con un arte primitivo, que ataque á la sociedad por la vista con la pintura, y con la música por los oídos; así es que hallando en el sentimiento del Greco algo de antiguo y de nuevo que se amoldaba á sus extrañas creencias, empezó á gritar alabanzas á los cuadros de tal modo y á ponerles por encima de las nubes de tal otro, que ya desde entonces al prudente forastero que llegaba le mirábamos con lástima y le enseñábamos los Grecos como favor especialísimo.

Así sucedió con Alexandre, el crítico al parecer furibundo, á juzgar por sus artículos y que resultó el hombre más amable y bonachón; así pasó con otros compañeros de academia, y con algún marchante de cuadros que los vió con los ojos de la codicia, y sobre todo, con un conservador del Louvre, que se dignó pasar á la isla llevado del fausto acontecimiento.

1) Véase, si hay buen humor para tanto, las cartas «Desde el Molino.»

Pareciónos, el guardador de obras maestras, uno de esos hombres eruditos que conocen los defectos de los cuadros y no disfrutan sus bellezas, como sabe un sabio veterinario los defectos de un caballo, sin gozar de su hermosura. Con aire sobrio y severo, díjonos aquello que ya sabíamos y mucho más que nos tenía sin cuidado; la firma fué lo que le dió más confianza para creer que eran auténticos, é impuesto de sumisión, mirólos con serio detenimiento. —Estos Grecos, señores, (nos dijo rompiendo á hablar), son entre la segunda y tercera época de vuestro compatriota. No son de los mejores Teotocópoli, ni tampoco de los peores. Son dos buenos Grecos, y uno de ellos nos convendría en el museo. —¡Ya lo creo!— dijo Zuloaga, en un arranque sublime, mirándolo de arriba á bajo. Los Grecos son siempre cuadros de museo, señor mío, y esto ya lo sabíamos desde nuestra tierna infancia. Lo que hay, es que el Greco que tienen ustedes en el Louvre fué pintado por el hijo.—No lo creo, (dijo el conservador).—Pues puede usted estar seguro, (le contestó Zuloaga), en vista de lo cual y de que solventaban cuestiones de familia, entrando en la vida privada de las cenizas del Greco, intervenimos nosotros y la cosa acabó en santa armonía.

En cambio, otro día, oímos un escándalo de gritos en la sala, que nos puso en sobresalto.—¡Imbécil!; (gritaba Zuloaga á un visitante). ¡Idiota, estúpido y majadero. Tener la poca vergüenza de dudar de la autenticidad de esas dos obras maestras! ¡Tenerla y decirlo sin que te caiga la cara de rubor por esa blasfemia artística! ¡No ves la firma, so bruto! ¡Y necesitas verla acaso, para ver si son verdaderos! Apártate y aléjate, que si no me inspiraras lástima y no estuviéramos delante de los Grecos, te reventaba aquí mismo.—No lo reventó por cierto, por los

motivos que adujo en su controversia, pero no dejó de darle un buen par de puñetazos, lo que disgustó en gran manera al forastero, prometiéndose en sus adentros no ver más pintura española mientras durara su vida.

Como se vé, la agitación que había entrado en la nuestra, desde que el Greco andaba por milagro entre nosotros, era cosa inaguantable.

La sombra de aquellos cuadros nos llenaba el piso de tal modo, que no nos dejaba sitio: teníamos escamados á los amigos más íntimos, continuaban no viniendo los compradores á la casa, y un día nos dijo la atribulada conserje, que desde que aquellas telas habían puesto los pies en nuestra alfombra (?), no se podía vivir en la isla, y que por lo tanto se marchaba al continente.

Marchóse, ¡ay!; y nos quedamos los seis: dos Grecos y cuatro amigos.

Marchóse, y solos con ellos, llevámoslos al comedor á la hora de comer, al estudio á las horas de trabajo, y á la sala en los momentos de descanso, y por la noche, antès de ir á retirarnos, Zuloaga miraba por todo el piso, daba dos vueltas más á la llave, y atrancaba la puerta con un sillón Luis XIV.

VII

Un rato al Continente

Oye Uranga—le dijo Zuloaga á nuestro amigo—ten presente que nos vamos y te confiamos los Grecos. Por tus venas corre bastante sangre española, y con ella y tu buena voluntad, esperamos que los sabrás defender delante del extranjero, ya que aquí abundan los extranjeros que es una bendición del cielo. Tu callas, porque esta es tu costumbre, pero ya sé que lo que ahorras de palabras lo malgastas en hechos, si la ocasión se presenta; con que, adiós; abrázanos y no te muevas del piso.

Abrazónos, y saliendo nos fuímos por el muelle de Orleans hasta la *gare de Lyon*; subimos á un tren que nos estaba aguardando junto con otros pasajeros, echó á andar el tren, pasamos montes llenos de nieve, luego un túnel más largo que los demás, y nos hallamos en Italia.

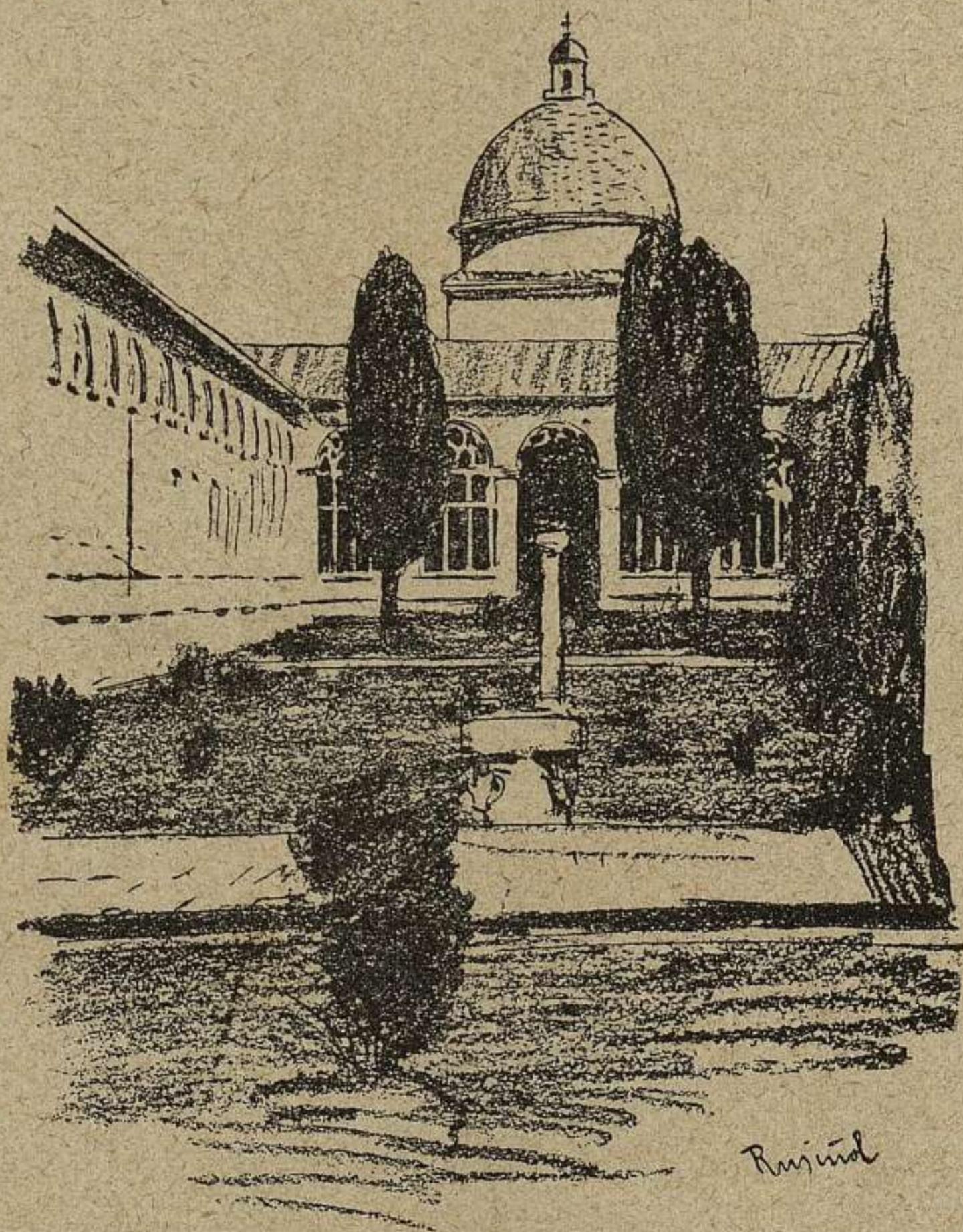
¡Italia! País del sol y de los largos macarrones! Patria natal del Dante y de Garibaldi, de Horacio y de Massini! Patria adoptiva del morazo de Venecia, llamado Otello, por mal nombre. País del fruto de oro, "*Ou la brise est plus douce et l'oiseau plus léger*", como dice Mignon en su triste y malograda jo-

vinesa! Tierra de azahares, como dirá algún día Castelar, si Dios le da vida y salud. Bendito sea tu suelo y tus hijos y toda tu parentela!!!

¡Ah Zuloaga! Pensar que estamos en Italia. Que desde el jaleo aquel que han maniobrado en nuestra pobre maleta, este frío que sentimos es ya del país del sol, que esos montes llenos de nieve que la noche nos oculta, deben estar cuajados de parleros pajaritos, y que deben ser naranjos y limoneros esos árboles, con semblante de frutales, que entrevemos en los más altos picachos!

¿Qué idea tienes formada de Italia, Zuloaga?— Pues yo me imagino un cuadro de Roberto Fleury, bien barnizado, de esos que tanto gustan en España. Me imagino los montes de una blancura de Carrara y llenos de marmolistas haciendo estatuas con molde, y mandando los sobrantes para mesas de café; me imagino las calles llenas de góndolas, finitas como papel de colores, andando sueltas al son del acordeón y de la casta mandolina; el pueblo comiendo el macarrón continuo, y las mujeres reclimadas á lo largo de las calles, cantando el *Vorrei Morire* y la *Stella Confidente*.—¿Y tú!—Yo, á decirte la verdad, no estoy bien resuelto todavía; pero sí te diré que imaginé la Italia como una inmensa pradera pantanosa, donde pacían los búfalos taciturnos, haciendo siempre la siesta á la sombra de los largos acueductos; una tierra que bastaba rascarla un poco con las uñas para encontrar, á flor de suelo, un busto de emperador, una estatua de Minerva ó una Venus sin narices; creí siempre que las montañas no existían, á pesar de lo que me contaba el mapa; que todo el mundo padecía la *malaria*; que los hombres tenían voz de tenor y ejercían de anticuarios casi todos, y que recibían de sus queridas esposas una paliza al levantarse y otra al caer de la

tarde, y que, en cuanto al arte-moderno, vivían en el limbo sin saberlo, como vivimos nosotros los felices españoles.—Esto último será tal vez lo que habremos adivinado (contestóme Zuloaga);—Pero dejémonos de profecías y veamos lo que se pueda de esa Italia que pasa detrás de las ventanillas.



CEMENTERIO DE PISA

La Italia que pasaba era una Italia subterránea. Mirábamosla, conmovidos de antemano, á la indeci-

sa claridad de la mañana, y... ¡zás! un túnel indecoroso nos salía á nuestro encuentro; volvíamos á mirarla, más conmovidos aún, y otro túnel nos saltaba á las narices, y los túneles se sucedían tenaces con indigna impertinencia de un suelo que goza fama de ser altamente hospitalario. Aunque empezaba á clarear, nos quedábamos á obscuras.

En esas intermitencias veíamos, sí, algún naranjo y algún limonero auténtico, comprendíamos que no estábamos en la isla, por la falta de orillas, de campanarios y de niebla; pero era aquello muy alpino, y nos escamaba un tanto, hasta que, saliendo el mar de entre bastidores, azul y hermoso como en sus mejores tiempos, inundó nuestro espíritu de calma, robándonos un grito del corazón.

¡Oh mar!; dijimos (desde que entramos en Italia todo eran exclamaciones de la clase de elocuentes). ¡Oh mar latino! "Honor y Gloria." ¡Oh mar que bañas lo que puedes de nuestra costa de España! ¡Oh mar de Roger de Lauria, de Roger de Flor y de otros Rogeres y de las barras catalanas! Tú nos haces creer en una Italia colorida, en esa Italia de inglesa histérica y enfermiza, en esa tierra puesta en música tristísima por poetas que no son decadentes ni siquiera simbolistas. Por fin creemos en tí, y te mandamos el ramo de nuestra mesa y un telegrama poético. Perdónanos, querido azul, si hoy estamos alegres; otro día más triste para nosotros, que esperamos con confianza, vendremos á llorar á tus orillas, hoy... ¡Génova, diez minutos de parada!

Génova era en efecto, y en Génova nos detuvimos doce horas del meridiano de Italia. Lo que allí vimos de la famosa ciudad, fué lo que puede ver un forastero en doce horas de cualquier meridiano; muchas calles, muchos vapores y mucho trastorno extranjero. Parecíanos la ciudad una monumental

Barceloneta; buques que entraban, otros pitando en demanda de salida, marineros tomando el sol, gran enredo de negocio con su carga y viceversa, y mirándose en el agua, palacios de una altura colosal, escalonados en una abrupta pendiente, y por doquiera bodegones subterráneos, carabineros husmeando el contrabando, gritos aquí y vendedores allá, y á la estación otra vez, y otra vez el mar con orillas y túneles y paisaje italiano hasta dar con la antiquísima Pisa.



FRAGMENTO DE UN FRESCO DE GOZZOLÍ, EN EL CAMPO SANTO DE PISA

Aquí nos detuvimos más tiempo. Salimos de la estación, y hospedados y *dormidos*, pudimos ver al día siguiente que Pisa, célebre por su cementerio, parece aun más cementerio que el mismo que le da tanto renombre. Exceptuando la plaza de Garibaldi, donde se ven algunos grupos, no tan nutridos que den sospecha á ningún policía, imposible imaginar una ciudad más difunta, más triste, más grandiosamente solitaria. Las plazas anchurosas y rodeadas

de severos edificios con las ventanas cerradas; las calles anchas y empedradas con baldosas, sin un ruido que las turbe, ni ánima viviente muchas veces que distraiga aquellas líneas desiertas; los paseos, llenos de hierba de ruina, dan la angustia de sentirse uno solo en un país habitado; la voz toma sonoridades de eco, y se habla alto por las calles como en la misma Pompeya. El río mismo, el Arno, parece un río soñado. Ancho y solemne, vago de vacía majestad, sin un solo barquichuelo que lo cruce, diríase que sus aguas están muertas, que son aguas sin relieve, que el aire no las riza y que no tienen lecho ni fondo. Una piedra, lanzada en su superficie, forma una serie de círculos que van creciendo hasta sus últimas orillas, sin que las ondas suaves sean turbadas por el más pequeño estorbo; los peces ¡ay! pueden dormir en su seno con tranquilidad profunda, y sin angustias ni temores dedicarse á los quehaceres domésticos; las casas se dibujan en su espejo con tal exactitud y parecido, que tendrían que pagar la misma contribución las reflejadas que su imagen, si hubiera justicia artística, y es tal la paz que reina en este río de Pisa y en su villa, que uno duda si fué antes cementerio que ciudad ó ciudad que cementerio.

A esta tristeza innata, á esa soledad vaga y durmiente, añadid, para colmo de nostalgia, el abuso que hacen de ella esa manada de ingleses que viajan de turistas. Triste de la tristeza gris del norte, se les ve siguiendo las calles acompañados de su sempiterno guía, paseando el spleen por las ruinas, siempre serios, como viajando por fuerza, severos siempre, gozando de la belleza como por obligación, y apuntando los datos y fechas de entradas y salidas, de goces y sensaciones en sus libritos de memorias, para rumiar lo visto bajo su cielo de plomo. Niñas

flacas como retablos gastados, figuras secas de institutrices, caducas familias enteras, bohemios de la bohemia del orden, andan por esas desiertas calles, escuchando la palabra amanerada del clásico cicero-



EL TRIUNFO DE LA MUERTE
(fresco de Orcagna en el Campo Santo de Pisa)

ne, y su presencia glacial causa un malestar indecible, un deseo de hallarse solo delante de los pobres monumentos, sin estorbo de esas aves taciturnas delante del cielo azul.

Delante de esa soledad de muerte, recordamos la vívida soledad de nuestra isla, de aquel rinconcito entre nieblas que dejamos en el Sena, y pensamos que el mismísimo silencio está lleno de matices, y ojeando la ciudad ligeramente, á pesar de los ingleses, nos fuimos á visitar los monumentos de Pisa.

Los mejores los hallamos reunidos en una plaza extensísima, solemne y llena de hierba, como un prado arqueológico. A un lado el Batisterio, monumento redondo, de mármol blanco todo él, pero de un mármol pintado por el tiempo con esos tonos oxidados de musgoso amarillento, que las argollas de bronce marcan en las propias tumbas, rodeado de columnitas románicas superpuestas y cobijando el gran púlpito, obra de arte del célebre Nicolás de Pisa; al frente el Duomo, gran catedral blanca también del mismo blanco de oro, con más columnas y mosaicos, con sus simbólicas puertas de complicada labor, con su gran ábside de corínticas columnas; la torre inclinada á un lado, cuya inclinación admirada por los ingleses, es capricho que no perdonan los ojos, subiéndose hacia el cielo como un cono de pórticos amontonados, y aguantándose por milagroso equilibrio; y por fin en el fondo la puerta del Campo Santo, abriéndose bajo un gótico y delicado tabernáculo, en medio de un muro larguísimo y desolado.

Sólo para ver el cementerio de Pisa vale la pena de venir á esta Italia desde los antípodas del mundo, ya que en el mundo es un monumento único el Campo Santo de Pisa. Los muertos aquí enterrados, si es que sienten, pueden dormir otro sueño más artístico que los que duermen en míseros cementerios, donde está también muerta toda belleza, pueden salir sus almas á contemplar con deleite su vivienda y esperar el juicio en más tranquilo silencio. ¡Qué

paz, Dios mío, en aquel último claustro! ¡Qué postre-
ro bienestar! ¡Qué lecho para quedarse dormido del
sueño definitivo!

¡Pobre de mí, admi-
rador, qué diré que dé
una ligera idea de lo
que allí tanto se goza,
que traslade la mente
del que leyese á aquel
sagrario del arte, ta-
bernáculo y exvoto,
ofrenda augusta y co-
rona ofrecida á los
muertos, como casa de
reposo! Diré que es
grande, que forma un
claustro de góticos y
delicados encajes, que
cuatro cipreses se le-
vantán como cuatro
centinelas de la muer-
te, que el suelo de ver-
de alfombra está tapi-
zado de lirios, que las
tumbas son obras de portentoso museo, que el aire
que allí se respira es como un hálito de arte y que
vive allí la poesía. Esto diré y bien poca cosa habré
dicho. Hay que verlo con los propios ojos, y con el
propio corazón sentirlo; hay que llegar cual pere-
grino devoto y hay que pedir al espíritu sensaciones
recibidas allí mismo.

“Tú que pasas (dice una lápida á la entrada) mira
y observa, desgraciado! lo que eres. Esta casa á to-
dos por un igual nos encierra. Mortal, cualquiera
que seas, detente, lee y medita que yo soy lo que tú
serás y lo que eres he sido. Ruega y entra“. Entra,



LA EMBRIAGUEZ DE NOÉ, DE GOZZOLI
(fragmento)

sí, parece que nos dice la leyenda entra y admira y goza, corazón humano, que bien pocas veces puedes gozar en la tierra! Contempla esas pinturas, ¡oh mísero pintor! y arrodíllate y deléitate en tu contemplación muda, y conmovido en el alma ve siguiendo esos muros gloriosos.

Primero Memmi los ocupa. Mira esas vírgenes vestidas de colores misteriosos, como flores de otro mundo y de armonías de tonos; mira sus ojos cómo apartan la mirada de la tierra y cómo sus manos se estiran, atraídas por el cielo que las llama; contempla esas figuras que son algo más que hombres, esas nubes, esas montañas, ese paisaje entrevisto, esa vaguedad de sueño; ve bajar esos ángeles y contempla cómo vuelan, cómo les hizo volar las alas de fantasía del artista, y contempla los colores de esas alas que tienen de luz y de pluma, de oro y de aire, de tornasoles de seda y cambiantes de arco-iris.

Aquí sigue Gozzoli, veinticuatro frescos inmensos, que le costaron dieciseis años de una labor continuada, diecises años viviendo en el cementerio, trabajando entre el reposo, labrando su obra en el claustro y enmarcándole con el soberbio edificio. "La borrachera de Noé", espléndida escena del campo, vendimia de los primeros racimos y de gloria para el artista. "La maldición de Caín", formando contraste con un paisaje liso y sereno, arrancado de la Arcadia, "el Arca y el Diluvio", llevando la realidad al simbolismo, "La torre de Babel", con los personajes vivientes en la época del artista, los médicos y su escolta planteados allí con un carácter de línea que suprime los detalles y anda á lo característico. "La adoración de los Magos". La capilla de los Santos Abraham y Agar, el paso del mar Rojo, las tablas de la Ley, las bodas de Rebeca y otros y otros asuntos, pintados con el amor más ferviente, con convic-

ción serenísima, con sobriedad de colores y esfuerzo



FIGURA DE BENOZZO GOZZOLÍ EN EL CAMPO SANTO DE PISA

de sentimiento y amortiguados de tonos por ese

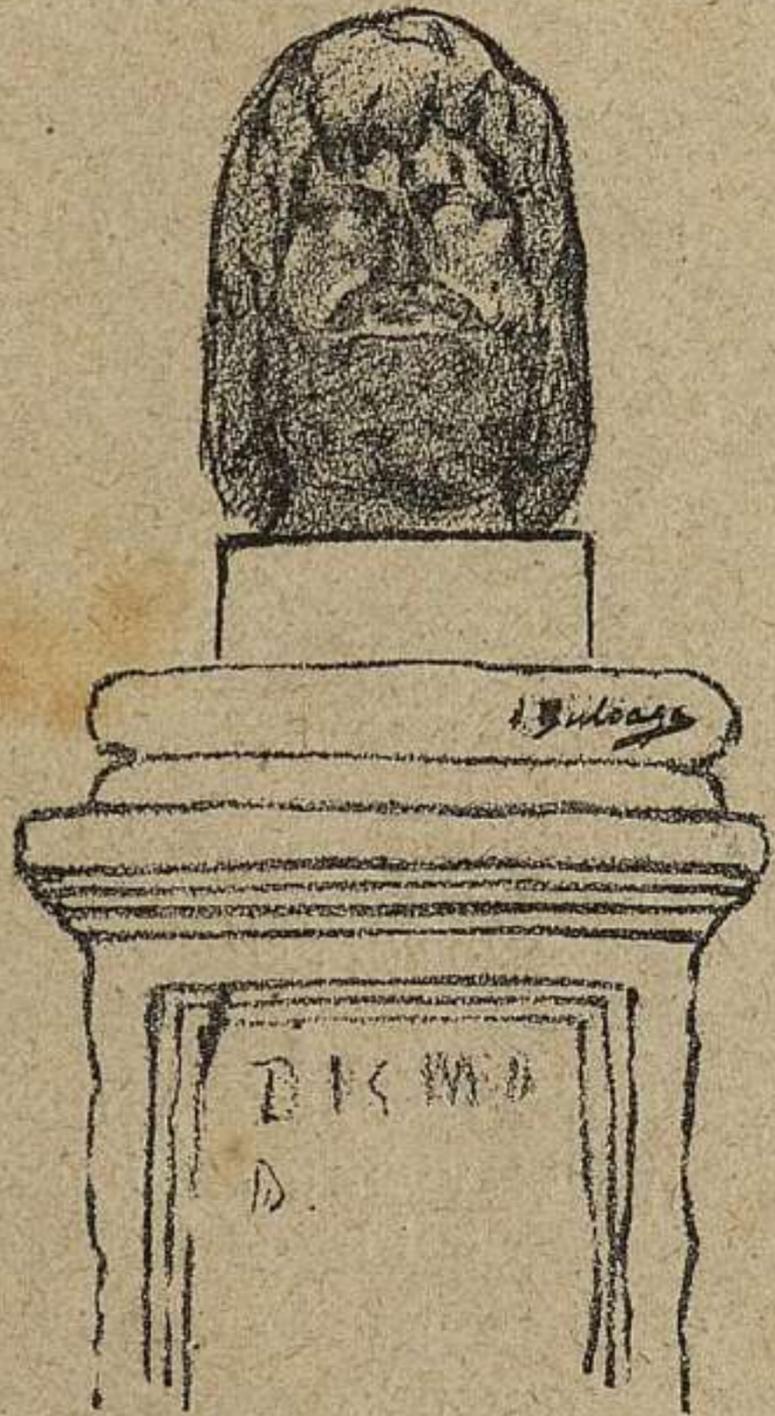
aroma del tiempo, tan amigo muchas veces del artista, que le añade á frialdad de sus obras un velo más de hermosura, un sudario de velada morbidez que es como beso dulcísimo.



BUSTO DE MINO DE FICSOLE EN EL CAMPO SANTO DE PISA

Al lado de Veneciano, D'Arviato y de Aratino, ahí está el Dante de la pintura, el visionario de la muerte, el tético Organya con sus macabres terrores. Ahí está su "Juicio" Dios en lo alto, dos ángeles tocando entre un cenáculo de Apóstoles y santos, y en el suelo, de entre un montón de cadáveres, almas brotando, llevadas contentas por los ángeles ó arrastradas al infierno. En esa postrera duda, Salomón está indeciso, no sabiendo á donde será llamado, un ángel llora por una alma que creyó y que ha perdido en la pelea; otros velan estáticos hácia arriba y otros gimen al verse precipitados hácia el fondo del abismo. En el cielo, sinfonías en claros, azules, verdes de primavera, amarillos de oro y violetas; en el infierno, nocturnos de colores fúnebres y tonos negros y

rojizos; allí nubes rosadas, vírgenes y beáticos varones; aquí tinieblas y tormentos; á los avaros echándoles oro fundido en la boca y poniéndoles riquezas ante sus codiciosos ojos; los furiosos atados por medio de serpientes á sus terribles enemigos; los golosos sufriendo el suplicio de Tántalo; los adivinos con dos culebras que les cierran los entumecidos ojos, queriendo representar que los que quieren leer el porvenir no ven siquiera el presente; el Antecristo y Mahoma hechos pedazos, y Satanás en el centro, inmenso de tamaño y de concepción terrible, lleno el vientre de condenados quemándose y sufriendo el mismo su castigo, siendo atormentador y atormentado al mismo tiempo. Ahí están otros frescos borrosos, sobra de bustos, sarcófagos y piedras sepulcrales, bizantinas y romanas, y ahí está otra vez Orgagna con "Su triunfo de la Muerte", de su muerte simbolista y alegórica, de su muerte filosófica y terrible. Vestida de negro, seca, con su guadaña, parece ser la propia sombra del cementerio de Pisa, el fantasma de la noche, la dueña y señora de aquel recinto sagrado, volando por los muros y guardando sus conquistas. A un lado, un grupo de nobles caballeros á caballo, con damas y halconeros, encuéntranla en tres fére-



BUSTO ROMANO, EXISTENTE EN
EL CAMPO SANTO DE PISA

tros abiertos conteniendo sus cadáveres, hinchado el uno, otro corrupto y el tercero ya esqueleto; esperanla tranquilos los ermitaños en un monte solitario; llámanla en vano un grupo de desgraciados, ciegos, leprosos y tullidos, en tanto que ella se deja



SARCÓFAGO ROMANO EXISTENTE
EN EL CAMPO SANTO DE PISA
(fragmento)

caer sobre un grupo de venturosos señores que, bajo un bosque de naranjos, escuchan los acordes de la cítara y gozan de los placeres del mundo.

Mundo es aquel de fantasmas vistas con realismos de sueño, con visiones robadas del natural, con misticismos terrestres. Mundo que inspira, con el sol que va dorando las lápidas, ideas de grata melancolía, que hace

meditar al hombre y hace soñar al poeta. Un día, en que el viento hacía chocar troncos de los cipreses como ruído de huesos, en que la lluvia silbaba y el aire helado se entraba por las tumbas y sarcófagos y nos azotaba el rostro, nos hizo ver que la Italia, aquella Italia entrevista, no es á veces tan risueña como habíamos pensado; no era la Italia de cromo que vemos reproducida, sino una Italia severa, grande y callada, donde hablan las ruinas el lenguaje del recuerdo.

VIII

Florence por la noche

Fué por la noche cuando llegamos á Florencia. Allá, en Pisa, por milagros de guitarra y canciones populares, trabamos conocimiento con algunos estudiantes y, al separarnos, despedímonos con un *soi disant* banquete en una *trattoria* de la clase de modestas. Valiéndonos de esas frases hechas de encargo por libretistas y aprendidas en la ópera, pudimos hablar un italiano de entre bastidores, y darnos á entender más ó menos con aquellos tan simpáticos compañeros, que nos brotaban de improviso por capricho del destino, aunque de un modo más lírico del que hubiéramos empleado al tener suelta la lengua. En los postres, cuando no quedaba ¡ay! ni una gota de Chianti en las botellas, cuando pudimos vender la inspiración á un precio muy arreglado, brindaron y brindamos, y era cosa de oír del modo que ambas naciones reunidas por medio de la oratoria, arreglamos los conflictos más difíciles. Allí quedó resuelto ya de una vez para siempre, á fin de

no volver sobre el asunto, el tinglado aquél, antes vago y vaporoso, de la famosa unión de toda la raza latina; hubo cambios allí de banderas y colores nacionales, se habló, (siempre en brazos de la elocuencia) de abrazos de España á Italia, y viceversa; nos comprometimos todos, comprometiendo á nuestros queridos gobiernos; salió á relucir el mar latino otra vez, el "Dandolo", el "Pelayo", el "Funiculí Funiculá" y los tres ratas, y juntos con santa armonía, siempre como un solo hombre, siempre compactos y animados de altos deberes políticos, no dejamos problema en turbio ni pusimos nada en claro.

Despedidos, pues, y satisfechos, llegamos á Florencia á los ocho de la noche.

En la estación, tras el cansancio del viaje, tuvimos que trabar una pelea sangrienta para librar nuestras vidas de los guías-cicerones, que con un encarnizamiento que les honra, querían hacernos felices por medio de un alquiler personal y llevarnos como pavos por las calles, mostrándonos los monumentos por sistema obligatorio. No nos dejamos vencer por los hechizos y promesas de aquellos grandes sirenos; resistimos á los nombres de Boticelli, Dante, Miguel Angel y Leonardo, que nos lanzaban al oído como nombres tentadores, y solos, solísimos con la maleta, fuímos á dar en una fonda que se ofreció á nuestro paso.

Era ella de sencilla apariencia. Un *albergo* indeciso, incoloro, hermafrodita, y más bien sucio; sin otro rasgo fisionómico y particularidad visible que la borrachera máxima que llevaba, á sabiendas ó á pesar suyo, el mayordomo mayor de la finca. En vez de enseñarnos él el cuarto, hubimos nosotros de ayudarle, y así y todo, dudó á cada puerta que encontraba respecto á nuestro destino, hasta que nos metió en una habitación cualquiera.

Mala era en cuanto á físico; grande de muros y desalojada de muebles, alfombrada á trechos y á trechos mostrando las baldosas y algún fragmento de estera, bajas las camas y como perdidas allá en el fondo de un ángulo, al lado de una mesita y un espejo solitario; pero había plafones al fresco, y pensando que, lo propio que las sesudas inglesas, que en la capilla sixtina se tienden boca arriba (siempre con el guía en la mano) para ver el plafón de Miguel Angel, podríamos también nosotros ver pinturas por la noche, nos quedamos.

Quedámonos y comimos con gran prisa, y solos, sin guía, á Dios gracias sin estorbo, libre el alma é independiente la voluntad, nos lanzamos á Florencia á perdernos por sus ignoradas calles, á adivinar monumentos, á recoger sensaciones, á entrever á media luz, á luz de sueño, lo que tanto deseábamos.

Ya en la calle, vimos un gran edificio, unos altos paredones con mosaicos, temples desocupados, y por una cerrada reja, como un claustro de severísimas líneas, con arcos adosados al muro á rara manera de tumbas. Entrevimos, en el fondo, como sombras de figuras, y creímos adivinar unos frescos de pálido color de luna, que empezaron á despertar en nosotros el ansia de lo ignorado. De allí seguimos por una calle iluminada, en la cual se paseaban los flo-



LEONARDO DA VINCI

rentinos de hoy, y miraban los mostradores arreglados profusamente; tiendas de fotografías, marmolistas con sus bustos y estatuas azucaradas, quincallerías con obras de arte baratas y disfrazadas, cromos chillones y marcos aturdidores, y vimos que no era aquella la Florencia que buscábamos, y entramos en un callejón negrísimo. A poco de andar por él, presentóse un palacio á nuestra vista; alto



BENVENUTO CELLINI

hasta perderse en la negrura del cielo, fuerte como una muralla, parecía que su mole iba á caernos encima. Era el peso de un edificio cerrado herméticamente, sin una luz en los altos ventanales que diera señales de vida; la soledad de esas casas que no las habita nadie, porque son de todo el mundo; un monte de piedra negra con peñas por soportales y peñascos por dinteles; un fantasma arquitectónico que parecía dormido en aquel rincón obscuro. A fuerza de acostumbrarse la mirada á la negrura, entrevimos la

nota alegre de una tierra cocida á lo Lucas de la Robbia, colgada como un nido primoroso sobre aquel roble de piedra; una virgen blanca, de una blancura bruñida, rodeada de una corona de frutas sobre el mate negro del muro; una flor de dulcísimos colores, en el ojal de un gigante. Tras de esa calle, vinieron otras más, todas estrechas y lúgubres, y perdidos siempre y venturosos de estarlo, y siempre por el azar conducidos, veíamos edi-

ficios que surgían y que nos dejaban suspensos. Aquí un farol iluminaba una fuente de primorosa labor, allí aparecía una estatua conocida, más allá se levantaba un campanario hasta las mismas estrellas. Cruzábamos una plaza y veíamos el Duomo, enorme, colosal y soberbio de grandeza, blanco y negro como un castillo de fichas; á su lado el Campanile más alto aún y más espléndido, destacando sobre el cielo á la clara luz de un foco eléctrico; más lejos, la masa de una estatua ecuestre, iluminada en el vientre del caballo y quedando el jinete en la sombra, sombras de cosas soñadas por doquiera y por doquiera presentimientos dichosos de obras grandes, suplicio y goce y deliciosas promesas.

Delante de la Catedral, la masa del Batisterio, nos atrajo como un imán poderoso. Sabíamos que aquellas al parecer manchas negras, obscuras dentro de lo obscuro, que aquellos ojos cuadrados, eran las puertas famosas del gran escultor Guiberti, aquellas puertas de las que dijo Miguel Angel que eran dignas de ser las puertas del cielo. Acercámonos á ellas y no pudimos admirarlas á causa de la obscuridad. Tocámoslas con las manos, tratando de adivinar sus portentos por medio de sus relieves; con cariño seguimos el dibujo con el tacto, y á la luz de las cerillas apareció el primer fragmento, que no olvidaré en mi vida.—Era un angel sentado en



un sepulcro mirando otra figura reclinada. Bruñido, de color verde, ampliamente dibujado en un pequeño tamaño, íntimo y solemne al mismo tiempo, disminuía su sombra ó se agrandaba siguiendo los vaivenes de la vacilante luz; y con ella, con aquella claridad mezquina, adquiriría más misterio todavía, más relieve, más patina de reliquia, más virtud á nuestros ojos y más deseo á nuestra mente, que quería completar lo que solo es dado á los genios. Allí, por un rayo de claridad hubiéramos dado un tesoro, pero la poca que había iba amenguando, cerrábanse los mostradores poco á poco, retirábase la gente, apagábanse muchos faroles y nosotros, continuábamos andando, no oyendo sonar las horas, ávidos de verlo todo y condenados á no ver más que tinieblas.



DONATELLO

Con ellas llegamos hasta el río, hasta aquel mismo Arno de Pisa, el charco que nos parecía muerto y que en la obscuridad en que veíamos sus aguas creíamoslas estancadas y todavía más lúgubres. Mirando desde el muelle aquel espejo, creíamos ver un abismo, un lago triste hundiéndose hasta el mismo fondo de la tierra. Bajo los puentes, sobre todo, dormía el agua con quietud tan funesta, callaba tanto y de un modo tan solemne que daba miedo el mirarle. Igual que en Pisa, ni un solo barquichuelo la cruzaba, ni un ave pasajera corría por su negra superficie; algún farol solamente, triste y mezquino, reflejábase

en su fondo sin relieve y daba al agua más aspecto de agua mansa, de un agua que inspira el terror del vértigo y llama á los suicidas, con sus estrofas de muerte.

Marchámonos, y á poco entramos en una hermosa galería iluminada. Desierta ya en aquella hora, como cementerio ilustre, en una serie de tribunas veíanse en estatuas de mármol, los florentinos cuyos nombres han volado por el mundo. Mirábamosles uno á uno saludándoles, y sus rostros y figuras nos iniciaban en sus obras, que habíamos de ver más tarde. Allí estaba el poeta de la muerte, el triste Orcagna, plegando el manto y mirando hacia el vacío; Pisano, el obrero artista con los ojos hundidos por el cansancio de la obra de su vida, y apoyado sobre un fragmento arquitectónico; el místico Giotto, con el capuchón caído sobre su anchísima frente, y con esos ojos mates, que tienen las estatuas griegas, que



EL PERSEO (De Benvenuto Cellini)

parecen mirar adentro; allí estaba Donattello, de cuerpo aristocrático, fino el rostro, aguileña la nariz, y con dos arrugas pensadoras en la frente; Alberti, como arrancado de una tabla de Gozzoli; Cellini, la capa caída en el brazo y sosteniendo la estatua de su Perseo; Leonardo de Vinci estaba allí, venerable como un santo; y Miguel Angel también, musculado su rostro como sus grandiosas obras, y



la silueta única é inolvidable del Dante y Bocaccio, y Petrarca, Galileo, y Maquiavelo, sonriendo en el pensamiento, y otros más, que cual calendario famoso poblaban en estatua aquellos sagrados pórticos, y hacían doblar la frente al turbado viajante. ¡Qué tiempos fueron aquellos, que por esas calles de Dios se encontraban esos hombres! ¡Qué augusto renacimiento y qué hermosa erupción de genios para una sola ciudad! ¡Pensar que en toda la Florencia que pisamos, no brota un hombre que pueda ocupar un nicho al lado de esos colosos! ¡Que los temples de los pórticos están lle-

nos, y quizás lo estén para siempre! El arte está muy enfermo, pensamos siguiendo nuestra solitaria ruta, y siguiéndola nos hallamos en una espléndida plaza. Es ella un verdadero museo, un museo al aire libre, un foro artístico como no hay otro en el mundo. A un lado, un palacio como un castillo de esos pintados en el fondo de las tablas, con su ruda corteza de piedra á medio pulir, al estilo florentino; con

su torre amartelada subiendo á una altura incomprendible, y con sus ventanales de un gótico del renacimiento; al pie un Hércules colosal, bloque de mármol alto y fornido como un coloso de Tebas; en el fondo una estatua ecuestre de Médicis, disfumada en la penumbra, y bajo los pórticos de Orcagna, altos como naves de gótica catedral, más estatuas aún, alineadas y vistas á media luz: "El rapto de las sabinas", los "Leocontes" de Bolognia, la Judit de Donatello, y el gran Perseo de bronce de Benvenuto Cellini.

Al frente de ella nos pasamos largo rato recordando las angustias, los temores, las horas de fiebre descritas en las memorias del artista, al fundir aquel bronce portentoso. Imposible pintar escena más palpitante, más llena de esperanzas y temores, que aquella en que iba á resolverse en un momento, por capricho de la fortuna, la gloria ó desgracia de su vida de fatigas. Años hacía que trabajaba en su Perseo, y todos sus enemigos (muchos, por tener mucho talento) murmuraban que era imposible que Cellini saliera bien de su obra, de su empresa; el mismo Médicis, dejándose influir de aquellas voces atizadas por la envidia, llamó al artífice y díjole: "que todas las reglas del arte se oponían á que aquella figura pudiera ser fundida en bronce."—Eso prueba—contestóle el escultor—que su Excelencia no se conoce mucho en arte.—Conózcome perfectamente—dijo el príncipe.—Como príncipe sí, replicóle Benvenuto, pero jamás como artista. Como martir y como héroe portóse el escultor la noche en que por fin fundió su obra, tan esperada de unos y tan temida de otros. Bullía el bronce como un astro y el molde lo esperaba y el ansia de Cellini iba creciendo por momentos; no había bastante fuego en el infierno para calmar aquella creciente fiebre; pegóse fuego en su estudio

en el momento más crítico, y él continuaba animando á los obreros que estaban espantados de su obra; delirando, y á pesar de su delirio, vió que el caldero explotaba y que su obra iba á hundirse, y echó el líquido en el molde que recibiólo estridente, y vió que faltaba bronce para llenar aquel vacío y echó bandejas al fuego y sus cubiertos y sus joyas y todo el metal que cayó al alcance de su mano; y oro, diamantes y pedazos de su alma hubiera echado para ver su concepción hecha obra, su hijo hermoso parido de un solo trazo.



Nació el portentoso y el padre arrodillóse llorando y dió las gracias al cielo. Allá bajo los pórticos está intacto, y allí á media luz lo veíamos y creíamos verle palpitante todavía, recién salido del fuego y como nacido del sol. La cabeza de Medusa, aquella testa que tanto dió que temer á Cosme de Médicis, destacábase como una mancha de tinta; su cuerpo caía rollado sobre el pedestal de mármol, pendiente un brazo hácia el suelo y brotando sangre del cuello; la figura de Perseo, vista en negra silueta sobre un foco, parecía vivir

la vida de otras edades, la vida muerta de una Florencia grandiosa.

Con la idea puesta en Cellini, seguimos la ciudad otra vez, y por doquiera creíamos encontrar al artista pendenciero, embozado en su capa ó luchando con

su espada; en las tiendas de plateros, cerradas ya, buscábamos su primer taller, el nido aquel del que volaron las joyas primorosas, salidas de aquellas manos de oro, hasta posarse en los museos; en los estrechos callejones, creíamos verle pasar del brazo de Miguel Angel y en cada esquina misteriosa esperábamos ver su sombra..... y ante aquella Florencia nocturna, libre de transeuntes y de ingleses viajeros, gozamos el encanto de creernos solos en ella, de ser dueños de sus calles é imaginarnos en ellas las figuras de retablo que cuadraban á sus pórticos, á sus altísimas casas y á sus palacios grandiosos.

Muy tarde sería ya, cuando buscamos el camino de la fonda. Yendo á su encuentro, entrevimos aún destellos de cosas grandes, asomos de bellezas que admirar y esperanzas para un mañana. Poco dormimos, aquella primera noche. Florencia nos robaba el sueño y esperábamos la luz, la luz del sol, que nos hiciera ver claro todo aquello que entre sombras nos pareció tan hermoso.

IX

Florenxia á plena luz

Aunque no le vimos salir, salió de lleno aquel sol que deseábamos. Por detrás de las cortinas, sin llamarle con timbre eléctrico, como se estila á llamar en toda fonda bien organizada, entróse por nuestro cuarto y paseóse por él, con esa calma dorada que emplea en las grandes circunstancias. A su vista abrimos las puertas de par en par, apartamos enteramente las cortinas para hacerle los honores de la fonda, y vimos allá, en el fondo, ese cielo de Italia tan famoso, tan azul y tan cantado por poetas de todas categorías.

No había aquel día ni una nube en el firmamento, ni una de esas blancas nubecillas que parecen puestas por adorno é inocente entretenimiento de pintores; no corría el aire más que por puro pasatiempo y cosquilleo de los árboles, que empezaban á consultar sus adentros para echar flores, creyéndose en primavera, y era tal el bienestar que el tiempo nos prometía, y tanto lo que Florenxia consentía mostrar á nuestros ávidos ojos que salimos de la cama muy temprano, despreciando la vista de los frescos del plafón y las delicias del hogar que teníamos por seis reales diarios.

Alegres pues, nos lanzamos á la calle. Ya en ella, consultamos el viento que reinaba, á fin de que nos soplara en popa, pero como no se movía una veleta, marchamos de frente, decididos y cuasi á paso redoblado. A poco de andar, llegamos á la plaza que habíamos visto el día anterior en la penumbra, el claustro aquel misterioso que nos hizo soñar despiertos, y que tan sepulcral se presentaba á nuestros ojos. ¡Qué diferencia, Dios mío! ¡Qué engaños tan hermosos tiene la luz, y que bueno es ser engañado por ella! Bello era el claustro, pero blanco, luminoso, claro como un patio de Oriente, sin tumbas siquiera, y frescos los frescos de rubia y clarísima frescura. Allí, como en otras partes, comprendimos cuan fácil es equivocarse, y como los ojos nos mienten cuando se mete la imaginación de por medio, y en cuantas fases y aspectos han de mirarse las cosas para de ellas formarse una idea aproximada. Las calles, tan angostas y tan mezquinas ayer, pareciánnos más anchas, como si la claridad las hubiera ensanchado por milagro; el palacio aquel, entrevisto, aún más lúgubre nos pareció, y más bello todavía el medallón á lo Lucas della Robbia; la catedral un castillo de fichas blancas y negras, como antes, pero de un juego de dominó espléndido, á lo Gargantúa; y el río ¡pobre río! Aquel Arno, al parecer tan profundo, resultónos el río más bonachón y falto de malicia, con sus márgenes como tantos otros ríos que se pasean por la tierra, con sus transparencias, con sus arenas, sus junquitos y hasta con algunas barcas tratando de navegar y distrayendo la línea, para encanto de los que aman los paisajes inocentes.

Siguiendo el Arno bordado, á su derecha hoteles llenos de ingleses ¡ay! hasta el terrado (yo creo que esa gente siempre están fuera, y que Inglaterra es un país despoblado), llegamos á un parque

delicioso, anclado al lado del río. Allí, por primera vez, nos creímos en la Italia del buen clima. ¡Qué sol, y qué calma, y qué perfume de pradera!

¡Qué paisaje de invierno más de verano, y qué delicia de sombra para entregarse á la holganza al-



MAYÓLICA DE LUCA DELLA ROBBIA

gunos meses y no continuar estas líneas! Un bosque imitando selva, alamedas á lo largo y á lo ancho, de frente y de perfil, árboles de esos faltos de salud que necesitan de países bonachones como éste, para no

morir de tisis; lisos parterres como fondos á lo Sandro Botticelli, y flores de todas clases, blancas, azules, violetas y amarillas, tiradas allí con derroche de colores, y todo ello para encanto de los pájaros, ya que en aquella hora temprana nos hallamos solos



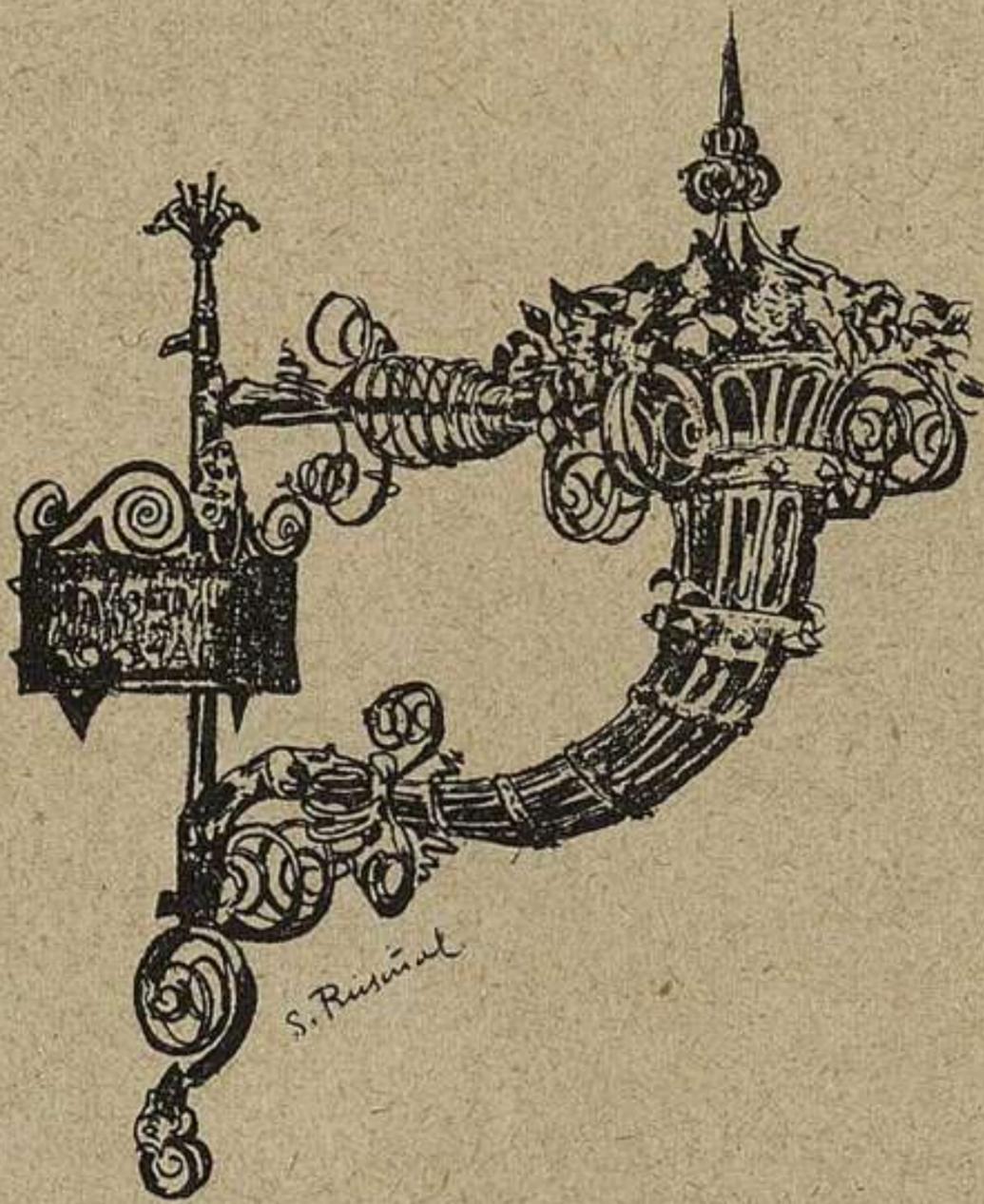
«S. JUAN» BAJO RELIEVE DE DONATELLO

con ellos, cual dos Adanes perdidos en aquel parque venturoso como urbano Paraíso.

Allí cerca, almorzamos en un pequeño restaurant y vino un amigo á buscarnos, para servirnos de guía por ese laberinto de bellezas. Era el amigo un pintor italiano, de esos que han aprendido en París á conocer y querer lo que tienen en su casa; amante de los primitivos, creyendo en una decadencia y esperando una reforma; enemigo de todo arte de comercio y de la pintura episódica, fervoroso partidario

del misticismo moderno y muy conocedor de los tesoros de Florencia. "Aquí encontraréis,—nos dijo sorbiendo el café poco á poco,—la fuente de ese arte que hoy se busca, de ese arte sentido y realmente

sincero, virgen de amaneramientos y de sofismas vulgares, de ese arte que basándose en la Naturaleza, la presenta en sus horas misteriosas y le da el velo del sentimiento, el carácter escogido y la íntima expresión de la verdad destilada, sin caer en el sobado realismo. Veréis,—dijo continuando su discurso,—como nace la pintura y que bien crece; la iréis siguiendo en su camino, firme y sereno, como ese cielo que véis, hasta perderse el día, que quiere ponerse al alcance de todas las inteligencias, ya que

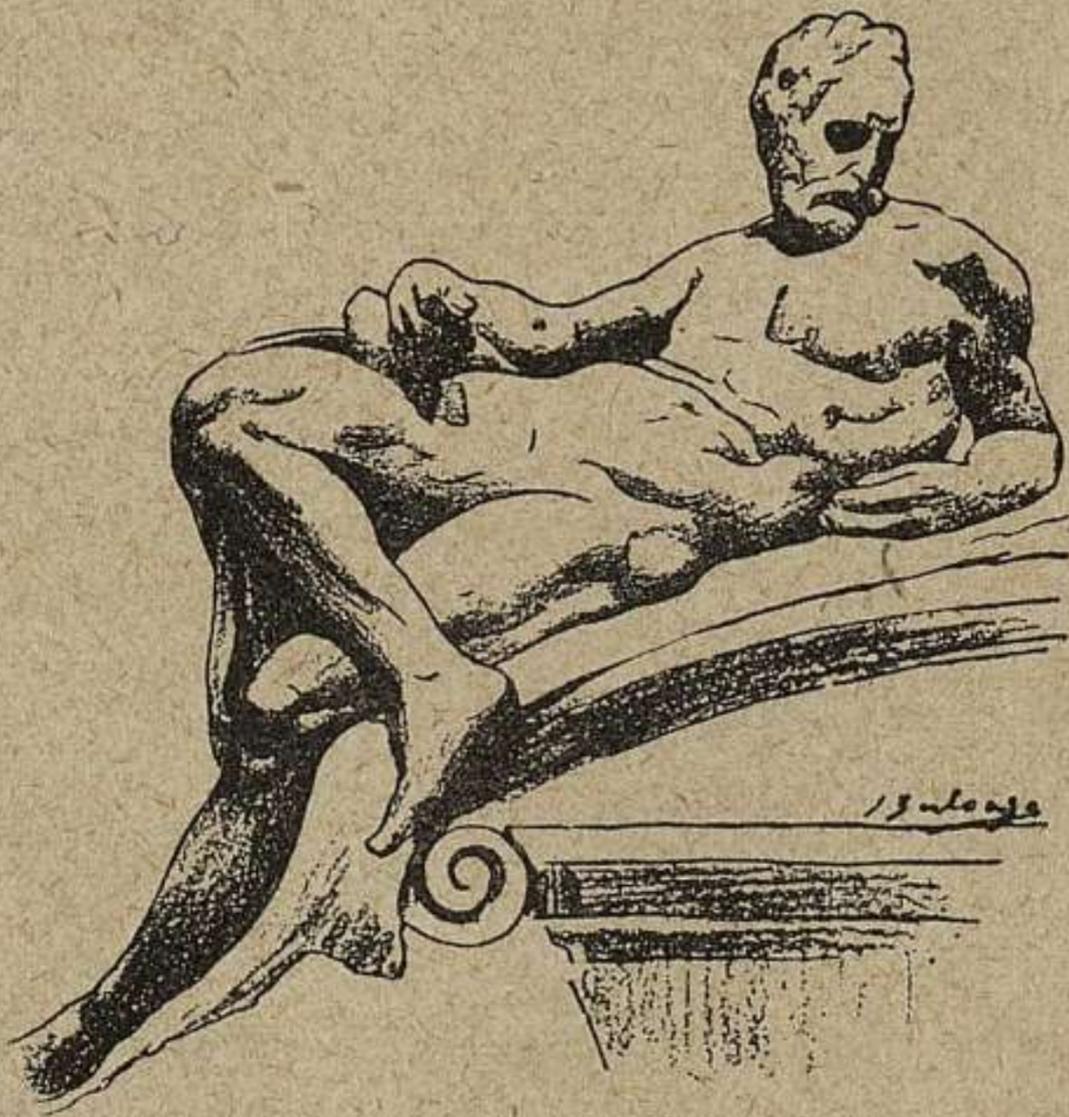


HIERRO FORJADO POR GIULIO SERAFINNI

debéis tener bien entendido (y sino mucho peor para vosotros) que el hombre es hecho de tal manera, que confiesa francamente no conocer en leyes ni en medicina, si no es médico ó abogado, pero cree tener el don de conocer en pintura por obra de intuición inconsciente; es de manera, que cuando no en-

tiende un arte, que habla un idioma extraño, dice que es incomprensible por no llamarse él ignorante, y trata de nivelarlo y de bajarlo á nivel comprensible á todo el mundo, para que el vulgo lo entienda, logrando quitarle el perfume, ese aroma que sólo tienen los primitivos, porque pintaron sus obras teniendo la soledad por consejera. Aquí, en Italia, se ha aceptado ahora el viejo naturalismo.—Pues en España aun lo estamos discutiendo... (contestamos).—“Aquí... pero basta de retóricas y sigamos nuestro camino...” (Díjose él), que nosotros no hacíamos más que seguirle y, siguiéndole, pronto llegamos á Santa María Novella. Es una iglesia grande, bien proporcionada y esbelta; pero debido á su blancura, le falta ese misterio gris, esa patina del ambiente, ese encanto de la sombra que tienen las catedrales de España. Hácenla no obstante reliquiario los frescos que se ven en sus paredes, los cuadros de sus altares y los plafones extraordinarios que cobija. Al entrar, admiramos ya un Cristo de Giotto, un Cristo negro en fondo de oro gastado, caído de líneas y plegado místicamente, huesoso y concentrada la expresión en las líneas de un rostro demacrado; vemos más lejos la vírgen atribuída á Cimabué, de la que la tradición explica que fué llevada en triunfo desde el taller del artista hasta la iglesia; vírgen nacida de la pintura románica, con su cabeza inclinada como si el cuello no pudiera sostenerla, sus pies vistos de frente á modo de estatua funeraria, sus manos largas de una distinción de códice, y sentada con rectos pliegues en su trono, con dos ángeles como contándole palabras cariñosas al oído; más allá, vimos los frescos del místico imponderable, del gran Filippo Lippi; en el altar mayor la obra más grande que ha dejado Ghirlandajo; centenares de figuras impresas, impresas como arte de documento, retra-

tos de personajes de su época, figurando en la historia de San Juan y la Virgen, desnudos pintados ya en pleno rigor del Renacimiento, y por fin, en otra capilla, Orcagna otra vez con su poema á lo Dante, suplicios de una imaginación buscando los suplicios del infierno, almas sufriendo toda suerte de torturas, dolores numerados en secciones, refinamientos de dolor, invenciones de tormentos y crueldades colocadas frente á frente de la gloria, que es dorado Paraíso, con toda la fantasía de la más grande apotheosis.



«EL DÍA» ESTATUA DE MIGUEL ANGEL

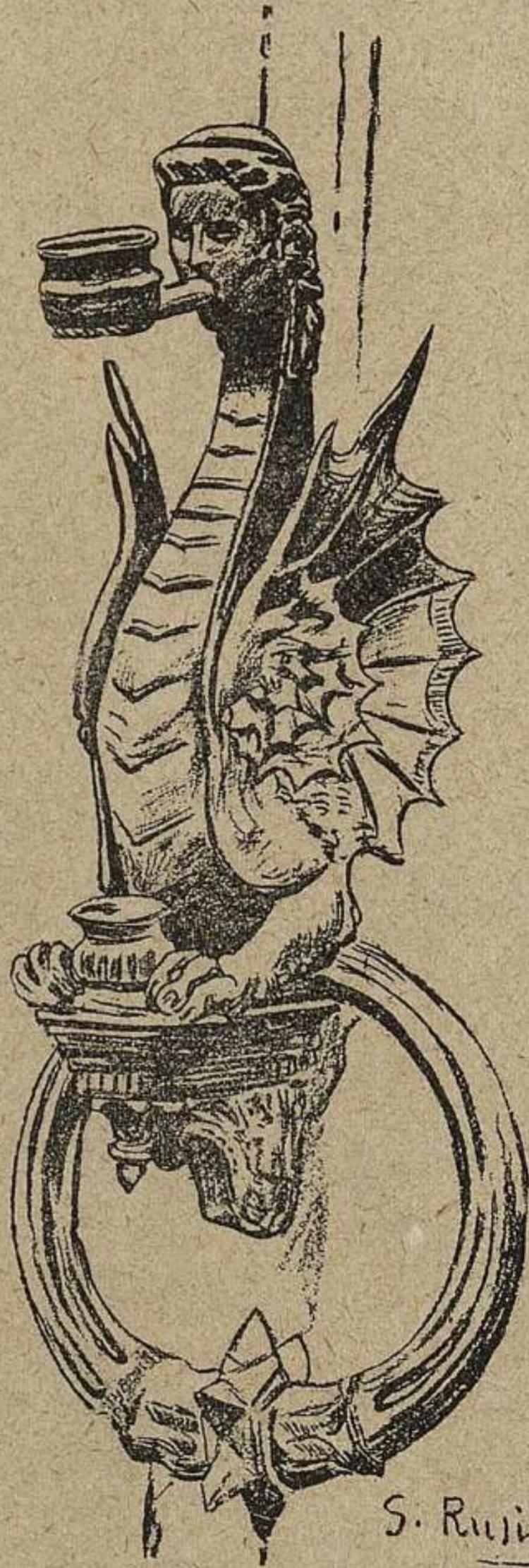
Para comienzo de visitas no era mala aglomeración la que entraba en nuestra pobre cabeza. Había para perder el juicio, y era el goce de un tormento que el mismo Orcagna no previó. Tanto cuadro, tanta obra maestra, comida por los ojos en tan poco espacio de tiempo, nos daban una indigestión en el

cráneo, un cúmulo de sensaciones atropellándose y empujándose para entrar en el cerebro, buscando silla en sus cajones y no cabiendo en el aula. Antes que estalláramos, salimos y atravesamos el claustro verde, llamado así á causa de los frescos de este tono que lo cubren. Son obra de Pablo Ucello y de una originalidad rarísima, pues ver pintados todos los muros de un claustro con sólo este color en claro obscuro, y ver cien escenas trazadas por mano que conoció á fondo el arte de dibujar, y no caer en lo monótono y armonizar todo esto con el aire del edificio, podrá parecer capricho, pero es capricho de maestro que no se ve muy amenudo. Y tras haber visto la capilla de los españoles, así llamada á causa de tener allí su cofradía nuestros antecesores que residieron en Florencia y de hacernos el honor de decorarla con obras consideradas las mejores entre la escuela del Giotto, salimos, y tras mucho andar, acompañónos nuestro amigo á la capilla del Cármine.

“Aquí, nos dijo, ante esta vida de San Pedro, pintada por Filippino y Masaccio, venían á estudiar Perugino, Leonardo, Rafael y Miguel Angel.”—Contento podía estar el maestro de tener discípulos tan estudiosos y aplicados—contestamos—y á fe que es tanto lo que aquí hay que aprender, que estamos tentados á dejar estos estudios para otros tiempos peores y volvernos á dormir en aquel Parque dichoso, viendo llegar la primavera de Italia. ¡Eso es dibujo del que llaman decadente! Eso es buscar el sentimiento que conduce á la expresión, sin subirse por las ramas, y eso es antiacadémico ¡voto á tal! y sentido con el alma pendiente de los pinceles. No hay ni un solo pliegue que no diga lo que debe de decir, ni una mano que no hable, ni una cara que no tenga el dibujo que no se aprende en la escuela, ese dibujo que vuela sin reglas, incorrecto de materia y correc-

tísimo de espíritu..... pero vámonos con el estudio á otra parte, que mucho nos falta ver y el tiempo es oro, como dicen esos hombres que por ahí andan con su guía.

Fuímonos, y por el camino, á cada paso, se detenían nuestro amigo. —Esta es la casa en donde vivió Miguel Angel. Aquí nació y murió el Dante. Esta tienda era el taller de Donatello. En este piso expiró Savonarola; aquí trabajaba Leonardo, allí Bellini; más allá el Giotto; Maquiavelo, Orcagna, Galileo, Luca, y otros, tan célebres como ellos, paseábanse por esta plaza tapizada de recuerdos. Aquí, en este edificio que veis, vivían los pintores que no tenían trabajo, y á quienes los Médicis les daban cinco liras cada día, regalo que, si hoy vivieran esos príncipes y quisieran continuarlo, no bastaran las liras de los desva-



HIERRO FORJADO DEL PALACIO STROZZI

nes del Olimpo, ni habría cuarteles capaces en el planeta que habitamos, para albergar tanto pintor que

vive del aire del cielo. Esta iglesia cerrada guarda las cenizas de Rossini; esta de más allá las de Tasso, todas estas otras, que pasamos, guardan alguna obra maestra que más tarde podréis ver, y esa, en la que vamos á entrar, los sepulcros de los Médicis.“

Entramos, y la primera impresión fué deslumbrante. Una capilla alta y vacía, ocupada solamente



BUSTO DE PIETRO MELLINI, POR BENEDETTO DE MAIANO

por las tumbas, y toda ella, desde la cúpula al suelo, formada de los mármoles más raros. Allí jaspe verde de Sicilia, jaspe de Praga, jaspe violado de Flandes y de Chipre y del demonio; mármol coralina de

España, blanco Carrara, granito de Elba y pórfido y lápiz-lázuli y qué sé yo cuanta riqueza acumulada, recordáronme á pesar de ella, una exposición cursi de pedacitos de mármol, que recuerdo haber visto en Barcelona, y una anécdota de un dibujo de Forain al mismo tiempo, que decía: ¿Qué piedra es esa de buen gusto que lleváis en la corbata, caballero?—Es lápiz-lázuli, señora.—Hermosa es, contestaba, mientras que añadía un viejo con la mayor pretensión:—De esa misma tengo una chimenea en casa.—Con perdón del arquitecto, hay allí demasiadas chimeneas; la vista, herida por aquellos colores deslumbrantes, no repara en el dibujo, el pobre arte se ve anulado por la estúpida riqueza, y uno se marcha cansado por aquella gritería de colores, cual orquesta inmensa y desafinada.

En cambio, en la capilla del lado, es el arte el que triunfa, y se encarga de su bandera nada menos que el inmortal Miguel Angel. Con decir que es aquella la capilla de los Médicis y que las estátuas son las de Julio y Lorenzo y que las figuras reclinadas sobre las losas sepulcrales son los símbolos del día y de la noche, famosos en todo el mundo del arte, y que allí está su virgen y sus clásicos candelabros, habré dicho lo bastante; pero á pesar de lo coloso que, de antemano, uno se imagina Miguel Angel, hay que ver las estátuas en su sitio para comprender su grandeza, hay que ver como parecen talladas allí mismo, cual si la gran capilla fuera un bloque y á martillazos de genio brotaran las figuras y las tumbas como de una sola pieza; hay que ver en el día y en la noche la ciencia de los músculos y la invención de ellos, cuando no le basta la ciencia al gran poeta y el cariñoso modelado con que el alma del artista fué siguiendo los pliegues de sus figuras, y hay que ver el misterio, el gran misterio que inspiran las cur-

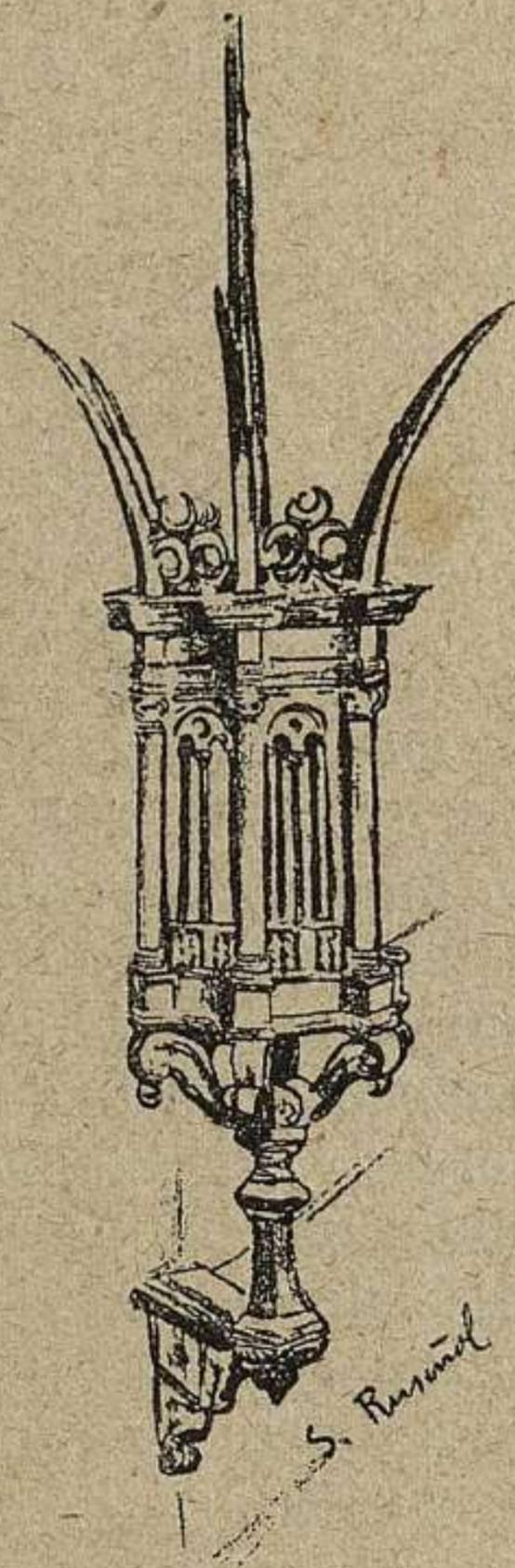
vas de las espaldas, las manos encogidas y, sobre todo, las cabezas de los hombres, que dejó expresamente abocetadas, comprendiendo que lo perdido en precisión lo ganaba de sobra en expresión indecisa, en vaguedad soñadora y en dudosa adivinación del sentimiento.



BAJO RELIEVE DE DONATELLO

Consentimiento verdadero dejamos aquellas obras, pero á poco, otras, si no tan grandes, más simpáticas, á nuestro modo de ver, nos esperan en el *Museo Nazionale*. Referímonos al padre de la moderna escultura, á Donatello. Para verlo, subimos la escalera majestuosa del antiguo palacio del Pretorio, viendo, de paso, una muestra de hierro divinamente

forjado, centenares de escudos como incrustados en el muro, armas y objetos suntuarios á granel, y allí, en el primer piso, rodeado de los bustos de Maiano, Andrea della Robia y Rosellino, de los relieves de Bolognia, Guiberti y Brúnellesqui, del hermoso medallón de Mina da Fisióle y de centenares de otras obras del renacimiento italiano; una sala dedicada á la obra del incomparable artista. Lo mejor salido de sus prodigiosas manos está allí. Allí, su David de bronce espada en mano, fino como una joya cincelada; San Juan Bautista de mármol, ascético como un penitente de retablo, flaco y nervioso, naturaleza modelada sobre huesos con carne histérica y músculos hollados por sufrimientos del alma; el busto da Urz-zano, tierra cocida con colores, cabeza con verdad sintetizada; San Juan joven, relieve reproducido en todas partes, misterioso encanto de la infancia que adivina los dolores de la vida, cabeza, al parecer modelada con los párpados ó con el borde de los labios, con su boca visionaria, sus ojos mate, sus cabellos flotando como niebla, sus espaldas sin carne y la cruz al fondo como promesa de martirios previstos á lo lejos de lo lejos; allí sus ángeles sonriendo con la sonrisa de la tierra, dulcificada con la mirada del cielo, su bajo relieve de la virgen envuelta en-



LINTERNA DE HIERRO
FORJADO
DE NICOLÁS GIOTTO

tre tules vaporosos cayendo rectos como lluvia de acendrado misticismo y rodeada de ángeles, de ángeles como sombras indicadas en el fondo, en siluetas esbozadas en primera creación del pensamiento; su busto de niño, por fin, perfil de gloria detenido en la tierra por milagro, y otros bustos aun y estatuas y relieves prodigiosos, llevando todos el cuerpo como estorbo de sus almas, prestas á volar allá en lo alto; realistas del sentimiento, y decadentes, si es decadencia refinar la expresión y llevarla á los confines donde el hombre empieza á soñar, cansado de las tristes realidades de la tierra.

Cansados salimos de la excursión de todo el día, que nada cansa tanto el pensamiento como levantar la frente y mirar lo que está sobre las nubes, y por fin para acabar la jornada, fuímonos á ver de paso la galería moderna de pintores italianos.

Allí recibimos impresión idéntica que la sufrida al visitar por vez primera los cuadros modernos del Prado.

Qué tristeza, qué farsa y qué falta de sinceridad. ¡Dios mío! Lo que no puede condensarse en sentimiento, se emplea en ensanchar el tamaño de las telas; lo que no puede ganarse en opaca ó brillante armonía de colores, se busca en colores deslumbrantes; se tira por ancho no pudiendo tirar por profundo, y se llenan telas á gritos, con horrores de melodrama, con escenas hechas con lágrimas y con trajes de alquiler, y con paisajes bonitos se engaña al gran rebaño del público. Por fortuna, por milagrosa fortuna, no fué aquella la postrera impresión de aquella tarde. Allí mismo, en un salón majestuoso como el sagrario de un templo, rodeada de las flores del Angélico, de Lippi y de Brunellesqui, estaba la hermosa, la infinita, la sublime primavera del simbolista Boticelli! Esta fué la última nota, la nota de

caída de la tarde, el rocío de aquel día. Llena de lluvia de flores, de flores volando como manadas de mariposas celestes, de mujeres entre velos y entre aromas, deslizándose inclinadas sonriendo á la Naturaleza y recibiendo su sonrisa, de naranjos llenos de frutos de oro, ella fué la primavera de Italia, la primavera ansiada, el beso de la luz del sol, de aquel espléndido sol que entrónos por la mañana en el cuarto de nuestra mezquina fonda.

X

Vida de Museo

Pasados algunos días en Florencia, sentimos un poco de alivio en nuestro mal, admirativo, entramos en una reacción de calma, y con permiso de algunas autoridades en el manejo de la administración del arte, empezamos á copiar en el museo.

A las diez de la mañana, hora en que se abría la galería de los *uffizi* subíamos su majestuosa escalera y pasando con gran soltura el torniquete, nos hallábamos rodeados de cuadros, de estátuas y de dibujos. Antes de empezar nuestra tarea, nos paseábamos un rato por las salas que olían á casa noble, á barníz de obra maestra, á óleo antiguo y á como incienso de retablo; mirábamos en las paredes los cuadros, contradiciéndose mutuamente dentro de la general armonía, y nos íbamos, delante del que copiábamos, á formar parte de la innumerable familia de los sesudos copistas.

Estos iban llegando poco á poco, con sus cajas, con sus telas cuadriculadas, con sus chirimbolos de matar; íbanse acomodando silenciosos en las sillas que tenían destinadas; el museo iba llenándose, empezaban á esgrimirse los pinceles, á sentirse los cua-

dros molestados por tanta mirada inoportuna, y pronto, aquellas augustas salas parecían un colegio de párvulos de mayor edad y cuantía, un claustro laico, una casa de locos mansos, un convento de religiosos de la orden admirativa, labrando copias y desfigurando obras maestras, con una fe, sino digna de ganar la pobre gloria de la tierra, en espera de aquella otra definitiva.

Porque los tipos que van allí son dignos de estudio, por lo variados y curiosos; son copistas que merecen tener sus ideas, gente única en la variada especie humana. Allí va el copista de profesión, pintando siempre su Rafael, con constancia digna de ejemplo á las mujeres coquetas, el mismo Rafael que le hizo admirar su ama de cría ¡ay! en los tiempos venturosos de la infancia, y pintándolo siempre con los pinceles de siempre, y con idénticas mezclas de colores preparados de antemano. Terminado su concienzudo trabajo, una muestra más de su género, lo deja en el caballete algunos días, haciendo como si le faltara algún detalle para esperar el comprador, aquel Mesías poderoso, que se hace esperar más en prosa que la ansiada cita amorosa de que se duele Espronceda en verso; aquel viajero ilustre que, como el *mal cazador* de la leyenda, todos los han visto menos los que están presentes; aquel Médicis, Nabab solemne é invencible que cuenta la tradición que alguna vez compra algún cuadro, por más que haya incrédulos que lo pongan en cuarentena, herido de esa duda y pesimismo, que creo nos viene del Norte, y que es enfermedad moderna, según nos cuentan los sabios que entienden de esos males. Allí, copia la inglesa enfermiza, rubia como el cáñamo maduro, la eterna viajera emigrante de su isla, como nosotros de la nuestra, paseando su tosecita por todo el globo terráqueo y sus colonias, y detenida allí

delante de algún cuadro, para pintar algún cuadro á la acuarela. Rodeada de cajitas, de lacas, de pincelitos de marta, finos como pelos de manguito, de ingredientes como farmacia pictórica, se come más color que plum-pudding, pinta por capas aun en pleno verano, deja el blanco del papel con puri-



RETRATO DEL INFANTE FERNANDO DE ESPAÑA
(por Luca de Holanda)

tanismo de escuela, y cuenta los pelos de las pestañas y los hilos de la tela, y los copia uno por uno con santa paciencia anglo-benedictina. Allí forma también el grave y morrocotudo profesor, el *homo-serius* de Linneo, mirando mucho y no haciendo casi nada, saludado de los conserjes, que admiran también todo ser que calza título y gasta empleo,

más que pintando *interpretando* á los clásicos, para sustituirles más tarde y formar en las filas del museo como amigo; están también los pensionados, gente alegre y bulliciosa, chicos disgustados de no poder fumar en las salas, despeinados á lo artista, llenos de manchas de color y despachando la copia á toda prisa, para mandarla á su querido ayuntamiento, que la espera en corporación para ponerla el visto-bueno á sus estudios y darle patente para andar suelto por la tierra; está el artista pobre, el pobre diablo que cuenta con el amparo de las obras maestras de otros tiempos, para que le presten su sombra bondadosa, un débil rayo de inspiración para dar de comer á su familia, un poco del gran talento que tuvieron para no morir de hambre; tipo triste de copista haciendo dibujos de ilustraciones, interpretando obras maestras en medallones, sortijas y miniaturas, pájaro enfermo recogiendo las migajas de pan de los genios y trabajando como obrero laborioso. Allí está por fin el simbolista copiando á Botticelli; el místico copiando á los primitivos; el concienzudo á Holbein ó á Clouet; el francés á Wateau y á Poussin; el clásico á Rafael; y todos juntos, aquí y allí, por las salas, como colmena de abejas chupando de aquellas flores.

Allí llegamos también y subimos á dos púlpitos que nos prestan; dos púlpitos que nos acercan al cuadro y elevan nuestra copia á una altura jamás soñada por nuestras pobrísimas fuerzas, y que nos hacen dominar desde lo alto un espectáculo solemne y por demás grandioso. A un lado un Guirlandajo completísimo; al opuesto el nacimiento de Venus, de Boticelli, el tríptico del beato Angélico al frente, en el fondo Carracci, Gózzoli y otros dorados retablos; y á los pies mismos del púlpito, otra inglesa de las flacas, vista de escorzo en perspectiva, acurrucada,

con sus múltiples y variados pinceles y cajitas de colores, no mirando nunca el cuadro, jamás levan-



BUSTO DE SÉNECA

tando los ojos, durmiéndose muchas veces con la santa inocencia de *qui mal no fa, mal no pensa*, y pintando como quien hace calceta.

Copiar á los maestros es cosa ya capaz de marear al más pintado en pintura, de aturdirse buscando procedimientos ajenos; pero copiarlos desde aquellos catafalcos, desde aquellos altísimos armatostes, requiere el desprecio de dos vértigos; el de abajo y el de arriba, el del mísero suelo de los hombres y el del glorioso cuadro molestado con la copia; requiere ligereza de piernas para subirse al patíbulo aquel de maderaje y gimnasia de pensamiento, para seguir el lenguaje noble y severo, de las telas; poco amor á la existencia ni á sus encantos, y disciplina para



LA VIRGEN Y SANTA CATALINA, DE GOZZOLI

no dejarse llevar á otros senderos que los que marcan las líneas escritas en colores, mitigados por el tiempo; y sobre todo, serenidad á toda prueba, gran serenidad, á fin de no dejar entrar la vanidad en el alma que nada le instiga tanto, según vemos cada día, como encontrarse en lo alto de un púlpito cualquiera, aunque aquel sea con ruedas como el nuestro y fácil de venirse abajo como tantos que parecen más seguros.

Colocados con Zuloaga frente á frente, en aquellas altísimas regiones, el púlpito nos hacía discursar quieras que no, y teníamos diálogos entre pin-

tura y pintura que despertaban muchas veces á la inglesa de su sueño beatífico.—¿Has visto, me decía mi amigo, agarrándose á la madera, como lograban esos hombres la grandiosidad dentro de su nimiedad de factura, al revés de los pintores españoles,



CUADRO DE LUCA KRANAC

que pintan gordo y hacen flaco? ¿Has visto que despreocupación más grande en el modo de escojer lo que hoy llamamos asunto, de colocar las figuras en el medio que se les antojaba artístico, de vestirlas con trajes de cualquier época, sin andarse en sabias indumentarias, de ponerlas en el fondo que

juzgaban armonioso, sin darles carácter de época, que luego han adquirido andando el tiempo?—Sí lo he visto, respondíale, y aún creo que si hoy estos hombres expusieran sus cuadros sin la firma, les veríamos combatidos por el sufragio de los mansos, que hoy los pondera para no ponerse en ridículo.—¿Te has fijado, volvía á repetirme Zuloaga, en el modo mate con que pintaban y el horror que sentían por los colores chillones? en la prudencia con que empleaban las tintas? en el modo opaco de ser coloristas? Mira ese Boticelli y fijate bien, aunque sé que estás convencido. Mira esas flores; no hay ni un color entero en ellas, no hay ni una que no sea una hermosa media tinta, no hay ni un tono vigoroso que no tenga complementario al lado, ni un tono que se adelante, ni que se *salga del cuadro* como dicen muchos críticos, ni *vigor de pincelada*, ni *espontaneidad*, ni otros clichés, ni ocho cuartos. Su objeto es el conjunto, y observa como lo buscan en la armonía, no engañando jamás con gritos y con gestos de colores. Eso es ir al grano ¡vive el árbol de Guernica! (decía apoyándose con las piernas). Eso es pintura de cámara y no pintura de espectáculo teatral; eso es pintar carne artística y no *trompe l'œil* ni *nature morte*, para engañar á las mansas multitudes. Si yo fuera rey, después de ver estos cuadros, hacía cerrar las tiendas á los pintores.—Cálmate por Dios le decía, temiendo un final desastroso, cálmate Zuloaga, que ese púlpito no es muy seguro; copiemos y dejémonos de discursos.

Calmábase y volvíamos á pintar, siempre allí arriba y ante la inglesa durmiéndose. Por la sala iban pasando visitantes, pasaban, buscando nombres, con el libro compañero, y mirando firmas como en casa de un notario, entusiasmábanse, poco ó mucho, según el guía lo ordena ó lo suplica,

echando un coro de exclamaciones dirigidas por el pastor del rebaño; pasaban á veces norteamericanos sueltos, apuntando en su librito de falta de memorias sus entusiasmos numerados; pasaba algún viejo



MASCARILLA DEL DANTE

artista silencioso, pasaban atortoladas parejas haciendo su viaje de luna de miel en Italia, yendo á todas partes sin verse más que á sí mismos, mirándose y pichoneando en cada sala y faltando al respeto á Rafael, á Leonardo, y al mismo Beato Angélico.

A veces pasamos largos ratos sin decir una palabra, trabajando con furor, absortos y creyéndonos en el desierto, ensimismados con los cuadros y tratando de penetrar en el vago pensamiento del artis-



«VIRGEN» DE FILIPPO LIPPI

ta; á veces sentimos la tristeza que desprenden las obras que llevan algo del alma detrás de la dorada patina; sentimos á veces desalientos y dejamos caer los pinceles y nos quedamos largo rato sin cogerlos, ridículos y tristes en lo alto del andamio, soñamos á

veces y pensamos que la inglesa sueña también, cuando creemos que duerme, y heridos de mal humor, bajamos, yéndonos á recorrer aquellas salas para hallar nuevos alientos.

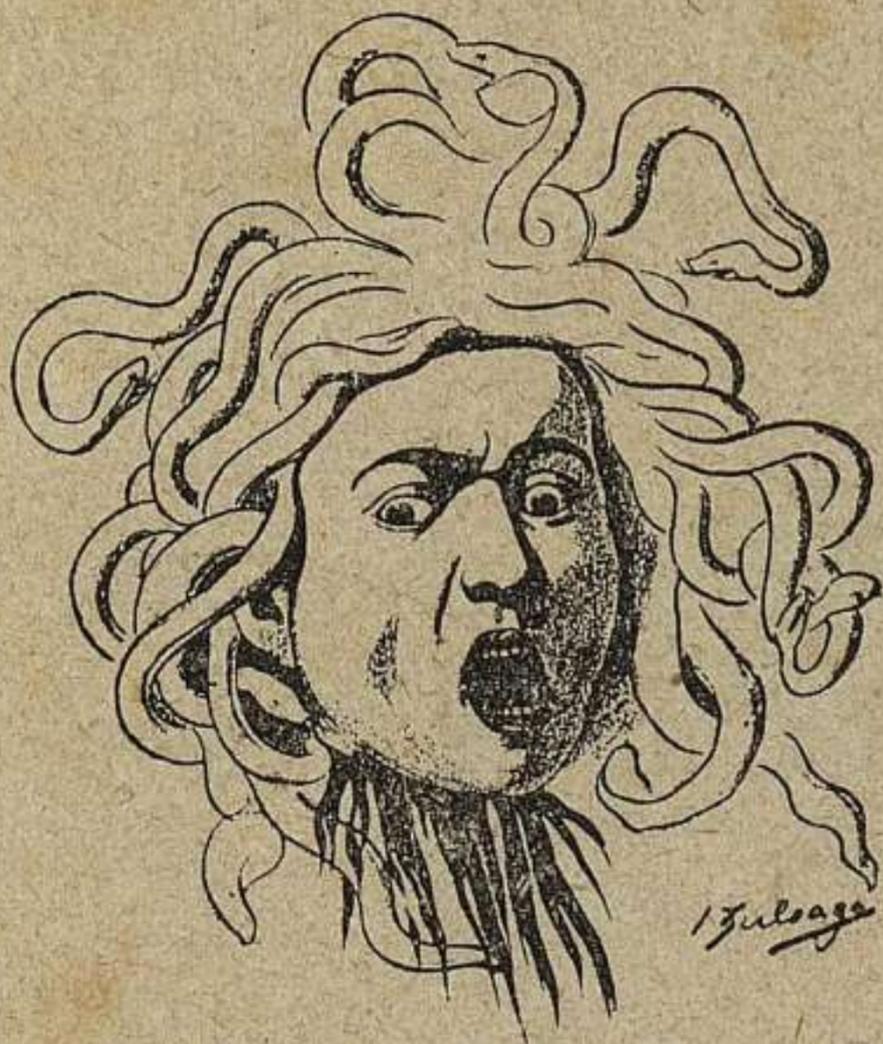
Unas veces recorreremos las galerías, mirando solamente el conjunto, echando una ojeada sobre aquel ejército de telas formando en fila como un batallón de paz: marcos dorados, perdiéndose en perspectiva, alternados con estátuas amarillentas, estufas de vez



ANGEL (de H. Rosso Fiorentino)

en cuando é hileras de caballetes, y entre aquel bulli-
cio mudo buscamos á los pintores amigos de nuestro
espíritu, para enviarles un saludo y un recuerdo. Otras
veces, vamos á un salón pequeñito para ver la céle-
bre "Calumnia" de Boticelli, calumnia, que calumnia
una copista, la cual, según dicen malas lenguas, es una
princesa húngara y la enseñan como curiosidad de
la casa. Pesará, echando por lo bajo, por no regatear
el peso, de tres á cuatrocientos kilogramos; es un

bulto colosal, gorda por lo ancho, espesa, inmensa como la cúpula del Duomo. Debe sentarse en dos sillas, está echando á perder los ascensores y da inquietudes á los guardas del museo de que el techo no resista á sostenerla por más tiempo; y á pesar de ser tan carnal esa señora, está copiando el más deal de los cuadros, viendo llegar tras del otoño el



Caricatura de la obra de la señora de la...

invierno y el verano después de la primavera. Cuando pinta, que es cada día, parece una fiera enjaulada; no hay quien se acerque á copiar donde ella pinta; los cuadros que la rodean están en estado de sitio, así es que miramos aquel Botticelli, temerosos, moderamos entusiasmos temiendo una mordedura de aquel horrible paquidermo y nos estamos menos tiempo

del que nos piden los ojos. Ahí mismo admiramos un Watteau, de lo más delicado y armonioso que ha brotado de las delicadas y armoniosas creaciones de este artista; allí cerca vemos las dos Venus del Ticiano, una de ellas retrato, según dicen, de la Duquesa de Urbino, mujer espléndida, pintada espléndidamente en plena exuberancia del gran maestro; la Venus de Lorenzo di Credi, academia gris rosado sobre fondo negruzco, mezcla de dibujo decadente con dibujo clásico y sobrio; la Eva de Luca Cranac, desnudo místico de retablo, dibujado con ingenuidad pasmosa, y otros desnudos más serenos y

vestidos de la castidad del arte, que nos enseñan, con qué amor y ciencia estudiaban la forma de la mujer esos grandes pintores de otros tiempos; más allá, una sala entera de Boticelli, como camarín de



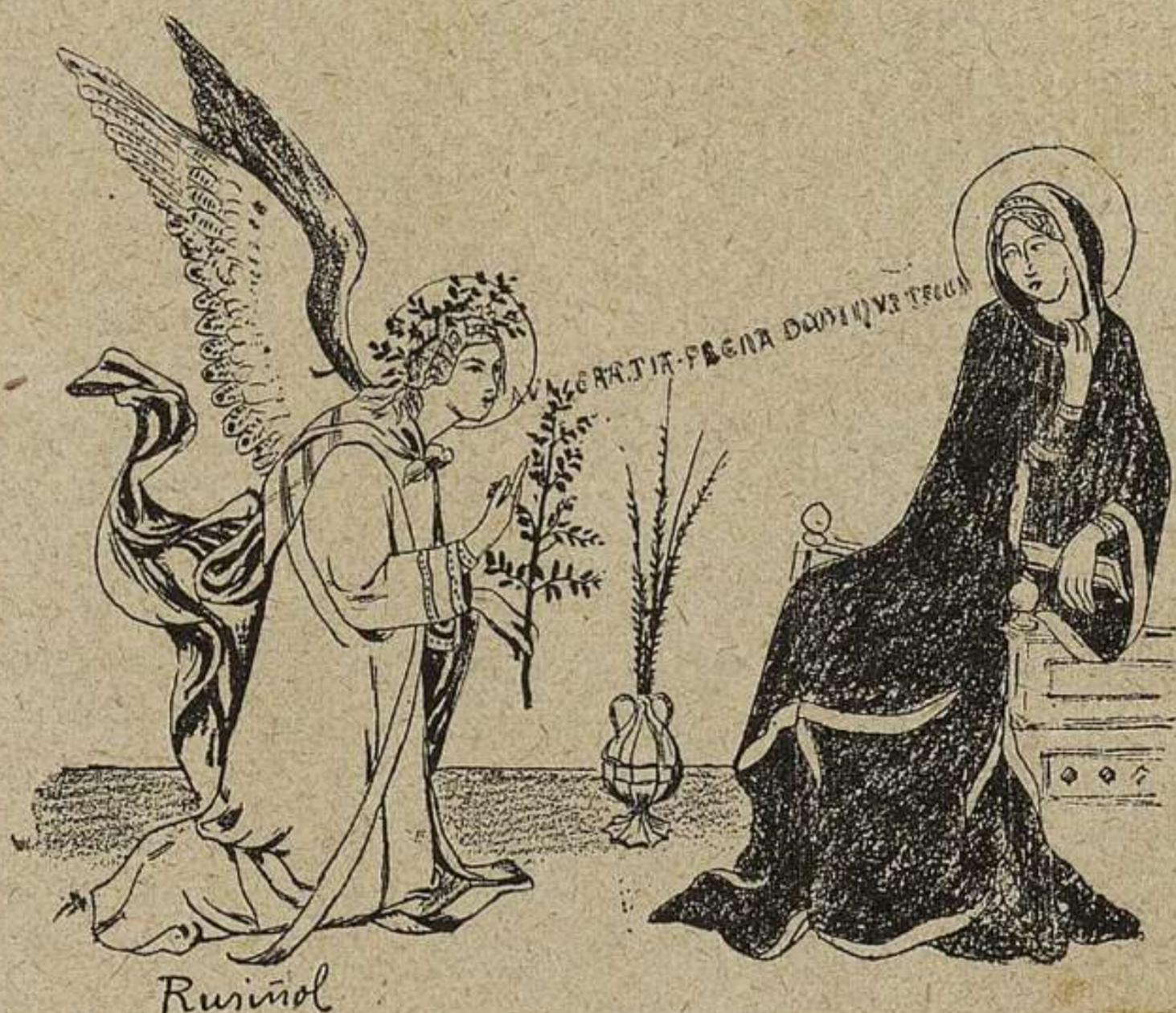
RETRATO DE MIRANDOLA (*Escuela Florentina*)

oro; aún más allá, la escuela toscana, la escuela holandesa, la escuela alemana y la flamenca y otras más; luego la Sala de Lorenzo Mónaco, la sala del Verrocchio, y la galería Ferroni, llenas de amigos también, y volviendo al salón de las tablas primiti-

tivas, Martini, Lippo, Memmi, Strozzi, Giotto, Veelli, Giovanni da Milano, Pesello y otros muchísimos de las escuelas bizantina, florentina, vienesa y toscana, y nos volvemos al cuadro, más mareados que antes.

Otras veces, bajamos de la tribuna y entramos en el salón de las inscripciones. Allí, entre lápidas romanas de interés para el arqueólogo castizo, se hallan algunos bustos de emperadores romanos. Rodeando la sala, serios y cavilosos, parecen contemplar á los visitantes con desprecio, con aire altivo y severo, orgullosos de lo que fueron y envanecidos de sentir conservada su memoria por la dureza del mármol. Vemos también estatuas cuyo nombre basta citar para tener presente su silueta: "la Venus de Medicis" hermana de la "de Milo", "los luchadores romanos", "El Apolino", "El Fausto", los bustos de Séneca, de Augusto, de Antonio y de Cicerón; el gran caballo de Roma, tumbas por doquier, y por doquiera bajo relieves y sarcófagos y altares de sacrificio; vemos la sala de arqueología, la sala Niobe, las salas de los dibujos, de las ideas matrices, de la primera concepción apuntada en un trozo de papel antes de ser parida la obra, de la inspiración que pasa como un sueño y la persigue el artista, siguiéndola al través del pensamiento y esbozándola, en su fiebre, con lápiz, con carbón, con tinta, con cualquier materia que sirva para detener la rápida visión huyendo; vemos los camafeos romanos como piedras de mar labradas por sirenas, los medallones florentinos, grandezas en miniatura, los vidrios románicos y bizantinos, los esmaltes translúcidos, las joyas de cristal de roca, los primores de Benvenuto Cellini, y en una pequeña sala, el busto del Dante modelado de sí propio, la mascarilla que conserva la forma de aquellos ojos cerrados sobre las arqueadas cejas, la

nariz característica del Dante, el labio estrecho, los pómulos angulosos y aquella frente, aquella sublime frente, que llevó dentro de sus huesos el noble peso de la Divina Comedia.



LA ANUNCIACIÓN, (de Simone Martini)

Por fin, otros días, el descanso de la copia consiste en atravesar un corredor interminable, que va del palacio Pitti á la galería Uffizi, corredor que cruzamos viendo, al pasar, las aguas-fuertes y los cuadros de autores desconocidos. Al cabo de él encontramos las mismas firmas y otras nuevas, y otras en lista que se haría interminable, más cuadros aún y más estatuas que, tomadas de un solo trago, son capaces de marear cabezas mucho más firmes que las nuestras, de darle el mal de obra maestra al más pintado, de hacer desear defectos, cansados de perfecciones y que nos vuelven al púlpito de la copia,

molidos de pensamientos y débiles de entendimiento.

Tan débiles y tan seriamente atropellados que, un día que había salido solo á esas visitas pictóricas, al volver á nuestra sala, oí un ruido espantoso y formidable, que adivinará cualquiera. Era Zuloaga que, en un momento de éxtasis, se cayó de su alto andamio. Corrieron los guardas y yo con ellos, y vimos todos juntos á nuestro atribulado amigo debatiéndose boca abajo con el tremendo armatoste. El cuadro habíase pegado en las espaldas de la inglesa, que gritaba como una águila real y también se revolcaba por el suelo. Zuloaga nombraba el árbol de Guernica, y aquello era un campo sembrado de pincelitos de marta, de tubitos, de lacas inglesas extrafinas, de acuarelas relamidas, todo tan revuelto delante de un santo del Guirlandajo que el buen santo parecía sonreirse de aquel terrible siniestro.

XI

El monte de los cipreses

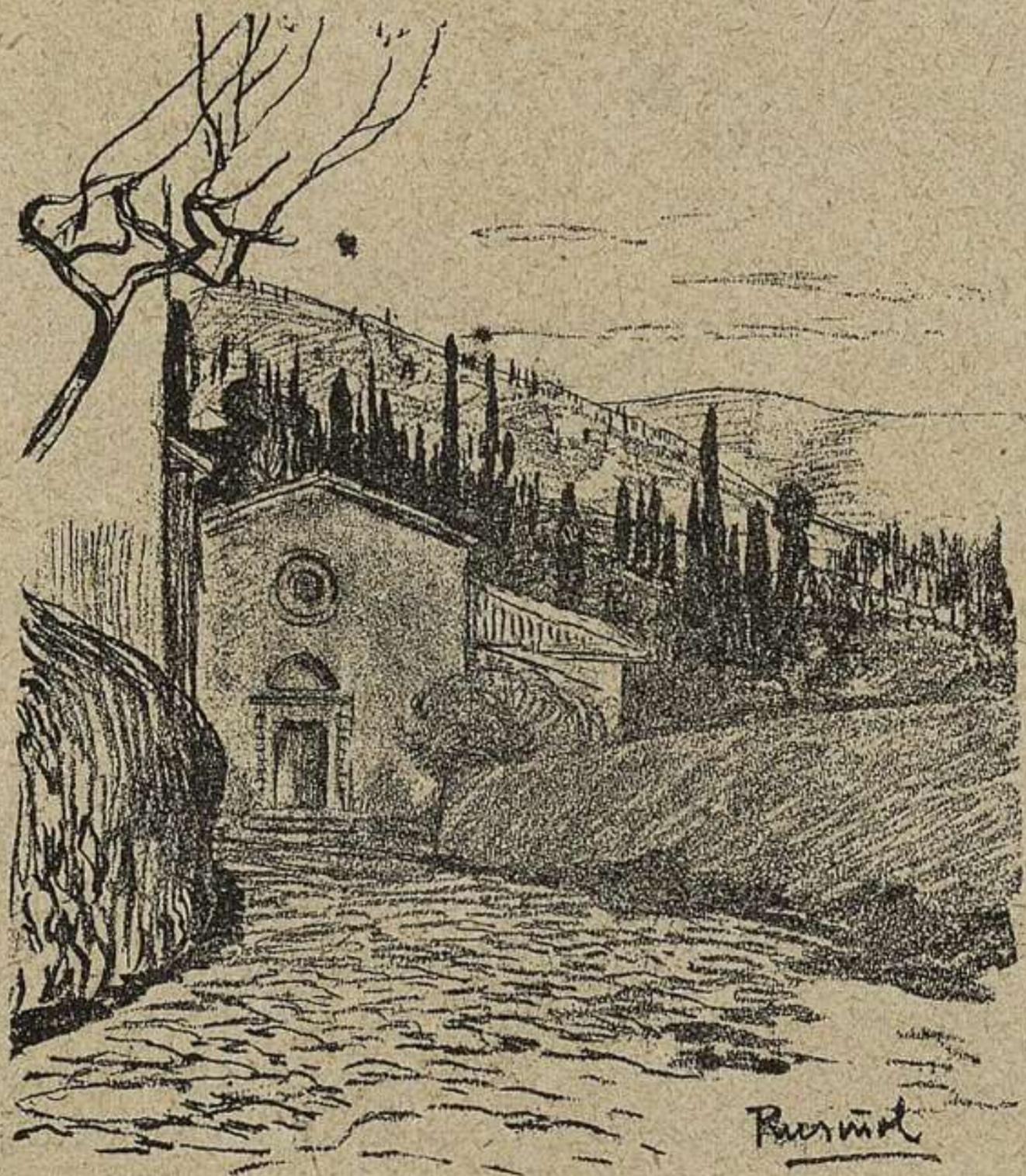
Desde aquella caída y atropello de la inglesa Zuloaga se nos había puesto triste.

Apenas probaba bocado, hablaba poco y en tono lastimero, quejábase amargamente de las miserias humanas y terrenas, nombraba suspirando el árbol, viejo de Guernica, fumaba mucho, apenas sacaba el Greco á relucir y no quería entrar en el museo por no ver aquel campo de la pasada batalla.

Bien procuraba distraerle, diciendo que la inglesa podía estar contenta de no tener otras caídas que aquella; que el mundo es una cosa frágil de sí; que otros han caído de púlpitos mucho más altos y han caído moralmente; y que ya que su cuerpo no había recibido quebraduras de huesos ni magulladuras de músculos, que levantara su espíritu, que cuasi era un bien para el arte el echar á perder una acuarela.

No señor. No había medio de restablecerle en su antiguo estado *psíquico*. Se paseaba por las orillas del Arno, meditaba, volvía á pasearse y á meditar de nuevo, en cuanto veía á un inglés se ponía nervioso, lo que quiere decir que lo estaba todo el día;

hasta que, en uno más claro que los demás y más brillante, acordamos ambos salir al campo, ver paisaje, probar tierras nuevas y nuevos puntos de vista para tratar de acabar con tanta murria y con tanta convalecencia.



Fuimos á Fiésole. Fuimos al país de Mino y Fray Angélico; á la antigua ciudad etrusca, á la montaña que veíamos detrás de las torres de Florencia y que, con su sóbria y severa vegetación, nos prometía gran cosecha de emociones; fuimos al monte querido del Dante, al cerro de los poetas florentinos, al Olimpo del renacimiento italiano, á la tierra en que cada árbol tiene su historia, y sus recuerdos cada piedra,

y nos es imposible describir el entusiasmo con que fuimos.

Respirar el aire de la sierra, cuando se siente la fatiga feliz de ver obras maestras; respirar Naturaleza, cuando llega el mareo de las obras de los hom-



bres, es cosa que el corazón agradece; pero si ese aire que se respira viene además impregnado de nobleza del paisaje, de aroma histórico recogido con el roce, entonces la vida entera se concentra en los pulmones para sentirlo de cerca y deleitarse. ¡Con qué alegría trepamos por la montaña! Con qué voluptuosa sensación sentimos que el sol nos baña-

ba con su dulce calor de naciente primavera! Con qué avidez abrimos las puertas á los sentidos, á fin de que ni un rayo de luz, ni un sonido, ni un aroma, escapara á nuestros oídos, á nuestra vista, á nuestro olfato, atentos á quererlo gozar todo! Aquella montaña entrevista, la teníamos allí, la tocábamos, la poseíamos y aún la queríamos más. Allí empezaba el paisaje á desplegarse, á hacerse paisaje por obra de su hermosura, á embellecerse con la mayor lozanía. Un valle á cada lado ¡y qué valles! un valle verde de olivo, verde gris con tonos de paisaje antiguo, verde violeta más lejos, verde mate, verde siempre, con toda la gama dividida al infinito; espesuras á cada lado impenetrables al sol, ramos de árboles ceñudos y fornidos del tiempo de los Médicis; puñados de frondosidad ocultando palacios floridos de columnatas como fondo de Veronese; casitas blancas y azules como fayances de la Robbia; y cipreces, cipreses á millarés, en bosques, en grupos, en filas, escalonados, solitarios, delgados unos como espadas, robustos otros como torres de verdura, despeinados éstos y mostrando su esqueleto, lisos y como bruñidos aquéllos, y todos vestidos de luto, todos de un verde muriéndose abrazado con el azul ultramar; todos dando á la montaña un aire de nobleza antigua, de paisaje de museo, de paisaje con patina á lo Leonardo de Vinci.

¿Y el cielo, y las montañas de lo lejos? y las ermitas, y monasterios sembrados como puñado de trigo, tirado allí, con los aciertos del hombre y de la casualidad, puestos de acuerdo? A cada paso, á cada instante, había algo que nos llamaba con sus silencios de armonías, con sus sorpresas de colores, con sus cantos de luz maravillosa. "Aquí en este rincón nos quedamos á vivir, nos decíamos. No, en ese otro, ó en aquel, ó en todos, ó ¡ay! en ninguno; que no te-

nemos vidas para poder repartirlas como hubiéramos querido; á cada paso, un nuevo grupo de árboles, una cuesta, un recodo, un ruido de vivienda entre follaje, nos hacían exclamar y detener: “Aquí dibujaremos este trozo y aquel y aquellos y todos



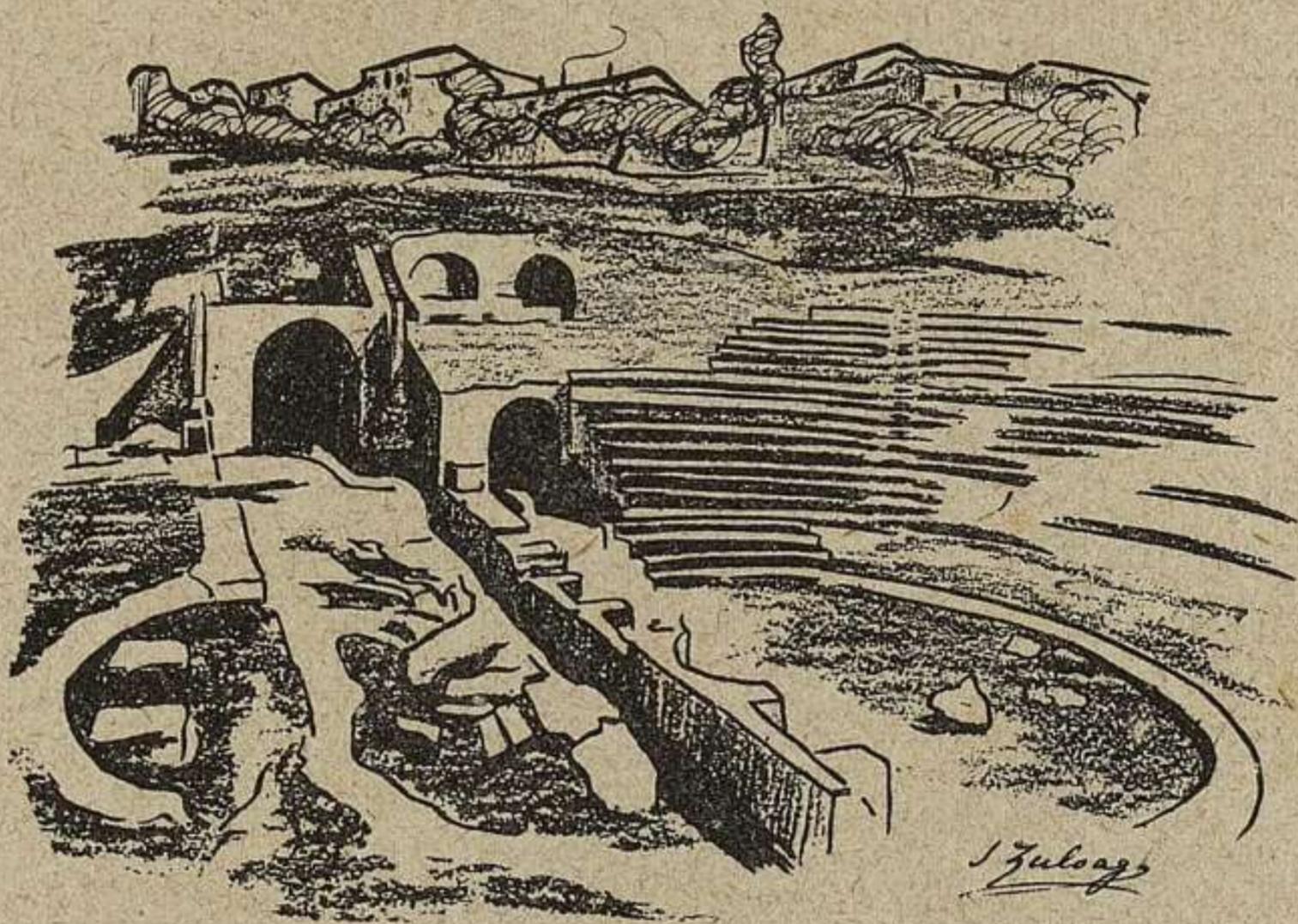
juntos, ó ninguno tampoco, que tampoco teníamos manos para hacer tantos dibujos. A cada paso, no hubiéramos dado ni uno más, quedándonos contemplativos; pero íbamos subiendo hacia Fiésole y penetrábamos en aquel bosque de cipreses, en aquel

cementerio sin tumbas, mezcla de selva y de jardín, sintiendo abandono y cuidado al mismo tiempo. Subiendo siempre, veíamos pasar por los olivos estremecimientos de plata al contacto de la brisa, veíamos allá, en el verde mar del fondo, llamaradas de primavera que llegaban trayendo una lluvia de flores; más cielo veíamos cada vez y cada vez más azul, y debajo de su hermosura descubríamos Florencia, que iba bajando envuelta en diáfana humareda, perdida allá á lo lejos como una aparición de otras edades, apenas indicada como niebla, vibrando las cúpulas al contacto de la luz como luz misma, reclinada en el Arno que salía de su boca contando su leyenda como cinta de retablo, y entre montañas coronadas de cipreses también, como la que íbamos subiendo, hasta la hermosa y deliciosísima cumbre.

Allí está Fiésole: la antigua Florencia etrusca, convertida en pequeñísima aldea, mirando la nueva Florencia á lo lejos; la madre patria, mirando la patria hija, satisfecha en su vejez de verla crecida, admirada y colmada de bellezas. Forma el pueblo de ahora una plaza en medio de la meseta, su iglesia bizantina guardando dos joyas legadas por Mino; un pequeño museo con los objetos encontrados al azar en aquel suelo pedregoso de recuerdos, su convento en lo alto, retiro íntimo con vistas al cielo y á la tierra, algunos palacios de desolados paredones, cipreses y murallas y quietud y ruínas.

A ellas nos fuimos á soñar en el pasado y á respirar aire impregnado de olor de musgo, á meditar quizás y á sentir ese abandono que sólo se halla allí donde se agarra voluptuosa al negro muro la yedra. Al pie de la montaña, frente al cielo, con vistas á términos infinitos, allí encontramos las ruinas de un teatro de los romanos; allí están los pasillos sin techo, con las entradas sin puertas; las gradas roídas

y gastadas; la rotonda de los músicos, llena de trozos de capiteles y columnas; los cuartos de los actores, llorosos de estaláctitas y nido de lagartos y serpientes; pero en cambio, allí en vez de la escena, que yace en montón de escombros, se extiende el panorama de la vida, el gran drama de las nubes, la eterna decoración de la gran Naturaleza. Solos allí en aquel teatro sin techo, sin temores, sin luz mezquina ni torpes vanidades, teniendo todas las gradas nuestras, los palcos todos, y el teatro, solitario, tan



sólo para nosotros, nos tendimos á mirar allá á lo lejos la espléndida decoración sin rompientes ni telones, abierta siempre á la contemplación del hombre. El espectáculo aquel día era un cielo sereno, claro como un espejo de cielo, adornado de nubes blancas persiguiéndose, alcanzándose, volviéndose á separar como un rebaño; de montañas azules, de frondosidades como manchas de cobalto, de valles recogidos á la sombra, de casas y pueblos señalados como con yeso sobre fondos de violeta, del lecho amari-

lento de un río serpenteando inconsciente y buscando la llanura ¡espectáculo de siempre y siempre distinto, visto desde aquel teatro caído, servil imitación del que queda eternamente!

Levantámonos, y acompañados de un fraile pálido y flaco como el San Francisco de Cano, visitamos el convento, colgado en la montaña como un nido. Con paso quedo y sin ruido, como temiendo despertar la oración de sus hermanos, iba el fraile guiándonos con sigilo, hablando con labios de rezo, abriendo las puertas lentamente y quedándose en el fondo aguardando silencioso. Mostrónos primero la iglesia, arrodillándose en cada altar, que adivinábamos oculto entre la negra penumbra; luego el coro, retirado en el ábside, blanco y sencillo, con algún cuadro ennegrecido y borrado el asunto detrás de un barniz gastado, con las sillas bruñidas por el roce de la oración, con un Cristo en lo alto, moribundo; más allá, un claustro pequeño como un patio de Granada, sin estorbos de arquitectura que detengan el pensamiento en la tierra, sereno como el cielo, tranquilo como un canto llano, de líneas sin molduras ni relieves, y cerrando un pequeño cuadro de yerba, algún rosal larguirucho, lirios y adelfas y flores descoloridas; más allá, celdas oscuras y corredores estrechos, con la grave silueta de algún fraile paseándose cabizbajo; más lejos, la capilla de los rezos, capilla íntima y blanca, pequeña y adornada como por manos de niña, alegre y bañada de sol entrando en sus altares por tres estrechas ventanas cuajadas de tiestos de flores, flores contentas, brillantes de claridad, tomando puesta de sol y aire libre de la sierra, felices de vivir en aquel estrecho encierro; luego, el cementerio y el huerto, sombreados igualmente por cipreses sin distinción de alegrías ni tristezas, y la anchurosa terraza dominando

Florenxia allá á lo lejos, sin que su voz de populosa ciudad turbe la paz de aquel tranquilo retiro.



Empezaba ya el sol á bajar por la llanura y la calma era solemne en aquel sitio. Apoyados en la baranda, mirando la vida á lo lejos con el fraile, le dijimos: ¿Estáis contento de la soledad que os rodea?

Mirónos, mirónos largo rato pensativo, y pensativo nos dijo: La única tristeza que siento en este santo retiro, es tener que bajar de esta montaña y andar por el mundo de los hombres. ¡Es tan hermoso *escoltar il vento!*... y eso de escuchar el viento, lo dijo con tono tan melancólico y sincero, que pareciónos que el viento tenía voz, que con él no existe la soledad, y estuvimos largo rato *escuchando* la llanura, oyendo ecos opacos, voces sin voz que nos tenían clavados, mudos y absortos en aquella gran terraza.

Por fin los cipreses empezaban á dorarse, y bajamos hacia el llano. Pasamos por una angosta pendiente, cerrada por dos paredes coronadas de árboles, que, asomando, dejaban adivinar espesos bosques y jardines, cuya exquisita fragancia llegaba como bálsamo de yerba; lianas en cascada, pendiendo desmayadas, desbordando de parques repletos de intrincadas espesuras y troncos de almendros tapizando el torrente de flores blancas y rosadas. De vez en cuando, por una verja abierta en el camino, veíanos un paseo de cipreses, altos y unidos, formando espesas murallas, con sus largas líneas de sombras dibujadas en el suelo por el sol suspenso en el firmamento y rayando ya las crestas de las últimas montañas; paseos desiertos, ocultando allá en el fondo alguna *villa* íntimamente abrigada, acurrucada entre pañales de verdura; ventanas entre enredaderas agarradas á los muros, algún fragmento de sencilla arquitectura y el tejado humilde lleno de manchas de sol; veíamos alguna estatua de mármol, bañándose en surtidores, delfines escupiendo agua, caballos marinos nadando entre musgo y lirios, sirenas teñidas con tonos de ocre, con manchas negruzcas y con patina de abandono; veíamos otra vez el Arno más plateado que antes, y Florencia

destacándose como un agua fuerte viejo, con sus cúpulas recostadas, sus torres, sus monumentos, y



sus casas lanzando reflejos de oro, y por aquel camino hermoso llegamos al fondo del valle.

Allí en aquel punto venturoso, en aquel sitio de

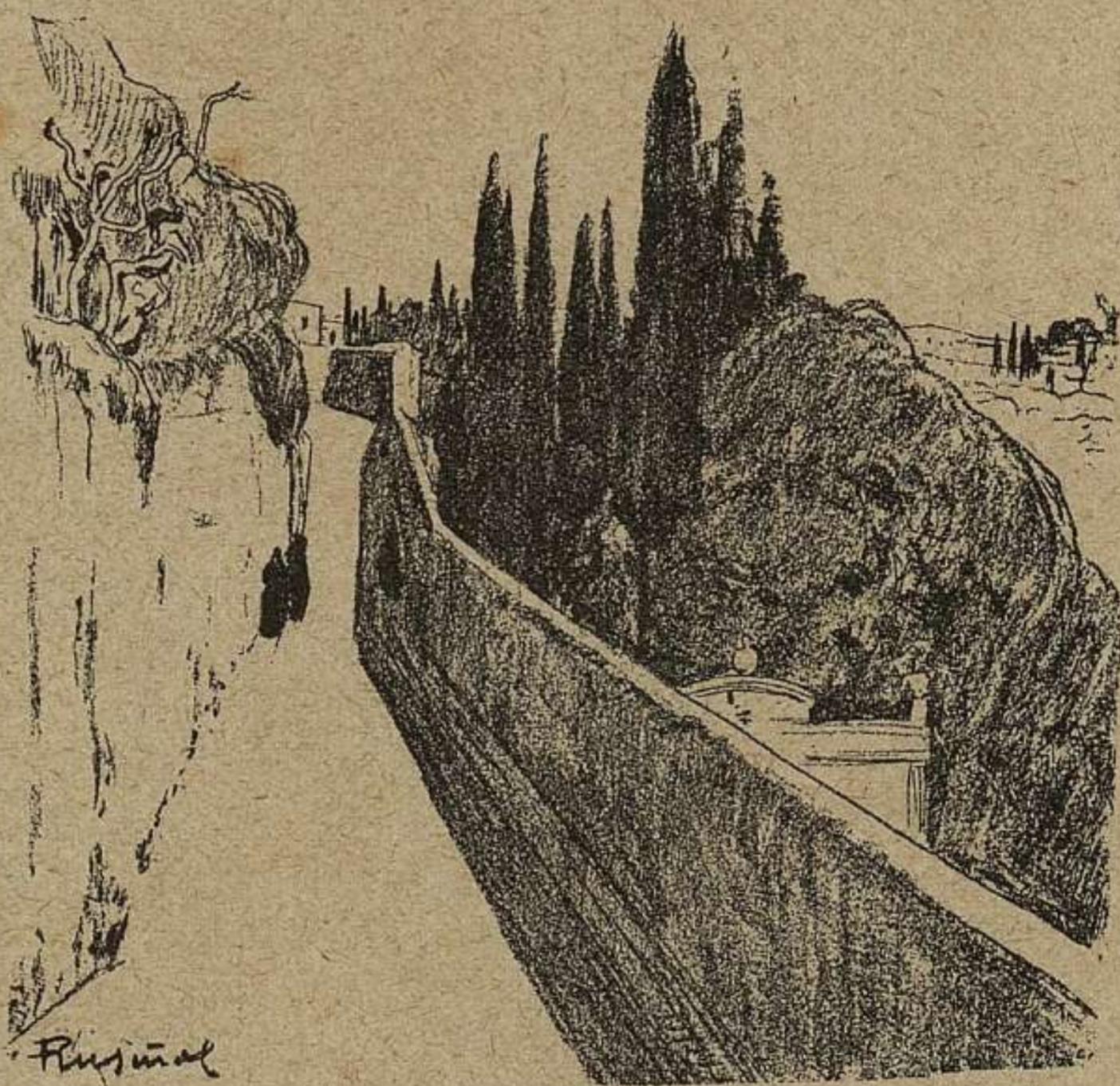
paz, pasóse el místico Beato Angélico, en convento Dominicano, quince años trabajando como quien cumple una misión sobre la tierra; los mejores quince años de su vida pasados entre ensueños y arrobamientos de luz, de inspiración y visiones, consultando aquel cielo en demanda del otro definitivo, aquellas nubes, aquellas frondosidades; elaborando sus retablos en su claustro oculto en aquel valle delicioso, lejos del mundo y de sus torpes exigencias, separado de su ruido y tentaciones y no soñando más que en su arte que ofrecía á la Virgen, á su dulce enamorada, como exvoto; y de aquel místico estudio con ventanas á la gloria, de aquella celda-taller, con luz cenital del cielo, salieron la "Coronación de la Virgen" "Las beatificaciones de los justos" "La conversación de los santos", las filigranas de sentimiento exquisito, colgadas hoy en los museos para admiración del hombre.

Era tarde ya cuando entramos en la iglesia del convento. Apenas se veían las paredes, los altares eran manchas de sombra; la bóveda, una bóveda de noche sin estrellas, y las ventanas en lo alto eran ojos apagados, ojos sin luz, cerrándose y durmiéndose con el día. Allá en el coro, vimos una mancha obscura, que era el cuadro del Angélico, y nos sentamos delante tratando de adivinarlo. Poco á poco, apagándose lentamente el sol que llevábamos impreso en nuestra retina, vimos iluminarse la tela vagamente, salir de las tinieblas como llevando la luz en sus colores; vimos una Virgen azul, una cabeza inclinada y vaporosa, la sombra indecisa de un niño y unos Santos derechos, con los ojos levantados; vimos destellos de oro en medias tintas finísimas y vimos un rayo de sol entrando por la alta ventana de la iglesia; la vimos caminar, como una lengua de espada, por el muro y posarse en fin

sobre la vírgen y bañarla con un beso de postrera sensación: el último del Sol despidiéndose vibrante de aquel espléndido cuadro y de aquel hermoso día.

Al salir dormía la tierra suavemente.

Solo el reflejo violeta del ocaso lanzaba las postreras bocanadas de armonía, las últimas pinceladas precursoras de la sombra.



Florenca, allá en el fondo, encendía los faroles; las casas se abrigaban más aún, en los pliegues de sus jardines misteriosos; empezaban los ruidos de la noche, los santos silencios del descanso; cesó la brisa, y los olivos parecieron reclinarse, y levantarse más los cipreses,

Ellos con su tristeza, parecían seguirnos, colocados sin fin, cual centinelas á los lados del camino. Les vimos aun largo rato, rectos y recortados sobre el gris mate del cielo como pedruzcos ciclópeos; les vimos luego confusos como soñados fantasmas y les vimos por fin perdidos y rodeados de estrellas.

XII

Las nieves perpétuas

Hacia cerca de un mes que estábamos en Florencia.

Una noche, allá en los dibujos del plafón de nuestro cuarto, entre el follaje de unas plantas que daban uvas por fruto, y entre unas nubes pintadas con gran espontaneidad, pareciónos ver dibujaba nuestra isla. Cerramos los ojos para dormirnos, como tenemos por costumbre desde hace tiempo, y como un punto luminoso en la pupila, la vimos más claramente todavía y más diáfana, llamándonos á su regazo con una dulce insistencia, tan difícil de explicar, que no seré yo quien la explique.

No sabíamos por qué, pero empezábamos á sentir el mal de obra maestra, un deseo de ir á digerir en la soledad lo mucho que llevábamos almacenado en la memoria, los recuerdos de cosas vistas, embutidas y apretadas en el cráneo como en lata las sardinas; sentíamos cansancio de continente; Zuloaga cantaba el *Guernicako* y yo el *Anyorament* entre dientes, y la isla entrevistada por el deseo en el plafón,

nos prometía, allá á lo lejos, tal jaleo generoso de consuelos que acordamos marcharnos hacia ella, á sumar impresiones y catalogarlas por dentro.

Antes, no obstante, quisimos cumplir algunas visitas de despedida. Para ello tomamos un coche, para nosotros dos tan *solo*, y le dijimos al cochero: —Cochero, á la casa de Miguel Angel.—Condújonos el buen cochero á la morada del artista; entramos, preguntamos y saludamos, y nos dijeron que nuestro amigo había salido hacía tiempo, pero que viéramos su casa. Vimos en ella una colección de estudios que estaba haciendo, el día que se marchó, proyectos de arquitectura, croquis, estudios de anatomía, de caballos y de esqueletos, reglas de perspectiva, fachadas de catedrales, escorzos de figuras, cálculos de proporciones, academias, vírgenes y tumbas, el plano de la gran cúpula de San Pedro, y hasta proyectos de fortificaciones, de cuando andaba metido en los azares de la guerra. Estuvimos contentos de lo mucho que estudiaba y de su buen comportamiento, y como teníamos tiempo que ganar, marchámonos dejando nuestra tarjeta. De allí pasamos á ver al Dante, y tampoco estaba en casa. Habíase llegado hasta la gloria, á fin de compararla á la que él había descrito y poner en claro algunas dudas que de sus bellezas tenía, ya que si en la tierra pudo copiar del natural los tormentos de su infierno y purgatorio, faltábanle modelos para copiar el cielo de su Divina Comedia. Vimos su casa, (en la cual ha hecho recientes reformas, que, con perdón, no aprobamos á nuestro querido amigo), pequeña é íntima y llena de recuerdos gloriosos, y dejando la tarjeta, continuamos el curso, poco afortunado en encuentros: Benvenuto Cellini había cambiado de piso; en el estudio de Donattello se había instalado un ebanista; Galileo se había subido á ver de cerca

las estrellas que inventó, y en San Marcos, al preguntar por Savonarola, nos dijeron que á causa de sus predicaciones acéticas y poco aduladoras para el Gobierno constituido, lo habían quemado vivo hacía tiempo, delante del Perseo de Cellini, y como prueba, nos mostraron en su celda, pequeña como un panteón de pobre, los restos de su traje monacal hecho cenizas por las llamas, entre otras reliquias del Angélico, que también había salido en brazos de sus ángeles y llevado en andas en sus nubes hacia el cielo, que había soñado en vida, y encontrado sin duda á la hora de su muerte.

A todos dejamos tarjeta, y esta tarjeta sin nombre escrita en el corazón fué oracion á su memoria, adiós de agradecimiento, y con la vaga tristeza del que arranca una hoja del libro de nuestra vida, temiendo las hojas que han de seguir, nos marchamos de Florencia.

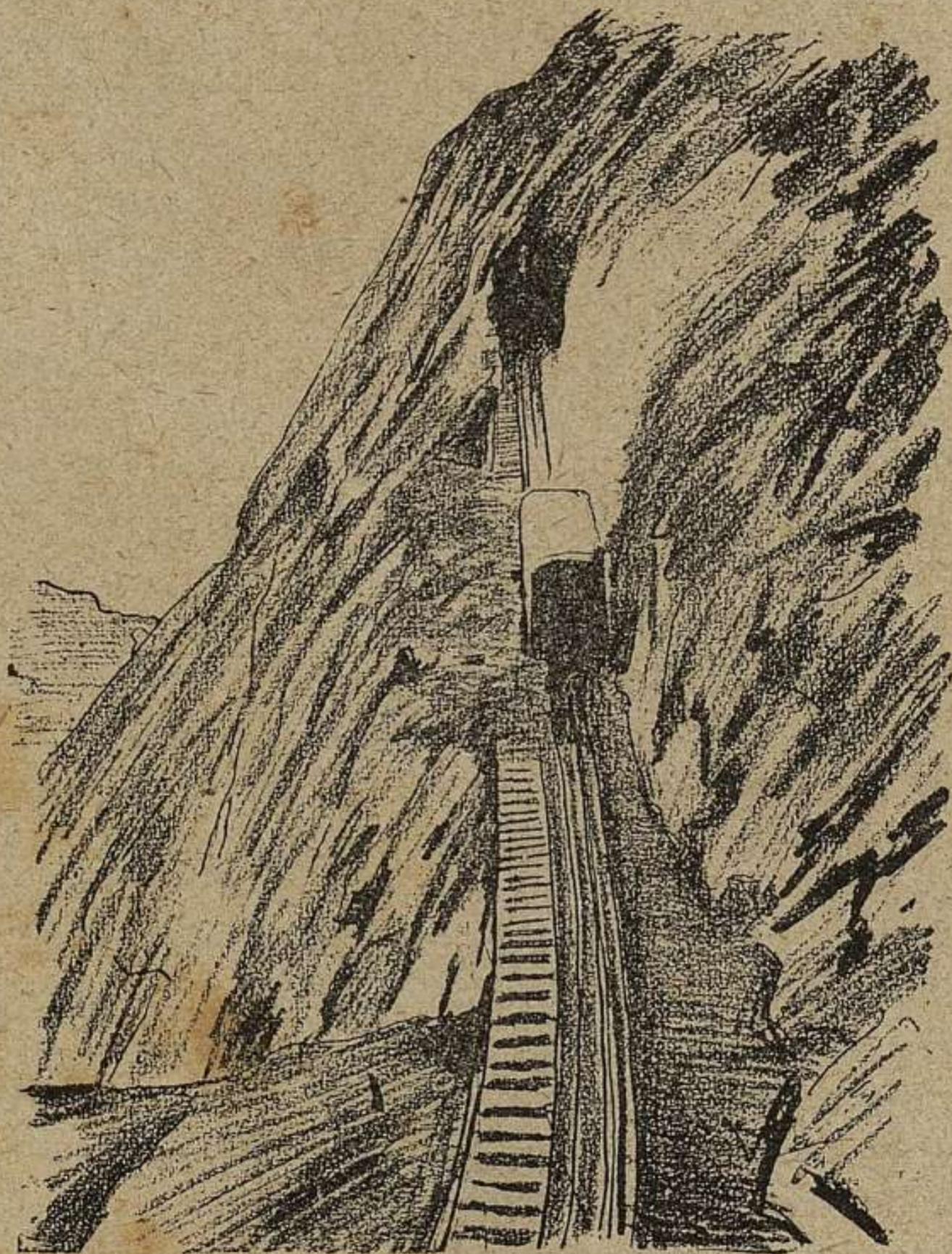
Marchamos, sí, y antes de llegar á nuestra isla, pasamos por Suiza, y pasar por Suiza y no detenerse en sus playas, hubiera sido un crimen de lesa viaje-excursionista, difícilmente perdonable á los ojos de toda persona sensata.—Son tantas las veces que á uno le echan en cara el no haber estado en Suiza, que le soplan á uno, en clase de pintores, la Suiza por las orejas; que le ponderan las cascadas, los valles, los lagos, y sobre todo las nieves perpétuas y perdurables de Suiza, que nos dijimos mutuamente:—¡Qué diablo! vamos á Suiza, aun que tan sólo sea para decir con los demás “que hemos estado en Suiza”; vamos á ver esas nieves duraderas, esos lagos potables, esos cedros alpinos de los Alpes verdaderos; vamos á ver los funiculis-funiculares, y si es posible, pagando lo que sea, algún oso pardo de los que andan sueltos por los montes sin anillo en las narices... Y nos fuimos á Suiza.

Salimos á las veintidós tres cuartos (hora de Italia), y de noche pasamos los Apeninos; así es que no vimos nada de esos montes, y no lo sentimos por cierto, ya que otros de mejor calidad y más cantidad nos aguardaban; al pasar por encima de la frontera de Italia, la cual pasamos dormidos al son de un acordeón que no cesó de tocar toda la noche, manejado con tal constancia y denuedo, que nos hizo creer que el tocador estaba cumpliendo un exvoto. A su voz salió la luna, y á su luz empezamos á ver algunas nieves fugaces, es decir, no bien perpétuas todavía, pero blancas como las otras, que nos dijeron que los hombres encuentran á las montañas, que las montañas no se encuentran entre sí y que aquellas que veíamos eran los Alpes Alpinos.

Debutó, pues, ante nosotros la Suiza con un lago, pero con un lago de cromo, con sus reflejos hechos con gran pulcritud, sus casitas de quita y pon en la orilla, sus vaporcitos cruzándolo con cuidado á fin de no turbar la placidez de las aguas, y sus montañas en el fondo rociadas en sus picachos con azúcar de la mejor calidad; luego pasamos al dominio de la cascada: filos de agua saltando como inmóviles entre negruzcos peñascos; luego la región del cedro; cedros con sus plumeritos subiendo como hormigas por las abruptas pendientes hasta encontrar la blancura *susodicha*; vimos más allá la primera vaca suiza auténtica, con su cuero manchado como es uso y costumbre en esa clase de bichos; las cabritas del país, las casas de madera pintorescas, las praderas á todo verde, y entramos en San Gotardo, lío de túneles haciendo maniobras y rodeos por debajo de la tierra, pasados sin saber cómo ni qué, con notable sangre fría y desprecio del peligro.

Al salir, quedamos deslumbrados por intensísima blancura. Si aquello no eran las perpétuas, poco les

debe faltar para serlo, que trazas tienen de ser nieves sin malditas las ganas de derritirse por ahora ni entrar en vías de riego. Desde la base á la cumbre, alta y quebrada de un modo que raya ya en la locura, no se ve más que el tono blanco sin térmi-



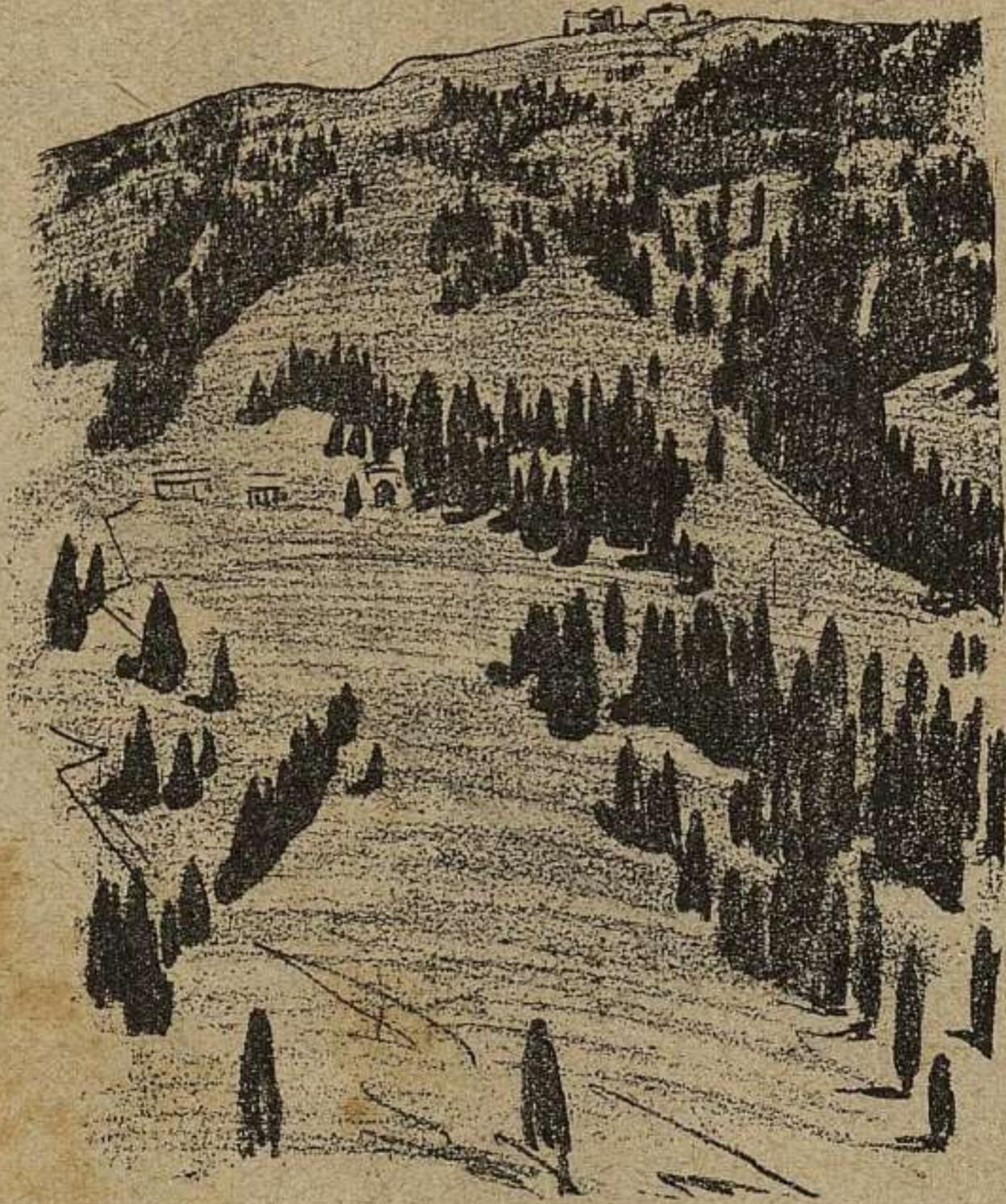
nos, y en su sabana los cedros irguiéndose de un modo escandaloso y atrevido; á un lado y á otro de la vía, sin tón ni són, saltan los chorros de las cascadas lanzándose al agua desde alturas peligrosas; se entretienen las nubes siguiendo todos los pliegues del valle, y por ellos anda el tren, volviéndose á me-

ter con gran descaro por interioridades de montes, hasta llegar á otro lago más grande aún que el primero y más hermoso, y como aquél reflector de montañas y suizas, y de éste al de los Cuatro Cantones, y á la ciudad de Lucerna anclada en sus verdes orillas.

Al salir de la estación, como el sol amenazara retirarse, dimos solo un repaso á la ciudad y pareciónos una estampa de las de Alberto Durerero, restaurada. Por un lado unos puentes de madera, con aspecto de habitaciones lacustres; con sus torres que deben ser góticas, puesto que acaban en punta, en tanta punta como el gótico requiere; sus calles estrechas y desiguales, sus tejados pendiendo de ellos mismos, sus muestras de hierro más que forjados retorcidas, y otros chirimbolos de otros tiempos; y por otra parte una de hoteles modernos, con sus *maîtres y contremaîtres* y grooms y criadillos é intérpretes y personal de estorbo y servicio, aguardando en fila al curioso forastero, que no cuadran en aquella que debiera ser soledad de las montañas, y esa mezcolanza de ambos tiempos, mirándose en un lago de una pulcritud de acuarela, de agua que parece agua lavada, de las montañas de tono más ideal que pueda soñar la más romántica inglesa, de nubes como inciensos coloridos, de términos sin fin, y de atmósfera sin mácula de pecado original, pura de sí y destilada, por hallarse á más altura y más lejos de la costra miserable de la tierra.

Entre aquel muestrario de montañas, entre aquel ancho panorama, al que sólo falta el número en los picachos más altos, para ser una vista de Baedeker, se encuentra el Rigi Kulm. A donde nos dirigimos en busca de las perpétuas, á la montaña siguiente, primera y última de nuestra estancia en Suiza, embarcándonos en un trasatlántico alpino, con todo el

aparejo de más ó menos goleta, con su máquina de triple ó cuádruple expansión, es decir, muy expansiva, sin carga y cuasi sin pasajeros, y haciéndonos á alto lago sin viento de ningún lado.



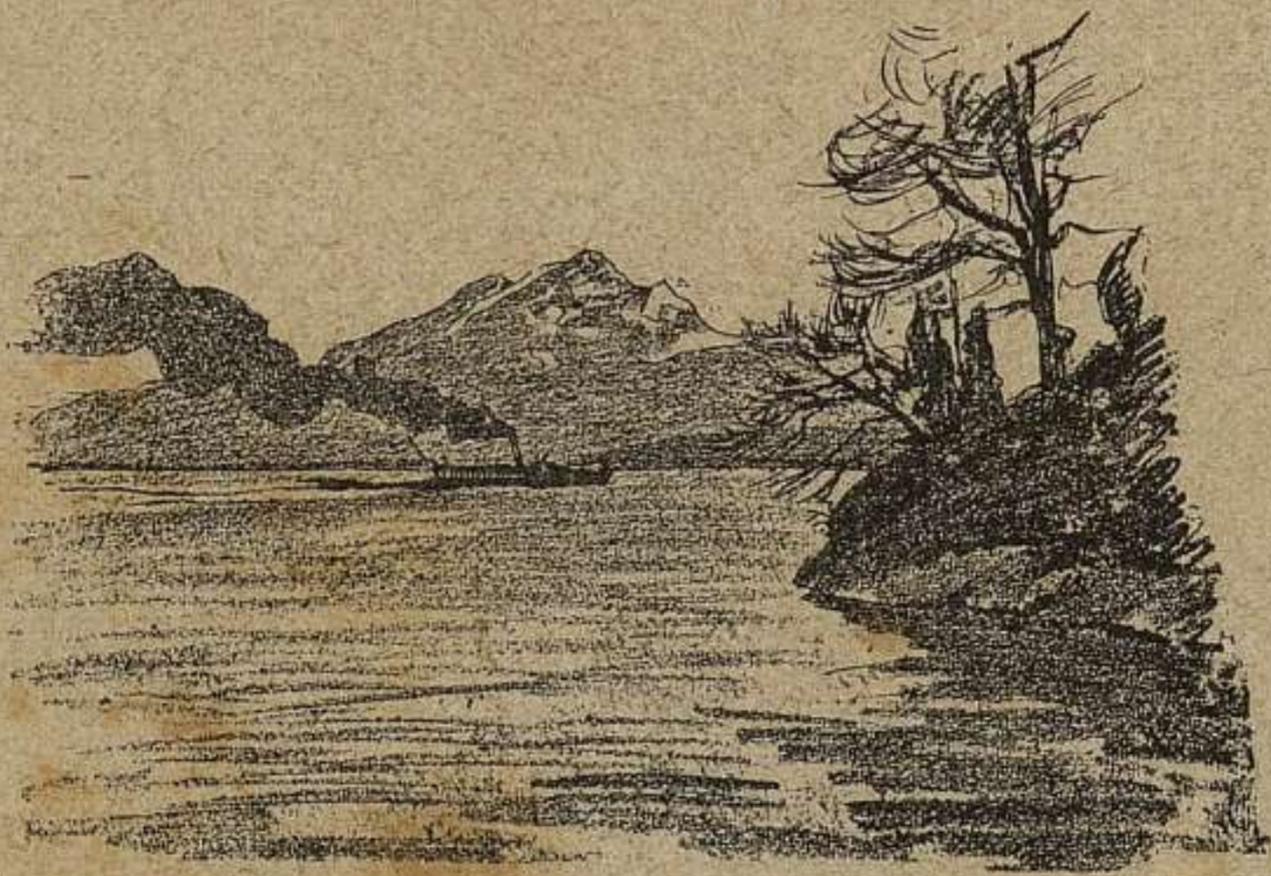
Cruzábamos el lago por el medio, metido por los valles y pliegues de las montañas altas y blancas y reflejadas en el agua, con tal fidelidad y tal amor que no había ni un arbolito olvidado en los reflejos. Parecía que andábamos entre dos cielos turgentes, movido el de arriba solamente por alguna nubecilla, turbando aquella paz de manto azul, y el de abajo por el curso del vapor, dejando un camino de plata que iba borrándose y perdiéndose en ondas imperceptibles; sereno el uno de una serenidad de cielo

héroe, tan transparente el otro que podían contarse las piedrecitas del fondo misterioso de su lecho; de vez en cuando veíamos ¡ay! una isla como un ramo de casitas entre pinos, naciendo de las aguas; pasábamos costeano sin temor á los escollos; cruzábamos más allá cobijados bajo aquellas moles de piedra vestidas de blancura, y parándose el vapor en un pueblo alegre, como un *belén*, con un bastón que compramos y sobre el funicular, empezamos á subir hacia las nieves perpétuas.

Iba andando el armatoste agarrado á la cremallera y nosotros agarrados al vagón con el valor aquel tan á menudo demostrado, veíamos bajar Suiza, mucha Suiza y extenderse el bello lago á nuestros pies, color de plomo bruñido y los montes formar en línea; y pronto nos vimos rodeados de aquella fría blancura que veníamos á buscar en las Helvecias.— ¿Qué tal se está de osos este año?—preguntamos al conductor del mueble aquel.—Mal,—nos contestó,—me parece que este año tendremos mala cosecha. Yo no he visto ninguno todavía este verano —Ni nosotros tampoco (añadimos) desde que dejamos Florencia. ¡Eso del oso se pierde como tantas otras cosas!—Paciencia, dijimos, y volviendo á mirar á lo lejos, vimos el lago ya pequeño como un plato, y los vapores como cometas acuáticos, dejando una estela luminosa y empezamos á sentir el mal del aereonauta, cuando llegamos á Kaltbad, en donde el funicular paraba detenido por las nieves.

Allí, con vistas á un cachito de planeta, con un sol hermosísimo y su dulce calor de primavera, almorzamos de un modo alpino. Sopa con flores de herbario y plantas medicinales, manteca de vaca de aquí, pollo suizo, oso manso y postres silvestres guisados á la francesa. Durante el refrigerio mirábamos con un enorme catalejo; así es que había plato que em-

pezábamos á comerlo; en el lago y lo apurábamos á cuatro mil metros de altura sobre el nivel del mar más bajo; copa de vino empezada en Todi y concluída en San Dauma, en Studer ó en Jungiran ó en otro pico de los picos que no son pardos; y concluído el almuerzo y tomado café de corteza de cedro indígena, á pie y con solo el bastón de apuntes por guía y por compañero, las emprendimos por las nieves, único objeto de nuestro sabio viaje.



¡Las que llegamos á ver! ¡Oh, santo patrón ó patrona de todos los Alpes y Suizas!

Subíamos hácia el Rigikulm verdadero, por un lío de caminos, blancos, de una blancura suprema, pero parecíanos que aquellas nieves no eran aún las perpétuas que buscábamos; andábamos entre cedros ridículos y caprichosos, y al volver de un monte, vimos un fondo, donde era tal el espesor de hielo que habíase amontonado que nos creímos allí donde sólo llegan los indígenas y los ingleses de la clase aclimatada. Precipicios, cañadas, valles, cedros y montes, todo estaba en tal enredo geográfico, que no había quien descifrara aquel enigma; cordilleras, cas-

cadras y espesuras eran tan gigantescas y enormes, que quizás la Naturaleza ha hecho pocas obras tan grandiosas; y el hombre, el pobre hombre, tan pequeño se veía en aquel fondo, que recordando aquel amigo que tiene siempre el fotógrafo, colocado al pie de los monumentos á fin de hacer lucir sus proporciones, los pocos que andábamos por aquellas soledades, parecíamos todos amigos de fotógrafo, puestos allí para vernos como insectos comparativos, andando por la montaña.

Subíamos aun, cuando encontramos un guía que había dejado su carga de pasajero.—Buen hombre—le digimos, cogiendo un puñado de nieve.—¿Son perpétuas estas nieves?—Son de las más perpétuas que tenemos en la casa.—Siendo así, ya hemos visto lo que queríamos, para hacer callar á las gentes. Apúntalo en el bastón, Zuloaga, y marchémonos á nuestra isla..... y al decir esto, de una nube salida á traición, no sé de donde, empezó á caer una nevada tan intensa que comprendimos que había perpétuas para rato, y nos marchamos entre una tempestad espléndida sobre el lago, de esas que sólo se saben improvisar en las Suizas.

XIII

Sería poco más ó menos la misma hora en que Colón llegó á su *isla*, cuando nosotros llegamos á la nuestra. Como el buen navegante, tuvimos la sana intención de ponernos de rodillas y besarla á nuestro desembarque; pero el suelo de París no es virgen como aquel de aquella América de entonces, y contuvimos por el momento esta demostración histórica de entusiasmo.

Todo estaba intacto en este pedazo de tierra rodeado por el Sena: Notre Dame, con su flecha y campanarios, hermosa como siempre y embellecida más á nuestros ojos por la ausencia, no había cambiado de sitio; el río, molestado por los vapores golondrinas, continuaba bajando en la misma dirección; el Hotel de Ville, el Panteón y las cúpulas del fondo levantábanse soberbias como antes, y todo estaba en el orden más completo á pesar de nuestro viaje, excepto los árboles de la orilla, que sintiendo ardores de primavera cubríanse de follaje á toda prisa, lanzaban verdura por sus yemas y ocultaban nuestra isla entre una nube de vida.

En el piso, repleto como siempre y en desorden, á más de Uranga un poco envejecido, encontramos á los Grecos, con más patina que antes y con dos

meses más á cuestas: San Pedro sobre todo, parecía más cobrizo, más moreno, con más arrugas en la frente y conservando aquel diente por puro compromiso de la firma. Colocados frente á frente, no habíanse movido de su sitio, y otra vez les contemplamos largo rato, comparándolos con los cuadros que habíamos visto en Italia, y diciéndoles por obra del pensamiento: Podéis estar contentos del maestro que os ha lanzado á la tierra, ¡oh, Santos de la gloria! ¡Podéis jactaros de ser en cuadro algo de lo que fuistéis en vida! Muchas obras hemos visto por allá, en aquellas tierras que seguimos, y muchas escuelas, sabias ó místicas, simbólicas ó realistas, decadentes ó académicas; pero entre ellas podéis figurar con gran orgullo, si el orgullo cabe en vuestra noble patina. ¡Envejeced aún más, y no temáis que el tiempo pase para vosotros, como no sea para engrandeceros!

Esto pensado, con alguna variante, nos fuímos satisfechos á la cama y otra vez nos dormimos en brazos de nuestra isla, rodeados del sosiego procurado por las aguas y oyendo de nuevo el rumor del gran París á lo lejos, como voz que mecía el pensamiento; dormimos rendidos de emoción, y dormimos como sólo se duerme en una isla: en santa calma del cuerpo y en abandono del ánimo.

Pero llegó la mañana y con ella nos lanzamos á la calle, y fuímos á ver á los amigos y encontrámosles de nuevo en plena fiebre de angustias. El *Salón* se acercaba, la gran batalla anual iba á librarse, la lucha por el arte y por la vida latían palpitantes y todos esgrimían las armas del cerebro para ganar la victoria ó salir sin heridas en el alma. Los estudios eran colmenas oliendo á calentura, donde la pobre abeja se esforzaba en completar su labor, se batía delante de la materia, buscaba en el aire la última

pincelada, dudaba con tristezza é indefinible amargura ó sonreía á su obra, firmándola con el alma y contemplándola con ojos agradecidos; en el campo, los paisajistas desafiaban el sol, la lluvia y los elementos todos, sufriendo ante aquellas flores de primavera que se deshacían á sus ojos como ilusiones del aire; en la academia cambiábanse impresiones, juicios de admiración ó de envidia, noticias de sensación, dudas y quejas; los amigos iban de casa en casa dando consejos y opiniones y repartiendo esperanzas, ó dejando adivinar temores de amarguísimas derrotas; el trabajo era un esfuerzo sordo, una germinación, como un estremecimiento supremo, para lanzar el gran peso de las obras á la crítica del mundo y aquel parto era la vida de un año ó de muchos ó toda la vida de centenares de artistas y de legiones de obreros.

¡Y qué de esfuerzos latían en aquel rumor de trabajo! ¡Cuántos sueños representaban! ¡Cuántas visiones! ¡Cuántas horas robadas al descanso y cuántas miserias sufridas! Daba el vértigo del desconsuelo el pensar los nervios gastados en la lucha, las santas locuras producidas por esfuerzos inauditos, la sangre derramada hacia adentro y las lágrimas caídas en esa tremenda batalla del espíritu, de esa batalla librada contra todo, contra la pública y glacial indiferencia, contra la envidia y la ignorancia, contra la terca miseria parando el reloj de los sueños, contra sí mismo y contra todos; de esa batalla cuyas armas son la labor del pensamiento y cuyas heridas van matando lentamente al que las sufre, clavándole espinas de desengaño en el pobre jardín de las santas ilusiones, de esas batallas en aras de un ideal, de la gloria mezquina de la tierra.

Todos temían y esperaban, todos andaban recelosos de los frágiles juicios del dios Exito, todos su-

frían de la duda y temblaban y distraíanse riendo, aparentando una calma que no podían tener, y sentían acercarse el día de aquel juicio, de aquel juicio hecho por hombres y por lo tanto saturado de injusticias; todos sufrían la impaciencia de esperar, todos contaban los días y las horas; y los pinceles temblaban en las manos nerviosas, y latían los corazones dentro de la prisión del pecho, y el ansia iba en aumento, y sonreía la fortuna tristemente, contemplando tantos y tantos devotos de sus volubles caprichos.

Empezaban á sonar nombres del Jurado, nombres que daban que temer ó que esperar, amigos ó anti-páticos, partidarios de una escuela ó adversarios, santos de la propia devoción ó diablos repulsivos: si esos triunfan, los simbolistas saldrán victoriosos; si salen aquéllos elegidos, la victoria será para los místicos; ¡ay de la nueva escuela, si ganan los antiguos y ¡ay! de éstos, si entra la juventud victoriosa! En cada grupo nombrábase un candidato distinto; temíase el sufragio como una calamidad indispensable; unos gritaban, callaban otros trabajando obscuramente, y el día se acercaba, el gran día del envío, el día alegre y triste de dar el último abrazo á la obra concluída, de despedirla en la puerta y arrancarla del estudio, como pedazo del alma lanzado á la indiscreta mirada de la gente.

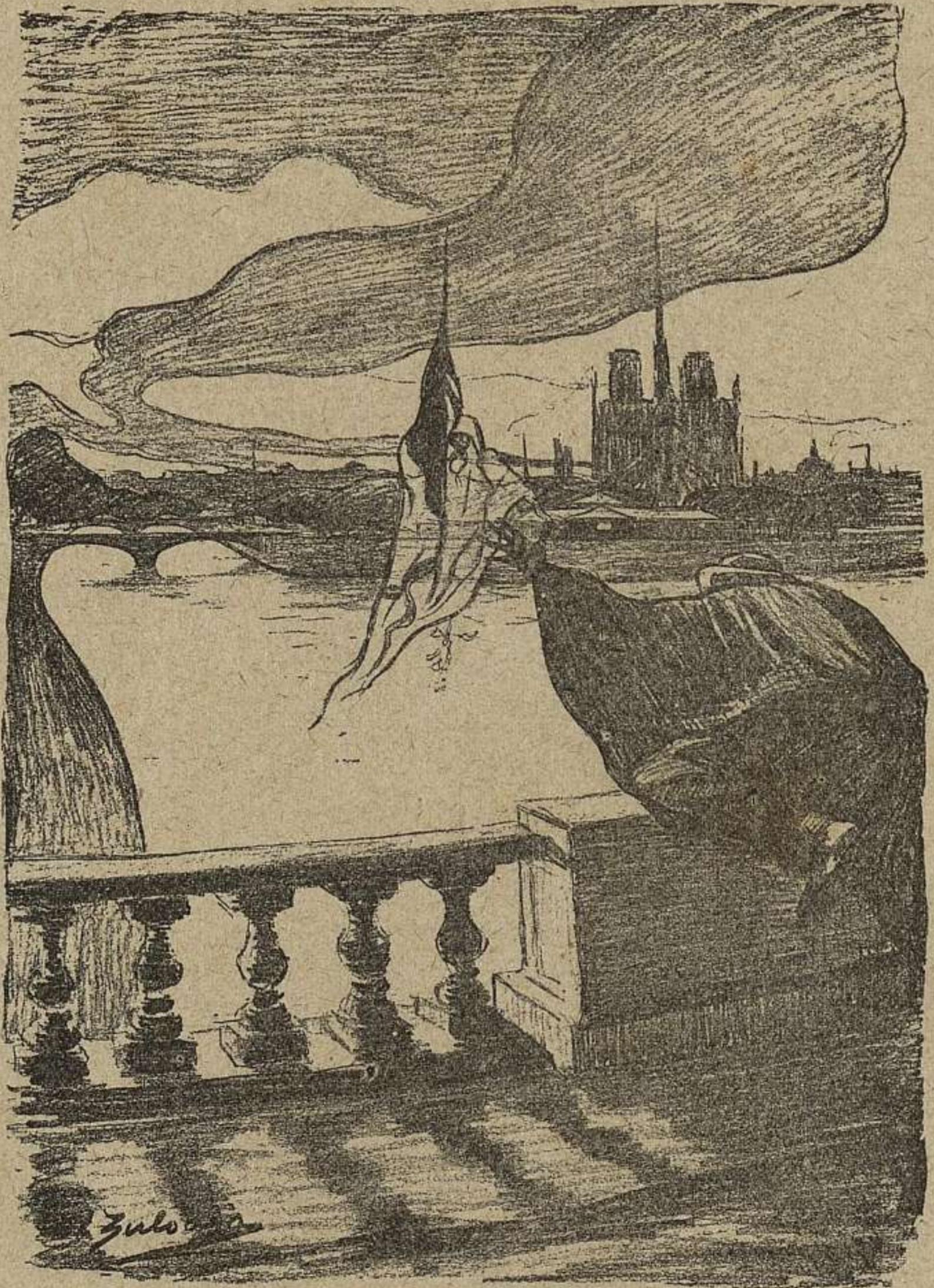
Llegaba el coche y bajábanse las telas y uníanse á otras obras, y en el estudio quedaba un especie de vacío. Aquellos cuadros y estátuas, nacidos bajo el techo del artista, mecidos en sueños creadores, criados y seguidos paso á paso en su lento crecimiento, nutridos con trozos de corazón y llegados á edad madura por un esfuerzo continuo, llenaban la casa como familia del alma, como seres cariñosos, y era triste verlos marchar, cual reclutas á la guerra, dejando un rastro de colores en el suelo cual

despojos de virginidad perdida. Bajábanse las telas, y á la luz brutal del aire libre, veíanse por vez primera defectos ocultos hasta entonces por la opaca luz del hogar; y allí, en el mismo coche, retocábase lo que más hería á los ojos; bajábanse é íbase de casa en casa, recogiendo esperanzas y más hermosas ilusiones y los padres de las obras iban siguiendo detrás en alegre camarilla, cual si acompañaran á sus hijos á la estación de la duda.

Eran estas la sala del Campo de Marte y la del Palacio de la Industria. En una y otra exposición los carros iban llegando de todas partes, cargados y repletos de pinturas, con paisajes asomando por los lados, con retratos y figuras recostados como muertos, con vendadas esculturas, marcos de oro brillando, y seguidos de centenares de artistas, formando todo un pueblo impaciente que ve pasar aquella gran procesión de obras inéditas y palpitantes de vida. En frente de la puerta descargábanse las telas: grandes cuadros de historia, con sus figuras disfrazadas como máscaras al aire libre en miércoles de ceniza; alegorías bajadas patas arriba, con ninfas cayendo de las nubes entre aureolas á la aguada; retratos, vistos detrás de un grupo de cruces y medallas; asuntos militares con la eterna nota encarnada entre manchas de humareda; marinas y paisajes, cuadros pequeños visibles solamente por el marco, y *machines* colosales descargábanse, y el cuadro se llevaba un aplauso de aquella turba de artistas, ó una burla, un chiste ó una silba estrepitosa, y aquel era el aviso del sufragio, la primera bocanada del triunfo ó el latigazo primero, recibido en plena frente.

Ya dentro los cuadros y en manos del Jurado, pasáronse unos días de estupor, de espera, de inquietud, de incertidumbre. Nadie era capaz de sostener

una paleta, caíanse los pinceles de las manos, olvidábanse las obras del estudio, recordando la suerte



de los ausentes; quien sentía deseos de andar por esas calles de Dios, quien quedábase en el estudio

pensativo, tratando de adivinar el porvenir en los dibujos del humo, quien intrigaba en el Jurado, quien gritaba en favor de la justicia y quien callaba, esperándolo todo del tiempo gran destilador de lo bueno y de lo malo. Los estudios parecían deshabitados, cunas vacías, salas de espera nutridas de inquietudes; en las puertas de los salones, tratábase de indagar los resultados, preguntando con la mirada á los serios individuos del Jurado que acertaban á pasar; la nostalgia del no hacer nada apoderábase de esos hombres acostumbrados á la pasión del trabajo; y en los bancos sudados de la Academia latía la ansiedad de la duda, y el modelo bajaba de la tarima antes de tiempo, desairado por la mayor indiferencia.

Por fin, allí en un cuadro, pegábanse las noticias, aquellas pobres noticias esperadas, y cada una con su concisa claridad é indiferencia de "*recibido*" ó "*rehusado*" era motivo de un salto en el corazón alborozado, ó de una nube de hielo subiendo de lo profundo del pecho y helando la sangre en las venas de la frente. ¡Qué alegrías y qué amarguras! ¡Qué noche de sueños mecidos por alas color de rosa para unos; qué vacíos de estrellas, qué lobreguez y qué negrura de noche para otros! ¡Qué de besos á la esperanza, y qué dogales de desengaño! No sabía, no, aquel papel lanzado á la ventura lo que venía á destruir ó á edificar; lo que servía de bálsamo ó de veneno, la vida que traía ó se llevaba. No sabía tampoco la hiel que iba infiltrando, el dolor que repartía y la muerte á que invitaba muchas veces; no sabía que, en esa lucha del arte y por el arte, muchos jugaban su vida, y que aquellas letras, escritas con frialdad de secretario, encerraban años de luto ó espléndidas auroras de ventura.

Debido á aquel cartel, algunos dormían aquella noche el descanso del cerebro, la paz de la llegada,

y el sueño de los sueños; algunos cantaban su victoria, llevando alta la frente cual si todo París debiera saludarles á su paso; algunos mezclaban su alegría con el vino, y otros también en el vino ahogaban su tristeza; éstos gritaban la injusticia, callaban otros suspirando, quien quedaba abatido, y quien tenía fe en sí mismo y acumulaba esperanzas y quien, dándose por rendido, loco, huyendo del porvenir y su negrura, se arrojaba en este Sena siniestro y venía á parar delante de nuestra isla, en el *Salón* de la Morgue, expuesto su cuerpo á la mirada de aquel París inhumano que no quiso exponer sus pobres obras!

Por fin abrióse el Salón, y esos dramas de la intimidad del arte quedaban ahogados por la esplendidez de las obras, por la magnífica aureola de los marcos y por el lujo de la alegre concurrencia. Nadie se detenía á sospechar que aquellos cuadros cantando la música de los colores, riendo la belleza de los campos, cantando las suavidades y emociones de la atmósfera y la voluptuosa sensación de la vida del cuerpo y del espíritu, pudieran ser paridos con lágrimas en los ojos. Para el público no era aquello un hospital de sufrimientos morales, no sentían la tristeza latente, ni la fiebre que sudaba aún bajo el barniz aquella muralla vivida; iban al *vernissage* llevados de la moda, del capricho, del deleite de empujarse unos á otros suavemente, sin ver más que la bonanza y la playa alegre de aquel mar tempestuoso.

Por él andaban todo ese París que da el buen tono de las cosas, que dirige la gran orquesta del mundo, que derrumba escuelas y las forma, y que impone lo bueno y lo malo á la humanidad. Allá, los críticos apuntando los nombres de los autores y meditando la frase para levantar un cuadro ó la sátira

para hundirlo; allí, el jurado, satisfecho al parecer de su obra, pero guardando quizás en el fondo del cerebro alguna duda; allí, el maestro recibiendo la lluvia benéfica de adulaciones, ébrio de orgullo y entrando en el período benévolo para los pobres humildes; allí, el pobre diablo buscando su retoño, y hallándolo en un rincón de la sala, triste y perdido en lo alto de la cornisa, como nido suspendido y olvidado; allí, las modelos mirándose en el espejo de los cuadros, hijas del pueblo orgullosas de figurar embellecidas en aquel medio aristocrático; y los bohemios allí, llenos de nobles desprecios y tristes filosofías; los rehusados, mirando sin ser vistos, con la amargura en el pliegue de los labios; allí, las actrices y las mujeres en boga, y allí, dominándolo todo, todo, el gran rebaño indiferente, mirándose como mútuo espectáculo y moviéndose en hormigueo elegante en aquel vasto criadero y cementerio.

En él nacían nombres de la nada y otros morían sepultándose en el campo del olvido; brotaban nuevos astros y apagábanse algunos para siempre; pasaron días y más días y á poco la calma fué reinando en aquel campo y el silencio *se hizo* en torno de aquellas obras poco antes tan discutidas. Entonces llegó el gran desfile de pintores, la renovación de la lucha, la eterna germinación del trabajo, y unos marchábanse al campo á buscar nuevos alientos en el ejemplo incansable de la gran Naturaleza, y otros dejaban París, yendo á respirar aire de paz é inspirados de nuevas fuerzas, y tristes ó alegres, preparábanse á luchar un año más, á continuar luchando siempre hasta dar con la sombra de la muerte.

También seguimos nosotros la avalancha y nos marchamos de nuestra querida isla, con la tristeza que causa el dejar una tierra generosa en emociones.

En seis meses gozados y sufridos, llevábamos impresiones para tantos años de vida como vida tuviéramos destinada; en seis meses tan sólo, habíamos visto obras de arte para nutrir el recuerdo á todas horas y gozarnos con él y acariciarlo... y por esa hospitalidad del alma nos vamos de *nuestra isla* para siempre agradecidos.

ANDALUCÍA

ANDALUCÍA

I

Granada

De noche atravesamos España. Al compás de traqueteo monótono del tren, medio dormidos ó dormidos del todo, al son mate de la vacilante lámpara de aceite, colgada en medio del vagón como en la tumba de algún Ramsés, oíamos vocear, entre la soledad del campo, los nombres de las estaciones que iban pasando como perdidas entre campos desolados.

Nunca España, al consultar las hazañas de su gloriosa historia, nos pareciera tan grande como vista y recorrida en tren de la clase de los rápidos. Tan cortés era el que montábamos, cabalgando por estas Manchas de Dios, que no halló pueblo ni villorrio en su larguísimo curso, al cual no saludara con frases muy bien silbadas, deteniéndose un momento en todas partes para no ofender á nadie.

A pesar de tan largo trecho recorrido, llegamos á Granada con hora y media de retraso. Era de no-

che, y, á pesar del sin embargo, llovía á todo llover; nos guarecimos bajo un tinglado con gran derroche de goteras, subimos á un coche de medio lujo, y saltando aquí y meciéndonos más allá sobre el *típico* empedrado, atravesamos casi á obscuras, una ciudad llena de barro, quieta y misteriosa, y emprendiendo una cuesta á paso *piano*, pasamos por debajo de un gran arco de triunfo, cubierto por el manto de la noche, y nos hallamos en el monte de la Alhambra.

Allí continuamos subiendo, siempre bajo la lluvia del sin embargo, que caía por entre un bosque espesísimo, y ya en la cima, nos alojamos, esperando la luz del día.

Llovió toda la noche. Silbaba el viento como un desequilibrado, y mirando el negro *manto* detrás de los postigos, nos decíamos: Pensar que este cielo de luto, tan triste y apagado, mañana ha de vestirse de aquel azul de Andalucía, diáfano y hermoso como manto de la gloria.—Que ese fondo sin fondo será, al amanecer, la dilatada llanura que tiene por arteria el Genil y por cabellos las huertas y los cármenes más floridos de la tierra.—Que detrás de aquella llorosa tapia que tenemos aquí mismo, mañana brotará la Alhambra, el palacio hecho de sueños, el rinconcito de mundo más bordado por la mano de los hombres!

Eso pensábamos, oyendo los canalones manando agua, llorando lluvia en incansable cantinela, mojando Andalucía, murmurando ó cayendo en insolente cascada, cuando un trueno la obligaba; y á su voz de monótona tristeza nos dormimos, esperando el mañana de las grandes esperanzas.

El mañana llegó, pero el cielo continuó de un gris color de nube, y de aquel azul tan azul ni vimos ni hemos visto todavía más que retazos ridículos para un cielo de renombre como éste. Entrábamos con

mala sombra en la tierra de la buena. No creíamos hallarnos en aquella Andalucía, en aquel país colorido, recibiendo luz directa y exportándola en reflejos á los pobres países de la niebla; en este patio del mundo donde anidan los naranjos y se cobijan los frutos de la virgen América y se estiran las palmeras; en aquel país de lujo donde los ojos más negros que en otras partes alumbran é iluminan y la palabra se escapa á melio pronunciar, para dar paso á las otras que van saliendo en fogoso torbellino; en aquel auténtico paraíso, sin manchas en su buen nombre, que tiene por aire perfume de azahar y mirto, rocío por lluvia y que florece todo el año para regalo del hombre!

¡Ay! Tuvimos que salir bajo paraguas, bajo aquel innoble entoldado, y en vez de dirigirnos al palacio de la Alhambra, como habíamos soñado, no quisimos verla con lluvia y bajamos á Granada.

Al salir, dimos con un grupo de *gachós desaboríos* formando parte de la familia *arriesgá de intrépetes y chicherone*. Nos dieron los buenos días en cinco ó seis lenguas de las más escogidas del planeta que habitamos, y nos pasaron la tarjeta. Uno hubo que, según cantó su cartulina, es *intrépete* de francés, de inglés y de catalán, por lo cual consultándole la lengua, que era la nuestra, y viendo que nos entendía, lo alquilamos á pensión completa y emprendimos esperanzados la marcha.

Aquel altísimo portalón, de más ó menos triunfo, que habíamos pasado el día antes y que volvimos á pasar, era obra de Carlos V, señor que, no sirviéndose del buen gusto, sino valiéndose del poder que le daba su mando y categoría, para levantar aquel andamio de piedra, había hecho derribar la puerta de *Bib el-Aujar*, construcción árabe de la cual la tradición explica portentosas maravillas.

Pasado el arco triunfante, nos encontramos en Granada.

Seguimos la cuesta de los Gomeles. En alguna de las puertas, el curioso forastero puede ver pequeñas tiendas de anticuarios. Cornucopias de todas edades y formas, clavos y aldabas con más hollín que antigüedad, tapices de las Alpujarras conservando la tradición del tejido hispano-moro, velones con más mecheros que latón, platos de reflejos metalizados por medios artificiales y curiosos específicos, y otros desechos salidos de los desvanes ó envejecidos por el mal uso del ingenio, colocados en la semiobscuridad, y entre ella, el anticuario dentro del nido, esperando que distraído y con el librito en la mano, pase el inglés, para venderle los despojos de esta tierra.

Más abajo, salimos á una hermosa plaza, debajo de la cual se escurre el Darro, y desde allí, andando á la ventura, sin el método que nos hubiera impuesto el cicerone á no obrar nosotros con espontánea energía, empezamos á seguir calles y callejones, en pleno corazón de Granada. El conjunto, por lo enredado, se asemeja á nuestros barrios de San Pedro, vistos á través de un cristal claro. Muchos estancos, muchos sombrereros luciendo en el mostrador esos sombreros de anchas alas que usa el torero, cuando no está en ejercicio de arriesgadas funciones; muchos cafés, en general pobremente decorados, pocos librerías y los libros llenos de polvo, perdidos entre cajas de botones, soldados de plomo y hebillas; típicas confiterías con bizcochos blanqueados, al parecer; algunos retratos de políticos y toreros expuestos detrás de algún cristal, rodeados de corsés verdes, mantas listadas y paños de Sabadell; cuchillerías para espanto de turistas y otras tiendas características, entre otras de mayor categoría, enteradas del lío del adelanto moderno. Por la calle, los me-

nestrales calzando aquellos sombreros; envueltos casi todos, desde la infancia á la vejez, en la airosa capa española, ya caída, ya ligeramente plegada sobre el hombro, ó terciada á gusto y voluntad del individuo, y según el donaire natural de que se haya visto dotado; clara la ropa, rubio el calzado, y el paso más bien ligero; las mujeres, envueltas en amplios mantones, asomando la cabeza, con una flor en el cabello, y un Vesubio en cada ojo; de vez en cuando pantalones encarnados de soldado; la nota brutal de color de algún grupo de gitanas, con líos de *churumbeles* á cuestras; campesinos con cúpula en la cabeza, señoritos y señoras vestidas conforme los figurines, deslizándose por las angostas aceras, y produciendo en conjunto, un ruido mate, un rumor apagado, la sensación de una ciudad que tiene la voz opaca, discreta, simpática y melancólica, y vive triste á la sombra de su Alhambra.

Siempre al azar, continuamos la ruta tratando de recibir una impresión general, y allá en un ángulo de una grandiosa rambla, entramos en un mesón despreciando hoteles como bienes terrenales. Comimos *accituna aliñá, boquerone, pescahilla* y *gaspacho remojao*, bebimos á todo beber manzanilla en cañita *refiná*, y á los postres, sintiendo ya que el país entraba y corría por nuestra sangre, rompimos á hablar por lo andaluz con tal brío y desenfado, que nuestras pobres gargantas quedaron entumecidas. El guía continuaba hablándonos en catalán, pero nosotros despreciábamos y suprimíamos todas las eses finales, retorcíamos los labios á modo de asistente de comedia, y dale que dale, dirigíamos á la noble concurrencia párrafos tan audazmente andaluces, que comimos más palabras que alimentos.

No podía durar tal derroche de palabras y nos fuimos. Otra vez andamos á la ventura, y esta buena

señora nos condujo á las orillas del Darro. El río con arenas de oro se precipita entre el barrio del Albaizin y el palacio de la Alhambra, bañando en su curso, cimientos de edificios árabes por un lado, y raíces de cipreses y laureles por el otro; deslízase mimado por entre las flores, que lo miran pasar asomándose por las tapias de los cármenes, mientras sus aguas se perfuman á su paso, para llevar sus aromas al Genil, que lo guarda más abajo y lo recibe en sus brazos.

A bañarse en esas aguas del Darro, parece que descende el barrio árabe, el Albaizin famoso, que seguíamos, la vieja Granada de otros tiempos. Sus calles son tan angostas, que el sol se detiene en los aleros, dejándolas envueltas en el misterio de la sombra violeta; encarámanse por la cuesta, teniendo por fondo, allá en último término, un campanario ex-minarete, un ciprés solitario ó un casucho con su balcón pintoresco, desbordando macetas y colores; llegan á lo alto del monte, para bajar intrincadas entre tapias decoradas de chumberas, y se pierden, en fin, en confuso laberinto.

Siguiendo el río y curioseando en el fondo de un portalón grandioso, en el cual crece la yerba, guardada por el silencio y el reposo de los sitios solitarios, entreveíamos un patio, con sus columnitas blancas teñidas de ocre y de musgo, sus blancos muros discretamente apagados en la sombra, su ventanilla dejando entrever el modesto interior, los balustres bruñidos de una escalera con peldaños de azulejos, verde turquesa, azul verdoso, gris nacarado y ocre de barniz tornasolado, entre manchones de cal y yeso mate, y rojas macetas con flores rodeando el pequeño surtidor, rezando el agua ó murmurando sobre el mármol, con esa voz cristalina que mueve el alma á la dulce nostalgia del ensueño. A veces,

en el fondo de una carcomida puerta adornada con clavos, nacidos al parecer cual hongos en sus rendijas, veíamos un íntimo jardincito, como nido de moros enamorados, con sus dibujos de boj, cortados con simetría debajo del emparrado; y formando caminos inexplicables, perdiéndose en el fondo de verdura misteriosa, jarrones destacando su blancura sobre el verde de bronce, naranjos con su follaje bruñido, sirviendo de cortina á gabillas de flores amarillas cayendo en cascada de perfumes, y rincones sin fin, al parecer encantados y mágicamente silenciosos; más allá, un caserón desolado insultaba la mirada con su inmensa fachada glacial, desnuda de todo adorno; luego, un grupo de casas blancas servía de madriguera á una raza colorida; un templo asomaba con su alto minarete, y siempre el barrio ofrecía esos aspectos que el lápiz busca afanoso con su amor por lo pintoresco.

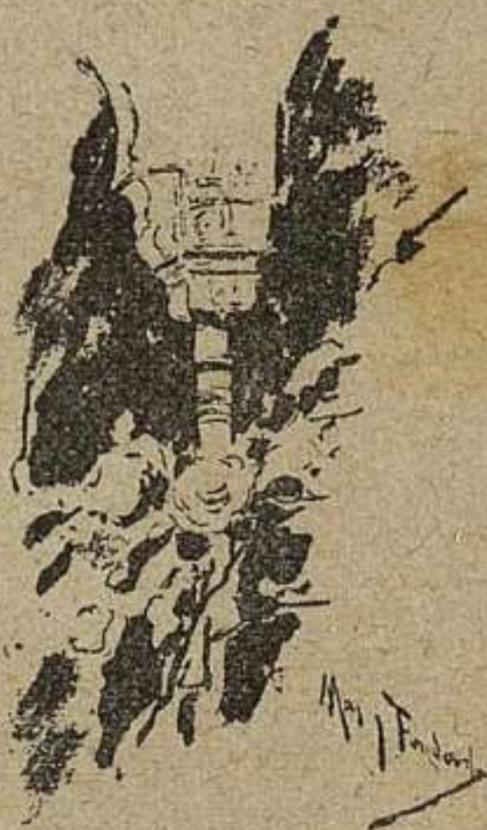
En el fondo de ese barrio, se adivina la pobreza de un pueblo que vive de sus ruinas. En la calle, se ven poquísimos hombres, tendidos algunos como en extraño letargo, descendientes quizás de raza de árabes como despatriados en la que fué su gran patria; manadas de chiquillos de ojazos negros y tez gris, medio desnudos corriendo por el arroyo, acurrucados en el fondo de una puerta ó debajo de las ásperas chumberas; mujeres peinándose en plena calle, inmóviles al pie de un muro ó llegando de la fuente; figuras todas, colocadas, como figuras de un cuadro, de un cuadro triste y colorido á la vez, característico y típico, oriental y cubano, con ribetes de salvaje y dejos aristocráticos.

Al llegar á la cumbre de este barrio, la Alhambra entera apareció delante de nuestros ojos como nebulosa aparición de otras edades. La lluvia arreciaba, caía con estrépito de negras nubes que pasa-

ban volando silenciosas, y el gran palacio con sus torres rojizas, más rojas todavía por la humedad que bajaba por sus muros, sentada sobre su inmensa cesta de flores, parecíanos llorar su desventura. El Darro corría allá en el fondo del valle, y su agua rojo-siena, entrando en la ciudad moderna parecía teñida del sudor del propio gran edificio, parecía llevarse poco á poco sus ruinas, arrastrar sus murallas, estucos y filigranas; y fundirse en el barro de la miserable tierra aquel portento de arte de todo un pueblo poeta.

II

El Generalife



¿Qué misterio tendrá el Generalife, que tan sólo su nombre nos evoca tantos ensueños? ¿Qué contendrán aquellos blancos muros, que á su sola memoria cantan los poetas, entornan los ojos las mujeres, se quedan pensativos los hombres y se enturbian las cabezas más serenas? ¿Qué es el Generalife, pensábamos á la noche siguiente de nuestra llegada á Granada, rodeados de libros

que nos hablaban del edificio que teníamos á tan poca distancia de nosotros?

“El Generalife, decía el árabe Dernburg, es el jardín proverbial, por la abundancia de sus rosas, por la claridad de sus aguas, y el fresco soplo de los vientos perfumados”. “El Generalife, dice Palacio, es

Un templo ayer de amores y de gloria,
Y hoy... página infeliz de nuestra historia.»

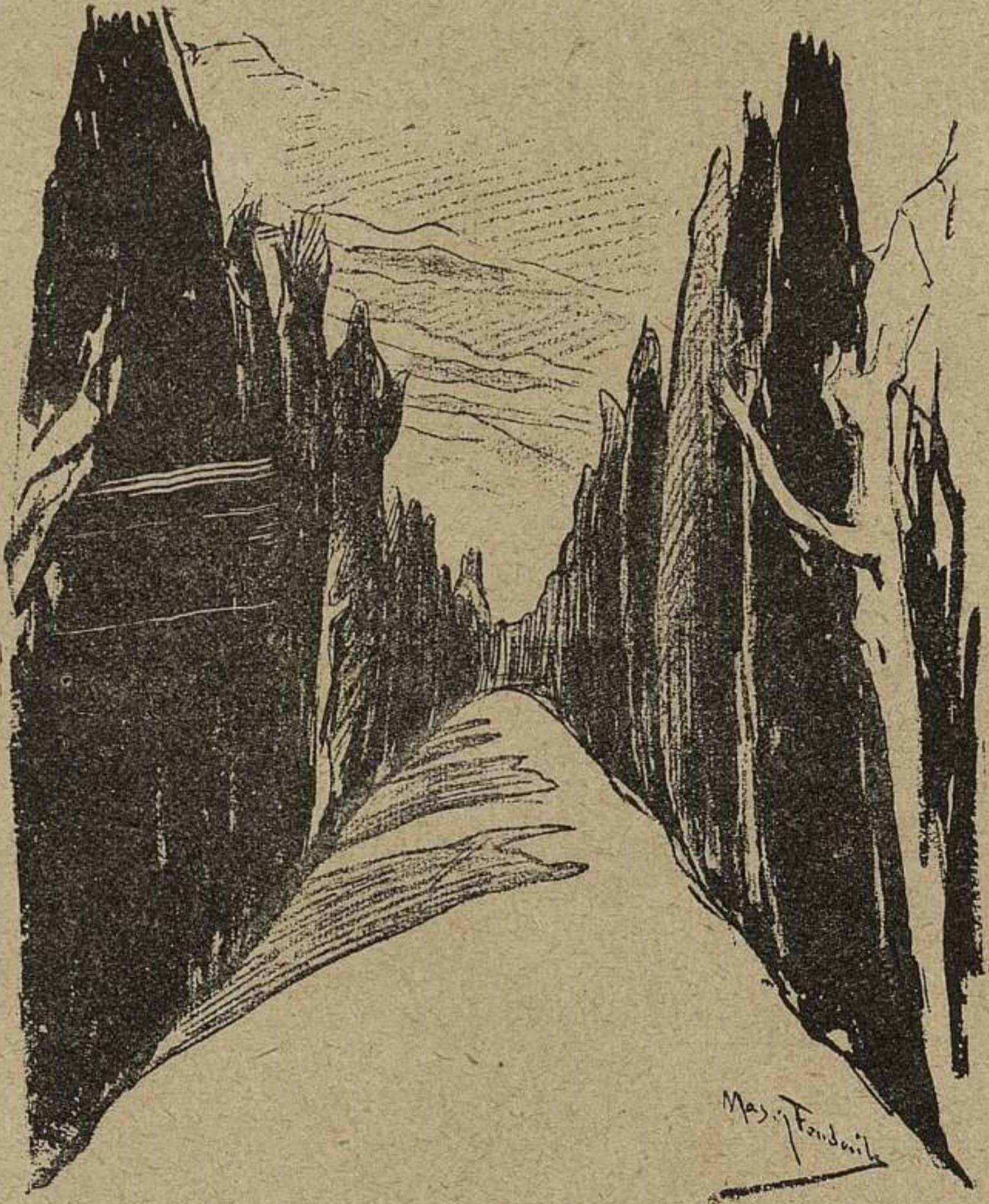
Del Generalice, decía otro árabe: "Alabado sea aquel que te crió, y compadécete de los que te destruyeron"; y una dama escribía del Generalife: "Delicioso para el amor"; añadiendo Valladar: "Nido de amores, mansión de sultana favorita, refugio de reyes, retiro acariciado por el perfume de las flores, los misteriosos susurros del bosque y el murmullo de las fuentes".

Tal eran los conceptos que leíamos tratando del palacio misterioso, del jardín de los jardines, hermoso entre los hermosos, de la cuna de mirtos y laureles, apoyo de la yedra y plantel de las columnas de mármol, del rincón íntimo de sultanes y odaliscas, y al leerlos ansiábamos correr el velo de aquellos muros blanquísimos, en cuanto llegara el día.

Llegado ya, con el ansia con que se acude á una cita artística, con ese afán del que va á recoger impresiones en pos de una novia que sólo se conoce por retrato, con esa indecisión de la esperanza que teme el desengaño, mirando la silueta del palacio dormitando entre jardines, nos acercamos á él y penetramos por una sencilla verja sombreada por nogales. A poco penetramos en un paseo de cipreses que, recortados en cilindro y formando en dos hileras, cual dos muros de finísimo follaje, cierran el ánimo á toda contemplación que no sea el Generalife. Espesos, bruñidos de ese verdor perenne y modelado que tienen los viejos jardines, con esa patina de las plantas de abolengo, con esa forma impuesta á los caprichos de árbol domado por educación aristocrática, explica al viandante que allí no se entra en un jardín advenedizo, sino en alcázar perfumado por la mano del artista y las caricias del tiempo.

Largo el muro como visión de Maeterlinck, se anda por un corredor severo y blandamente arenado, y al doblar una esquina, se domina el paseo de

cipreses más soberbios de la tierra. Árboles centenarios, carcomidos de vejez, que vieron pasar por sus plantas la vida íntima de los reyes de Granada, oyeron los suspiros de la música de Omar, sombrearon



las blancas túnicas de las claustradas sultanas, sirvieron de celosías á las cantadas Odaliscas de Occidente, envolvieron y ampararon sus amores en amplio regazo de sombra, y hoy, erguidos y canosos, rugoso el tronco y cruzado de nerviosas fibras, que suben á dar vida á los mechones de ceni-

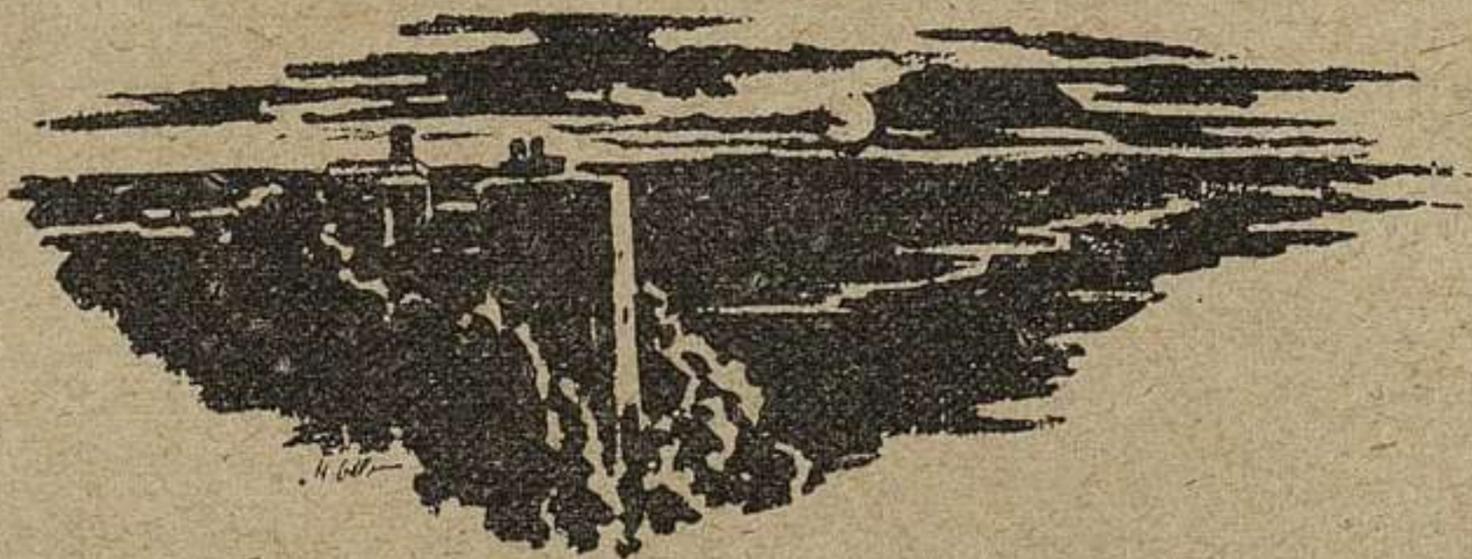
ciente verdura, parecen centinelas de aquella blanca fachada, que como un cisne se ve acostada en el fondo.

Allí está el Generalife. Se abre una pequeña puerta, y al entrar en el recinto, un aroma inexplicable, un aire impregnado de poesía, un murmullo de agua saltando sobre la piedra, una brisa que hace gemir y cantar las hojas, una mirada de las flores, un no sé qué que llega en vibraciones de luz, envuelto en modelada armonía, deja suspenso al que entra, le hace gozar de un algo maravilloso y abre las puertas á los ávidos sentidos.

En primer término, una taza de mármol, estriada como una concha y rodeada de macetas mirándose reflejadas; á cada lado, dos columnitas mates y amarillentas como cuello de mujer; con sus ténues capiteles sosteniendo tres arcos en sus débiles espaldas; á un lado, un muro oculto detrás de laureles y naranjos; al opuesto una larga y diminuta galería de un blanco de reflejos de oro arqueándose hacia el fondo; en el centro, un canal tranquilo como una fuente y alegre como un riachuelo, escurriéndose callado y asomándose á sus aguas hasta besarlas y sentir la frescura en sus hojas y corolas, un rubio campo de flores; rosas de otoño de un carmín tornasolado, crisántemas despeinadas revolcándose y desperezándose por el suelo, geráneos como puntos encendidos, claveles desbordando sobre un lecho de verdura, y en el fondo, cerrando este jardín sin igual, cinco arcos, seguidos de otros arcos, calados con primores de ornamentación geométrica y arabescos como blondas, y todo ello pequeño como un claustro bizantino, recogido, callado como un secreto, suave de colores como un traje de vírgen primitiva, melancólico como un canto oriental, con luz velada de patio y esplendores de aire libre, y todo hecho

á propósito para hablarse con misterio, acompañada la voz por arrullo delicioso.

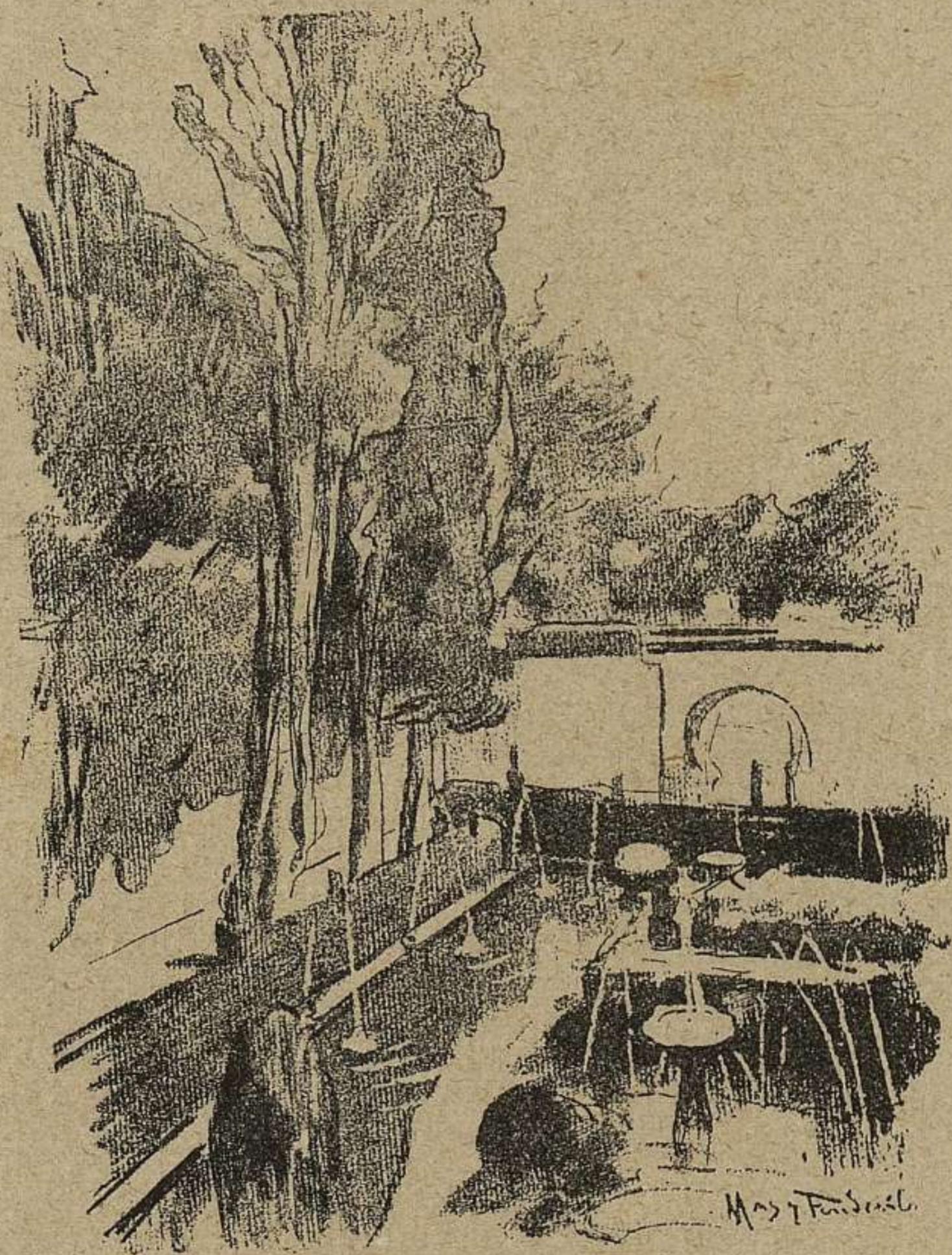
Desde allí se entra á las habitaciones, blancas de ese blanco exclusivo y soberano de Granada; de ese



blanco de estuque con huellas de oro y colores, que el tiempo ha borrado lentamente con exquisito cuidado, no dejando más que señales; de ese blanco que no da sombra á sus relieves; de ese blanco suave al tacto como mármol sin frío y á los ojos como plumas de cisne; color sin color vestido de medias tintas, y empañado solamente del aliento de los años, sin manchas en su piel blanca ni arrugas en su cara immaculada. Sin duda aquellas salas en su época de esplendor, no podían hollarlas más que descalzos pies de mujer, eran escritas para ojos femeninos, y sus finísimos bordados "semejantes á las flores del jardín", parecían dictados por su propia fantasía; son arte hembra con todos sus caprichos momentáneos y deliciosos encantos y todas las sutilezas de un débil refinamiento.

Desde el fondo de estas salas, detrás de las celosías, veíase allí lo que hoy pueden ver, los ojos, con los balcones abiertos. La sierra de Elvira, rosada y en forma de cono, guardando los restos de Hiberis; la inmensa vega de Granada, famosa en todo el mundo, con manchas blancas que son pueblos, con

tintas verdes que son bosques de laureles, con notas coloridas que son flores, y con puntos cenicientos alineados que son montañas de olivos. El Genil, es-



curriéndose en su curso dichoso entre cipreses, indeciso en su curso y enroscándose coquetamente para mayor hermosura; el Darro, bajando á reunirse para juntos seguir la misma poética vía; Granada entera, vista en plano de relieve y encaramán-

dose por el cerro, con sus tejados cenicientos, sus pequeños campanarios brotando de entre el montón de viviendas, apiñada en la llanura y esparcida en el barrio moro, acurrucadas las casas á la sombra de los cármenes. Más cerca, el Sacro Monte, con sus blancas madrigueras abiertas en el terruño, rodeadas de pitas y defendidas por espesuras de chumberas. Más cerca aún, la inolvidable y única silueta de la Alhambra, pisada por el palacio de Carlos V, derruido en su infancia, con sus torres rojizas asomando al precipicio, sus tejas de cerámica bruñida, sus patios entrevistos entre el misterio de los muros, sus ventanas, pequeñas como ojos del edificio, abiertas en anchos y desolados paredones, mirando á sus pies el siniestro barranco de la cuesta de los muertos; y entre el valle y el balcón, un bosque encaramándose hasta besar los muros del alcázar soberano, y un cielo extendido con toda la inmensidad de su amplia bóveda, sirviendo de cortina azul ó de escenario á las nubes.

Cerrado aquel balcón, otra vez el ánimo encuéntrase subyugado por el incienso de flores, y el atractivo especial de aquel palacio encantado. Al lado del aposento, un ruído como un canto, un rumor de agua sospechado, anuncia otro jardín, y una puerta invita á penetrar en su recinto, con esa atracción que inspira lo vago y desconocido; y adviértese, pasado el umbral, que si el primer patio es hermoso, quizás este segundo le aventaje, en sobria placidez de líneas y grato encanto á los ojos.

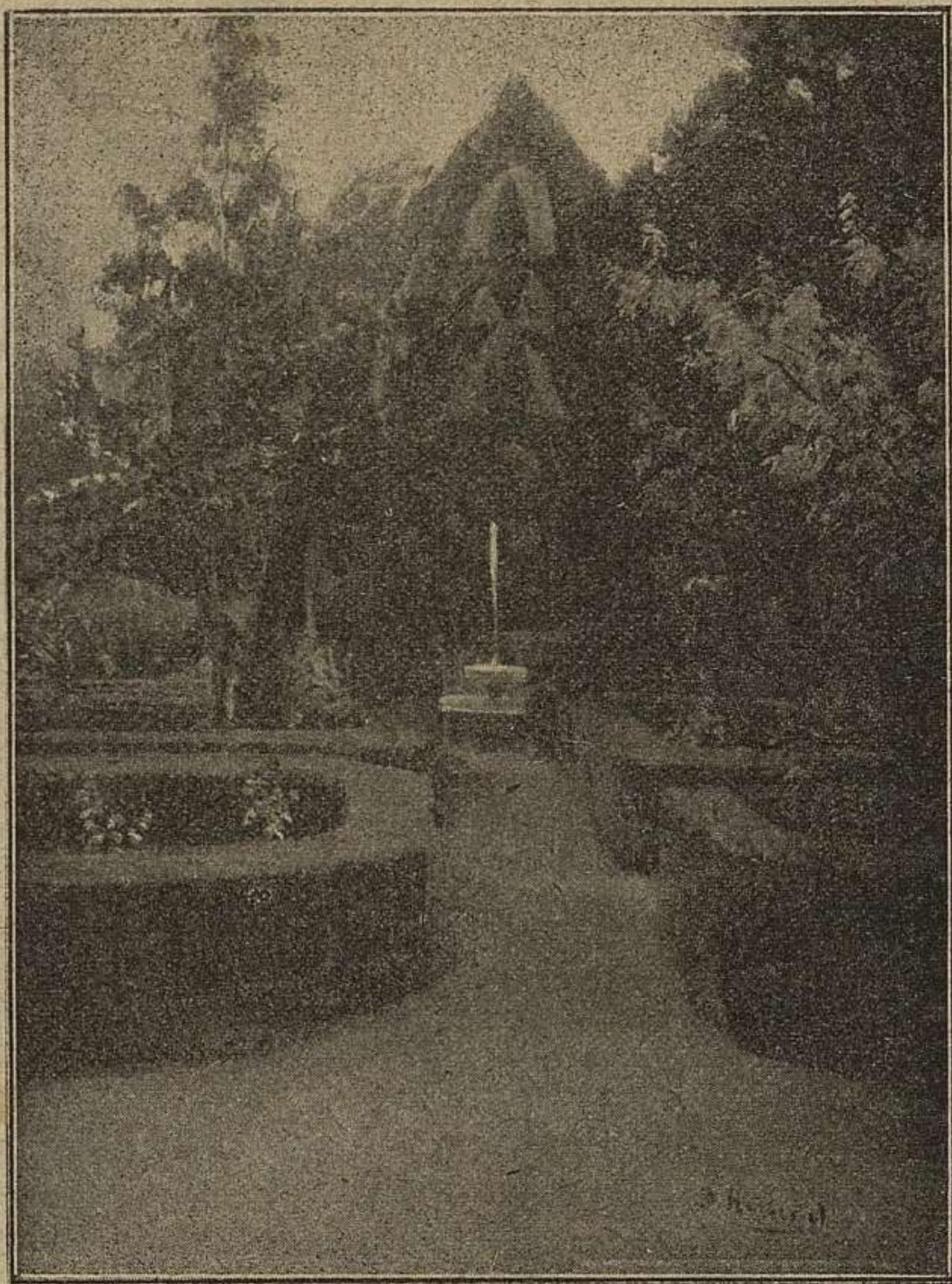
El agua, como anunciaban sus canciones, es el



primer elemento decorativo de este patio; y es imposible imaginarse sin verla y sentirlo allí mismo, el suave arrobamiento que inspiran su ruido, su luz y su transparencia. Aquí, salta de un surtidor de piedra, y chocando en el borde de la taza, cae espumosa en ribetes luminosos; allí, se desliza por amplio canal verdoso y, dando la vuelta al patio entre severos arrayanes, recibe la lluvia de otros filos, que caen cruzándose en bóveda tornasolada. A un lado pasa corriendo, al otro se desliza suavemente ó se encharca para servir de espejo á los altos laureles de su orilla; más lejos se entretiene formando círculos y ensanchándolos sobre su tersa y modelada superficie, y su voz repercute por el patio como voz de cristal chocando sobre el mármol, como murmullo de música inexplicable que embelesa los sentidos y deja un rastro de alegría al corazón. Siguiendo el agua, bordéanlas largas matas de mirtos en simetría aristocrática, formando tupida cerca que se dobla reflejándose; las macetas asoman en lo alto de las paredes, cuajadas de colores y teniendo magnolias por toldo, y presidiendo y arrimado en el muro, se levanta el ciprés en cuya sombra fué sorprendida una sultana con un abencerraje; árbol soberbio, esculpido el tronco como columna de mezquita, echando las últimas hojas de su larguísima vida, allá en las últimas ramas y muriendo de vejez, después de haber sido testigo de siglos de juventud, amándose bajo su amparo.

Porque este patio, según cuenta la leyenda, en quien me gusta creer más que en la historia, era el íntimo retiro de las sultanas y odaliscas; las fuentes, en su fondo, habían reproducido la forma de unas mujeres, invisibles á los mortales; la sombra de la noche había allí sorprendido y cubierto con su manto la silueta del sultán al lado de su escogida favorita,

y los muros de laurel habían ahogado en su follaje coloquios confesados al oído, rumor de besos y sonrisas voluptuosas. Hoy mismo, sus ruinas, tienen la



vaga tristeza de los lugares que fueron teatro de añejas felicidades; las hojas parecen suspiros que brotan de antigua savia de ventura, y todo canta

placer perdido, en ese mudo lenguaje de las cosas que llevan en sí el recuerdo.

Y aun no acaban aquí los patios y los jardines de ese palacio de sueños. Aun subiendo unos peldaños, se encuentra otro jardín, con sus diminutos caminos bordados por el boj en intrincada simetría, conduciendo á un kiosko de cipreses, recogidos en la sombra como un nido de mujer, y oculto entre cascadas de espesísimo follaje; aun subiendo se encuentra una escalera como un fondo de *Watteau*, estrecha y alta, entre bóveda de lianas, con dos ríos de agua bajando á cada lado con bullicio, y una fuente, en los descansos, rodeada de esbeltos lirios; aun se encuentran cascadas jugueteando y jarrones medio ocultos entre los nervios de la yedra, y nuevos nidos misteriosos, y obscuras frondosidades, hasta que en lo alto del jardín, se presenta una visión imprevista: Sierra Nevada, inundada de blancura, soberbia de grandeza, penacho del país del Norte, dominando un paisaje del Mediodía, colocado en el fondo por capricho de la gran Naturaleza, para servir de hermosísimo contraste á una florida llanura.

Comparando con ella el Generalife, sus diminutos jardines, vistos bajo los pies con los patios medio ocultos, parece más pequeño todavía, y como antes acudían á nuestra mente estas preguntas: ¿Qué misterio tendrá este pequeño palacio? ¿Por qué moverá el ensueño, y hará cantar á los poetas, y su nombre será pronunciado dulcemente? No sé, pero creo que, así como hay artistas que del amor hacen poesía ó música ú obra de arte, hubo quien del amor hizo jardines, y fué el artista enamorado que ideó el Generalife.

El es marco de los amores reales, el nido de una raza, feliz un día debajo de los cipreses y luego desterrada de su patria, la verde alcoba de sus blancas

ilusiones, jardín de espera anticipado á los cielos del Profeta, ó más bien, es el claustro del amor, hoy desierto de sus reyes y sultanas, pero habitado por recuerdos amorosos que le legan su encanto y su poesía.



III

La Alhambra

Cuando llega la noche, guarecidos en nuestra humilde vivienda, y reunidos bajo el quinqué que tiene toda casa bien nacida y regularmente amueblada, por ley de relación sin duda, ó por otra ley cualquiera, es el caso que Utrillo, tomando la palabra concedida de antemano y atentamente escuchada, nos relata lo que, con perdón sea dicho, nunca tuvo interés para nosotros: los cuentos de las mil y una noches.

Explicados por él, en el ambiente árabe que gozamos, se hacen tan comprensibles, que los mismos metafóricos portentos que en otras tierras nos parecen locuras de enfermizas fantasías, aquí se caracterizan y suenan como relatos llevados por el aire que nos rodea. Aquellas mujeres, vestidas de ténues gasas transformadas en columnas por obra de encantamiento, aquellas lámparas de oro pendiendo solitarias de techos nacarados, en el antro de cámaras misteriosas, aquellas aves con un brillante en la frente, columpiándose en palmeras aromáticas, aquellas fuentes manando filos de plata sobre tazas de alabastro, aquellos califas dormidos á la sombra de laureles, visionando los cielos de Mahoma, todo

aquel parto fantástico de un pueblo imaginativo, poeta y fatalista, parecen sueños gozados á la sombra de la Alhambra, ya que tiene tanta majestad su nombre, y el poder de su abolengo esparce tal aroma de arte, que aquellos cuentos parecen realidades viviendo en esa Granada.

Es la Alhambra una de aquellas pocas obras que señalan la época venturosa en que un pueblo llega á la cúspide de su arte, á la época refinada y decadente que da el fruto maduro de largos siglos de lucha; es uno de aquellos pocos monumentos que son mojonnes en la historia, conservados por milagro; uno de aquellos pocos nombres que tienen fama de augusta belleza definitiva y que significan el esfuerzo, no de un hombre sino de toda una raza, alambicando buen gusto, para llegar á producir esencia de obra maestra.

La Alhambra lo es por dicha nuestra, y no se concibe Granada sin la Alhambra, como España no se concibe, vista desde el extranjero, sin este gran monumento, ya que sin ella habríamos perdido en la geografía artística mucho más que perdiendo una provincia, sin ella y algún otro monumento que aún nos queda por pura casualidad, la mayor parte de hombres de la inteligencia no sabrían que existiéramos, sin ella no tendríamos el libro más delicado y sutil que el hombre ha escrito en letras de arquitectura.

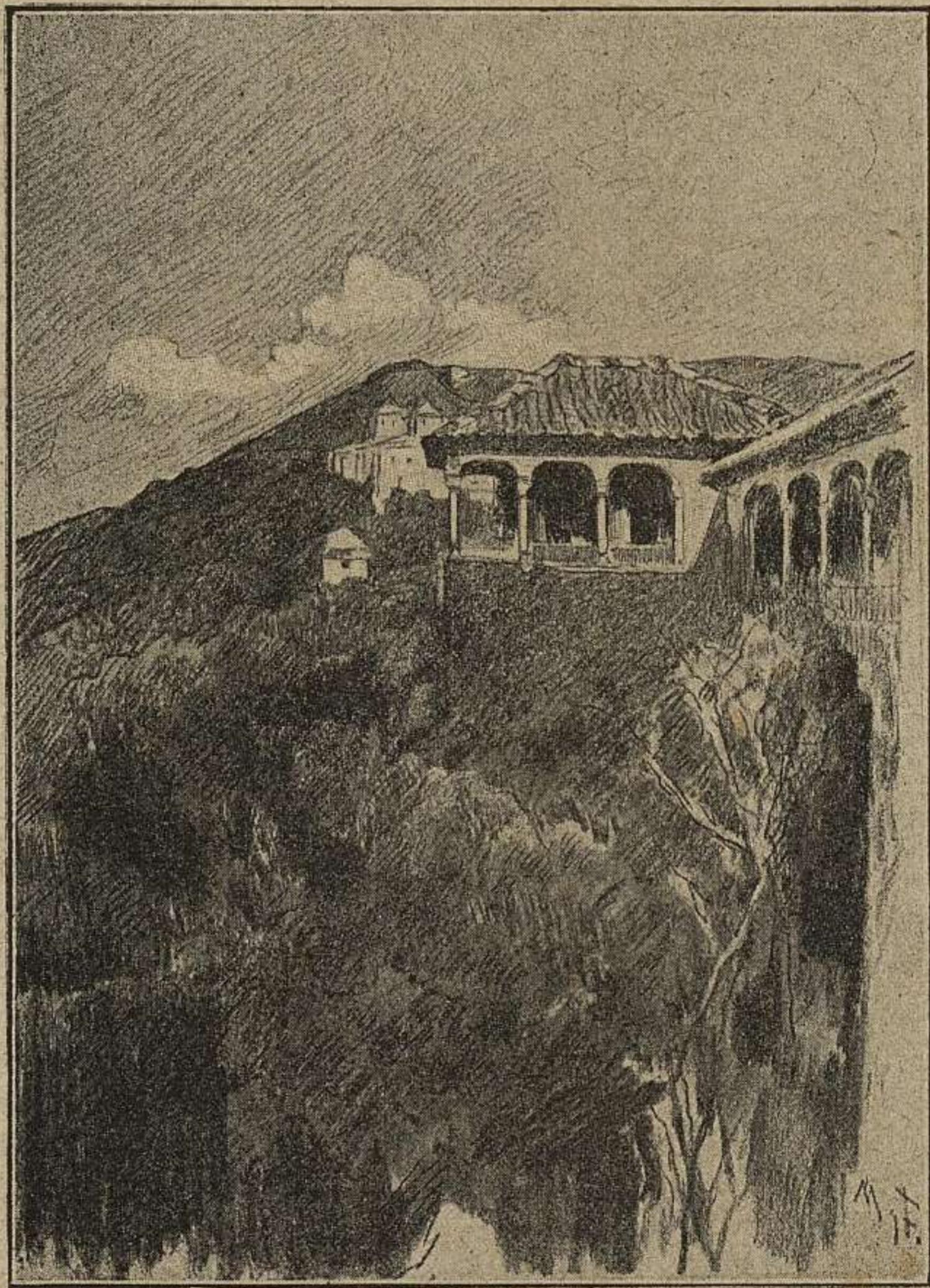
Y digo esto, que parece exagerado y fuera de su lugar, porque muy cerca hemos estado varias veces de perder esta joya inestimable. Dejando aparte á Carlos V, que tuvo á bien edificar un palacio, ni tan sólo concluído, sobre aquellas filigranas, por lo cual se conquistó la execración de todo amante de lo bello, aún dejando aparte los incendios que ha sufrido: hace poquísimos años ¡avergüenza decirlo! aquellas

salas y patios, portentos de imaginación y archivo de primores de arte, eran vivienda de gitanos que añadían tabiques á su antojo, derribaban paredes á su gusto y ponían sus puercas manos en aquella blancura immaculada, hollándola innoblemente; la alberca de los arrayanes dó se bañaban sultanas y donde se bañan las columnas y la torre de Embajadores reflejadas, servía de lavadero á carne de bestia humana; los extranjeros llevábanse los mosaicos y los estucos, como en país conquistado, y todo el mundo era dueño de aquel precioso tesoro, que por fortuna no sospechaban siquiera, y los pocos que lloraban su ruina eran tratados de locos y de platónicos, como siempre, por los hombres *importantes* de su época.

¡Pobre Alhambra! Lo que debía padecer aquellos días, al sentirse herida de muerte por el puñal de la torpeza! ¡Qué dolor debieron sufrir sus paredes enfermizas, rasgadas por uñas innobles! ¡Qué amargura en su alma de edificio de sentirse incomprendida y despreciada! Por fortuna llegaron tiempos mejores para sus males, los maniáticos aquellos fueron por fin escuchados y tuvieron que reparar los mordiscos y patadas de aquella turba de estúpidos. Contreras, como un médico y un padre del edificio, fué vendando sus heridas, cicatrizó aquellas grietas abiertas como rasguños en sus frágiles arabescos, envolvió las columnas con mano cariñosa y compasiva, completó los estuques, hizo correr el agua por las fuentes, devolviéndoles la sangre de las venas, amparóla de la lluvia y dejó la noble Alhambra, sino en el esplendor de antes, digna de la admiración del mundo y en estado de poderse estudiar su armoniosa estructura.

Vista al llegar, sentadas sus grandes torres de ocre sobre el cerro, desnudos sus muros de todo

adorno, con sólo pequeños agujeros por ventanas abiertas allá en la altura, nadie podría sospechar que aquellos tristes y sobrios paredones encerrarán



tan espléndido palacio, á no saber la costumbre de los árabes, de enclaustrar sus edificios, de hacerlos mirando hácia adentro, íntimamente floridos á la

vida interior y áridamente severos á la mirada del mundo. Desde fuera, aquellas líneas desoladas, aquel aspecto de inexpugnable fortaleza, debían causar espanto y veneración á un pueblo, supersticioso, que sabía detrás de aquellas paredes que no podía cruzar, la existencia de un espléndido tesoro, de un serrallo misterioso, y tenía la sospecha de innumerables bellezas engarzadas en leyendas, que hacían ver al sultán, á los ojos de sus súbditos, como un ser que tenía de Profeta y de fantasma, de Santón y de enigmático, de Rey y de artista incomprensible y la Alhambra un cielo árabe, cerrándole para siempre la puerta de la Justicia.

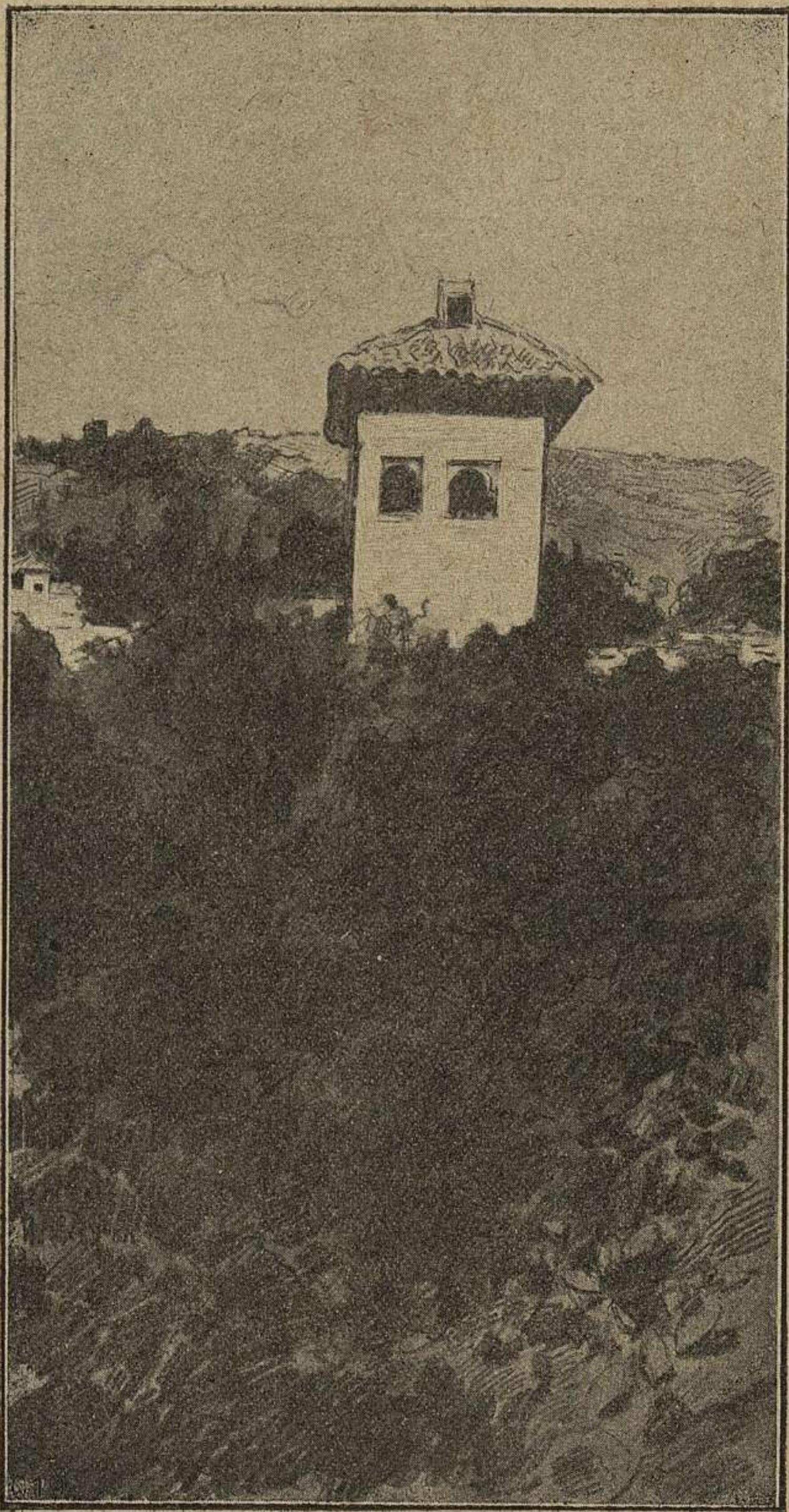
Hoy la entrada es más fácil (tal vez demasiado) y la emoción es profunda todavía. Se pasa aquella mismísima puerta, maciza, inmensa y solemne; se pasa el primer arco árabe sosteniendo en sus hombros inmensa mole de simétricos ladrillos, con la mano en el centro, emblema de la ley musulímica, recordando los cinco sagrados mandamientos; "Cree en Dios y en el Profeta, ora y ayuna, da á los pobres y encamina tus pasos á la Meca"; se pasa otro arco incrustado de cerámica de esmalte, con la arábiga inscripción de: "Hágalo Dios una potencia defensora", rematada por la imagen de una virgen pequeña y triste, en aquella masa enorme, y cobijada como golondrina mística en un muro forastero; se pasa la plaza de los Algibes, dejando la Alcazaba á un lado y al opuesto la casa de Carlos V, y por una pequeña puerta se penetra en el palacio de la Alhambra y se encuentra el gran patio de la Alberca.....

La primera impresión que se recibe es deslumbrante. Parece que el alma entra en un gran baño de luz, dentro de una atmósfera de purísima belleza, donde los ojos disfrutan la calma de una sensación suave; la armonía que arroba los sentidos como afi-

nadísima música, la gran calma que arroba la perfección, el reposo y el consuelo que da la obra de arte. Si fuera dable comparar una mujer con una obra arquitectónica, diría que el patio de los Arrayanes es una sultana rubia, vuelta ligeramente morena por el humo del incienso exhalado en el suave pebetero de los siglos. Los muros se parecen al marfil, viejo, mate y dorado por la dulzura del tiempo; las columnas diríanse blandones de mármol bruñido por el tacto de suavísimas manos; el pavimento, losas de tumba modeladas por pies descalzos y pintadas por el musgo, y los techos rancias maderas de cedro tersamente quilatadas.

En el fondo del patio, cinco columnas de mármol de Macael sosteniendo siete arcos sutilísimos, la masa inmensa de la torre de Comares, en lo alto, y entre ténues estalactitas geométricas, una ventana en el fondo dividida por ligera columnita, dejando ver á lo lejos un paisaje miniatura; al frente otras columnas con su alta galería entre labradas celosías, y en el centro, entre dos líneas de Arrayanes, la Alberca que da nombre al patio, reflejándose en sus aguas quietas como diáfano espejo, las columnas, la torre y las paredes del recinto, con todos sus primores y bellezas, temblando en la tersa superficie, rizándose al menor soplo de la más ligera brisa, ondulándose al más levísimo contacto, y formando círculos y espirales geométricos, combinados por modo maravilloso, con los diabólicos dibujos que con cariño reflejan.

La sala del fondo es el salón de Embajadores. Más amplio que los demás, los adornos divididos á grandes masas, el techo de lacería sosteniéndose á altura extraordinaria, es este regio aposento, menos femenino que los demás del palacio, más severo, más robusto, aunque no menos primoroso. El grandioso



artesonado está tratado á planos entrelazados, los azulejos son de traza sobria y sencilla, las paredes tienen poco relieve, y allí, como en todas partes de la Alhambra, las inscripciones se combinan formando parte del decorado; corren como cintas por los frisos, suben hacia el techo en líneas rectas, se enroscan por los capiteles y penetran en el fondo de los nichos y alamies, cantando las glorias de los Califas, las alabanzas de Dios y las bellezas de la Alhambra, en complicados versos gongorinos, ya que los artistas árabes, privados de reproducir la forma de la figura, suplíanla con lo más noble del hombre: el pensamiento y la poesía, empleados como motivos estéticos, siendo á la vez deleite para los ojos y enseñanza para el alma.

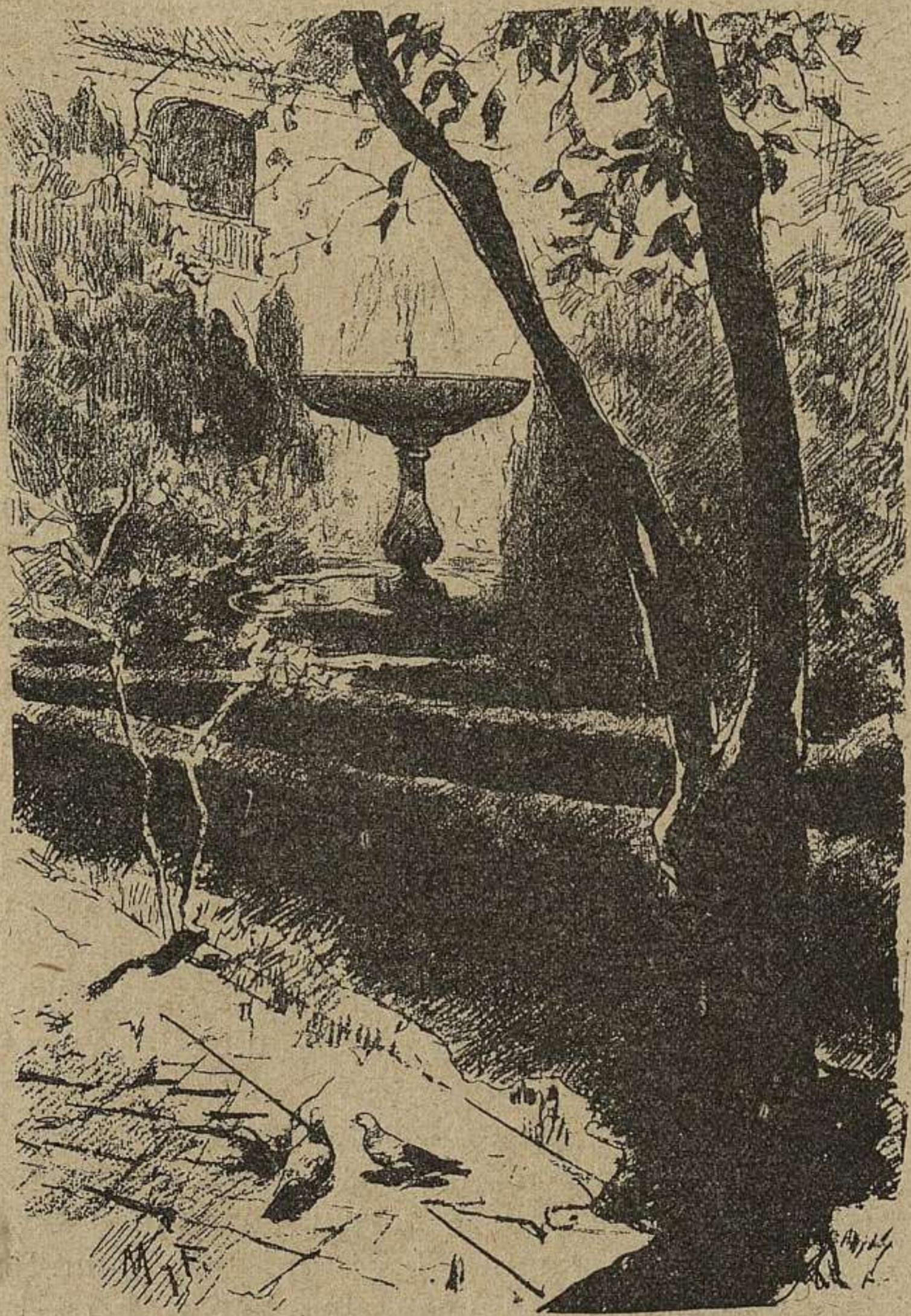
Saliendo de este salón, se pasa una pequeña galería, corredor cobijado bajo ancho alero, y columnitas con capiteles de alabastro; se pasa al "mirador de la reina", torre colgada al pie de la umbría y de la 'cuesta de los muertos", dominando el Generalife, el Albaicin y el Sacro Monte aplanados á lo lejos; se baja una escalera y entrando en un pequeño corredor, parecido á la entrada de un panorama, se llega al recinto de los baños.

Son tres salitas pequeñas, abovedadas, recibiendo la luz por agujeros en forma de estrellas, cubiertos de cerámica, abiertos en la bóveda, con sus arcos de mármol sirviendo de alcoba á las bañeras y rodeadas de azulejos; de esos mosaicos de reflejos tornasolados, verdes pálidos y azules descoloridos, negros como esmaltes de Limoges y amarillos cual camafeos romanos, concertados en armónico maridaje de dibujo y dulce reposo de tonos. En estas raras estancias, que tienen algo de retiro para el descanso del cuerpo, de sótanos y de cúpula, envolvíanse los árabes en el agua que corría transparente, en el incienso

perfumado que subía en espirales y entre la claridad discreta; y aquel baño, era un culto á la belleza gozado entre los pliegues de aquella capilla íntima, un culto á los sentidos plácidamente voluptuoso. Aún hoy sus ruinas destilan el recuerdo de ese culto y forman un absoluto conjunto, de los más completos, de esta deliciosa casa. El pavimento es de mármol y cada estrella del techo es una estrella de luz rodeada de aureola de colores, que descansa, se escurre pausadamente, pinta y despinta los azulejos, se estira en listas de oro por los muros; y envuelve los baños en baño de diáfana claridad y de luz vaga de sueño, teñidos los muros por aliento de perfumes, bruñido el mármol por matices de un roce mate, y desprendiendo el ambiente la intimidad de un secreto, hollado por miradas indiscretas.

Desde allí se pasa al patio de Lindaraja. Más que patio, este patio, con sus arcos alrededor del jardín ombreado por naranjos, con sus diminutos jardines, con su hermosísima taza rodeada de cipreses, que materialmente se abrazan, es un claustro de Oriente. No inspira como los claustros del Norte, con las losas funerarias por pavimento y las lúgubres capillas en la sombra, la mísera condición de la vida y la espera de la muerte; éste inspira la alegría inconsciente de las flores, la paz de la existencia deslizándose sin estorbo el pensamiento, la dulcísima vaguedad de una vida risueñamente fatalista que no se turba ahondando el corazón de la criatura humana. El cielo es más azul que en otras partes, los árboles se visten de verdura, sin esfuerzo; los mismos severos cipreses no se plegan sobre sí mismos como tienen por costumbre; aquí se ensanchan y abren los nervudos brazos al aire que los orea cariñoso, y todo sonrío al hombre y le invita á la plácida dulzura del goce contemplativo.

A poca altura, dominando este jardín, hay un pequeño mirador, lugar íntimo de los más delicio-



sos de este alcázar. Sus muros desaparecen detrás de una tracería de calados prodigiosos, del techo

baja la luz mitigada y colorida por vidrios que sirven de bóveda, y canta la inscripción de los frisos su hermosura en estos términos: "Cada una de las artes me ha enriquecido con su especial belleza y dotado de su esplendor y perfecciones. Aquel que me vé, juzgue por mí la hermosura de la esposa, que apeteció espléndidas galas, y consiguió lo que pedía. —Cuando el que me mira, contempla atentamente mi hermosura, engaña la mirada de sus ojos con una apariencia.—Pues al mirar á mi espléndido fondo, cree que la luna llena tiene aquí fija su morada, habiendo abandonado sus mansiones por las mías. "No estoy sola, pues desde aquí contemplo un jardín admirable. Cosa semejante no vieron jamás los ojos..." Y ese jardín, es el jardín de Lindajara, que lo mira por un lado, mientras que por el opuesto, á través de la cueva de estalactitas que pende del salón de las dos hermanas, se divisa como un sueño el patio de los Leones.

Inútil é imposible es describir este patio. Es una de aquellas obras perfectas que, á fuerza de ser cantada su hermosura, han pasado á ser comprendidas por el vulgo, á ser patrimonio de todos y molde esparcido de torpes imitaciones. Sin embargo, lo que no podrá jamás copiarse, es la dignidad entre femenino y aristocrática que se desprende de su conjunto, inimitable; aquel postrer modelado, que es como el soplo del genio acariciando la obra al firmarla, aquel perfecto equilibrio que es la afinación suprema de toda obra maestra. Rodeado el patio de columnas, en fila, en grupos, en perspectiva, solitarias ó en parejas; abierta en ella la sala de Abencerajes, portento de primores, mirándose con su rival en belleza; teniendo al frente la sala de la Justicia, con sus curvas de arcadas prodigiosas, y otras salas y más artesonados y arabescos, guarda en el centro

y sirve de marco á la fuente celebérrima, cuya "líquida plata, corriendo entre las joyas, nó tiene semejante en belleza por su blancura y transparencia", cuya agua se confunde con el mármol, sin saber cual de los dos se desliza"... "á semejanza de un amante, cuyos párpados están henchidos de lágrimas"; marco de una fuente que mana la inspiración de todo un pueblo sutilmente refinado y profundamente artista; de una fuente que fué *mirhab* del Occidente y punto de conjunción de una cultura que ha muerto.

Aun pueden admirarse otros patios y otras salas, todas ellas cuajadas de arabescos, todas ellas cubiertas de finísimos encajes, todas ellas ¡vacías! En este arcón primoroso, el ánimo encuentra á faltar el contenido: los muebles, los tapices, las lámparas pendiendo de las bóvedas de estalactitas, los jarrones de metálicos reflejos, los árabes como nota blanca armonizando en aquel fondo de oro. La Alhambra parece un objeto de museo sirviéndose á sí propia de museo, una joya á la intemperie sufriendo la inclemencia de la lluvia, un palacio tristemente abandonado por sus dueños. Se la cuida como se cuida un ilustre enfermo forastero, se le mimas por los productos morales que reporta su buen nombre, se la enseña como objeto curioso; pero falta en sus ámbitos el calor que mantenían sus creadores, el cariño de sus padres cariñosos, el amor á sus lares que hizo brotar sus lágrimas á Boabdil, al ver alejarse la silueta y sentirse desterrado de su soñadora Alhambra.

IV

El barrio de los gitanos

Hacia algunos días que en espíritu vivíamos la vida de la Alhambra, que nos batíamos tratando de interpretar sus arabescos y éramos siempre vencidos, que aspirábamos su ambiente é impregnábanos la luz que despiden aquellos patios portentosos y gozábamos la augusta tranquilidad de aquellas desiertas salas, poblándolas con el pensamiento de huríes bebiendo en las fuentes, de califas cruzando como blancas fantasmas misteriosas, de sultanas entrevistas detrás de las celosías, cuando escena imprevista despertónos de nuestros viajes por las nubes del ensueño, volviéndonos brutalmente á la vida real y antipática de las cosas terrenales.

Tenía lugar en la Alhambra espectáculo inusitado. Por el patio de la Alberca cruzaban hombres, llevando cestos repletos de platos y copas; el maravilloso estanque, acostumbrado á reflejar columnas de mármol y primosos arabescos, reflejaba camareros que entraban y salían, azarados; los carpinteros golpeaban á martillazo limpio, haciendo crugir los nervios de los sútiles machones, y en la torre de Comares preparábase una mesa á todo gasto, con las prisas de una improvisación que pasaba los límites de lo urgente.

Sí, aunque sea triste cosa confesar los anacronismos de nuestra pobre nación, en el salón del gran sultán Abul Hachac, obra paciente y meditada, improvisábase un banquete á un señor ministro; la sala de Embajadores, templo solemne de un pueblo majestuoso y reliquia sagrada de arte, y por lo tanto invulnerable, debía servir de teatro improvisado á no sé (ni me interesa saberlo) qué fracción conservadora, que obsequiaba á su amigo político; las inscripciones árabes derramando poesía embriagada de incienso: "Me asemejo al solio de una esposa".—"Los luceros bajaron á mí desde sus altas mansiones".—"Yo soy á manera de arco iris cuando aparece en el cielo", tendrían que escuchar, al destaparse el *champagne*, á unos señores de frac, hablando de las delicias del partido, y "de los sagrados intereses morales y materiales", y las alabanzas á Dios, piropos mezquinos á entidades terrenales, al éxito infalible de las próximas elecciones y á la sana política conservadora, que de este modo conserva las reliquias de este pobre monumento.

Sentimos rubor por la Alhambra, vimos los árabes á lo lejos de la historia, más artistas que nosotros, y nos fuimos olvidando estas miserias de espíritu.

Al salir á la plaza de los Algibes, se encuentra siempre un tipo curiosísimo. Es un gitano de antigua cepa, vestido con toda la indumentaria de gitano contrabandista, á usanza de ópera cómica y figura de cuadrado de costumbres españolas. Su edad, tendría que ser respetable, viste con los desechos de taller arreglados á sus hechuras y gustos, para encanto del extranjero que vá á la zaga de lo típico y característico: sombrero como un minarete, con una borlita negra por cimborio, refrescándose en lo alto y cimbreado al soplo de la más ligera brisa, camisa bordada al realce, chaquetilla corta con dibu-

jos complicados en los codos y un florero de cuero en plena columna vertebral, chaleco más corto todavía que la chaquetilla y todavía más bordado dado el menor espacio disponible para uso de bordaduras, la faja apretada por debajo, corto el pantalón hasta las polainas de cuero trabajadas á prueba de paciencia, botas usadas y abusadas, y para mayor carácter, una canana con sus cartuchos vacíos, á fin de no hacer daño á nadie ni hacerse daño á si propio.

Al pasar un forastero, se adelanta cortesmente, descargándose el cimborio, y presenta su tarjeta y su retrato, en cuyo dorso se lee:

MARIANO FERNÁNDEZ

Príncipe gitano

Modelo de Fortuny.

Generalmente, todo el mundo, no entendiendo aquel lenguaje ó no queriéndolo entender, pasa de largo, y nosotros habríamos seguido al mundo, pero aquel día, disgustados por el trastorno de la Alhambra y deseando trabar relaciones con gitanos y visitar el barrio de los dominios platónicos de nuestro extravagante Príncipe, le hicimos varias preguntas, que él contestó de un modo



EL PRÍNCIPE DE LOS GITANOS

locuaz y por demás contundente. Había sido realmente el modelo de Fortuny, y de la fama del maestro había él conquistado su famita, con la cual vivía modestamente, á pesar de su aire decorativo. Desde entonces no había pasado por Granada pintor cursi, sin que le hubiese retratado más ó menos; sirvió mucho á los ingleses para apuntar en el librito la típica indumentaria de sus ropas; los guías le mencionaban en sus *entretenidas* páginas, y tuvo su edad de oro, como todas las altezas de la tierra.

—Pero los tiempo se regüelven (nos dijo) y así me vea ahorcao y descosío, si miento. Yo no sé, pero agora lo pintore se güelven desaborío. De nante pintaban, pongo por caso, un gaché, con su cañita de mansaniya y hablando con un torero, que aqueyo daba gloria er velo, ó bien un barbero afeitando un vejete, mientras un barbián se timaba con una rumí, ayá en la reja.—Aquí vino un monsiú alemán que hiso un cuadro, en donde me puso muy natural, que se lo crompó una gran casa de pasa de Málaga y que le diero muy güeno cuarto por él. Pero agora viene aquí lo pintore, y en ve de pintarme á mí, con ese traje que tiene tre chaqueta distinta y variá, se pintan un día nublao, con cuatro siprese con uno fleco asule, que aqueyo se paese á un campo santo.—Por lo demá (añadió después de sus quejas) si utees guta de visitá er barrio de los gitano, ó sea er Sacro Monte, yo les acompañaré en toda parte, que así me ahorque, que no han de encontrá un mejor guía.

Aceptamos las ofertas de su Alteza, y nos pusimos en marcha.

Antes que todo, quiso enseñarnos las ruinas de su cueva, caída á pocos pasos de la Alhambra y convertida ¡ay! en un montón de basura. Allí tenía el palacio el príncipe; allí vivía feliz rodeado de su

corte, sus vasallos á pan y tijera... y un par de borriquillos, cuando un día aciago, un día de esos escritos en letras negras en la historia indeleble de los pueblos, empezó á desplomarse su palacio, á desprenderse la tierra que componía el vestíbulo, y con él vinieron á bajo sus vanidades de príncipe, vanidades defendidas hasta el último momento, porque si bien se acurrucaba él hacia la parte de adentro y prefería morir noblemente sepultado antes que abandonar sus legítimos dominios, llegó la democracia y algunos municipales y le arrancaron de allí, vivo aun, pero moralmente destronado.

Hoy puede ver lo que no pueden muchos príncipes: las ruínas de su cueva, convertidas en negro montón de escombros y cubiertas por el clásico amarillo jaramago. El vestíbulo aquel sirve de nido á los lagartos; los salones, que despreciaron el peso de la montaña, á su gran pesadumbre se rindieron, mientras que el héroe, tristemente compungido dentro de su noble traje de fiero contrabandista, dice contando sus penas:—“Cuando hasta se cayó mi cueva, too puede caerse; las cercunstansia de la vía, se suben y se bajan, y er ombre que no es resignao, mala puñalá le den y así se vea descuartisao.”

Descargado su pecho y exhaladas sus quejas, emprendimos la marcha hacia el Sacro Monte, bajando por la Cuesta de los Muertos, así llamada por ser el camino más recto para ir del barrio del Albaicín al cementerio. Seguíamos esa cuesta que se hunde en el barranco de la Alhambra, ombreada por sus torres, y fúnebre como su nombre, cuando, á poco de bajar, pasó por nuestro lado un entierro compuesto de un hombre llevando el féretro á cuestras, descubierto; un niño dentro con el color de la cera; dos hombres más, muy pobremente vestidos, como único acompañamiento, y todos á paso de carga, co-

rriendo cuasi, como si tuviesen prisa de llegar pronto al cementerio.

Pasamos nosotros también deprisa, apartándonos de aquella rápida visión, y cruzando el Darro en el fondo del barranco, entramos en el barrio de la gente de tijeras.



NIÑAS DEL SACRO MONTE

Es el tal barrio un arrabal de Granada, un alto monte mirándose con la Alhambra, teniendo los pies entre flores y las áridas espaldas sirviendo de apoyo á blancas é hinchadas nubes. La falda del monte, cubierta de chumberas, de un verde gris azulado, de un tinte de hoja enfermiza, de un color de persiana desteñida, armonizando, en parentesco de tono, con las pitas sirviendo de barrera y con las sombras violetas del terreno. Una iglesia en lo alto, caminos

como senderos de un belén cruzando detrás de las matas, las ruinas de una muralla bajando en zig zag por la cuesta, y entre las pitas y chumberas, ocultas entre espinas, acurrucadas como pequeñas madrigueras de animaluchos extraños, manchas blancas brillando bajo un sol de fuego, y un agujero en cada mancha sirviendo de entrada á una cueva, y formando juntas un barrio que tiene algo de improvisado campamento, de aduar de una tribu exótica, de ciudad de los tiempos primitivos y de lomo aplastado por un pueblo dormitando en su ladera.



Acercándose al barrio por un camino bordeado de grandes cruces de piedra, las casas van detallándose y apareciendo muchas más ocultas entre las espinas, van pasando manadas enteras de borriquillos, el suelo va perdiendo sus manchas de violeta impresionistas, sustituidas por otras manchas más realistas; las gallinas y marranos se pasean por el

arroyo y por aquellas madrigueras, asoma el pueblo gitano abigarrado y colorido.

Allí, chiquillos desgreñados, revuelto el pelo de color indefinible, rubio de ocre, castaño gris, negro usado y desteñido, cayéndoles por los ojos como cascada de estopa, llevando retazos de ropa sucia



por medio traje y dejando las piernas al descubierto, como brazos de esqueleto, de un moreno ceniciento manchado por el polvo del camino; allí, mujeres harapientas con harapos de los colores más subidos, con telas pintarrajadas de cadmium y bermellón en gritería de tonos brutales y escandalosos, bruñido el cabello, el rostro mate y una flor en la cabeza, como nota delicada en un muro ruinoso; allí, hombres

de tez sienosa y morada, calzando gorra de pelo, chaquetilla torera, pantalones ajustados y sendos lustrosos pan y toros yendo á juntarse con las negrísimas pestañas; allí viejas de edades inverosímiles, antiquísimos pergaminos olvidados en desvanes, apariciones de brujas, de fantasmas y de duendes, horrores de fealdad, momias gitanas disecadas en su cueva, y allí todos, esperando que pase algún



forastero, para echárseles encima en frenética gritería como manada de avechuchos, para seguir corriendo detrás del coche convirtiendo la carretera en fantástico pandemonium, para nadar entre el polvo, é iluminados entre el sol, trocarse en átomos de colores, en criaturas vibraciones, en pinceladas delirantes lanzadas sobre una nube.

Saliendo de ella y siempre acompañados de su Alteza, entramos en una cueva, para ver más de cerca aquellas raras viviendas y enterarnos de las costumbres de sus típicos habitantes. Vivía en ella un matrimonio. Un gitano de la clase que llamaremos buclosa, por ser joven que llevaba los negros bucles con malicia, es decir: para estrago del otro sexo, y su señora consorte, de un color prudentemente moreno. Supusimos que eran parientes del Príncipe, (pues todos ellos son parientes) y les tratamos como á primos de su Alteza, y ellos se dignaron enseñarnos su refugio, sino del todo comfortable, tampoco de exagerada limpieza.

Hemos dicho refugio, porque tal es es la vivienda de esta gente, que si quisiéramos hacer frases, diríamos que los gitanos parecen un pueblo condenado por la historia. Oriundos de la India, según cuentan sabiazos que entienden de estas cosas, anduvieron errantes por la Persia, el Turquestan y otros terrenos, hasta el siglo XIII que se colaron en Europa. Ya en ella y dados á conocer, París cerróles sus puertas y dióles por asilo la Chapelle; desterróles Francisco I; sin forma de proceso les condenaron á cadenas en el siglo XVII; los estados de Orleans les proscribieron en 1560; en España les desterraron en 1492; luego en el Concilio de Tarragona, luego en Inglaterra en tiempo de Enrique VIII y luego en otras y en otras partes que me sería muy fácil de describir curioseando documentos, hasta que la Santa Inconciencia los condujo al Sacro Monte y allí viven de refugio.

De qué y cómo, ya es cosa más complicada. Los laboriosos (que son pocos) se dedican á la noble profesión de forjar clavos y herraduras, y los demás, no trabajan. Esperan á los extranjeros, se entretienen, cantan flamenco, viven de miseria y libertad,

comercian con ropa vieja por pasatiempo, y como principal tarea, cambian borriquillos viejos por otros todavía más reviejos, barnizándolos y haciéndoles pasar, sino por jóvenes, por burros de media edad, como luego comprobamos.

Tal fué que, por no llevar todo el día la caja y los caballetes, acudiémos poseer un ejemplar de los susodichos borriquillos. La ocasión no podía ser más propicia. Estábamos relacionados con personas *intelligentes*, había feria aquella tarde, y ofrecíanse á servirnos de guía y de compañía; en vista de todo lo cual, el Príncipe, sus parientes y nosotros, con aire firme y resuelto, nos dirigimos á la memorable feria.

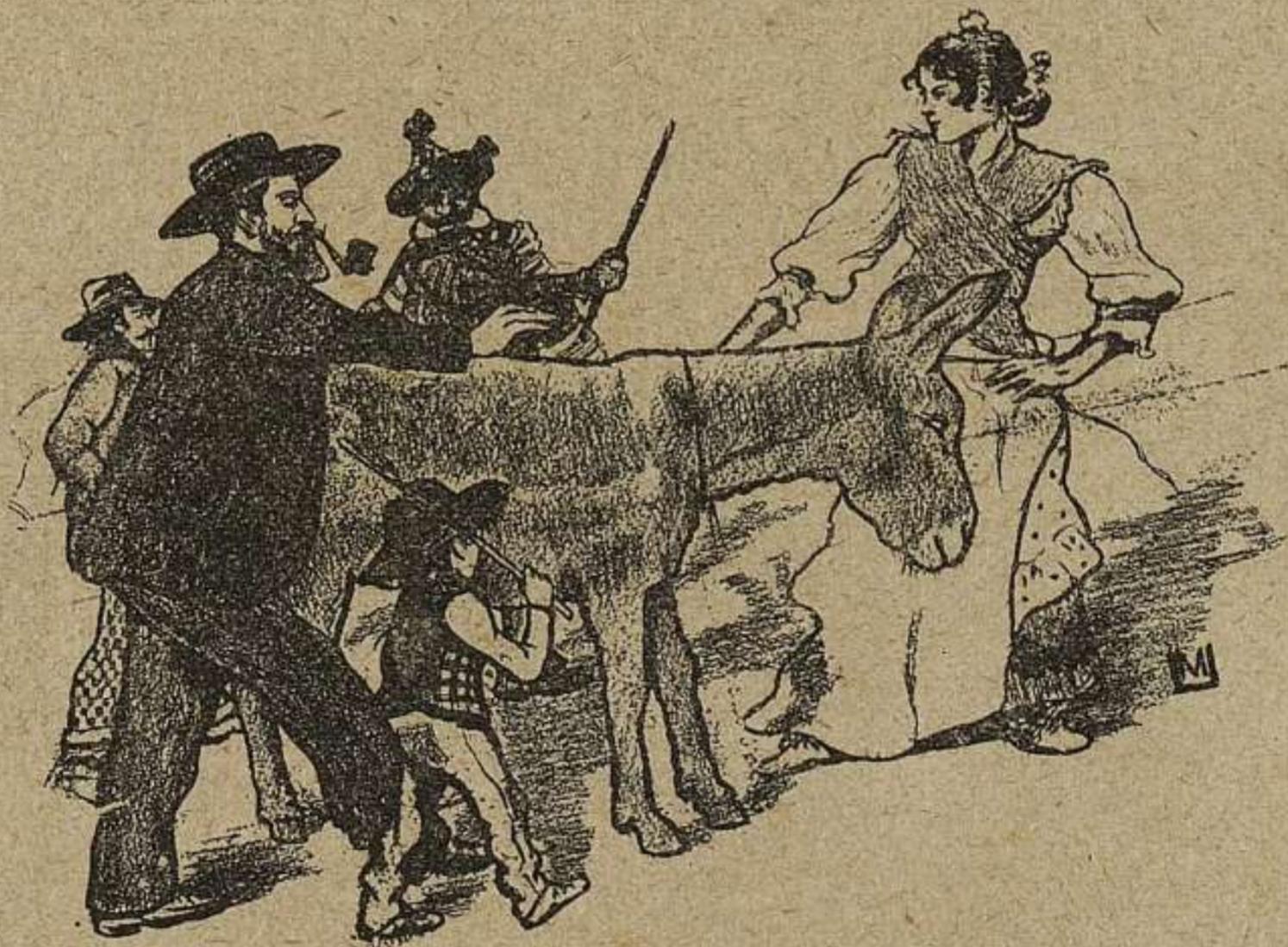
Tenía ésta lugar en el Triunfo. Una gran plaza, con honores de plaza de armas desarmada, sombreada por algún árbol y llena de grupos pintorescos de gitanos, de chalanes y corredores de cambios, y sobre todo, de borricos. Habíanlos de todas formas y cataduras. Unos rizados de cuerpo entero, con los ojos muy tristes y mirando vagamente con cierta resignación; otros despeinados, despintados y apolillados, con el cuerpo lleno de *macauras* y heridas más ó menos graves, las orejas caídas para siempre y la cola aletargada; algunos de antigüedad respetable, canosos y aburridos, muriéndose lentamente; los más con el cutis inservible y los huesos saliéndose de sus casillas, y todos serios, muy serios y cabizbajos; todos atados por las dos piernas traseras y saltando como canguros, todos pintados, cosidos y remendados por el ingenio del gitano, esperando con poca fe cambiar de dueño, para cambiar de suerte.

En cuanto corrió la noticia (y fué muy pronto) de que queríamos comprar uno de aquellos fulanos, nos vimos rodeados de improviso por todo el personal de la feria.

Aquello fué el diluvio universal. ¡Qué lluvia de gritos! ¡Qué de palabrería incomprensible! ¡Qué de proposiciones y gangas nos ofrecieron!

—¿Cuánto este borriquillo gris-perla? preguntamos.

—Doce duro, pero ofrezca usted sei.... y es de ustedes.



No ofrecí nada por temor de quedarnos con la víctima, pero, en vista de que la cosa iba tomando proporciones alarmantes y de que estábamos comprometidos delante del Príncipe y el pueblo, ofrecimos dos duros por una borrica parda, llamada Cepriana por mal nombre, con lo cual nos ganamos una tempestad de insultos, á más del animal, cedido en un arranque de líricas imprecaciones.

Apenas Cepriana fué nuestra, como si tuviera un resorte en sus vacíos adentros ó fuera vendida al oro gitano ó perdiera las fórmulas del equilibrio, el caso fué que se acostó en el santo suelo buena-

mente y que, ya en él, no había medio humano ni humanitario de convencer á Cepriana que cambiara de actitud. ¡Por Dios, levántate, Cepriana, le decíamos (rodeados de todo el coro de gitanos). Considera que llevamos mucha prisa! Que no hemos venido á Granada para estar aguantando tus caprichos.—No había medio.—“Arre ya, no sea pinturera. Levántate ó mal enterrá te vea“ (le dijeron los primitos).—Tampoco nada.—Ni el Príncipe en persona tenía autoridad bastante sobre aquella terquísima criatura.

Levantóse por fin, por su propia voluntad, y seguidos de gran acompañamiento, emprendimos una marcha que tuvo mucho de fúnebre.

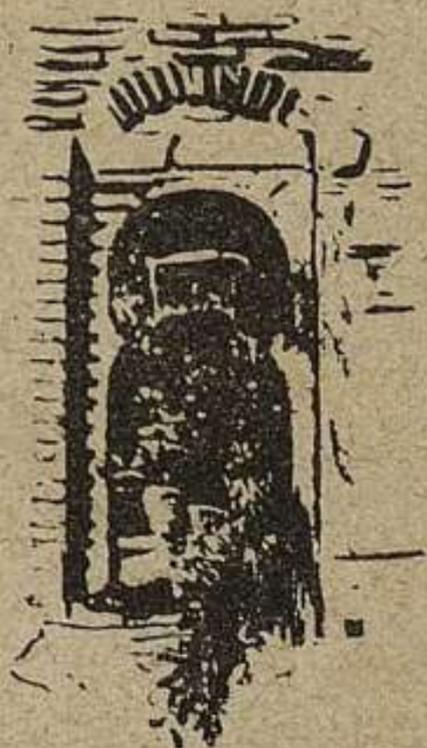
A fuerza de propinas, nos despejamos poco á poco del personal acompañante (corredores todos que intervinieron en la compra) y nos encontramos solos, Cepriana, el Príncipe, los primos y nosotros, subiendo á pie por la cuesta de la Alhambra.

Allí notamos que Cepriana veía poco y cojeaba. A la pobre, por lo visto, no le gustaban las cuestas; andaba á tientas y con muy mala voluntad; deteníase á cada paso y temía tal vez morirse por el camino.

Así lo temimos nosotros, y en vez de llevarnos las cajas, como era el trato y la intención, la ayudamos á Cepriana hasta meterla en su cuarto.



Los cármenes de Granada



Nadie habrá lanzado el pensamiento á viajar por las orillas del Genil, el poético y afortunado río que se mueve entre alfombra de verdura, sin que, por una asociación de ideas nacidas de descripciones ó de vagos presentimientos, haya visto los cármenes de Granada, bañados por unas aguas que, en vez de correr por desiertos indiferentes como tantos desdichados ríos, han sido conducidos, por la inconsciente fortuna de las cosas, á servir de sustento y alegría á floridos vergeles, que pagan por la savia que reciben flores y aromas en generosa explosión deslumbradora.

¿Qué son los cármenes de Granada? Lo más sencillo sería decir que son jardines, huertas y cercados de recreo; pero esta definición sobre ser cómoda sería incompletísima, ya que un jardín, con su estilo, su pensamiento escrito con flores (que son letras de

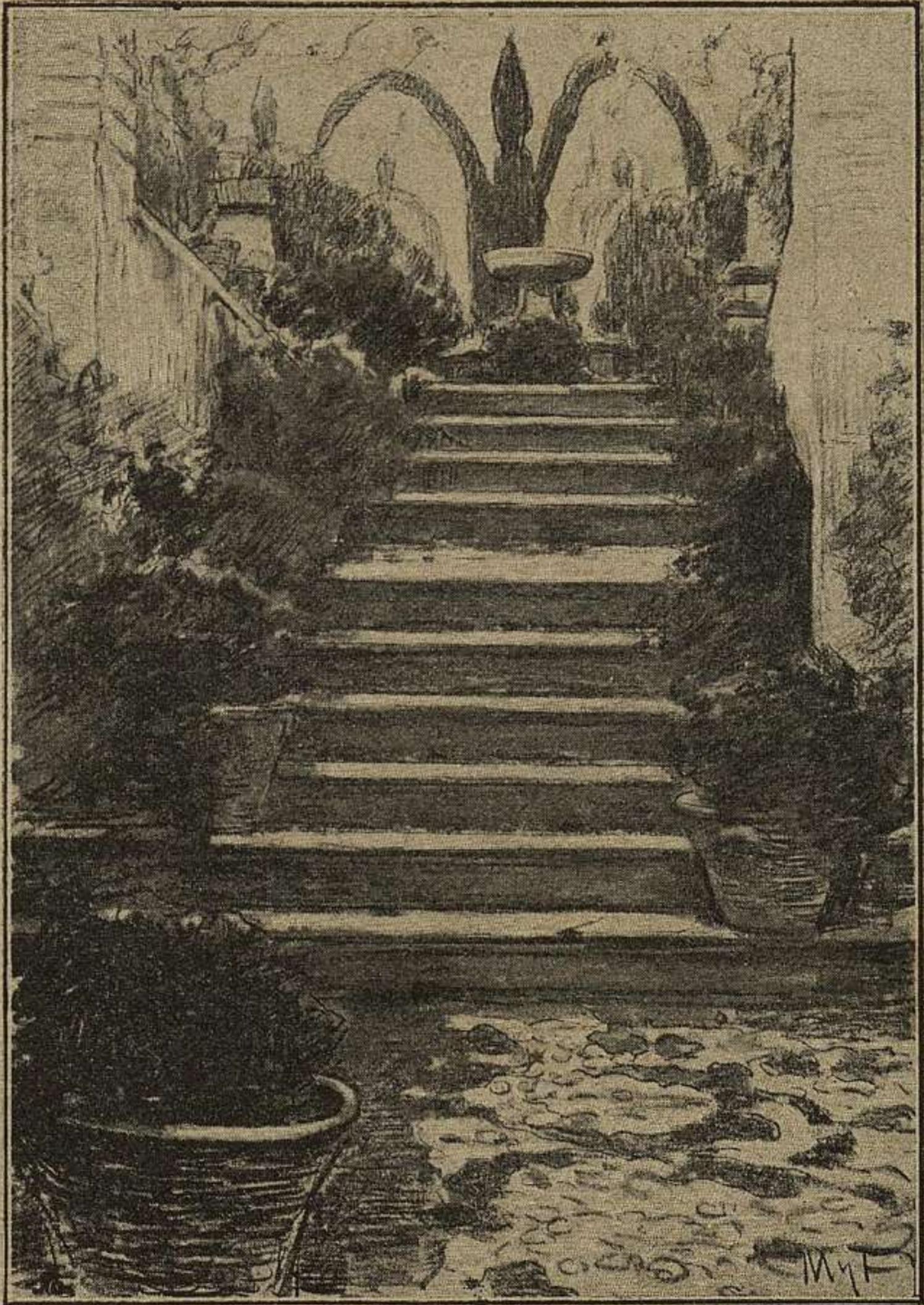
molde del alma), su aire y su fisonomía, hablan de un sentimiento expresado exquisitamente. Los jardines, como todo lo que inventa el hombre sirviéndose de los recursos que le presta la madre Naturaleza, llevan el sello del invento, revelan el carácter y las costumbres del pueblo que los ha creado, nos inician en los íntimos secretos de sus gustos; explican una tendencia ó una escuela; son el arte de hacer arquitectura con los árboles y las plantas, y de expresar un instinto, una visión ó un destello de la imaginación humana.



Los jardines griegos, por ejemplo, debían ser severos y perfectos como su arquitectura clásica; sus paseos debían tener la simetría y guardar las proporciones de las columnas de un templo, y sus árboles predilectos debían ser los laureles y los olivos destacando detrás de los plátanos y los olmos en fría y correcta igualdad de líneas inspiradas en sus clásicas costumbres; los claus-

tros de la edad media, cerrando entre sus ojivas jardines tétricos y modestos, con su algo de huerto y de cementerio, formados de cipreses y verduras, recordaban las realidades de la vida y el misticismo de la muerte; los jardines de Versailles, creación de Le Notre, con sus anchas avenidas, sus aguas pulverizándose en movable simetría arquitectónica, sus arenados paseos bordeados de altos macisos, sus amplias escaleras de balaustres rematados con hermosos jarrones y estátuas, y sus albercas entre-ocultando delfines, centauros y caballos de Neptuno, tenían el

amplio estilo de una corte solemne y aparatosa; los parques ingleses, con su correcta desigualdad premeditada, denotan el espíritu positivo de un pueblo



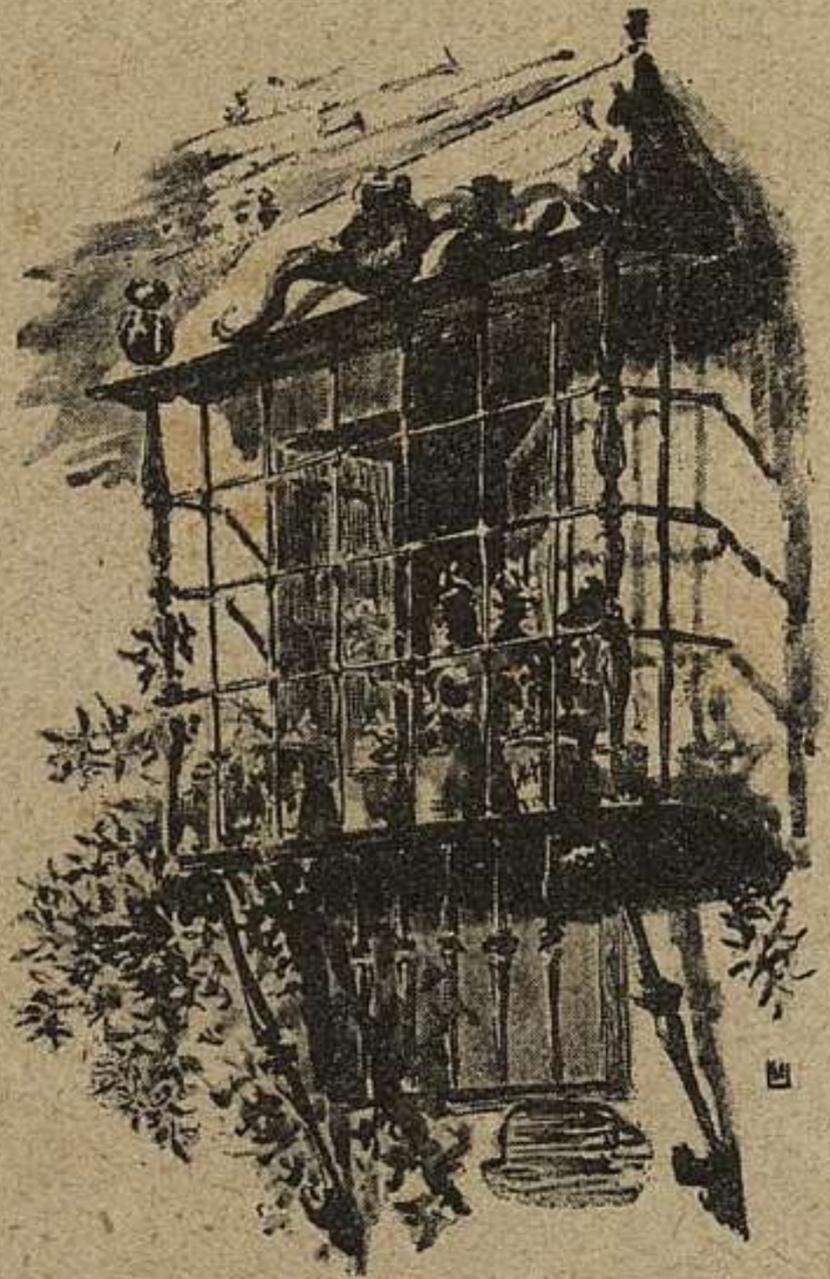
que calcula los accidentes e improvisadas bellezas del paisaje, para aplicarlos con reglas de desigualdad

perfecta; así como los parques de ciudades advenedizas, nacidos en solares y criados sobre ruinas de glacies, amamantadas sus plantas con biberón y viviendo á tanto el palmo, regada su savia con fermento y teñidas sus corolas con productos de la química, denotan un arte administrativo, la urbanización vulgar de un pueblo no encomendada á los artistas del paisaje, sino á tristes empleados que tratan los pobres árboles como árboles reclutas, sin el tacto exquisito y el amor que requiere el cuidado de esos hijos de las pródigas entrañas de la tierra.

Considero tan importante el aspecto de los jardines, para juzgar el carácter de una época, que basta imaginarse un estilo para ver el fondo de verdura que le cuadra. Yo me imagino los jardines primitivos italianos, como llanura tapizada de lirios y de azucenas, árboles plegados y candorosos por fondo y flores de colores apagados bordando una yerba mate extendida, en laderas de suavísimo relieve; me imagino un jardín romántico, como un Eden desordenado, un jardín misterioso envuelto entre lianas, cubierto de yedra abrazando las carcomidas estatuas pintadas por el musgo, llorando agua las fuentes, y el mármol patinado por la luna; me imagino los jardines realistas, convertidos en un huerto productivo, así como los jardines modernistas los imagino formados de árboles de abolengo y plantas espirituales y de sentido simbólico: grandes laureles, mirtos, cipreses y laureles rosas, en severos muros, y cerrando la vista á toda vulgar perspectiva, lilas y lirios alineados y plantas acuáticas dormidas sobre estanques quietos y misteriosos, grupos de flores, formando con sus colores el arco iris, ó agrupadas en tonos complementarios, y todo envuelto en un místico aroma de refinado buen gusto, todo mate y nadando en vaga neblina, como orquesta afinadísima

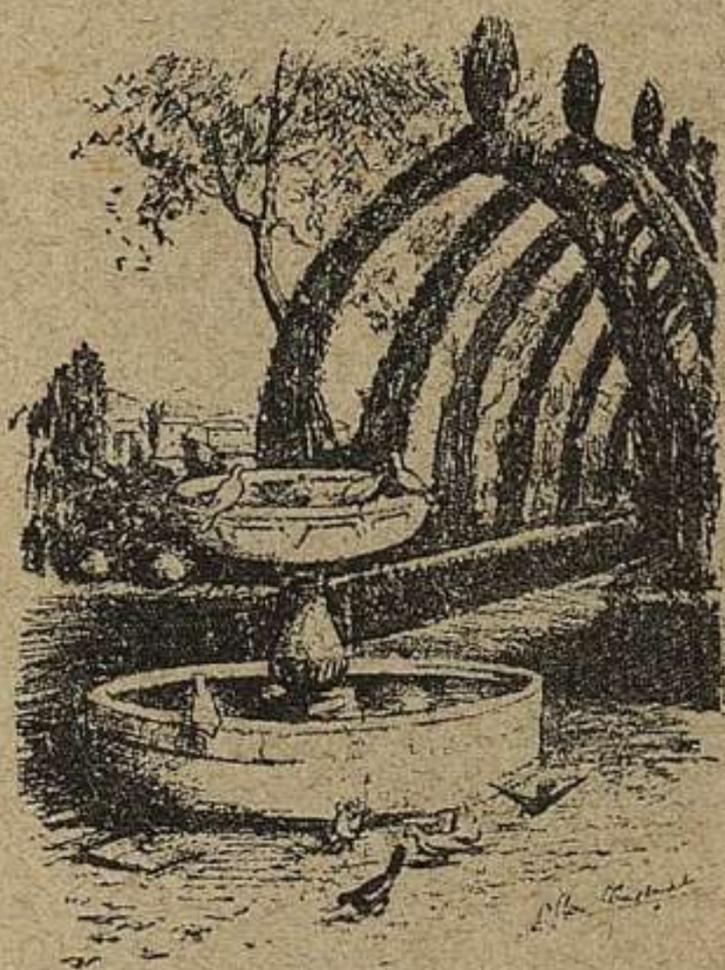
de tintas, donde el alma gozara un absoluto reposo.

Los Cármenes de Granada no son románticos ni primitivos ni modernos. Tienen su carácter heredado de los árabes, su tradición propia y su propio estilo. Pequeños y como quien dice ocultándose á sí mismos en su espesura, sin aspecto exterior, cruzados de caminitos de boj formando imprevistos recodos, inspiran recogimiento y tienen el encanto oriental del jardín trazado



en la vaga concepción del sueño, de parque escrito en leyenda, de inscripción morisca cuyas letras son los árboles y las flores. En medio de esos jardines, como mirab á donde van los senderos, recortadas glorietas levantándose en deliciosa simetría imitando las líneas de la arquitectura árabe, con sus naves de estalactitas pendiendo de la verde bóveda, sus troncos tupidos irguiéndose como columnas y alminares y sus arcos superpuestos como arcos de mezquita. Debajo del frondoso y apiñado follaje de esos toldos, en el cruce de los caminos, un filo de agua brota del suelo, cayendo sobre la taza de mármol y pintándola con toda la gama verde; á lo largo de los senderos, más arcos de cipreses abrazándose, formando guirnaldas en perspectiva, cruzándose como delicada nave; á cada lado, retoños verdes en correcta fila sobre el boj; en todas partes asomando grupos de

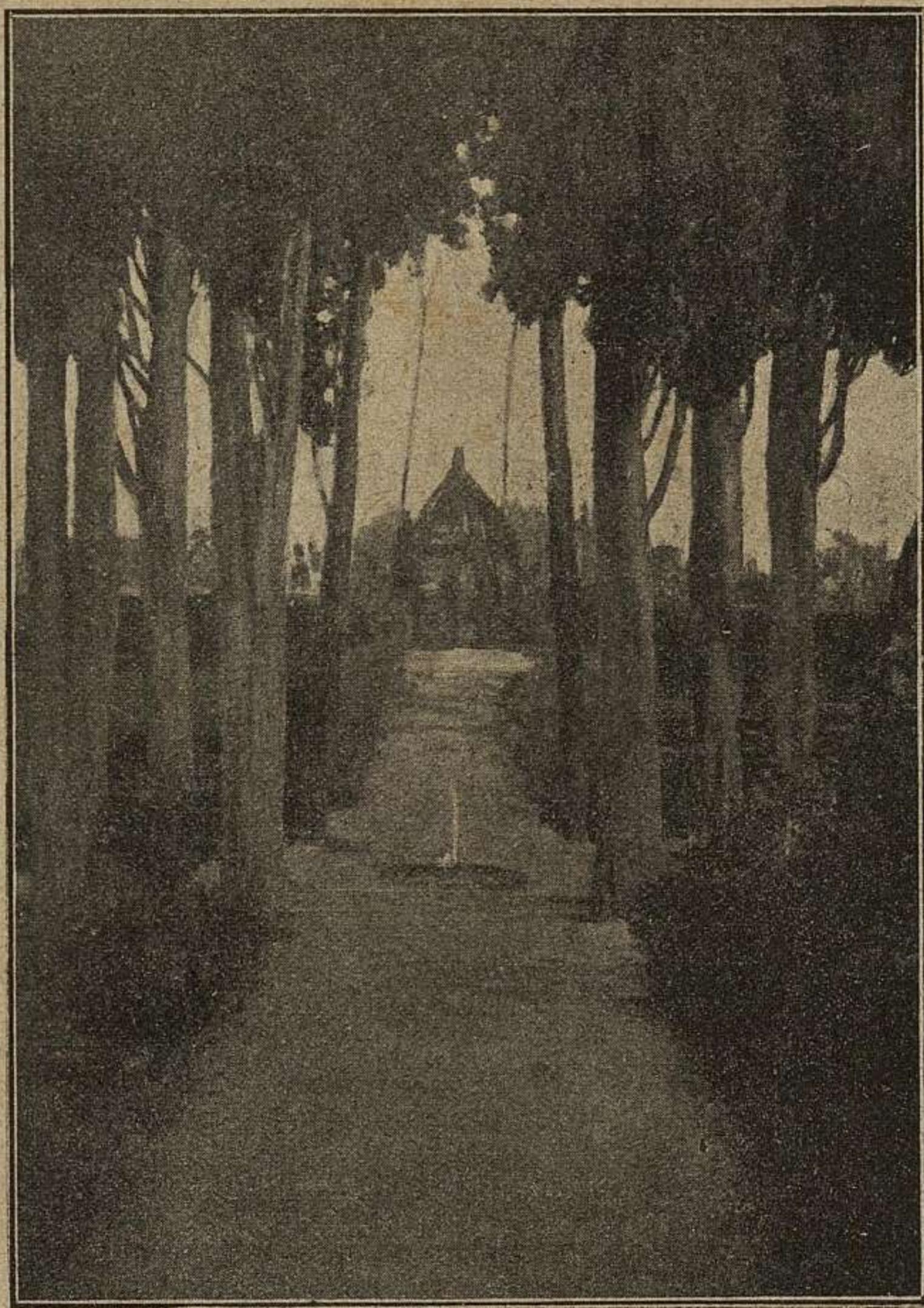
flores, y todo ello formando un conjunto imprevisto y artísticamente descuidado un conjunto de poético abandono, de nobleza caída, de jardín floridamente melancólico, en el cual crecen las plantas, felices del amor de un pueblo que las cuida con cariño, no atormentando sus antojos y sus caprichos de arbusto.



Y es que el *carmen*, para los hijos de Granada constituye como un culto, y las flores, una necesidad de su alma. He visto mujer harapienta pidiendo una limosna, con una flor en la cabeza, fresca aún de la frescura del rocío; he admirado en un piso, alegre pero modesto, toda una habitación ocupada para servir de invernadero y cobijar las plantas de los balcones; y he visto

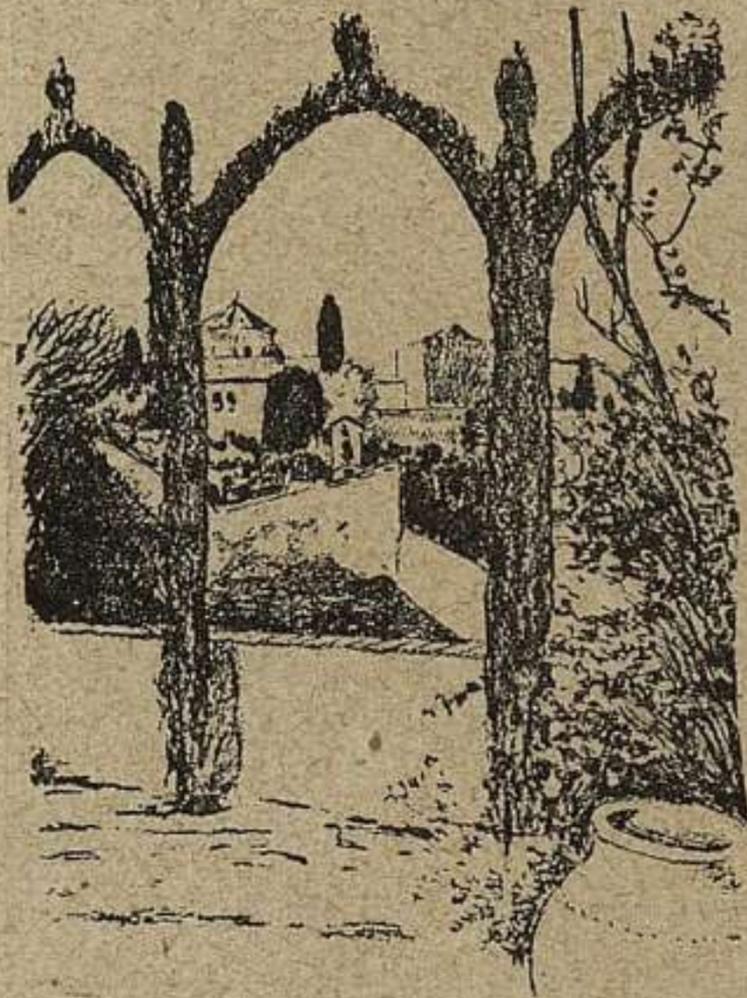
una enredadera entrando por una puerta y guarecerse en las propias habitaciones, recibida con los batientes abiertos como caída del cielo. Los pobres tienen su *carmen* en el balcón ó en la ventana. Aquellos ojos abiertos en lo alto de las blanquísimas casas, bañados por el terso azul del cielo, rebosando colores y perfumes, pendiendo en cascada por los muros y asomando por unos hierros que son prisión amorosa, aquello son modestos *cármenes* cantando una nota de alegría á los ojos de aquellas sencillas gentes. Hay ventana pequeña para dar paso á la luz indispensable, y allí está su maceta con su planta, llenándola por completo y trocando en olores para el alma el aire robado á la vida; hay balcones que, con todo y ser grandísimos, tampoco dejan pasar la claridad, que tiene que escurrirse entre las

hojas, recogiendo reflejos en su camino dichoso; y hay galerías colgadas debajo de los aleros, cimbreán



dose cuasi al peso de tanta flor amontonada en aquel barco anclado, allí, cerca de las nubes. En el barrio de Albaicin, no se ve una sola casa que no tenga su

carmen adosado á las paredes. Por pequeño que sea el huerto, por oculto que esté y enclavado y rodeado de edificios, siempre se destina un espacio, ya sea sobre la tapia, en un rincón de la alberca ó en la baranda del pozo, para poner sus macetas, su emparado y sus mirtos, que, aparte la prosa del sitio, son un retazo de poesía. Existe un huertecito reducido como una alcoba, con un ciprés tan grande plantado en él, que tan sólo su inmenso tronco ocupa todo el terreno de aquel parque en miniatura; los hay que, no gozando de espacio para tener sombra propia, sirven sus árboles para dar sombra á los cármenes vecinos; y otros que, con un puñado de tierra, sustentan gabillas de flores y dan vida á enredaderas que suben á alegrar la casa entera. En las orillas del Darro los cármenes ensanchan sus dimensiones; en el monte de la Alhambra, son ya verdaderos parques, perdiendo en poesía lo que ganan en extensión,



y en todas partes, en todas las mesetas y á lo ancho de la llanura, sus grandes masas de follaje, sus árboles asomando por encima de los cercados ó perdiéndose á lo lejos de la vega, dan ese aspecto de especial hermosura á esta Granada y la convierten en una de las ciudades más risueñas y pintorescas de la tierra, ya que ellos son, con su paisaje entrándose

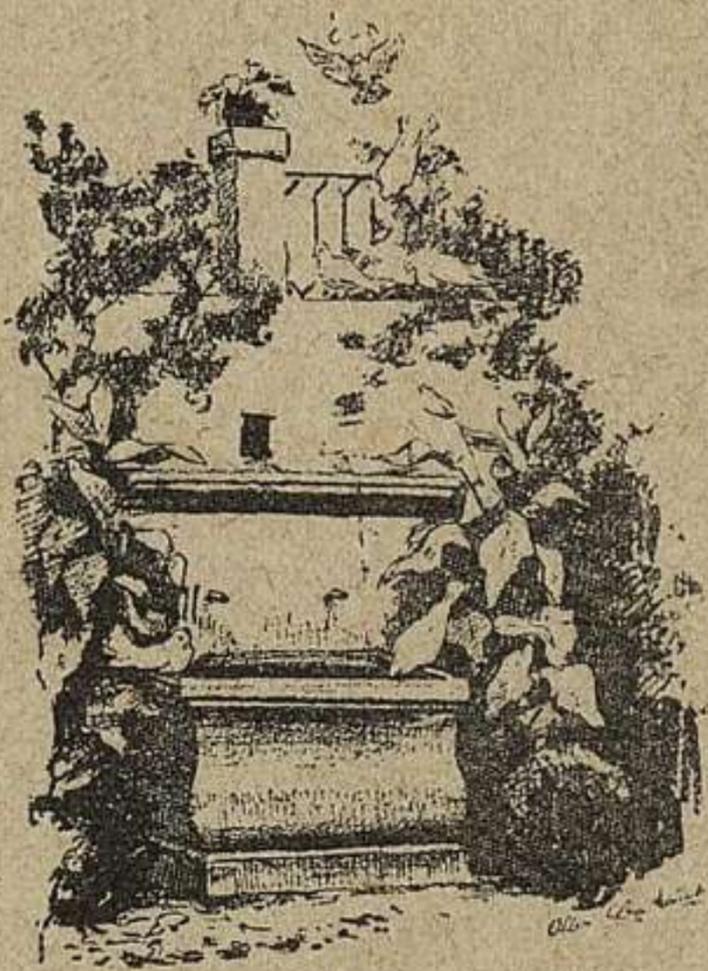
se por las casas, los que dán vida y carácter y traen en su perfume esa nota de alegre melancolía que disfruta este pueblo venturoso.

Goce, pues, de sus cármenes, y gócelos pronto, ya que empieza á notarse en los nuevos retoños de sus árboles y plantas, síntomas de destrucción, de olvido ó de cansancio. Ya el buen gusto, el gusto del instinto, se ha refugiado como siempre en el pueblo, guardador de las grandes tradiciones y autor de las grandes esperanzas; ya los jardines nuevos son jardines con plantas numeradas y bautizadas civilmente; plantas que necesitan llevar colgado su nombre para ser debidamente conocidas. La aristocracia del arte muere aquí, como en todas partes, bajo el dominio de la vulgar clase media, y hasta en este hermoso oasis de Andalucía llega esa tristeza fin de siglo, esa plaga que va uniformando la tierra, que invade los dominios más selectos con la fuerza de su insultante mayoría.

Pero antes que muera del todo el recuerdo de las buenas tradiciones, para esperar esas nuevas que mejoren los presentes, hay que ver estos cármenes de ahora. Hay que verlos en primavera, pues según dicen los que tienen la fortuna de gozarlas, sus colores se ven á larga distancia, su perfume se percibe en las mismas calles. Granada entera florece se abre á nueva vida á los ojos, se viste de juventud y no es la naciente flor con la esperanza del fruto la que nace en los jardines, es la flor brotando espontáneamente. Hay que verlos en verano, hinchando la ciudad, ensanchándola por todos lados con el verde que se escapa de sus poros, ocultándola al amparo de su sombra, y hay que verlos en otoño y contemplar su deshoje, como hemos ido contemplando estos dos meses.

Los olmos son los primeros en perder su entera y rubia tersura, su verde tierno palidece y sus hojas se tambalean en las ramas tiritando indecisas antes de lanzarse á volar á la ventura; siguen los plátanos trocándose sus colores de manzana en rojos de sol

poniente y en cadmiums de verde tostado; luego tiemblan las demás hojas, los castaños, los nogales y los olmos sienten correr el otoño por sus venas y entrando el frío en sus ramas, empieza el gran desfile del paisaje, la emigración de cada año, la llegada del invierno sembrando la muerte á su paso.



Entonces Granada entera parece una ciudad fantástica bañada por el incendio de una puesta de sol deslumbradora; el ambiente se llena de una nube de puntitos de colores que vuelan indecisos, siguiendo los caprichos del aire que se los lleva; los bosques de la Alhambra imitan y se visten de las mismas tintas de oro del Alcázar, pintan del mismo tono los árboles

de los paseos y el suelo va alfombrándose con esos exquisitos *bibelots* aun flexibles de vida, con esos pedazos de delicada materia, con esas hojas de finísima patina que son restos melancólicos de otro verano que ha muerto.

Aun del suelo las arranca el huracán y las levanta y las lanza en torbellino y las persigue á lo largo de los caminos y aún del aire y van á caer al riachuelo, que jugando se las lleva hasta el Genil.

Allí es su entierro. La tierra se queda como apagada por el hálito del invierno y secos los bosques de Granada, allá, en medio de sus cármenes, se destacan los cipreses, los laureles y los mirtos, esos árboles perennes que soñamos al soñar en los jardines modernistas,

VI

Alonso Cano

Una de las sensaciones artísticas más intensas que he sentido, de esas impresiones que pagan con creces el ansia de belleza que uno persigue por esos mundos de Dios, de esas visiones que quedan y repercuten de vez en cuando en la memoria, llevando el recuerdo de algo realmente bello, que se guarda y saborea... la sentí al contemplar el San Francisco, de Cano.

Recorría la catedral de Toledo, impresionado por su imponente grandeza. Andaba al azar, admirando sin plan premeditado lo que pasaba buenamente delante de mis ojos, cuando un sacristán hizonos entrar en una vasta capilla enlutada y severa y envuelta en la penumbra.

No sabía lo que íbamos á ver en aquel antro. Seguía distraído á los demás, oyendo la explicación que nos hacía aquel buen hombre, curioseando los tesoros y reliquias que se entreven medio ocultos en todas las obscuridades de aquel inmenso arcón de piedra, cuando encendió una cerilla, buscó una llave, abrió un armario, y aproximó la luz para que viéramos dentro.

Posible sería describir lo que allí vimos, pero imposible del modo fantástico como lo vimos. Allá, en el fondo del mueble, una figura mirándonos fijamente, un ser casi vivo muriéndose, una cara de una palidez de cera, lívida y desencajada, entreabriendo unos labios de agonía; un ser sin cuerpo, de una rigidez de cadáver que se incorpora de la tumba, iluminado vagamente por aquella luz vacilante, que dibujaba la tétrica silueta, en el fondo del armario.

Sentí cuasi escalofríos. A la impresión de la obra maestra que teníamos delante, juntábase el vago terror que me inspiraba aquel raro consorcio de místico realismo. El márfil de su cara, su obscuro hábito, la materia apropiada de que iba vestida la escultura, era solo el ropaje plástico, de un sentimiento infinito. Por ese soplo inexplicable é indeciso, que lleva el sello del genio, la obra llegaba á esa suprema belleza, que evapora la misma obra, dejando sólo el arte puro que encierra. Aquella figura sufría, se moría, sentía el estorbo de un cuerpo sirviendo solamente de mortaja á un espíritu queriendo huir de la tierra; su boca tenía ya las ansias de la otra vida, y sus ojos clavados y abiertos de un modo vago, miraban hacia un más allá deseado ardientemente, de un más allá deseado con toda la aspiración de un alma que se lanza á lo infinito, con toda la angustia del que atraviesa una llanura de espinas esperando encontrar al final de la jornada el limbo de gloria soñado, el imán que atrae su fuego, la calma definitiva.

Mirábamos la mística figura desde el fondo, y no era su misticismo el del flamenco Van der Leyden, enamorado de los primores de la línea, buscando el dolor en los más sútiles pliegues de la expresión del sentimiento, gozando en interpretar el sufrimiento, siguiendo el curso de una lágrima en las pálidas me-

jillas, con el sentido deleite del que copia una gota de rocío; no era el misticismo de Morales, pintando las huellas que en el cuerpo humano anuncia la llegada de la muerte; no era el arte decorativo del misticismo de Memmi volando su corazón hacia el reino de los ángeles; ni la plácida serenidad, el suave y dulcísimo arrobamiento, la comunión con las nubes, el reposo azul, sentido por Fra Angélico...; era el dolor del deseo, el ansia fervorosa de dirigirse hacia una gloria vista á través de la muerte, el desprecio de la vida, avanzando el alma en los ojos para lanzarla del mundo, y el deleite de la fe, rezando cerca del oído promesas embriagadoras.

Delante de aquella figura extraordinaria, no recordábamos artista que nos diera una idea tan latente de la vida del espíritu, que angustiara tanto al crear, que hallara con más fortuna los pliegues del sufrimiento, que dibujara el dolor, las angustias y arrobamientos del encendido ascetismo, la ansiedad de ideal y la sublime aspiración de algo soñado. No era "el seráfico jardinero", descrito por nuestro gran Verdaguer, el espíritu que canta, el labio que sonríe y llama las tórtolas á su convento, no era el que suspiraba en los bosques de la Umbría ni el que hablaba á los ríos y á las flores y abrazaba los árboles de la llanura ni el que miraba la alondra subiendo á saludar la aurora; era el santo que tiene un volcán en el pecho, el que cambia su vestido de blanca seda por un hábito destrozado, el que atormenta su cuerpo revolcándose sobre espinas, el que riega con lágrimas de sangre la imagen de Jesús Crucificado, el que halla la dulzura en el sufrimiento, vida en la muerte, y el que en éxtasis navega hacia la gloria." Tan sólo el Greco había logrado fijar en sus pálidas cabezas, esa fuerza del sentimiento subrayado, el matiz de la expresión, la sensibilidad exquisita de

los nervios, sirviendo de cuerdas vibrantes á los ayes del espíritu.

Y aquella imagen, mirándonos, destacándose en la penumbra, parecíanos la imagen de una época tenebrosa. Vimos allí, y la vemos recordándola, la España negra de otros tiempos, la calles tortuosas de Toledo, el ceño fruncido de los Felipes, el santo oficio congregando en salones glaciales, enlutados y tétricos como una tumba; los peninentes ocultos detrás de la negra vesta; Santa Teresa sublimando el sufrimiento, los poetas místicos pulsando las cuerdas de su negrísima lira, toda una época allí vimos empañada por un álito terrible, envuelta en las sombras de un realismo misterioso, una época entrevista allá el fondo, como la obra maestra, á la vacilante luz de un cirio pálido.

Cerraron aquel armario, y tanta era la vida que parecióme ver en aquella obra, que no creí que encerraran la figura; creí que emparedaban un ser vivo, que condenaban al tormento á quien gozaba atormentado, que enterraban en la sombra una visión, y salí de la capilla con el peso que deja en el corazón la pesadilla de un sueño bruscamente interrumpido.

Desde entonces la figura de Alonso Cano aparecióse á mi mente con vivísimo interés; fué uno de aquellos hombres cuyas huellas se buscan, medio borradas por la frialdad del tiempo; los anales de cuya vida se siguen para llegar á comprender sus sentimientos, y se acude á ver sus obras, atraídos por un imán misterioso, atracción renovada aquí en Granada por ser la ciudad natal del artista extraordinario.

Aquí seguí paso á paso la memoria de su vida, investigando el camino de sus raras emociones; aquí traté de respirar el ambiente que le hiciera conce-

bir sus sueños téticos é inspiróle sus páginas dolorosas, y en la Granada de otros tiempos creí entrever la influencia ejercida en aquel temperamento. Para los árabes expulsados y muchos de ellos convertidos á la fuerza, la religión era una lucha, un sentimiento secreto oculto en el fondo del espíritu,



LA INMACULADA CONCEPCIÓN, POR ALONSO CANO

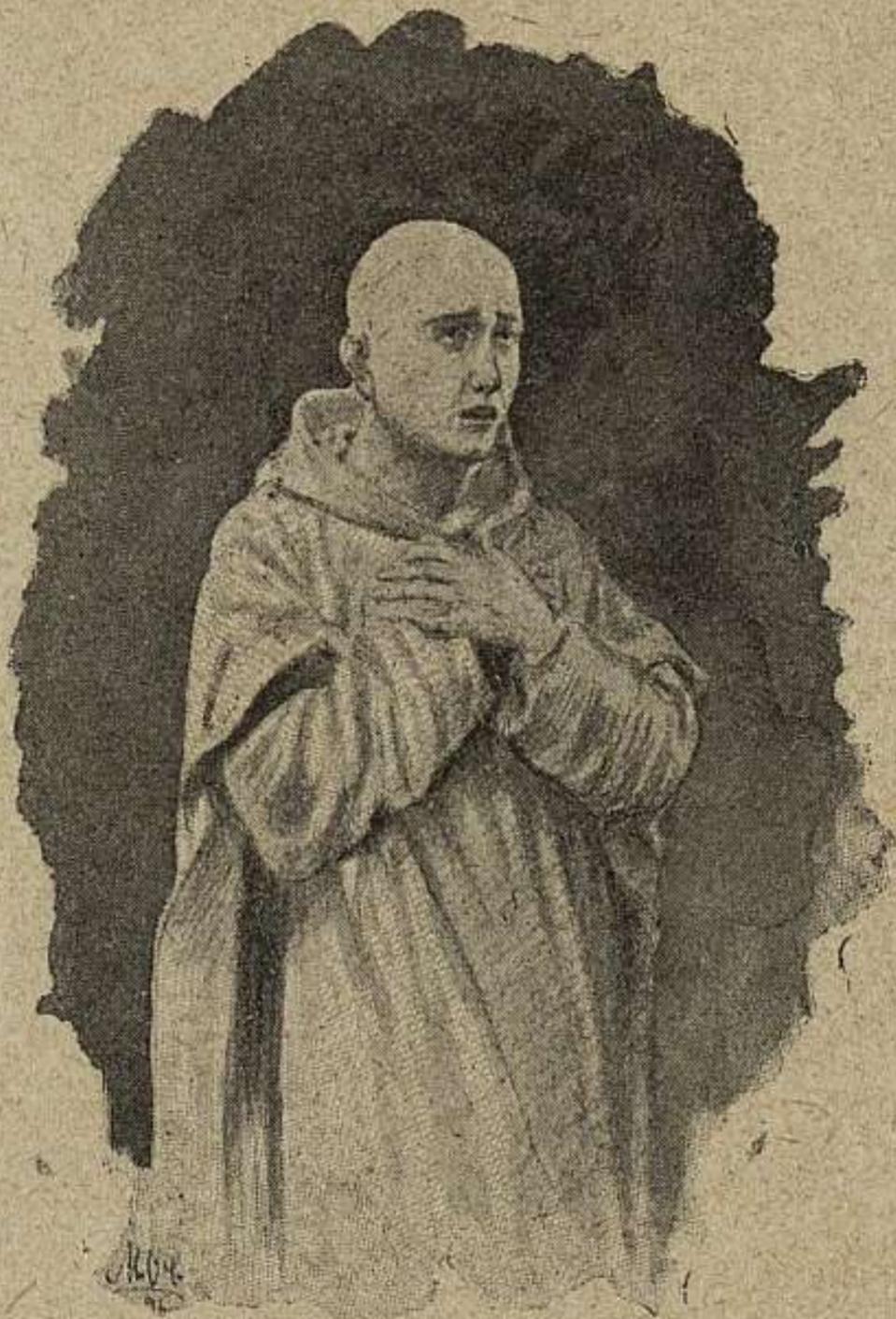
una bandera amenazando á los vencidos. No era el convencimiento cristiano el que se inculcaba á los árabes; era el temor del poder, el dominio de una raza sobre otra, el mandato imperioso de un pueblo conquistador. Una orden expulsaba á los moriscos rebeldes, otra los esclavizaba; hoy borrábase una costumbre y matábase una tradición al otro día; la sumisión operábase, no con el ramo de olivo, sino

con la espada levantada brillando entre el incienso allá en el fondo de las oscuras catedrales, y el arte de aquellos días llevaba impreso en su misticismo el fervor negro, la fe de la amenaza, el ardor angustioso de un arte propagador, que quiere infiltrar sus creencias por los espasmos del miedo, subyugando con los rayos del talento.

Ya el padre de Alonso Cano construía retablos para los templos, y el artista, en su infancia, debió sentir la influencia del ambiente que bebía en sus naciendo visiones. El canto gregoriano entrando en sus oídos vestido de majestad; las negras siluetas de los congregantes pasando en fila, como fantasmas, bajo la bóveda de las severas catedrales, ó hundiéndose en el antro de las criptas; las imágenes vagamente iluminadas agonizando en la penumbra; los sarcófagos medio hundidos en los muros; los frailes macilentos siguiendo los entierros; el grito del órgano y el rumor del rezo, que sintió en los primeros albores de su vida, fueron sin duda de aquellas sensaciones que se graban en la mente y se deslizan más tarde en la obra del artista, de aquellos recuerdos inconscientes que, vibrando en las fibras del cerebro, repercuten en las horas del sueño de creación, y que formaron su arte; su arte sin una sola sonrisa de la gracia primorosa de los árabes; su arte de hombre del Norte, su arte de sangre gótica encendida por la lucha de su época.

Mandóle su padre á Sevilla y allí entró en el taller de Montañés para estudiar la escultura, y en el taller de Castillo y de Pacheco para aprender la pintura. Este maestro, que decía á sus discípulos que “la sola misión del arte es llevar los hombres á la piedad y conducirlos hacia Dios”, que negaba la imaginación si se apartaba del dogma, que escrutaba los más delicados casos de artística concien-

cia, que discutía el color de los vestidos de los santos, teologaba la pintura, y fué encargado por la misma Inquisición de mantener la ortodoxia; este severo maestro debió influir en los destinos de Cano, debió ennegrecer su alma, ya predispuesta al goce de pintar el sufrimiento, debió encauzar sus dolores y dirigirlos al terreno de la plástica.



SAN BRUNO, POR ALFONSO CANO

Sin embargo, no fué pintando como Alonso Cano encontró los acentos verdaderos de su arte. El color, con sus suavidades y armonías, no prestábase al carácter que quiso dar á su obra. Necesitaba la materia para vestirla con una realidad que se acercara á la vida; necesitaba la palidez del marfil para crear los cadavéricos rostros, la madera para obte-

ner la rigidez del ropaje, la carnación bruñida para imitar la patina de la muerte en sus figuras; necesitaba el cincel para seguir fibra á fibra los recónditos secretos del dolor, el curso de las arterias y los perfiles del espíritu que debía imprimir en sus creaciones; y la plástica de la escultura, más palpable de sí y de más rudeza, fué más dócil á su estilo. Este fué propio y personal. Del maestro Montañés bebió el realismo minucioso, del renacimiento italiano la tradición distinguida, pero trajo á su escultura, desigual é incorrectísima á veces, ese sello de enferma virilidad, esa fiebre de un ardiente fanatismo, esa embriaguez obscura que fueron características de su poderoso genio.

Armado ya de las fuerzas adquiridas en su arte, se le ve desaparecer en las nubes de su historia, como una sombra, como una figura triste, como una errante silueta, como un ser vagando con sus pasiones, sus ásperas violencias y ascetismos, señalando las huellas de sus pasos por las diversas ciudades que cruza con las obras que va dejando henchidas de sus angustias. Un día se le encuentra desafiando al pintor Llano Valdés é hiriéndole gravemente; otro día se le sabe protegido por Velázquez, viviendo en Madrid, dando lecciones al príncipe Baltasar y tratándole severamente; sospéchasele perseguido por la Justicia, acusado de haber dado muerte á su mujer; encuéntrasele en la Cartuja de Portaceli, donde intenta vestirse el hábito monacal; se le ve vagando enfermo, infortunado é iracundo, sin respeto por los grandes y generoso con los pobres, orgulloso de su arte y altivo con los soberbios, detestando á muerte á los judíos y odiando á los ignorantes del arte, hasta que, triste y cansado, se le ve volver á Granada, donde otorgan mísera "ración de música" "á este sujeto"; toma las órdenes menores en aquella Cate-

dral, llena de dulces recuerdos de su infancia, y allí, viviendo á media luz, mecido por los rumores del templo, meditando entre los átomos de indecisa claridad descendiendo de los altos ventanales, sueña en sus santos y en sus ascetas, nutre su alma con silencio y vaguedad, y en ella encierra sus obras enmarcándolas con capillas fastuosas y glaciales.

En ellas hemos visto, envueltos en ambiente misterioso, los cuadros de Alonso Cano, ennegrecidos y velados por la sombra que deja el tiempo en la tela, modelados con el oro de los años, destacándose en su patina, entre manchas sienosas; una cabeza de vírgen meditativa ó un penitente delirando ó un grupo trazado severamente; en ellas, la Concepción, primorosa figurita, mirando como no he visto mirar á otra figura, mirando tristemente ensimismada, vagamente distraída, escuchándose volar el pensamiento hacia el reino de los cielos y plegando las manos con dejo de desaliento; en ellas, los bajo relieves y bustos y figuras atribuídas al artista: la vírgen del Rosario, cariñosamente modelada; la vírgen de los Dolores, arrodillada y melancólica, vista por un alma decadente, sublimando con sencillez afinada; la imagen de San Bruno, aspirando el aire del cielo, turbados sus ojos con éxtasis, poseído de amor divino, y apoyadas las manos en el pecho, en actitud de guardar el fuego santo, y otras y otras figuras, llevando todas un rayo de inspiración, un soplo de luz divina transmitida por el alma del artista.

Pero donde renovóse la impresión profunda que me causó la imagen de San Francisco, fué al contemplar la cabeza de San Juan, guardada en San Juan de Dios. Esta obra de arte es sencillamente sublime; es de una belleza imponente, y es una obra maestra en el sentido absoluto. Colocada sobre sencilla bandeja, ella sola concreta las tres fases del ar-

tista. Denota el sabor del Renacimiento, el cabello cuidado, cayendo en grandes y artísticos bucles sobre el plato; explica la influencia del realismo español de aquellos días, el estudio anatómico del cuello, las venas y las arterias cortadas, los nervios interrumpidos, los músculos rotos y la sangre coagulada y estudiada con amor naturalista, y admírase el personal sentimiento en aquel rostro de hermosura indescriptible. Los ojos, hundidos y plegados con dulzura, son los ojos de un muerto que murió llorando, las cejas convulsas no descansan todavía, la boca, abierta aún, acaba de lanzar el último grito de angustia de la vida que se aleja; los labios parece que palpitan temblorosos, y el dolor de la muerte no ha olvidado ni una arruga de sufrimiento en aquel rostro divino.



SAN JUAN B., POR ALONSO CANO

Aquel busto es una imagen postrera, y.... ¿quien sabe, si fué la obra postrera del artista? Por que Cano murió en Granada; murió rechazando el crucifijo con que se le exhortaba, por ser una mala escultura..... y murió en la mayor miseria.

Allí, bajo las losas del coro, en aquella catedral de sus ensueños, le enterraron, y allí descansa rodeado de sus obras.

VII

La toma de Granada

El invierno entrábase por las puertas de Andalucía, no respetando meridianos ni fronteras *climáticas*; Sierra Nevada, cubierta de nieve *fresca*, enfriaba el viento que cruzaba por sus cumbres, y el tal viento, al llegar á nuestra Granada, mataba las pocas hojas que por arraigo natural se sostenían todavía en las ramas de los árboles, y..... en fin, que estábamos en invierno, y, sin más figuras retóricas, habíamos decidido marcharnos con los colores á otra parte.

Pero antes queríamos ver las fiestas de Navidad, y sobre todo la fiesta de la rendición de Granada, conmemorada aquí todos los años, desde el día en que Fernando é Isabel tuvieron la gran fortuna de poder ver por sus ojos la hermosa Alhambra, intacta aún de las torpes profanaciones de sus gloriosos descendientes; queríamos oír la campana de la Vela, celebrada en los cantares de esta tierra, y ver "La toma de Granada", comedia, drama, auto sacramental ó lo que sea, representado cada año en este día, como acto tradicional, conmemorando aquel hecho glorioso.

Ya en Noche Buena, el bullicio que reinaba en estas calles pintorescas predecía que algo serio se preparaba. A pesar de la lluvia, cayendo inoportunamente, las guitarras no cesaban de sonar; en cada casa oíase el ruido de panderetas; las zambombas resonaban por las calles, las chicharras gruñían por todas partes, y la triste Granada, la melancólica ciudad cristianizada, se embriagaba de alegría, cantaba en ayes flamencos y lanzaba notas del agudo más subido.

En las iglesias la misa del gallo se rezaba á coro con un bullicio inevitable, á pesar de todas las leyes, bandos y prohibiciones; la guardia civil, armada, paseábase en parejas por el templo; registrábase á los devotos para ver si llevaban panderetas y zambombas; pero, á pesar de todas las precauciones, á pesar de una ley datando del siglo XIII, prohibiendo que *se facen villanías y desaposturas que non deuen otrosí estas cosas fazerse en las Iglesias, antes deben de echarse dellas desonrradamente, á todos los que las ficieren, ya que la iglesia es casa de oracion é non deve ser fecha cueva de ladrones*; á pesar de la moderna policía, la música podía más que el Gobierno, y del fondo de las capillas brotaban ruidos bulliciosos, mal contenidos, de un pueblo que quería expansionarse.

Salió el sol, el día de la *toma*, y Granada tuvo por toldo el manto azul que corresponde á su fama. Tremolóse la histórica bandera por la mañana, la campana de la Vela no cesó de cantar durante todo el día, los caminos de la Alhambra fueron presa de un mundo alegre de viandantes y por la noche acudióse á escuchar devotamente el Triunfo del Ave María ó sea "La toma de Granada".

Esta obra, atribuída al propio Felipe IV, mezcla de cosas hermosamente bien dichas, al lado de otras fronterizas del ridículo, llena de arranques caballe-

rescos é hiperbólicas declamaciones, es un drama de moros y cristianos, en el cual, por ser escrito de los nuestros, siempre le toca perder al pobre moro vencido. Sin duda debióse representar al aire libre, según fué moda en los días que fué escrito, y debió ser hermosamente presentado. Los fondos del renacimiento, los caballeros con armaduras auténticas, los artistas montados en briosos caballos andaluces; el cielo por decorado y la nobleza por público, debían darle un carácter de "misterio" y el gran renombre que goza, y que va perdiendo, gracias al modo pobrísimo como hoy se representa.

Este año, Riquelme fué el encargado de calzarse el traje de moro que le entregó la sastre-
ría, y metido en él del mejor modo que pudo, el simpático actor debió lanzar los versos de su papel, contestados por los cristianos de su cristiana compañía, según canta el argumento que sigue:

Alzase el telón solemnemente y aparece en el fondo de la escena una vista convencional de la vega de Granada. Tocaban cajas y clarines y se oyen grandes voces ¡Arma! ¡Arma! ¡Guerra! ¡Guerra! ¡A ellos que huyen! Salen moros peleando con el conde de Cabra en persona y cae una lluvia de insultos...

El pobre conde pelea briosamente, pero la cosa acabaría en su perjuicio físico, si no apareciese Celi-
ma, hermosísima mora de Granada, que detiene la morisma.



UN MORO

Celima. Teneos moros,
Dad á las iras templanza,
Que no es acción del valor
Vencer con tanta ventaja.



CELIMA

Con lo cual se apartan los moros de mala gana, y se salva la vida del Conde, que se enamora sin pérdida de momento.

Celima le da la libertad, lograda por influjo de su belleza; pero el conde responde muy á tiempo que

..... más que la libertad
ser tu cautivo estimara.

y el pobre..... se queda muy compungido.

En este estado le encuentran dos nobles más. Pulgar y Martín, vestidos en pie de guerra, y él les explica el lance que le ha pasado, su súbito enamoramiento y su conversación prudente con la mora, cuando, viniendo á interrumpir este coloquio, aparece la Reina Isabel en el fondo y les reprende con razón, por estar de tal modo entretenidos en circunstancias tan críticas para la patria.

A esto se presenta Garcilaso, otro guerrero, apuesto y bizarro como un San Jorge ojival, herido levemente en una mano, y con él empiezan los primeros alardes oratorios que se usaban en Castilla en aquellos tiempos dichosos y de los cuales quedan rastros todavía.

Reina. Parece que estáis herido?
Porque esta mano derrama
Mucha sangre,

Garcilaso. Le costará
Cada gota de ella, al moro,
Más moros que hay en Granada
Reina. Atáos un lienzo, que es mucha
La sangre, y os hará falta.
Garcilaso. Esto, señora, no es nada.

Efectivamente, la herida es de pronóstico leve; todos se van; baja un telón de casa rica y aparece el Moro Tarfe (Riquelme) matando á otro moro á su paso, por cuyo hecho punible Celima le trata de indigno y mal caballero. Tarfe no la escucha, y sin rodeos se nos declara enamorado de Celima; ella no hace caso de sus palabras de moro, porque su corazón *rendido* le habla de aquel corazón cristiano que ha entrevisto en la primera pelea, y cuyo nombre quiere saber, pese á quien pese.

Para ello piensa dirigirse al campamento de los Reyes y valerse de Calabaza, tipo de gracioso, obligado en todo drama de moros y cristianos. Calabaza, creyendo que en vez del conde de Cabra se trata de Garcilaso, arma un lío horroso, describe á Garcilaso con colores entusiastas que acaban de enfermar á la enamorada mora, la cual, inflamada por el deseo de conocer á su dueño noble, se disfra-



CALABAZA

za, y encamínanse los dos al campamento cristiano.

En él pasan cosas inusitadas. Tarfe ¡voto á tal! ha tenido el atrevimiento de plantar un cartel de desafío en la tienda de la propia reina Isabel; los nobles jamás han visto tal desvergüenza, todos juran



SOLDADO CRISTIANO

vengar la afrenta con la mano en el puño de la espada, y Pulgar dice que llegará

.....á donde jamás
El pensamiento pudiera,
Poniendo el nombre más alto,
Por que á la morisma sea
Espanto, terror y miedo,
Asombro, pasmo y afrenta,

mientras se oyen clarines y la reina pregunta intrigadísima.

Reina.—Pero ¿qué seña
Hace ese clarín ahora?

Soldado.—En aqueste instante llega
El Rey, gran Señora, al campo.



EL REY

Reina.—¿Qué decís? felice nueva,
¿Y viene su Alteza bueno?

Sí, llega bueno y llega con barba, burlándose de las medallas y los bustos de su época, é incomodando á Riquelme como director de escena; llega bueno á pesar de la indumentaria, y como la salud es la prenda más amable, los moros le felicitan y entran todos á descansar en la tienda de campaña.

En tanto Celima, desde el árbol número dos de la izquierda, acecha á un guerrero embozado que habla con una dama, y como Calabaza le ha dicho que el conde de Cabra es Garcilaso y vice versa, ella cree

que el galán que está pelando la pava era el suyo, arma un enredo para ella, para nosotros y para el espectador; y encendida por los celos, entra en la tienda de campaña de los reyes, pega fuego á sus ténues gasas, sale la gente, el conde de Cabra salva la vida á la incendiaria é incendiada de amor, dándola un salva conducto y finiquito, y cae el telón, quedando la tierna mora más tiernamente enamorada que al empezar la comedia, y el conde de Cabra, seriamente perplejo y comprometido.

El acto segundo empieza con el relato de algunas escaramuzas llevadas á cabo por los nuestros, con grandes pérdidas del enemigo.

Así dice el conde de Cabra:

Si no nos cierran las puertas,
En Granada nos entramos.

Por cuya verdad como un templo, la reina le felicita cordialmente.

Pero esto no basta al conde valerosísimo; Celima está presa, Celima le ama, aunque equivocadamente, Celima le espera tal vez para convertirse en sus brazos de guerrero, Celima está dominada por Tarfe, aquel morazo terrible y mal humorado, aquel matón pendenciero, ceñudo y lo que es más: imprudente, temerario, y es preciso salvar á la probable odalisca.

Para lograrlo, disfrazado el de Cabra de árabe auténtico, se cuela por la puerta del Alcázar, y en él encuentra á Tarfe y á Celima disputando en buenos versos llevando una vida imposible y tratándole, ella á él, de cobarde, nada menos; afrenta que se infería siempre en versos en el siglo xv y aun en todo el Renacimiento.

Después de repetidas súplicas y aclaradas muchas dudas, el conde convence á Celima.

Conde. Vamos Celima.

Celima. Vamos.

¡Ay amor á lo que arrastras!

Conde. Mucho debo á tu fineza.

Celima. Mucho arriesga quien bien ama.

Y mientras baja el telón, pausadamente, se escapan los dos amantes por el foro, montados en un caballo que ha de ser blanco y brioso y ha de llevar las crines desparramadas.

Dado el mal genio de Tarfe, ya es de suponer su incomodo al enterarse de la captura voluntaria de Celima. En aquel intermedio del segundo al tercer acto, todo han de ser amenazas y bofetones en el serrallo, que no vemos, y romper muebles con incrustaciones y taraceas finísimas; todo, mal-



MORO

baratar cofres y vasos indo-persas y platos de reflejos metálicos y pisotear y morder todo lo que encuentra en los rincones de su alcázar. Está el hombre que no puede ya con su furia. Sale con lanza y toda clase de armamento, se adelanta el caballo por el sendero que forma la platea entre las rojas butacas, y puesta en la adarga un pergamino y escrita en él el Ave-María, y dirigiéndose insolente á los cristianos puestos en fila en la escena, allí, allí mismo, les desafía uno á uno, dos á uno ó todos juntos por medio de los versos más salientes de la tercera jornada:

Tarfe. Cristianos cuya loca fantasía
más que el valor, os dá la confianza
de rendir á Granada.....

mi dura lanza siempre vencedora.
en oprobio del nombre de María,
á todos en el campo os desafía.
Salga el conde de Cabra, si á su frente
laureles busca. Salga ese de Ureña
ó don Alonso de Aguilar valiente,
si el honor le inflama y el valor le apena;
salga don Juan Chacón; salga el valiente
don Manuel Ponce, que al león desgrena
ó el mismo rey Fernando, que mi espada,
hasta en los reyes corta fulminada.
Uno á uno os espera mi osadía,
ó á todos juntos si teméis la muerte:
alienta vuestra infame cobardía,
para que oséis morir con pecho fuerte.
Ved arrastrar por mí la Ave-María;
estorbad el tratarla de esta suerte.

¡Bien! gritan sus mismos enemigos del gallinero.
¡Matadle! exclaman algunos.

Bárbaro, presto verás
de tu soberbia el castigo,
dice el conde.

¡Perro!
dice Pulgar.

Teneos,
dice el rey Fernando,
que yo para el desagravio
trenzaré el arnés bruñido.

Garcilaso. Señor, Vuestra Majestad,
contra oprobio tan indigno,
me de licencia que salga,
rayo por vos vengativo.

Rey. Garcilaso, sois muy mozo,
y aunque muy hombre en los bríos,
os faltan las experiencias
contra un moro tal altivo.

A pesar de faltarle las experiencias á Garcilaso, él es "el rayo fulminado", el "vulcano" que dá cuenta del moro altivo; le corrige sus defectos cortándole la cabeza, que presenta clavada en lo alto de una pica al público entusiasmado. Celima se convierte, los reyes toman á Granada, Garcilaso se casa con doña Ana, el alcalde moro se pasa á los nuestros con toda su alcaldía y equipajes, triunfa la virtud en toda la línea, y termina ese drama felizmente.

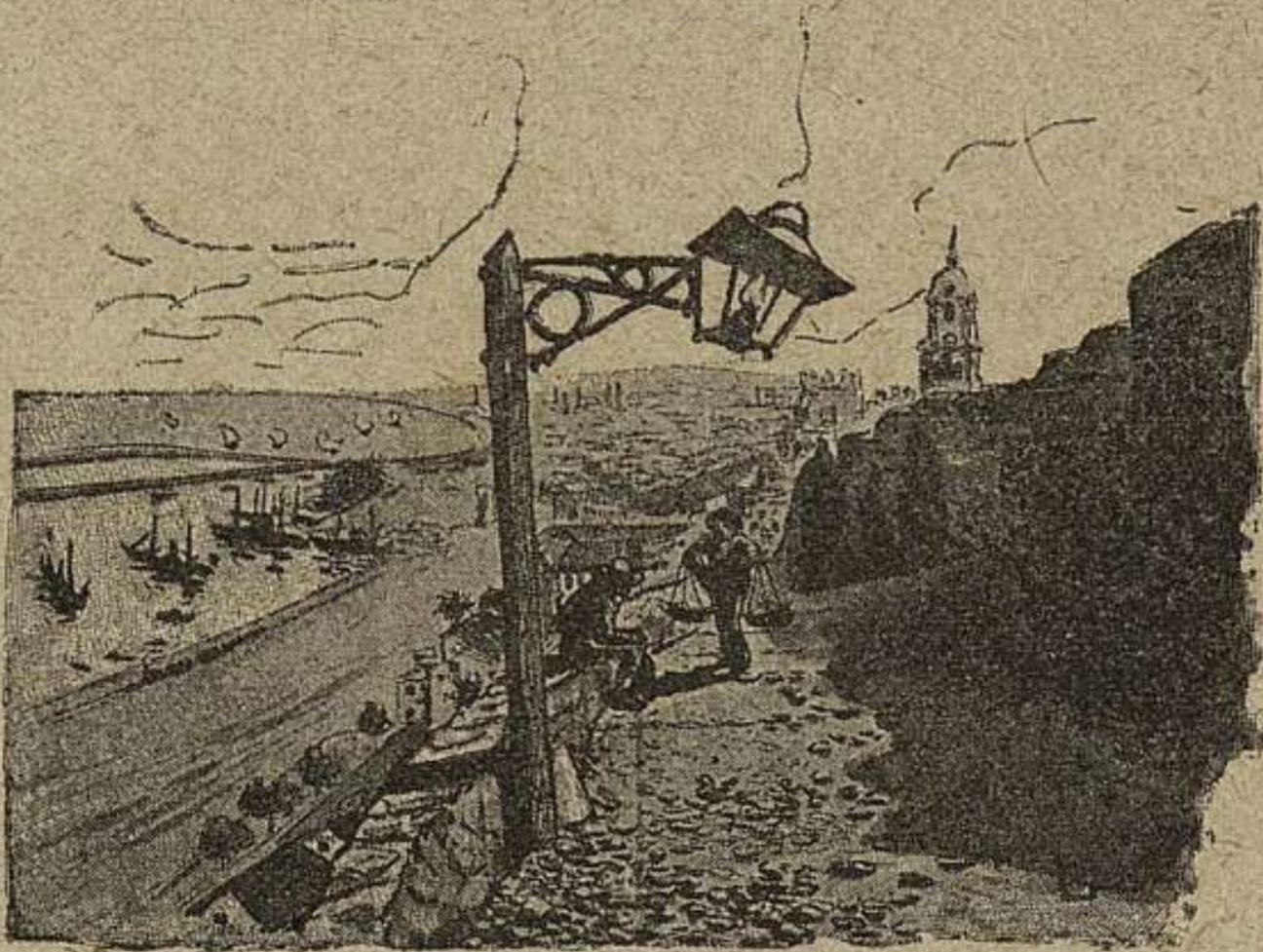
Sólo la indumentaria y la estética han sufrido en esa "toma". Es una toma de cosas buenas y malas, mezcladas para uso externo. Los versos tienen el carácter altisonante que aun conservan en nuestros días. Algunos son hermosos, y los más, sólo ofenden al pobre moro, acostumbrado ya á toda clase de atropellos desde el día de la toma hasta estos momentos históricos.



VIII

Málaga

Antes que amaneciera, salimos de Granada. Llevados por el tren, ese armatoste que precipita los hechos en el saco del recuerdo antes de tiempo, y convierte en algo lejano lo visto momentos antes, la ciudad árabe, en un instante de tren, quedó borrada en la niebla y perdida en último término.



El viajar trae consigo, tras el goce recibido, la nostalgia de dejar plantadas raíces de agradecimiento

hacia aquello que fué causa de impresiones. Tras la rápida visión de la llegada, los ojos han escogido puntos de vista gratísimos; el espíritu ha recogido emociones; el corazón ha trabado simpatías, y el choque de la campana que anuncia la marcha del tren deja en el ánimo un vacío, la sensación de haberse olvidado algo moral en el pueblo que se aleja detrás de las ventanillas.

Al marcharnos de Granada, sentimos como nunca esta vaga sensación en nuestro espíritu. Su hermosura recién gozada se extendía ya en el diorama del recuerdo: su callada tristeza era un despido mate, disfumiéndose como una puesta de sol; su silueta desfilaba confusa en la memoria, que borra los perfiles y conserva sólo las sombras; los cármenes, la Alhambra, el Generalife, sus ríos de plata y sus ocasos de oro, eran sueños interrumpidos, visiones perdiéndose allá en el último término.

Dejábamos Granada, y un doloroso presentimiento nos decía que esa artística ciudad, que huía detrás de nosotros, iría desapareciendo poco á poco del mapa pintoresco de los pueblos; que iría dejando su suntuoso traje antiguo, para vestirse prendas nuevas; que sus cármenes, de verde y descuidada y espléndida cabellera, se trocarían en jardincitos á la inglesa ó en solares ruinosos; que sus calles misteriosas morirían deslumbradas por la luz de anchas é insípidas reformas; que los patios se hundirían sobre sus ténues dibujos y que, cada día, cada instante, que tardáramos en volver á ver sus muros, sería un desengaño artístico para los ojos de artista, y un triunfo demoledor para los tontos egoistas que ponen el arte en sus patas.

Esto pensando, andábamos en un tren abigarrado y, al parecer, aventurero, compuesto de vagones de todas formas habidas y procedencias extrañas, pin-

tado con colores mejicanos y repartido en las tres clases, viniendo en él, como viviente recuerdo de la ciudad que dejábamos, la compañía que representó la "Toma".

Trasladábase á Málaga, y nada más típico que un tren de cómicos cansados y soñolientos. Los que poco antes iban vestidos de oro, calzando corona y empuñando espada y alfanje, veíaseles por los rincones, envueltos en mantas listadas y chales de dama joven; la brillantez del escenario trocábase en palidez producida por el pálido farol colgado y vacilante en el nicho del vagón, iluminando vagamente aquellas caras desteñidas; trocábanse los sonos de la orquesta y los clarines en el monótono y soñoliento traqueteo; y el público entusiasmado, en las voces plañideras de los mozos de estación, lanzadas al vacío y perdiéndose de un modo triste en la niebla de la naciente mañana.

Llegada ésta, aun fué más violento el contraste, á la clara luz del día. El antes rey Fernando, el vencedor de Granada, viajaba, en segunda clase, roncando los goces de la victoria. Tarfe, el vencido y decapitado, iba en primera con pavelo y botinas de charol; iban unidos Celima y Garcilaso, dejando pasadas equivocaciones y dejando al del Pulgar y al de Cabra y otros invictos guerreros durmiendo en sus compartimentos; las damas de la corte amontonábanse en tercera, y de todos los rincones del tren salían lloriqueos de infantes envueltos en sendos pañales. Veíanse caras medio despiertas como espantadas á la luz del aire libre, arrugas mal despin-tadas, escorzos de hombre tendidos entre paquetes, todo un tren transportando una alegría apagada, un espectáculo muerto, un reino caído de otros tiempos, volviendo á la mísera realidad del traqueteo moderno.

Con él y con ellos, nos internamos en pleno corazón de la llanura. Pronto dejamos la vega, pasamos unos picachos, blancos pueblecitos reclinados en extensísimas laderas, un río lanzándose por tenebroso barranco cortado á pico, y ensanchóse el horizonte, y acabáronse las montañas. Allí estaba la Andalucía productiva, la rica Andalucía, que manda sus dulces frutos á los ámbitos del mundo, el suelo privilegiado. Allí, los olivos marchando en fila á través de las laderas, bajando en los barrancos, y perdiéndose su nota gris plateada en el último confin del horizonte; allí, los valles, llenos de bolas de cadmiun, como lluvia de oro mate, destacando con el verde de los bruñidos naranjos; allí, la caña de azúcar, extendida, los pálidos limones, la palmera y el plátano, brotando espontáneamente; allí, un paisaje americano, pecando por demasiado alegre; allí, un cielo sin manchas, un cielo que pide nubes que distraigan su plácida calma inmutable, y allí, la inmensa llanura, extendida hasta las costas de Málaga.

Hasta ella llegamos, como se llega hoy día á todas partes, bajando baules, pasando por los consumos, molestados por los fondistas, acosados por los mozos de la carga y viceversa, que no dejan sosegar al viajero. Subimos á un coche de verano, y sin pérdida de tiempo corrimos calles y más calles queriendo tener una impresión de llegada, para luego detenernos, si así lo juzgábamos útil.

¡Ay! Muy pronto presentimos que una vez alabado el clima (que es espléndido, y hasta reñido por lo bueno con las reglas naturales) y ponderada su situación geográfica (que me aseguran que es magnífica), muy poco tendría de interesante esta ciudad para los goces estéticos. Se entra en Málaga por arrabales industriales, con sus manchas de carbón, sus depósitos de guano, sus baches consiguientes en

el suelo y sus depósitos turbios en casas bajas y feas parecidas á cualquier arrabal de cualquier parte; se pasa por callejones urbanos limpios, pintados con colores claros, arregladitos de aceras y faroles, empedrados correctamente, teniendo como único atractivo el forastero, las innumerables tribunas de formas artísticas y caprichosas por las que asoman de vez en cuando ojazos negros y hermosos, de esos que tan pródiga es la pródiga Andalucía; se cruza alguna plaza uniforme, con su fuente de fundición en el centro, su luz eléctrica á los lados y los hilos telefónicos en lo alto; se admira una alameda ancha y bien arbolada, con todos los adelantos modernos aplicados á las ramblas; y crúzase por donde se quiera, sálgase por donde se salga, éntrese por donde se entre, se va á parar sin remisión á la calle del señor Marqués de Larios, centro y orgullo de todos los malagueños.

Es la tal calle hermosa en el sentido cosmopolita, ancha, regular, uniforme y cortada con una rectitud pasmosa; es una calle tan calle como cualquiera del ensanche de Barcelona, con su misma arrogancia y frialdad y entarugada con precisión y buen corte; gasta faroles de mucha expansión y esparcimiento; tiene tiendas lujosas de sederías, lanerías y novedades de otras partes; casinos muy bien decorados con cuadros de buenas firmas; municipales de punto en su punto correspondiente; pero ¡ay! no tiene ni un asomo de carácter de la hermosa Andalucía, ni un destello de inventiva, ni un rayo de novedad; es la calle veintidós, manzana ocho de Nueva York ó Chicago; una calle que pudiera estar en Burdeos ó en el Havre ó en Milán ó en otra ciudad cualquiera; una calle unificada é incluida en el álbum del ingeniero práctico.

Saliendo de ella, las demás son vías que procuran imitarla. Algunas, quizás á pesar suyo, estrechas y

modestas y replegadas en sí mismas, conservan aún sus aleros decorados, resguardando la frente de las casas, sus balcones graciosamente ondulados, sus ventanas convertidas en jardines, sus puertas con clavos forjados y visagras retorcidas, y sus patios, ese íntimo recuerdo heredado de los árabes; pero de ellas, con gran pesar de los pintores malagueños, la línea estética va huyendo poquito á poco, y no es ya el presentimiento sentido, al alejarnos de Granada, de que se borre de la carta pintoresca de los pueblos; aquí es la ingrata realidad, hecha obra, por obra y gracia de la ley niveladora que se sufre en todas partes, donde el gusto no reacciona, buscando la belleza propia en los mismos elementos que lega la tradición, modernizándolos con el tacto de un puro sentido artístico.

Siguiendo siempre á la ventura, y no juzgando más que las líneas exteriores, llegamos á un barrio extremo, de especialísimo carácter. No sé por qué, recordónos las vistas de América que estos días publican con profusión los periódicos. Las casas, con su igualdad aterradora, con sus idénticas puertas y sus simétricas ventanas, niveladas sobre el primer piso, con instrumento cortante de siluetas, parecíannos manzanas de Ganajuato, de la Habana ó de Chinarinde; los paseos con palmeras y las plazas con plátanos dentro una verja, plazas de armas de Guanabacoa ó de Matanzas; las iglesias platerescas, sin patina ni abolengo ni sello de antigüedad, con su palmera inclinada sobre el pórtico y las plantas tropicales meciéndose bajo el cielo azul, misiones de frailes de Santa Fe de Bogotá ó Cochinilla ú otra ciudad cualquiera de esa América de cromo que llega hasta nuestras manos; y casi todo el barrio aquel pareció-nos un barrio de ciudad naciente, un barrio que denota riqueza administrativa, que progresa en sentido

de interés material, pero en el cual no han de buscarse estéticas admiraciones ni conatos de belleza.

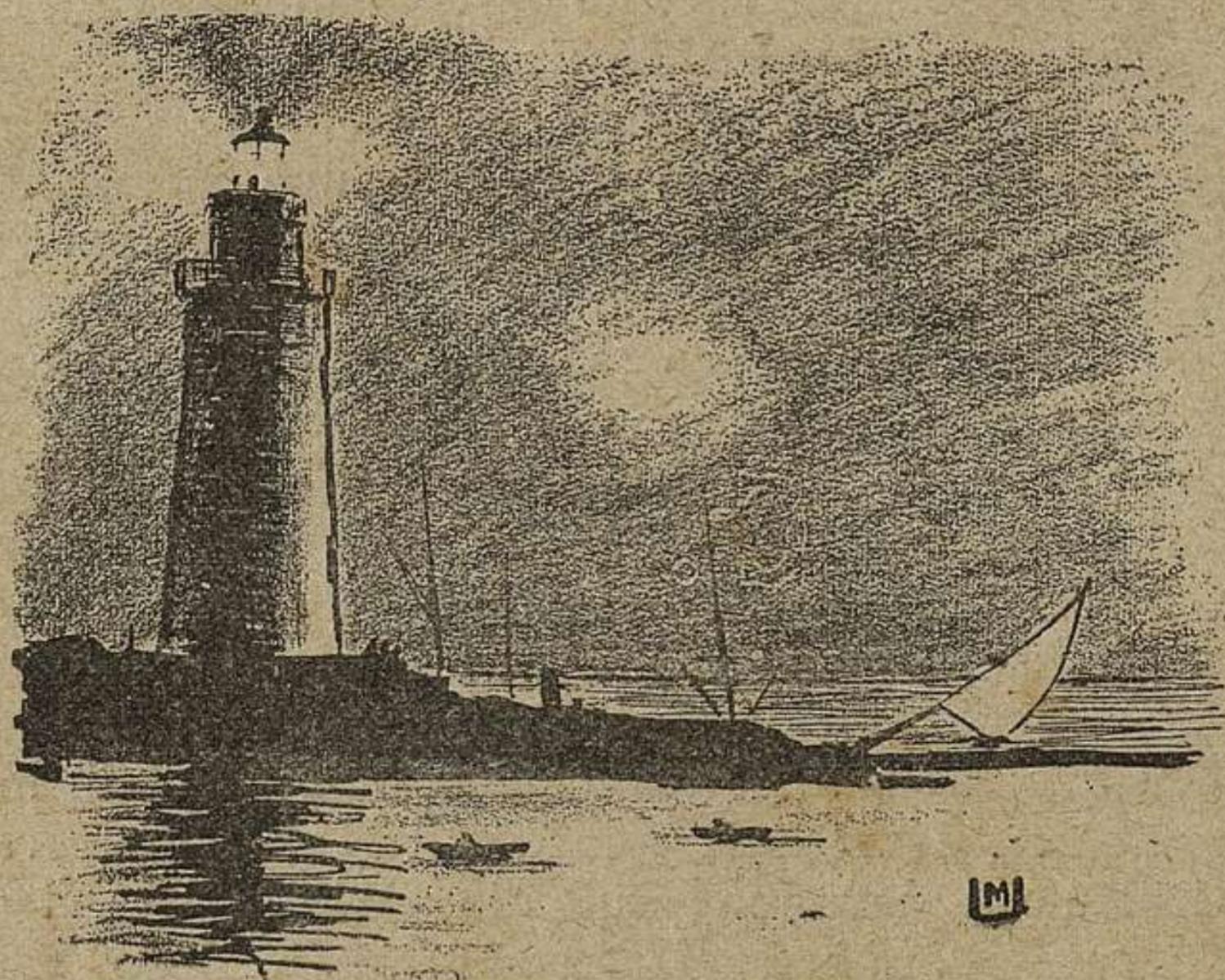
Atravesando aquella pequeña América y dando la vuelta á una montaña, encontramos un cementerio protestante, que completó la ilusión de hallarnos lejos de España. Es un cementerio inglés en un jardín. Debajo de árboles exóticos, plantas de ancha hoja y dibujo tropical, y rodeadas de flores que sólo habíamos visto á través de invernaderos ó en dibujos japoneses, las tumbas se destacaban formadas por blancos mariscos. Aquellas lápidas con apellidos del Norte, plantadas entre arbustos del país del sol, trasladábannos á extrañas tierras donde llegan solamente exploradores; parecíannos tumbas de marinos naufragados en una costa lejana, monumentos publicados en *La vuelta al mundo*, tomados de croquis de atrevidos viajeros; cementerio de una colonia, produciéndonos la sensación de que éramos extranjeros vagando en una isla ignorada.

Salimos de aquel risueño oasis de la muerte y vimos cambiar el decorado. Siguiendo un camino que conduce al puerto y ladeando una montaña, se entra otra vez en Málaga que trepa por una cuesta formando un conjunto pintoresco; y allí, en la cima, inclinado hacia un lado como un calañés cubriendo la frente del monte, está la antigua Alcazaba, los únicos restos visibles que se conservan del dominio de los moros.

¡Pobres ruinas! Aridas, amarillentas y gastadas, sin el abrigo de la yedra ni el consuelo de una planta, van cayendo lentamente y secándose bajo el sol. Ruinas pobres, oliendo á rancho y á cuartel, rodeadas de basura, de paredones caídos, de retazos de miseria, pieles de naranja y cacahuetes; de chumberas podridas con el tronco arruinado, de glacies sirviendo de prado sin hierba á cabras sucias y flacas y de

cama á soldados dormitando; parecen ruinas abandonadas del cielo y pisadas por un pueblo indiferente. En sus tapias, que descienden hasta Málaga, sécase la ropa blanca, postes telegráficos las cruzan, y poco á poco van borrándose en la aridez de la montaña, van confundiéndose con su mismo color de ocre y bajando hacia el mar que las espera.

Allí está, bajo sus pies, bañando la ciudad moderna, bajo un cielo de un azul de Andalucía. Su vista distrae de las miserias y ruinas y renueva recuerdos queridos llevados al oído con su voz majestuosa. Extendida sin confines, teñida de esmeralda y rizada de blancas líneas de plata, camina lentamente, entra en el puerto, se duerme debajo del faro, y allí refleja en su fondo la ciudad, que aunque vestida con tristes hechuras nuevas, es allí al pie del mar, bañada y dichosa, esa Málaga la bella tan cantada por la tradición del pueblo.



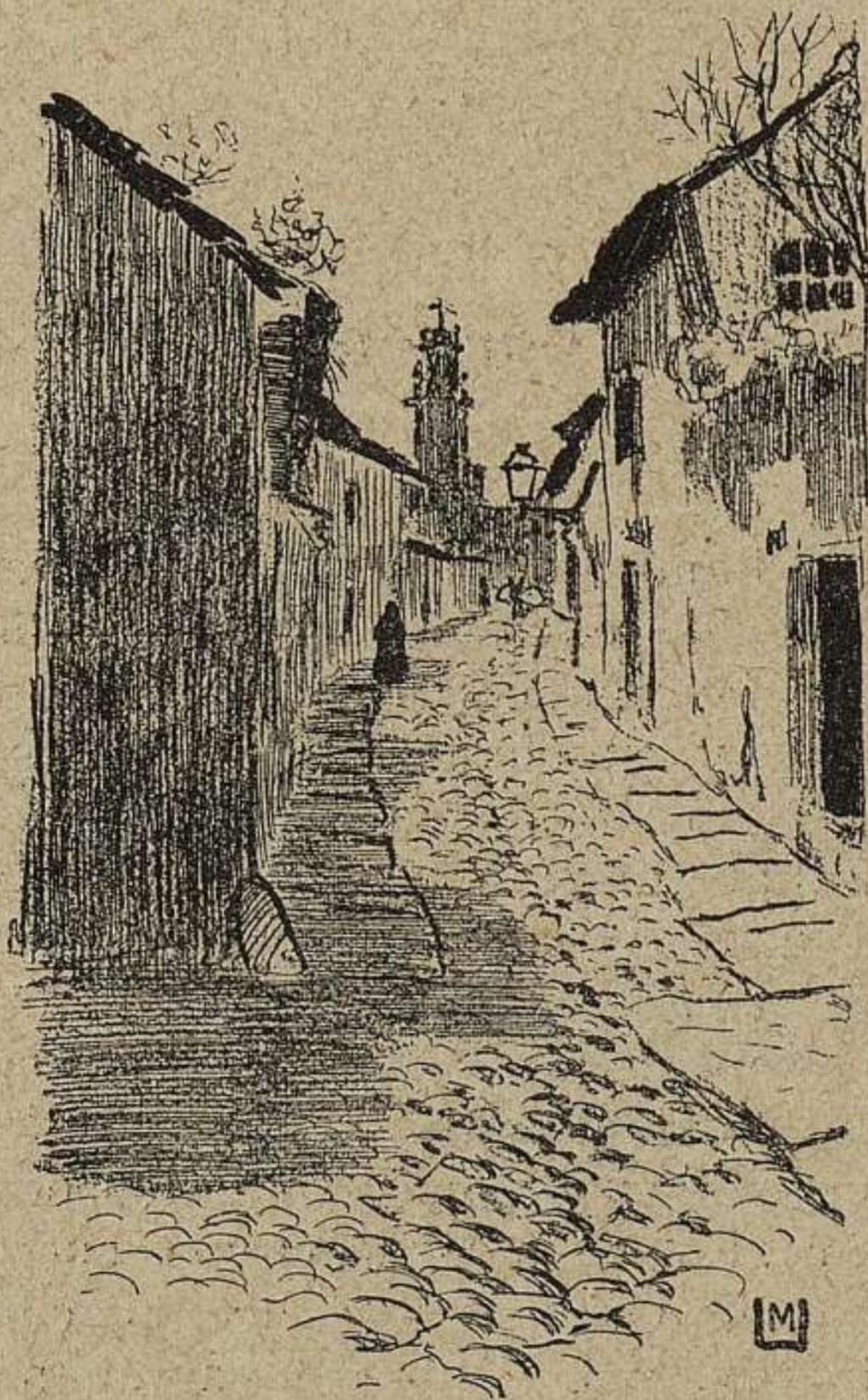
IX

Córdoba

Una gran llanura despoblada de árboles, desolada como país de excavaciones, ondulada hasta el pie de Sierra Morena, con un gran río serpenteando allá á lo lejos, y una ciudad blanquísima sentada en medio de la llanura...., es la visión que se presenta á los ojos, al acercarse á la ciudad de los califas.

En ese suelo, actualmente sin una sola silueta ni una piedra labrada ni un montón de pedruscos que indique la tumba de algún recuerdo, hace ocho siglos levantábase Medina Azahra, el palacio dedicado á una sultana y el sueño más fantástico de la arquitectura mora. En este alcázar, cuyo recuerdo parece una visión de un Oriente fantástico, las columnas de mármol de Raya y de Felibres levantábanse por millares; las piedras de las ruinas de Cartago servíanle de adorno; los muros eran tejidos de estuco, eran las puertas de cobre y hierro plateado; corría el agua por arroyos y saltaba por fuentes maravillosas. En la sala de las "grandes ceremonias", de la techumbre, formada de maderas olorosas, pendía una perla solitaria, regalo del emperador Constan-

tino; manaba azogue de las pilas; una figura de mármol de la Siria guardaba la alcoba del Sultán; las lámparas bajaban de fantásticas estalactitas, y por doquiera se miraba (dicen los antiguos viajeros), veíanse maravillas de imponderable belleza.



UNA CALLE DE CÓRDOBA

Esa extensión sin árboles ni caseríos, en medio de cuya aridez de líneas Córdoba parece dormida, recuerda los países de las grandes ruinas y de las tristes soledades. Córdoba, como Nínive, Damasco y

Jerusalén, como las viejas ciudades de la leyenda, parece que, al morirse, secan el suelo que las rodea y le hacen improductible; parece que á fuerza de haber dado vida gastan la tierra, dejando una mancha inerte alrededor de sus murallas, como halo mortuorio; parece que el cascajo y la pasta de las ruinas dejan una capa geológica, en la cual desaparecen las plantas y sólo crece la tristeza y que el viento del desierto lleva el polvo y la semilla á otras ciudades, dejando á las antiguas sepultadas en la arena.

Nadie sospecharía que aquella mancha amarillenta fuera un día la Meca del Occidente, el centro de una cultura refinada, el trono de los emires y califas, de los Abderramanes y Almanzores. Nadie creyera que sus muros, rodeados de centenares de torres, encerraron ochocientos baños en los que el agua "jugaba con el mármol y saltaba con sonidos de alegría", y que vieran levantarse setecientas mezquitas, con sus airosos y blanquísimos minarettes, subiendo como bosque indescriptible; que fué tal el amor á la belleza demostrada por sus califas, que Abderramán I plantó la primera palmera traída del desierto, para que la llanura le recordara la poesía de Oriente, sembró mirtos y arrayanes en los huertos é instituyó una escuela en la cual se guardaban como culto los secretos decorativos y tracerías geométricas elevadas á simbolismos misteriosos. Ser librero constituyó un título de nobleza, y más de veinte mil dedicábanse á esparcir por el mundo las obras de sus filósofos y poetas; sus esmaltes en cerámica, sus hierros cincelados, su arte de hacer mosaicos y taraceas, sus maravillas de fundición y orfebrería, sus cueros decorativos pregonaban la fama de aquel pueblo; mandaban vestidos de seda al mismo Carlomagno; recibían á los

artistas en su corte y cuidaban el arte con el amor de un pueblo refinadísimo.



CALLE DE LA MISERIA

Nadie creyera en tal grandeza mirando Córdoba moderna y al ver la destrucción completa que ha sufrido. Ni una sombra de lo que fué ni una sospecha de su poder asombroso asoman por sus pedruscos, y su gloria hay que verla en los libros y descripciones más que en sus ruinas, completamente borradas. Las guerras de conquista, el odio de razas y religiones, gentes ignaras destruyendo mezquitas y acomodándolas al culto cristiano sin tener en cuenta la estética y el buen gusto; los reyes talando los alcázares y destruyendo los jardines, y sobre todo, el pueblo inconsciente, torpe y desalmado para el alma de las ruinas, dejando caer las filigranas de un arte para ellos incomprensible, vendiendo á los extranjeros las reliquias arqueológicas que manaban de

este suelo misterioso, despreciando lo que ignoraban, han hecho más daño al arte que la inclemencia del tiempo, que tiene respetos ocultos para los pobres monumentos. De aquellos baños, encanto de la ciudad, no quedan más que sospechas; de aquellos centenares de mezquitas, más que rasguños detrás de los altares ó indicios por entre la cal; ni un solo minarete se levanta; las murallas cayéndose, la gran mezquita, único monumento hoy en pie, mutilada por Carlos V y víctima de un señor académico que ejecutó desacertadas reformas; el campo de Medina Azahra, sepulcro del gran palacio levantado por la fuerza de una pasión, nacido entre leyendas y sueños hechos obra de arquitectura y ornado un día con todas las riquezas y poesía de Oriente, es ganadería y propiedad de Lagartijo... y todo caído, todo semi abandonado, y lo que es más doloroso todavía, mirado con sonrisa de desprecio ó con malvada indiferencia.

¡Qué país desdichado es el nuestro! Parece que Dios ha echado obras de arte en nuestro suelo, en un momento de olvido, ó que, no pudiendo dar público, dió artistas que compensaran la indolencia general; parece que acumula en los hombres creadores el amor y el talento de todos los demás juntos, y que muertos aquellos, el país ha quedado en seco. Son tan pocos los que respetan la herencia artística de lo pasado; forman tan escasa minoría que son tenidos por dementes ante el sufragio de todos y mirados como aves taciturnas, como gente maniática digna de compasión; los gobiernos los oyen sin comprenderlos, secundados por la masa general á la cual no interesan esas cursis sensiblerías, que en otras partes son sagrados intereses de cultura; y los pobres monumentos van cayendo lentamente, desmoronándose poco á poco, borrándose del libro

de nuestra historia. Se vende aquello que puede venderse buenamente, y lo que resta, las columnas intrasladables, las lápidas de solo valor epigráfico, los capiteles averiados, se amontonan en los bajos de un edificio cualquiera, se coloca un rótulo con el título de *Museo*, y allí las viejas reliquias, llenas de polvo y telarañas, las guarda, soñoliento y aburrido, un individuo del cuerpo de archiveros y museos, nombrado algunas veces por el cacique del pueblo. ¡Triste empleado esperando á los visitantes, que suelen ser extranjeros, á quienes interesan todavía esos extraños chirimbolos, los cuales se los miran tomando nota de aquella pasada grandeza y de nuestra pobre cultura.

Esto pasa aquí, como pasa en casi todas las capitales de provincia de nuestra España moderna, y gracias á esta incuria de un pueblo sin ilustración, nos vamos quedando desnudos de monumentos. Córdoba monumental se va, vive dormida, se aletarga en los pliegues de sus calles, oye caer indiferente las obras que le dieron renombre, y cosa rara, á ese abandono de odalisca, á esa tristeza legada de Oriente, á esa práctica del ensueño, debe su mayor encanto; la nostalgia dorada que desprende, la paz callada que se respira en sus ámbitos, el silencio de un claustro, y un no sé qué fatalista heredado de los árabes, que detiene el pensamiento y lo adormece.

Rodeada Córdoba todavía de sus muros ruinosos, su plano parece un laberinto, y es preciso andar con brújula por sus calles para poder orientarse, de tal modo son tortuosas é intrincadas. Abiertas al azar, y estrechas como grietas formando innumerables revueltas y recodos, pintadas sus casas de color claro, rosa violeta, verde descolorido ó azul pálido, parecen un sueño blanco con reflejos de cielo azul. Empedradas con grandes losas y tapizadas con esa

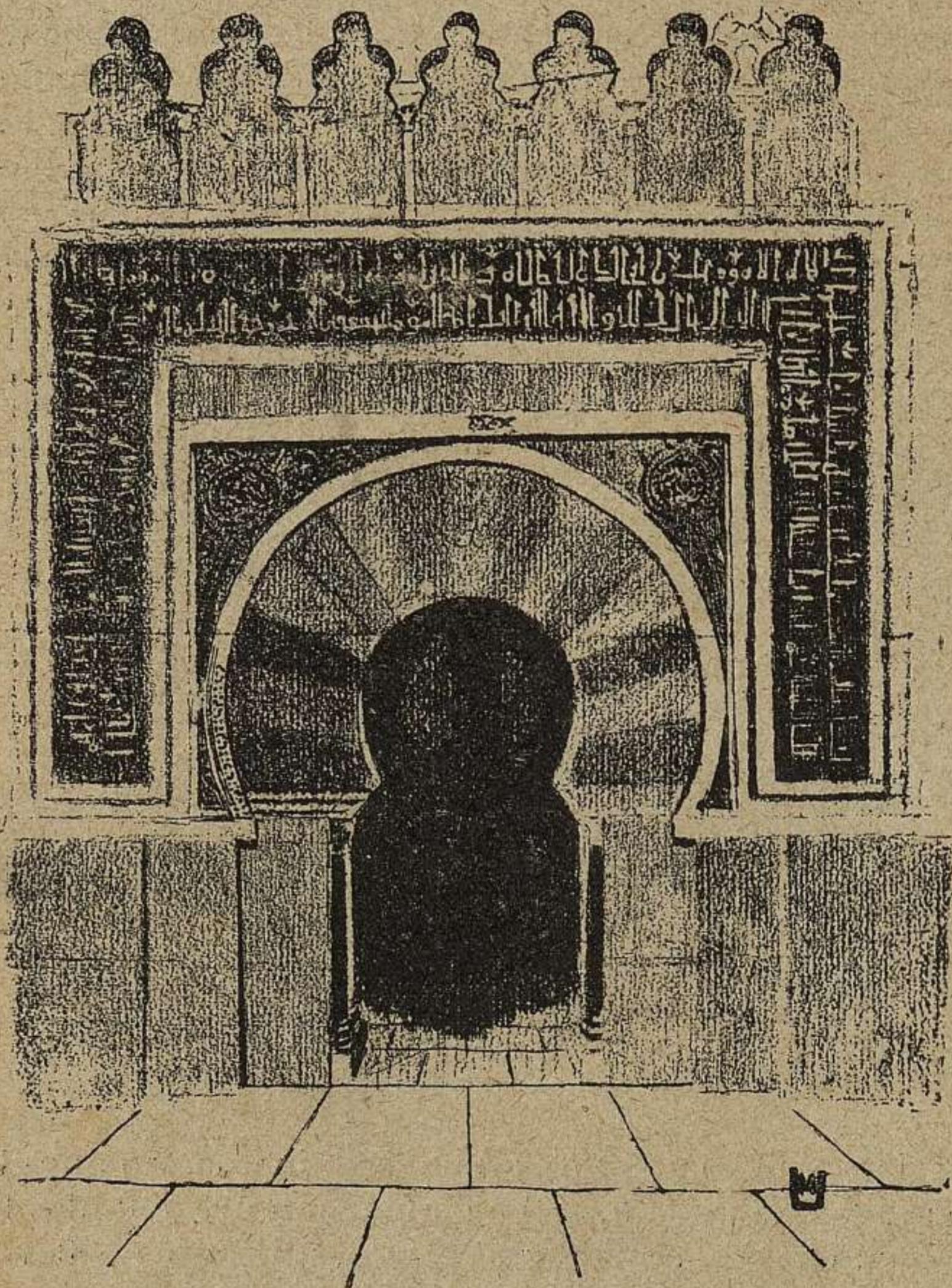
yerba que asoma por entre los pliegues del silencio, veladas con medias tintas, calladas como vías de Pompeya, con sus persianas cerradas y sus puertas entreabiertas, parecen calles de panteones en cementerio cuidado con cariño por piadosas manos de mujer. Las losas resuenan al paso como en ciudad desierta, los viandantes son rarísimos: un pobre, inmóvil en una esquina, una figura en una reja, un embozado, un cura taciturno ó un grupo de mujeres en el umbral de una puerta; las casas parecen deshabitadas con sus patios silenciosos de glacial limpieza; los aleros cubren con velo de medias tintas las fachadas, y todo queda apagado en una claridad discreta, ténue y opaca, modelada en ambiente de armonía, en baño de luz, con niebla de vibraciones.



MURALLAS ÁRABES

De vez en cuando, en una esquina, en un ángulo ó sobre una puerta, se ve empotrada una capilla. El santo, cuasi borrado en el fondo, rodeado de flores descoloridas, de reliquias piadosas, de plantas colgando con ese instinto de buen gusto que les da la Naturaleza, con su farol encendido en pleno día, esperando avergonzado la penumbra, prestan mayor

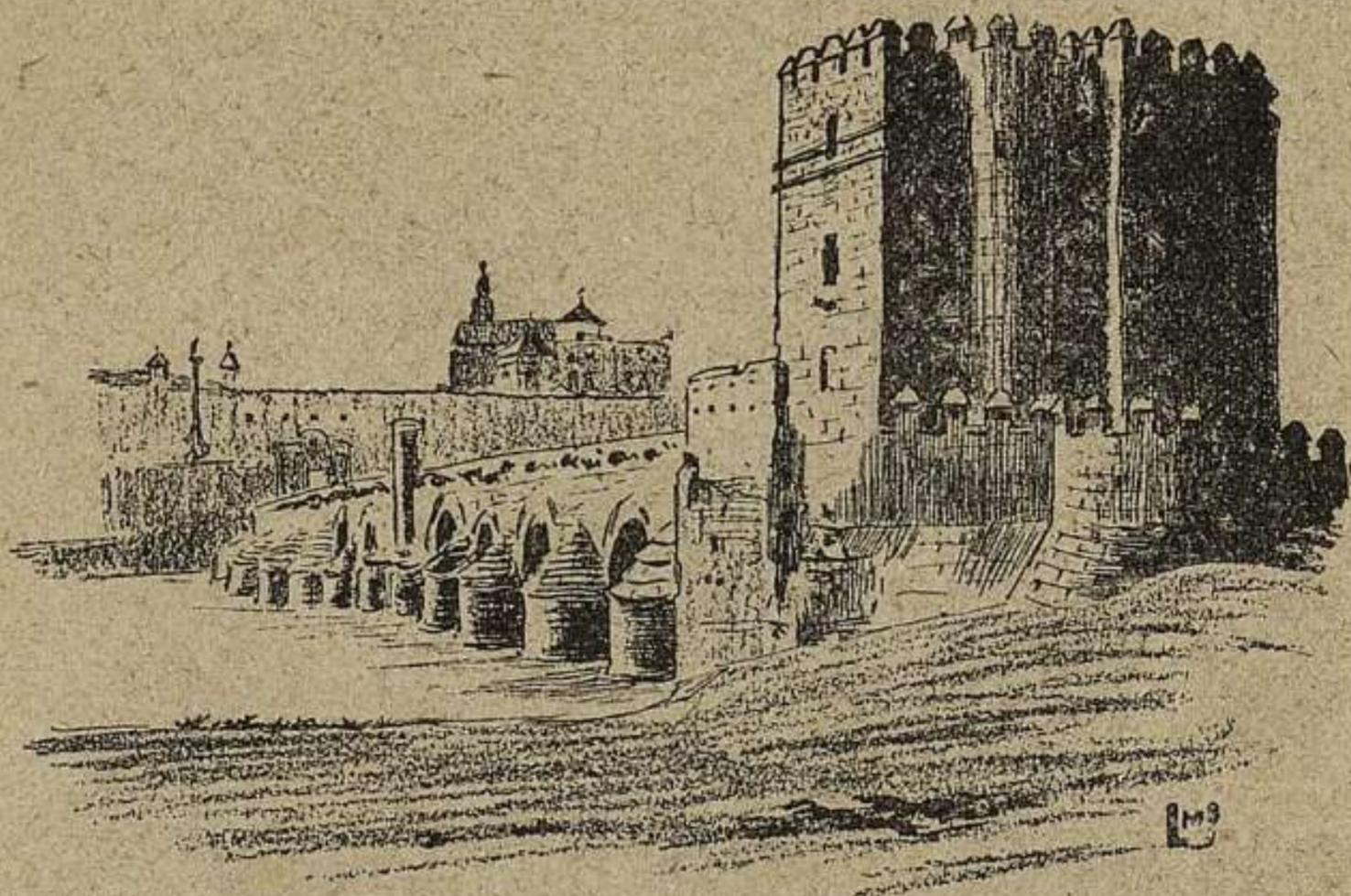
tristeza á la solitaria calle; otras veces aparece una fachada con adornos platerescos, con escultura aparatososa, con líneas y adornos declamatorios, seguida



de un muro larguísimo, escurriéndose ondulado á lo largo de los estrechos callejones; más lejos, levántase un edificio con apariencias de convento, liso y de-

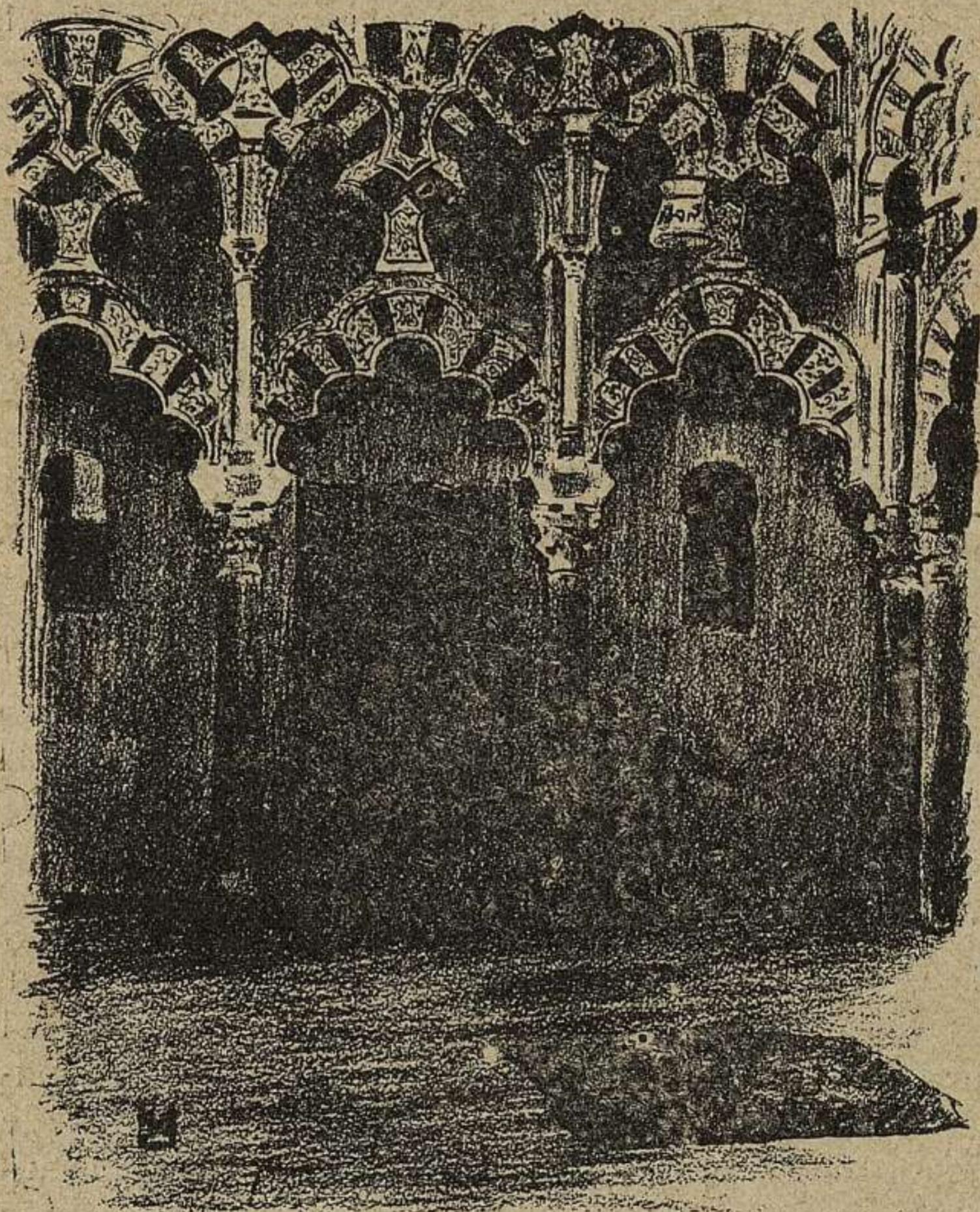
sierto de adornos, en cuyas frías paredes asoman diminutas celosías; de vez en cuando, adivinanse unos ojos de mujer curioseando detrás de los postigos entreabiertos; vése, aquí y allá, un capitel incrustado, una lápida, una columna, un friso de azulejos, y en todas partes reina un silencio mate, el silencio de una ciudad aletargada y dormida.

Andando por esos intrincados corredores, se llega á la mezquita, situada en un extremo de Córdoba.



Allí las calles se ensanchan y adquieren carácter más monumental y grandioso, con los muros del edificio, sus alineados contrafuertes y los largos paredones corriendo en perspectiva. El suelo es de patio de convento, los caserones suenan á monumento vacío, las casas semejan desiertas cofradías ó cuarteles sin soldados, y en aquel páramo de ciudad levítica y muerta, véñse pasar de vez en cuando, en largas hileras silenciosas, filas de seminaristas; se oyen sus pasos repercutiendo en las bóvedas vecinas, y en larga procesión discreta se les ve des-

filas por la bruñida acera, hasta entrar en alto portalón del fondo ó en angosta callejuela. Las ruinas del alcázar, con sus huertos pedregosos y sus torres sirviendo de nido á los halcones, añaden tristeza al



lugar; las murallas abandonadas le prestan carácter de ciudad vencida, y el Guadalquivir, escurriéndose á su lado, aísla su silencio y le protege con su curso majestuoso.

Nada de belleza más severa que Córdoba, vista desde este sitio, en que el puente romano une á la ciudad con la llanura. Un torreón en primer término, el grandioso río deslizándose y reflejando los arcos sienosos, una puerta monumental abierta en las murallas, la mezquita en el fondo sosteniendo la catedral en sus espaldas de piedra, el campanario destacándose sobre el cielo, y todo pintado por el aire de los siglos, y todo antiguo y ocultando la ciudad moderna detrás de la cortina de piedra, dan un conjunto de Córdoba de otros tiempos y hacen volar el pensamiento que restaura su pasado. Aquellos sillares caídos debían ser el Alcázar, aquellas tapias derrumbadas, los jardines de mirtos y laureles, el minarete debía sustituir el campanario; intacta debía estar la mezquita, almenadas las torres, y con rastillos y puente la maciza puerta, y los blancos ajimeces de diminuta columna, abiertos como negras pupilas en los blanquísimos muros de centenares de edificios, que asoman encima de las murallas.

Todo esto no es un sueño. Mucho más podían ver los ojos de lo que pueda penetrar la fantasía. Córdoba es bella é interesante, pero lo es más por los recuerdos que inspira, por lo mucho que ha perdido, que por lo bueno que conserva. Es un cementerio de arte, adornado con nichos nuevos; un pueblo sostenido con restos arqueológicos y edificado sobre lápidas, columnas y capiteles; Córdoba es una hermosa sultana que se va volviendo torera.

*
* *

Teníamos que marcharnos, dejar la hermosa Andalucía, ese paréntesis poético en la prosa de la vida; así es, que sólo vimos la mezquita, como visión

de un momento, como un decorado árabe, entrevisto vagamente entre las sombras de un sueño.

La última obra de arte que penetraba en nuestro espíritu era la impresión de un bosque de simétrica estructura; un bosque de un misticismo oriental, ocultando entre las ramas de portentosos calados un mirab misterioso; un edificio con alma, el santuario de un pueblo que, después de tantos siglos, aun exhala el aroma de una poesía única, los cantos de Ahderraman al dirigirse á su pueblo: "Para los pobres cristianos, los monasterios sombríos; guardemos para nosotros los verjeles, el harem, los baños y las aljamas, nuestras aljamas vestidas de jaspes y esplendorosos estucos, construídas de jacin-
tos y alumbradas por lámparas inextinguibles. Para ellos, claustros lóbregos; para nosotros, las fuentes manando plata y los verdes arrayanes; para ellos, las privaciones de la vida de castillo; para nosotros, la dulce y tranquila existencia de los alcázares risueños y los lugares tranquilos; para ellos, la intolerante tiranía, para nosotros, la monarquía clemente; para ellos, los pueblos ignorantes y ambiciosos, para nosotros las artes; para ellos, la abstinencia y los martirios, gocemos nosotros los deleites de la amistad y del amor en esos fértiles campos de la bella Andalucía".

*
* *

Esas palabras del califa fueron la última impresión del arte. La última impresión sentida fué la impresión melancólica que causa el dejar un suelo, que es pródigo en sensaciones y generoso en bondades.

ARCHIVO
MARIANO

Biblioteca

VOLUMEN N^o 3585

